
1810
1924
CARAS Y CARETAS
25 DE MAYO


La bebe todo el mundo
En todas partes y en cualquier momento siempre es buena.
GINEBRA
Bols
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
Unicos Importadores:
Moss y Cía. Ltda. S. A.
Calle Alsina, 641
Buenos Aires

DIVAGACIONES DE UN CONFINADO

POR MIGUEL DE UNAMUNO

EL CAMELLO Y EL OJO DE LA AGUJA

Desde que llegué a esta isla de camellos y acamellada— las cumbres de sus montañas semejan corcovas de camellos — y empecé a familiarizarme con el que han dado en llamar los cultistas el navío del desierto, volví a preocuparme de la vieja metáfora de que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja.

Metáfora a primera vista incongruente por lo hiperbólica y que ha sido muy discutida, queriendo otros traducir que es más difícil que entre un rico por el ojo de una aguja que el enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja, teniendo en cuenta que las palabras que designaban el camello y el calabrote en el griego de la época del Evangelio, sonaban lo mismo aunque se escribieran de distinto modo, una, camello, con eta, y otra, calabrote, con iota, pero pronunciándose ambos *cámilos*, tras los que sostienen la versión latina tradicional, la de la Vulgata, defienden la aparente incongruencia de la metáfora, atribuyéndola a orientalidad, y dicen que el ojo de la aguja se refiere a una puerta estrella de murallas de ciudad siria.

En cuanto llegué a esta tierra, o mejor, en cuanto me dejaron en esta tierra a la que la policía me ha traído, y empecé a familiarizarme con el camello, fuí dejando lo del calabrote y eso que los hay en los barcos que recorren esta tranquila mar africana. Y empecé a pensar en el ojo de la aguja. Y eso que aquí no hay murallas ni, por lo tanto, puertas orientales en ellas. Pero hace pocos días di caza a la metáfora. Fué en Pájara.

Pájara es un pueblecito de la parte occidental de esta isla de Fuerteventura. En Pájara hay una pequeña iglesia y esta iglesiuca de Pájara tiene una portada en que un cantero que parece haber recibido inspiraciones de los aborígenes de las Indias Occidentales, ha trazado unas grecas y unas figuras simbólicas que por su estilo recuerdan los ornamentos incaicos o los aztecas. Y por Pájara se está haciendo pasar una carretera que irá luego a Betancuria, la primitiva capital de la isla, la erigida en memoria de Juan de Bethencourt, el noble normando, que se hizo llamar Señor y hasta Rey de las Islas y cuyo cuerpo reposa en la iglesia de Grainville. Este Juan de Bethencourt fué antes Señor de Grainville la Teinturière, en el país de Caux, en Normandía. Y a Betancuria llegará pronto la carretera que pasa por Pájara.

Fuimos a Pájara acompañando al ayudante de obras públicas que iba a inspeccionar la carretera y a pagar a los obreros empleados en su construcción. Y allí, en Pájara, se le acercó un vecino a quejársele que por ojo de un puentecillo que salva la rambla, la seca torrentera que sirve de camino por donde van con sus cargas los camellos, no puede pasar uno de éstos. ¡Y el ojo del puentecillo tiene de abertura, de luz, tres metros y medio! El ayudante de obras públicas le decía que por allí había hecho pasar camellos cargados de piedra para la carretera, pero el majorero aducía que no podían pasar cargados de leña de aulaga. Muy fuerte cosa nos parecía que un camello cargado de leña necesite para pasar un ojo de más de tres metros y medio, pero al buen hombre no se le apeaba de su camello.

Entonces comprendí que en la famosa metáfora debe de tratarse de un camello cargado, de un camello con su carga. Y que es más difícil hacerle pasar por el ojo de una aguja de muralla, que hacer entrar a un rico, con su carga, en el reino de los cielos. Acaso no se trata allí del camello desnudo, del camello sin carga alguna. ¿Por qué no se dijo una vaca?

Y algo más divertido ocurrió en Pájara y es, que reuniéndose los vecinos, acordaron representar que el puentecillo debió de hacerse de dos ojos y no de uno solo. Acaso uno para los camellos que iban y otro para los que volvían.

El ayudante de obras públicas les prometió hacerles una rampa, una vereda que cruzase la carretera y no por debajo de ésta, para que por ella pudiesen transitar los camellos, y yo pensé si es que los ricos no han encontrado alguna manera de entrar en el reino de los cielos que no sea por la puerta estrecha, saltando la tapia o acaso en aeroplano. Porque los ricos son el mismísimo demonio para inventar medios de burlar las leyes. Verdad es que en el mismo Evangelio y a seguida de esa terrible conminación se nos dice que eso es difícil para el hombre, pero que para Dios todo es posible. Correctivo a la metáfora que es de muy buen efecto para las personas amantes del orden. Del orden de los ricos, se entiende.

Y yo, que estoy aquí por incorregible perturbador del orden, según los de la ordenanza, me he quedado meditando en el ojo del puentecillo de la carretera de Pájara a Betancuria. Pasa un camello cargado de piedra, pero no un camello cargado de leña. Acaso por el ojo de la puerta del cielo pase un rico cargado de oro, pero no un rico cargado de papel. Sobre todo si es alemán.

Puerto Cabras de Fuerteventura, Abril de 1924.

DEL GRAN CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS



MARIQUITA SÁNCHEZ

(UN NOVIAZGO EN LA BUENOS AIRES DE 1800)

POR

BERNARDO GONZALEZ ARRILLI

Durante toda la mañana, un fuerte viento sur había hecho de las suyas por calles, tejados y patios. Comenzó a soplar con huracanada furia, envolviéndolo todo en espesas nubes de polvo, que acoquinaban a los escasos transeuntes y enojaban a las dueñas de casa.

Pero, poco antes del medio día, todo lo aplacó una lluvia rápida, aparecióluego el sol y con él asomó a los semblantes el regocijo interior que da de sí Primavera...

Como si hubiera aguardado aquel regocijante trueque atmosférico para dejarse ver, se presentó en casa de don Cecilio Sánchez de Velazco, el capitán don Diego del Arco, convidado desde la víspera a almorzar. Bajo el enorme duraznero plantado en mitad del patio de la casa, recibiólo con su llaneza habitual don Cecilio, y en tanto cambiaron frases más rellenas de trivialidad que de sentido, sobre un comentario circulante a propósito de un bando que los despertara bien de mañana al son de cajas y pífanos, sobre el ventarrón, sobre la lluvia y sobre el sol, llegó el momento en que la Engracia avisó a sus mercedes que estaba servida la mesa.

Pasaron ambos al comedor y allí saludó el capitán don Diego y besó las manos de doña Magdalena y de doña Mariquita, frente a la cual ocupó un lugar en la mesa, a la derecha de la dueña de casa, ceremonioso y afectado, como siempre que sus hábitos de cuartel debían de transformarse en pertinente trato con las damas.

Durante toda la hora hizo el gasto de la conversación don Cecilio, locuaz como raras veces. Al comienzo, no fué más que una continuación de la cháchara mantenida bajo el duraznero, derivada después al tema que a todos cuatro interesaba vivamente. Don Cecilio utilizó esta vez, como teníalo por conveniente en algunos de sus tratos mercantiles, la forma indirecta y cual si prolongara reiteradas filípicas paternas, divagó buen espacio de tiempo sobre la conveniencia de saber obedecer, cuando la experiencia es corta y quien aconseja, u ordena, hácelo guiado por el más puro e insospechable de los cariños. Sólo en boca de embustero podía dudarse, y si no, que recordaran a aquél Tristán de la comedia...

"Y aquí verás cuán dañosa
es la mentira y verá
el Senado que, en la boca
del que mentir acostumbra
es "la verdad sospechosa..."

Terminada la cita poética, continuó don Cecilio enhilando sucesos, recuerdos de los libros o de la vida, especialmente uno que, por haber ocurrido en un lugar de Granada, su cuna, mereció más pormenores que resultarían poco amenos, pero sin dejar de ser, para la ocasión, aleccionadores en alto grado.

No hicieron doña Magdalena y don Diego más que asentir con oportunos movimientos de cabeza o exclamaciones, las más de ellas exageradamente admirativas. La niña, para quien iban

enderezadas aquellas frases, con los ojos clavados en el plato que tenía delante parecía no oir. Cierto era que su imaginación estaba un poco lejos, del otro lado del río...

El día anterior, por medio del aguador, había llegado a sus manos una esquela que hízola lagrimear durante algunos minutos. La esquela, escrita apresuradamente por Martín, comunicábale que éste, por haber recibido orden del virrey de partir, sin perder momento, a Montevideo, conduciendo un patache, estaba a bordo desde el amanecer y dispuesto a largar amarras en cuanto llegara un saco de galleta pedido. — «No sé a qué voy, — decíale Martín — como no sea para conducir un pliego cerrado, sin duda, de grandísima importancia, cuando no se envía por el correo ordinario...» — No lloró ni suspiró mucho Mariquita, al enterarse de aquella inesperada partida del amado. Sus catorce años de niña mimada, voluntariosa e inteligente, se duplicaban cuando era menester y hacíase fuerte su espíritu, avivado por la contrariedad, como una hoguera que el viento agiganta. Sin secarse aún la última lagrimita de sus párpados, ya tenía ella imaginado lo sucedido, con una exactitud maravillosa. Más que su inteligencia, su instinto avisábale que su padre, hombre caprichudo, amigo de hacer su voluntad, según teníalo probado hartas veces, tanto en su vida privada como en las ocasiones en que desempeñara el cargo de alcalde, el de regidor o el de defensor de pobres, era el autor de aquella partida de Martín. Su privanza con el virrey del Pino robustecía toda suposición. ¿Si no se lo solicitaran, — pensaba — cómo podía el virrey dar orden tan de antuvión para desterrar de Buenos Aires a un alférez de fragata como Thompson, portando un pliego?

Cuarenta horas llevaba Mariquita cavilando en esto, lo más del tiempo a solas, encerrada en su alcoba, observada por la madre que, aliada con don Cecilio, motrábase dispuesta a ganar la batalla que le presentaba el capricho de la única hija, empeñada en unirse con aquel tarambana de Martín y rechazar al capitán don Diego, que teníale cariñosamente señalado después de sopesar mucho las conveniencias que entraban en ello. Pensaba la ingenua señora en aquello de «quien evita la ocasión, evita el peligro,» por lo que, alejado el alférez, pronto iríase el antojillo de la niña y primarían sobre su corazón los consejos de que eran pródigos, tanto ella y Cecilio, como su confesor espiritual. Por eso, no le afligían los encerrones que se daba la niña, muy dada a novelerías, por culpa del padre, pues él había sido quien comenzara a llenarle la cabeza de imaginerías e historietas que no servían de nada bueno a las mujeres y que ofrecían invariablemente el resultado de las hijas desobedientes y poco temerosas del castigo de Dios, que se enamoriscaban del primer trotacalles que les endulzara el oído con cuatro frases de alfeñique... Mariquita sabíase de memoria las ideas tan tozudamente mantenidas por sus padres, pero a una tozudez oponía otra, no hurtada, por cierto. A don Diego no se uniría ella, sucediera lo que sucediera. Su mano era para Martín. Habíaselo prometido y hasta jurado, con la mano sobre el pecho, previa invocación a la Virgen Madre, que estaba protectoramente de parte de ellos, y aquel juramento lo cumpliría. ¡O de Martín o de nadie! — repetíase, y su corazoncito brincaba dentro, como anhelando subirse a la garganta y multiplicar la emoción ahogadora...

Estaban ya próximos a la terminación de las viandas, cuando Mariquita pareció regresar de su viaje, no sin sorpresa... Al alzar sus grandes y encantadores ojos, tropezó su mirada con la de don Diego. Agolpósele entonces a la memoria cuanto había oído hablar hablar de él. Sus padres lo elogiaban como un compendio de virtudes, pero una parienta, una tía solterona, que andaba en aquella época por tierras del Tucumán, cuidando de un sobrino cura, atacado de tercianas, habíale dicho cosas bien poco confundibles con elogios. ¡Qué no decía de don Diego aquella tía! Aducía, para robustecer sus noticias, datos suministrados por el mismo padre del capitán, cuñado de doña Magdalena en sus primeras nupcias. Alzaba la tía las manos, y, los ojos en blanco, ahuecada la voz semihombruna que poseía, exclamaba: ¡Diego es un perdido! ¡Un perdido! No puedo saber yo cómo se les ocurre a Cecilio y a Magda aparejar este casamiento. ¡Ni que fueran topos, Jesús! Diego le ha costado al padre, él mismo me lo ha dicho muchas veces, un verdadero caudal. ¡Todo se lo ha gastado en vicios! ¡Y es de tramposo!... ¡Jesús!... Tanto, tanto, que cansado ya el padre de saldar cuentas y desenredar madejas, hace tiempo que resolvió no ocuparse más de él... ¡Jesús! Además, además, mi hijita, Diego es un cuarentón... un cuarentón para casarse contigo...

Mariquita, recordando estas palabras de la vieja tía, miraba rápidamente al capitán, cuya presencia tanto le fastidiaba. Lo parangonaba con el marino ausente. Aquél era delgado, gentil, rubio... Este — forzoso érale confesarlo — resultaba gallardo, no parecía contar tanta edad, pero abundaba en mofletes, estaba sobrado de mostachos y de perfil..., de perfil, que Dios la perdonara, pero cuando entrompaba los labios para mirarse los bigotes semejaba un cerdito...

Don Cecilio, junto con la comida, terminó el depósito de sus edificantes ejemplos, matizados con tal verso o cual cita de clásico autor, traído a colación con un acierto denunciador de que sus ocupaciones mercantiles o públicas y su vida retraída y más o menos obscura, dentro de la obscuridad ambiente en la colonia, no habíanle dejado sin lugar a proveerse de las suficientes luces como para «lucirlas», llegado el caso de sentar a su mesa a un capitán de dragones.

Terminado el discurso del señor Sánchez, creyó oportuno terciar su esposa con estas palabras, que fueron como un torcedor para su hija.

— Conviene, según me parece, Cecilio, que apresuremos la boda con Diego, con lo cual nos ahorraremos mayores quebraderos de cabeza...

Los ojos de Mariquita se llenaron de lágrimas. El capitán se atusó gallardamente el mostacho. Don Cecilio, que observaba con el rabillo del ojo a su hija, hizo un signo afirmativo con la cabeza y se puso a tamborilear con los dedos sobre el blanco mantel...



Por la achaparrada ciudad virreinal circuló aceleradamente la nueva, sin necesidad de ayuda ni gaceta: el sábado se unirían en el Santo Sacramento del Matrimonio, la niña María de los Santos Sánchez con el capitán don Diego del Arco. Presenciarían la boda escogidos invitados, en el templo de Nuestra Señora de la Merced, donde corren las amonestaciones...

Las damas porteñas, que no ignoraban los amores de Mariquita con su primo Martín, hiciéronse cruces y la negra servidumbre de la casa de don Cecilio

Sánchez, lloraba en los rincones la desventura de la amita, con un dolor sincerísimo que brotaba de lo hondo, como surgiera, andando los días, junto con la imprevista invasión de los «herejes», aquel amor entrañable al terruño que hizo de cada siervo un héroe...

La negra Engracia, que tuviera en sus brazos a la amita, desde su primer día de vida, fué la que más profundamente compartió el dolor de Mariquita y la consoló, borboteando sollozos, rebuscando en su corazón esperanzas que le faltaban para entregarle a la desesperanzada. A manera de consuelo, repetíale: «Hasta el sábado, amita, tiempo hay para que ocurran muchas cosas; que cambie de manera de pensar el amo; que llegue don Martín y lo desbarate todo; que el señor virrey quiera concederle la gracia que su merced le ha pedido...» Porque Mariquita, y *esto lo sabía solamente* la Engracia, habíase decidido a enviar una muy extensa y muy respetuosa carta al señor del Pino, confiándole sus cuitas y pidiéndole amparo. ¿Quién otro, en aquella circunstancia, podía socorrerla, sino aquel gran amigo de su padre y representante del rey? No le respondiera hasta entonces ni una sola línea, ni una palabra. Sin embargo, Mariquita, reforzándose el ánimo, evitando llorar, se alzaba sobre sí misma, queriendo creer en que cualquiera de esas cosas, que aparecen de sopetón, vendría a librarla de fingir ante Dios su unión con un hombre a quien no quería. La única esperanza era el virrey, que permanecía mudo. Engracia se dedicó con entusiasmo a alentar aquel rayo de esperanza, y cuando el día jueves borroneó Mariquita unas líneas, recordando al señor del Pino su anterior solicitud, fué la misma negra la que se encargó de llevarlas al Fuerte, buscando en la guardia un oficial que hacía unos años la galanteara, y empeñándose con él para que a la otra mañana apareciera aquel sobrescrito sobre el tapete del Excelentísimo señor Virrey.

«Mamalá» (1) grande amiga de María, no embargante la diferencia de edades, recibió aviso por la Engracia de cuanto ocurría y el ruego de que se empeñase con el virrey para que prestara oídos a la solicitud. Así lo hizo. Primero garrapateó una larga carta con su letra difícil, procurando poner en evidencia, con recursos de pura lógica, femenina e irrebatible, la verdadera situación moral de la novia, forzada a unir su destino con un hombre a quien lejos de querer aborrecía con toda su alma. Terminada la carta, estimó, sensatamente, que aquella misiva no iba a ser leída por el virrey, tanto por su excesiva largura como por la letra de laboriosa descifración. Resolvió, pues, ayudada por doña Magdalena Castro, hacer llegar un mensaje verbal a don Joaquín, por medio del pintor don José Salas, que en su escuela particular establecida merced a los progresistas empeños de del Pino, enseñaba a trazar líneas y dar pinceladas a algunos jóvenes y varias niñas, no muchas, de la aldeana capital del virreinato.

Las horas y los días transcurrieron desesperantemente lentos, con esa lentitud inexplicable que encuentran en el tiempo los que aguardan momentos decisivos para sus existencias. Un minuto es siempre una hora, y ésta un día, y un día un año, un siglo, la eternidad, empapada en toda *suerte de angustias. El ritmo del vivir parece* interrumpirse, quedar suspenso en instantes de tiempo multiplicados en la imaginación por guarismos fabulosos. Toda noción de medida se borra y una esfera de reloj inverosímil inquieta el alma con sus enormes medidas, como si entre un punto y otro punto de sus minuteros, mediara una diferencia de leguas.

La respuesta del virrey no llegaba. Iba y venía Salas, del fuerte á casa de «Mamalá», sin poder siquiera averiguar si había don Joaquín leído la lastimera carta de Mariquita. Y el día de la boda se acercaba, con un apresuramiento tan fantástico a su vez, que a la inversa, pudiera decirse que le marcaba un relojito tan pequeño que, a cada minuto, sus agujetas señalaban una hora.

Así se vino el sábado. Por la mañana, antes de las nueve, «Mamalá» recibió un mensaje de don José, conciso y esperanzado: «Don Joaquín — decía — ha oído con marcadísima atención cuanto le dije; leyó en mi presencia la carta de la niña María, y después de renegar, casi entre dientes, de la tozudez de don Cecilio, me ha prometido ocuparse de este asunto sin malgastar momento...»

«Mamalá» suspiró y aún lagrimeó de contenta. Una sirvientita, de las más ladinas, de los Somellera, preparábase para trasladar a la casa de Sánchez un gran ramo de flores, cortadas personalmente en el jardín familiar por misia Josefa, madre de Candelaria, y a ella se le encomendó la transmisión del recado.

— ¡Corre, corre!... — díjole «Mamalá». — La criadita corrió con su ramo de flores las cuadras que distaba de su casa la de Mariquita, en la calle del Empedrado. Al llegar, encontró la casona animada por los preparativos de la boda, con la puerta poblada por una nube de chiquillería y de pordioseros. En la cancela batió palmas dos o tres veces, para que repararan en ella. Por fin, vino la misma Engracia, ya derrengada por el cansancio. Preguntóle por la niña. Mariquita estaba en su habitación; no había aparecido en toda la mañana por ninguno de los patios, encerrada, sin desear ver a nadie, igual que un condenado que espera el momento de que lo quiten de la vida y aprovecha sus minutos para estar solo consigo mismo.

La criadita de los Somellera dió entonces, en voz baja y apresurada, tal cual *habíanselo dicho*, el mensaje a la Engracia, y ésta se perdió, ya olvidada de su cansancio, corriendo, por una de las muchas puertas que daban al primer patio de la casa.

En espera de alguna respuesta quedóse la mensajera, husmeando cuanto pudo y se admiró boquiabierta de los preparativos que se efectuaban.

Un verdadero regimiento de negros y negras iba y venía con toda la presteza posible. La Magdalena ordenaba a gritos en el patio, en el fondo, junto al aljibe o en la sala, se podía decir que a un mismo tiempo, tan ligera andaba de

(1) Doña Candelaria Somellera de Espinosa.

un extremo a otro. En el espacioso salón, cuyas ventanas daban a la calle, don Cecilio cooperaba concienzudamente al acomodo de los sillones de brocado amarillo, de una cortina o cenefa de igual color, vigilando con ojo difícil de contentar la frotación que con una badana, daba resoplando un negro grandote al piano de cola, y una china petiza a la dorada arpa.

La criadita Lucila se asomó por una de las puertas a la sala. No era para ella cosa desconocida la tapizada y enorme habitación. Sin embargo, se admiró de ella. Del centro del techo pendía una araña de plata bruñida, magnífica; los abundantes floreros rebosaban ya de flores; los grandes espejos venecianos reproducían interminablemente las figuras y los muebles y la gran chimenea, traída expresamente para los Sánchez, de París, aquella chimenea, de la que habíase hablado tanto, muy oronda parecía esperar presidir los minuets y contradanzas que hasta sesenta parejas llegarían a bailar allí aquella noche...

Mariquita, en su alcoba, apretaba fuertemente sus párpados para no llorar más. Horas hacía que se esforzaba por parecer serena, al punto que los mismos padres creyeron disipada la nube de lo que ellos llamaban el «capricho» y no cesaban de alabar tanto la feliz ocurrencia de hacer enviar a Martín a Montevideo, como el lento trabajo de las Hermanas de la Merced y del confesor, el Padre Rafael, que no tenía rival en eso de encarrilar a las buenas ovejitas que les «daba la tarántula» por poner sus ojos y su corazón donde no debieran...

La noticia que le dió Engracia a Mariquita no pareció ni sorprenderla ni admirarla. Estúvose un buen espacio de tiempo con la mirada fija, sin ver nada, cejijunta, con una expresión de dureza, de agresividad, en su semblante de niña apenas entrada en la mocedad. La china respetó su silencio sin alcanzar a comprenderlo. Para ella, la anunciada respuesta del señor virrey no podía ser sino favorable, pues no cabía en su mente de que el representante del lejano y todopoderoso monarca fallara estos pleitos de manera injusta. ¿Había, acaso, entre cuantas cuestiones se le llevaran a dilucidar, alguna que fuese más clara, más nítida, que ésta de la amita Mariquita, a quien queríase unir con un hombre tan poco simpático como el capitán, estando prendada de un hombre tan gentil como el alférez? No la había y era de todos modos imposible que el señor del Pino permitiera la herejía... La amita — diría él — debe dar su manecita al señor don Martín...

Todo eso bullíale en el cerebro a la Engracia mientras aguardaba una respuesta de María. Esta, a su turno, experimentaba en su interior el encuentro de diversas ideas. Estaba como su criada, bien persuadida de la justicia de su causa; una inexplicable voz interior veníale diciendo que no se uniría ante el altar con don Diego, que llegaría a ser la esposa de Martín, que su destino era ese y no otro alguno, pese a los deseos de sus padres, pero al mismo tiempo dudaba de la ayuda del virrey, no creía mucho en su intervención oportuna para evitar la boda, temblaba por culpa de aquella vieja y honda amistad de su padre con él, que acaso fuese bastante para torcer todas las varas de la justicia, en favor de una pretensión que para ella era la muerte...

Pasaron minutos. Del patio llegaban a la alcoba los rumores del ir y venir de gentes en las tareas comenzadas con el alba. De vez en vez, la atiplada voz de doña Magdalena, hendía la casa como un clarín y tras de ella un ruido de pasos ligeros, de pies descalzos que corrían.

Una angustiosa sensación íbase apoderando de Mariquita. Ella era de ánimo fuerte, bien lo sabía. Había heredado de don Cecilio su voluntad inteligente, de doña Magdalena su inflexible resistencia para llevar hasta el fin todo propósito. Además, cultivado su espíritu por abundantes lecturas, escogidas y recomendadas por el mismo padre, habíase abierto hacia más dilatados horizontes que el abarcado por la generalidad de las niñas de su edad. Naciale de ahí un como brote de rebeldía que doña Magdalena observara, pero sin tiempo ya para cortarlo. Ninguna — Mariquita estaba convencida de ello — ninguna de sus amiguitas hubiérase atrevido a desoir a sus padres. Casaban con quien les ordenaran, si así era la voluntasd de lo mayores, aunque fuera en la obediencia la infelicidad de toda la vida. Pero ella... pero ella no.

Sus reflexiones terminaron con aquella sílaba, que casi salió cortante de entre sus labios: ¡No!... Y con ella, regresó a la realidad.

— Dile a Lucila que se vaya corriendo y le diga a «Mamalá» que la espero... o no, mejor, veste tú con Lucila y díceselo. Que se venga, que la necesito...

Engracia salió más que ligera. Mariquita se abandonó sobre una silla y quedó mirando la estampa de una Dolorosa que pendía en el testero de su cama. El semblante de la virgen, obscurecido, apenas vivía por el lastimoso mirar hacia arriba de sus ojos mojados en lágrimas. La boca, desteñida, se contraía ligeramente, dolorosamente... Y sus dos manos liliales se estiraban, unidas como en una imploración al cielo...

Años hacía que aquella estampa estaba allí, mucho que Mariquita la conocía, que la miraba al rezar, pero nunca, nunca habíala ella visto como en aquel momento....

Suspiró. Experimentaba otra vez deseos de llorar su desdicha. Volvió a contemplar la estampa de la Dolorosa. En su lugar vió la cara de Martín... Apresuradamente cerró sus párpados.

En el patio oyóse otro grito agudo de doña Magdalena, llamando al esclavo Benito.

Al filo de las once todo estaba listo; las cosas en su sitio; la servidumbre sudorosa y endomingada; la casa colmada de invitados de los más íntimos. Su nómina sería extensa.

Lo más íntimo de la casa de Sánchez eran las mejores y principales familias de la virreinal ciudad de Buenos Aires, y estaban todas, menos la del excelentísimo señor don Joaquín del Pino, a la que se le aguardaba...

Las gentes llenaban la sala, el comedor, el primer patio. En la habitación contigua a la sala estaba María, hermoseada por la blancura de su regio vestido, aunque empalidecida al extremo, al lado de «Mamalá» y de Magdalena Castro, sus amigas mejores; el capitán don Diego del Arco, rejuvenecido bajo su flamante y curuscante uñiforme, enrojecido de emoción, atusando a cada instante las guías del bigote; don Cecilio y su esposa, saltarines de regocijo, repitiendo «in mente» frases galanas con que retribuír las felicitaciones de los amigos...

En el patio, bajo el gran duraznero central, bellas parejas parloteaban animadas por el ambiente, jubiloso de sol, cargado de aromas...

El amplio zaguán estaba defendido de los chiquillos de la calle y de los abundantes pordioseros por el negro Benito. Por entre todos ellos se abrió paso un majestuoso togado que preguntó, con recia voz, por el amo

de la casa. Lo introdujeron en la sala. Allí, el ministro saludó con una larga inclinación de medio cuerpo a los presentes y, distinguiendo a don Cecilio, que salía a su encuentro, se apartó con él para decirle bien escasas palabras.

«Mamalá» lo vió desde la habitación en que estaban y explotó de alegría. Abrazó y besó sonoramente a Mariquita. Esta apoyó dulcemente su cabeza sobre el hombro de la amiga, vencida por la emoción. Los circunstantes quedáronse sorprendidos. En seguida vieron venir al señor Sánchez y al desconocido recién llegado, hacia el grupo que rodeaba la novia. Se hizo un silencio total. Don Cecilio, un poco trémulo, encaróse con su hija y le dijo:

— Mariquita: el señor, — y señaló al solemne y enlutado aguafiestas, — enviado por el excelentísimo señor virrey, desea oir de tus labios tu voluntad en unirte en casamiento con el capitán don Diego...

El ministro avanzó un paso con resolución militar, y ratificó aquellas palabras con la sola diferencia de que puso en las suyas una mayor solemnidad. Mariquita creyó morir. Las piernas se resistían a sostenerla, se le nublaba la vista, pero estaba allí «Mamalá» y Magdalena Castro para sostenerla y empujarla. «Ahora, ahora o nunca», sintió María que le advertía aquella voz interior que venía escuchando, como si fuera un eco de su esperanza. ¡Ahora!, y se irguió, sonriendo. Con vocecilla lo más segura que pudo, respondió, dirigiéndose al enviado del virrey:

— Mi elegido, señor, no es el capitán don Diego del Arco, sino el alférez de la Real Armada don Martín Thompson; mi voluntad, señor, es dar mi mano a don Martín y así lo he dicho al virrey y así os lo repito para que tengáis a bien volver a decírselo...

Iba a proseguir, pero no le fué posible. El ánimo volvió a caer, y, refugiando su cabecita en los brazos de «Mamalá», desahogó su pena en llanto...

Quedáronse los invitados de una pieza. Don Diego enrojeció inverosímilmente, doña Magdalena cayó en soponcio, y en tanto que el enviado por el señor del Pino parlamentaba «sotto voce» con don Cecilio, las chinitas, Benito, las cocineras, atraídas por la nueva, estallaban de risa...

La Engracia, procurando no ser vista corrió hacia el fondo de la casa.. Llevaba los brazos en alto, y un cosquilleo inusitado en las piernas. En su pieza ardía una vela frente a una antigua estampita de la Concepción. Ante ella se arrodilló y toda temblorosa comenzó a darle gracias. No pudo decir muchas palabras, tartamuda de emoción. Entonces, rezó una Salve...

Aquella noche no ardió la magnífica araña de plata bruñida que pendía del techo en el centro de la gran sala de la casa de los Sánchez. Todo en ella fué silencio, desde temprano. Mariquita, encerrada bajo llave en su dormitorio con la Engracia, sentada en una estera a sus pies, movía la pluma febrilmente, llenando pliegos y más pliegos de una carta destinada al alférez desterrado en Montevideo. Doña Magdalena, en su aposento, rompía hasta tres pañuelos con sus dientes filudos, y el señor, en su despacho, esforzábase por distraer el ánimo hojeando un viejo libraco que contenía algunas obras del padre Juan Eusebio Nieremberg. Al azar, una de sus páginas púsoie ante sus ojos estas líneas de los «Dictámenes», ya señaladas anteriormente por pertinentes cruces: «*Si te acuerdas que eres hombre, no te parecerán nuevas tus calamidades, y si atiendes las ajenas, no te parecerán grandes las tuyas...*» Instantes después, tornaron sus ojos a leer: «*Decir mal es bajeza: decir bien, bondad: decir la verdad, nobleza: callar a su tiempo, cordura: hablar sin él, necedad: callar cuando se ha de hablar, cobardía...*» Estas palabras pusiéronle en el ánimo conformadora dulcedumbre. Por ellas fué acaso el primero de todos en perdonar.

II

TODO lo anterior, relato mucho más real que imaginado, acaeció el primer año del siglo XIX. Cuando reanudamos el hilo de nuestra historia van ya corridos algo más de seis meses del año de 1804... Había pasado a mejor vida don Cecilio Sánchez de Velazco; hasta el último instante de su existencia correcto caballero, buen cristiano, amigo de conversar mesuradamente con hombres de respeto, en especial con clérigos y en particular manera con el padre definidor de Santo Domingo, pero sin querer otorgar consentimiento para que su única hija casara con el elegido de su corazón, el alférez Thompson, aunque la perdonó y bendijo, cuando ya el espíritu íbasele a suspiros de este bajo mundo. Quedó doña Magdalena, algo más afilada de semblante y de timbre de voz, vistiendo sus tocas de viuda por segunda vez, firme en sus trece, fiel cumplidora de la voluntad del difunto, empeñada amiga de llevar a término sus propios deseos, con una resolución que apuntalaba de firme su necesaria intervención en los negocios dejados de manera imprevista por el jefe desaparecido...

Del alférez ella sabía bien poca cosa, aunque sospechara algo más. En tres años largos — y cómo se vivían lentamente, paladeándolos, estos días de la ciudad virreinal — Martín no apareció por Buenos Aires más que una vez, y eso por bien escasos días, pues a ella aún le sobraban recursos e influencias para alejar al molesto abejorro mucho más lejos de lo que él quisiera. A la península, nada menos, hízolo ella viajar, «por bajo cuerda», en cumplimiento de no sabemos cuáles órdenes superiores que obtuvo del señor virrey. Y aquel viaje se dilató tiempo sobrado como para hacerle creer a la terca señora que no quedaba encendida ni una brasa de aquel amorío. No fué así, empero. La ausencia avivó el fuego en lugar de apagarlo, conforme a la sabia copla, y cuando don Martín regresó a Buenos Aires, después de una estada de un mes o dos en Montevideo, por razones de servicio, traía, si no mayor, por lo menos la misma resolución de siempre: casar con Mariquita, con el agravante de que esta vez el enamorado galán veníase dispuesto a dar la batalla definitiva.

Una larga correspondencia, mantenida a través de todos los obstáculos por los novios, ayudado por la buena «Mamalá» y la fiel Engracia, había dado por dilucidada toda cuestión que pudiera plantearse y acordado entre ambos el modo de quebrar el ya inaguantable empecinamiento de la madre de Mariquita...

El alférez Thompson llegó en la mañana de un 4 de julio a nuestras playas y la misma tarde visitó la casa de Somellera, en requerimiento de «Mamalá». No la halló. En compañía de la Castro habíase cruzado hasta San Ignacio para arreglar un altar. Allí estaban ellas, con el cura de la parroquia, el doctor Felipe Elortondo y Palacio, quien a su turno puso su granito de buena voluntad en ayuda de aquella pareja de enamorados. Terminado, un poco apresuradamente, el acomodo del santo y de sus flores, regresaron todos a la casa y allí, ya entrada la noche, hicieron tertulia en la sala hasta que don Felipe dióse a revolver con su colega el cura de San Miguel, Benito Somellera, hermano de Candelaria, viejos latines, a los que eran muy afectos. Pudieron entonces, Martín, «Mamalá» y Magdalena Castro dar los últimos toques al proyecto planeado por el alférez en sus largas vigilias en el mar y que habría de comenzar a poner en práctica sin perder minuto.

Así fué. Al otro día entró Martín en casa del escribano de su Ma estad y de la Superintendencia general y Junta superior de Real Hacienda». Don Pedro de Velazco conversó con él, media hora, de las largas, y quedaron pronto convenidos en lo que era necesario hacer. Don Pedro, aquella misma noche, farol en mano y bien envuelto en su capa, anduvo las dos cuadras que lo separaban de la calle del Empedrado y se anunció en casa de Magdalena Trillo. A la hora, cuando abandonó el umbral de aquella morada estaba Martín en la obscura bocacalle esperándolo, para recibir de su boca las ansiadas noticias.

— ¡Nada, nada!... — dijo don Pedro a media voz.

— Nada... La señora se mantuvo firme en su negativa...

Y mientras andaban, le fué explicando al atribulado galán de Mariquita.

El recibimiento que le deparara la viuda de Sánchez fué de los más solemnes. En la gran sala, abundante de luminaria, lo atendió muy seria, muy atenta, pero con una actitud de bien pocos amigos. ¡Vaya una dama! ¡Pobre don Cecilio! ¡Que Dios tenga en la gloria! —¿Qué desea vuestra merced de mí, señor de Velazco? — ¡Malo, malo!... Pues esto, dijo él, sin titubear y con no menos empaque, conforme correspondía a un escribano de su ma estad en misión de su oficio. Por pedido del alférez don Martín Thompson iba a que prestase su consentimiento al casamiento intentado con su hija María de los Santos, según así se lo había dicho el confesor de ésta, fray Cayetano... Contra lo que don Pedro esperaba, la señora lo dejó hablar, despacharse a gusto, como si todo lo que decía no la inquietara, no la molestara en lo más mínimo. Cuando el señor de Velazco dió por finalizada su explicación, se estuvo ella varios minutos contemplando el arpa que en un extremo de la sala estaba, y después, con la boca medio cerrada, le dijo:

— Todo cuanto vuestra merced me dice es cierto, pero mi contestación sobre este asunto no la he de poder dar hasta no consultar con mi abogado...

Pidióle entonces el escribano que le diera esa respuesta en un boleto firmado por su mano, para constancia. Así lo prometió ella y con eso quedó acabada la visita. Al salir de la sala don Pedro, díjole ella, entre enojada y risueña:

— ¿Con que ya tenemos otra vez por acá a esa buena pieza de Martín?... ¡Pues, está bueno!... Dígale, dígale vuestra merced, señor de Velazco, que no se casará Mariquita con él, así me lo pida el Cristo... ¡Y que Dios me perdone!...

Al otro día recibió el escribano de su majestad el boleto firmado por mano de doña Magdalena Trillo. Cuando lo leyó don Martín, temblábale el pulso, se ignora si de emoción o de coraje, pues esto no lo tienen averiguado los cronistas. El boleto decía:

«Que aunque no rehuso que mi hija se case, sino »que antes lo deseo, pero mirando por su bien y por »el mío, como debo, no puedo convenir gustosa en »que lo haga con don Martín Thompson, pues basta »que su padre, que tanto juicio y conocimientos te»nía y tanto la amaba como hija única, lo haya re»husado en vida, y además de eso, siendo Thompson »pariente bastante inmediato, sin las cualidades que »se requieren para la dirección y gobierno de mi casa »de comercio, por no habérsele dado esta enseñanza »y oponerse a su profesión de militar, conozco que no »pueden resultar de este enlace las consecuencias »que deben ser inseparables de un matrimonio cris»tiano, para que entre padres e hijos haya la buena »armonía que deben consultarse principalmente, »a fin de evitar el escándalo y ruina de las familias, »que tantó se oponen a los santos fines del matrimonio.»

Y con tal boleto, una constancia del escribano, un escrito de Thompson y una declaración de Mariquita, se inició ante el excelentísimo señor virrey, marqués de Sobremonte, el juicio de disenso, que tanta y tan substanciosa comidilla ofreció a las reuniones efectuadas aquel año en casas, atrios, sacristías, mercados y pulperías de la muy tranquila ciudad de Buenos Aires.



Estaban de tertulia en lo de Somellera, el cura de San Ignacio, el de San Miguel y María Mercedes Coronel, la joven esposa de Viamonte, doña Bernardina Chavarría, doña Francisca Silveira de Ibarrola y la infaltable doña Magdalena Castro. La conversación giraba exclusivamente alrededor del juicio entablado por el alférez Thompson a la viuda de Sánchez y sobre la ausencia de ella y de Mariquita a todas las tertulias, como si aquello hubiera renovado en su casa el luto apenas alivianado por la muerte de don Cecilio.

«Mamalá», naturalmente, como la mejor informada de cuanto ocurría, era la que más gasto hacía en la cháchara, que ella acertaba a hacer amena, con tal cual granillo de sal y de pimienta, de las más refinadas y escogidas.

Por ella se enteraban los demás de cómo marchaba el juicio, cómo palmoteaba de alegría Mariquita cada vez que se enteraba de alguna resolución por la que se pudiera suponer un éxito final; cómo se molestaba y mordía moqueros la empecinada doña Magdalena, cómo iba y venía el alférez...

— Pero, ¿por qué no se persuade doña Magdalena — decía el padre Benito — de que ningún motivo la asiste para negar su

consentimiento a la realización de esa boda?

— Eso digo yo — afirmaban las damas.

Y entonces «Mamalá» explicaba por centésima vez las razones de la madre de Mariquita: Thompson no es el esposo que Mariquita necesita. Si a ella se le pasara el tiempo o le faltaran pretendientes, no se opondría a que casara, aunque fuera con Thompson, pero habiendo quién la pretende, de las cualidades necesarias, ¿qué magistrado prudente —preguntaba ella— podría estrecharla a que dé su consentimirento? — «Pues qué — ha puesto en un escrito, según relato de Thompson — no hay más, si no por que una joven incauta como Marica se deje prender en los lazos de un pretendiente artificioso para que los padres quieran que no quieran, convengan en que se casen, y el pretendiente entre a manejar su caudal...»

— Eso, eso... por ahí, por ahí — interrumpió el padre Felipe — entre a manejar su caudal, para que se regale y viva, y los nietos, si no la misma hija, perezcan...

— Exageradillo paréceme eso — volvió a decir el cura de San Ignacio.

— Además — continuó «Mamalá» — se pregunta misia Magdalena: «¿Entre todos los hombres del mundo, sólo Thompson agrada a mi hija? ¿Sólo con él puede asegurar su salvación? ¡Vaya! Ese era, según ella, el garfio de que comúnmente se valen las hijas de familia mal impuestas de la religión para arrancar el consentimiento a los padres. Pero los que, como ella, estaban ya en el otoño...

— Y viuda por segunda vez — mechó la de Castro...

—Saben y conocen bien que todo eso no es verdad, y aquí usa misia Magdalena unas palabras muy hermosas... Después agrega que Mariquita caerá en pecado mortal por desobedecerla...

Todos sonrieron, aún los mismos sacerdotes presentes. Uno de ellos dijo luego:

— Lo que más ha de afligir a mi señora misia Magdalena no será eso, sino lo otro, lo del caudal... Tengo entendido que tachó a don Martín por inepto, muy a propósito para la carrera que sigue, pero no para correr con los negocios de los Sánchez. ¡Vaya uno a saber!... Según opinión de ella, don Martín no querrá más que pasear y gastar. Así entiende ella que son todos los marinos...

— Pues en contestación a eso — le respondió la de Castro — don Martín ha presentado un escrito... ¿Cómo es «Mamalá»?... Un escrito, para que sin intervención, sin consentimiento de la madre, pueda Mariquita casarse...

— Y así será — arguyó don Felipe — pues puede suplirse la autoridad de los padres, según una real pragmática, de no recuerdo cuándo... No existe causa alguna que imposibilite esa boda. Creo que, al menos por esta vez, misia Magdalena pierde...



No habían transcurridos muchos días. Los juicios por aquella época, dígase lo que se quiera, fallábanse con tanto o más acierto que ahora, pero indudablemente más presto. El juicio de disenso lo inició don Martín el 7 de julio y, apurados los trámites, el 20 del mismo mes rubricaba el excelentísimo señor virrey el penúltimo pliego del legajo, que decía:

«Vistos, y atendiendo a que por parte de doña »Magdalena Trillo no se ha expuesto causa alguna »justa y racional, que sea capaz de impedir por de»recho la celebración del matrimonio que intenta »contraer con el alférez de fragata don Martín Tomp»son, su hija menor, doña María de los Santos Sán»chez y Trillo: se la suple de oficio, por este superior »gobierno, el asenso o consentimiento que al efecto »se requiere, por la real pragmática de la materia; »y dándose al mencionado Thompson el correspon»diente certificado, con inserción de este auto suple»torio, para que acuda a impetrar la Real Licencia »por los conductos que previene la Real ordenanza, »como también por una sola vez el tes»timonio que pidan los interesados. — »Archívese y resérvese el proceso en la »oficina del actuario.»



Un año y nueve días después, pusiéronse los amantes frente al reverendo padre jubilado Fray Cayetano Rodíguez, y éste les dió su bendición. «Mamalá también los bendijo... y la negra Engracia, que había vivido hora a hora todas las penas y las tribulaciones de su amita, besó las manos de ambos y se quedó a sus pies... ¿Cuántos seres vendrían al mundo a multiplicar aquella gentil pareja?... Andando los días, cinco. Para ellos ofrecía sus brazos la buena Engracia, con un cariño que le nacía en la entraña... Si fué ella quien tuvo en sus brazos casi de ébano el blanco cuerpecillo de Mariquita, desde su primer día, ¿no había de ser ella misma quien, levantara, acunara, paseara a sus hijos?... Tal pregunta, en realidad, no la formularon nunca los labios un poquito trompudos de la Engracia, pero Mariquita la adivinó en sus grandes ojos de mirar bovino y:

— Engracia se quedará con nosotros, ¿verdad, Martín? — dijo.

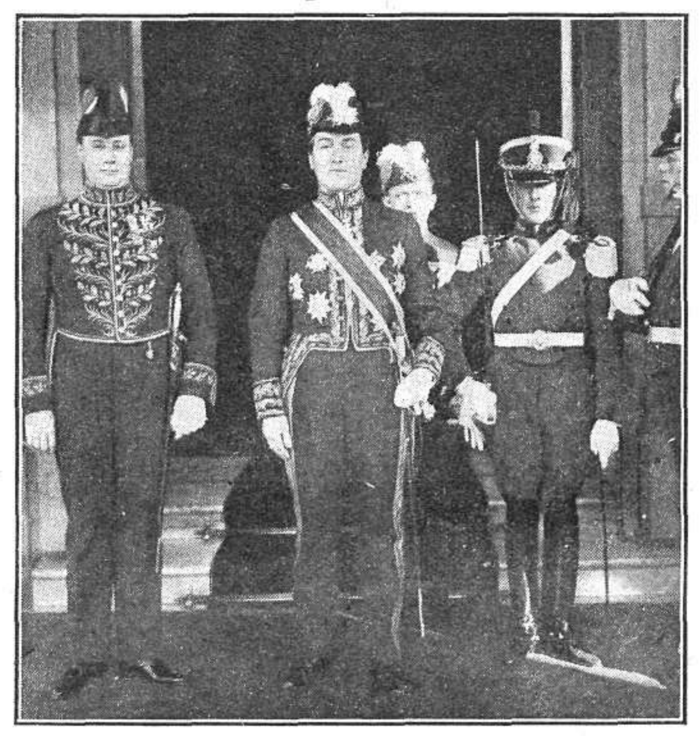
Martín asintió con la cabeza. Luego miró a la negra. Recordó cuánto habíales servido y, acercándose, la golpeó cariñosamente la espalda y puso en sus arrugadas manoplas de palmas rosadas, una moneda de oro...



Murió Thompson el año 17, en el mar, cuando regresaba de Estados Unidos, donde fuera en misión diplomática. Un año después murió la negra Engracia. En su petaca se encontró atada a un gran pañuelo de seda a cuadros, aquella moneda de oro...

DIBUJOS DE BESARES

Diplomática



El nuevo Ministro de Italia don Luis Aldorrandi Marescotti, al retirarse de la Casa Rosada después de la solemne ceremonia a que dió lugar la presentación de credenciales que lo acreditan como tal. El numeroso público congregado frente a la terraza de acceso a las dependencias presidenciales, tributó al distinguido diplomático una calurosa manifestación de aprecio.

CUANDO SE DICE...

Cuando se dice que la vida es buena, como cuando se dice que es mala, se habla sin ton ni son. Es necesario suponerla buena y mala a la vez, porque sólo en ella y por ella percibimos la sensación de lo bueno y lo malo. Lo cierto es que la vida resulta deliciosa, horrible, encantadora, espantosa, dulce, amarga; y para nosotros lo es todo. Es algo semejante al arlequín del bondadoso Florián. Uno la ve roja, otro la ve azul, y ambos dicen la verdad, porque es azul, es roja, y de todos los colores. Esta idea nos pondría de acuerdo a todos y reconciliaría a los filósofos que se devoran entre sí; pero es tal nuestra condición, que nos proponemos obligar a los demás a que sientan y piensen como nosotros, y no consentimos a nuestro prójimo que se alegre cuando estamos tristes.

ANATOLIO FRANCE

— La aspiración humana a poseer un refugio, guardado de las hostilidades ajenas y propicio a la defensa de los seres amados, a quienes puede sobrecoger la adversidad, no puede ser más noble.

A. ZOZAYA.

Festival filantrópico



Parte de la distinguida concurrencia que acudió a los salones del Savoy Hotel donde se celebró el primer te danzante organizado por la Asociación de Nuestra Señora de Luján, con el fin de allegar fondos para la construcción de un Asilo para niñas, en la Parroquia de Flores.

EXPERIMENTO DERMATOLÓGICO

Dícese que un médico norteamericano, el doctor Max Staller, ha realizado un notable descubrimiento que, si es verdad lo que se refiere, está llamado a un importante papel en la cirugía.

El doctor mencionado ha declarado que en lo sucesivo, será posible usar la membrana que, además de la cáscara, envuelve los huevos de gallina, en substitución de la piel humana.

Especialmente en los casos de injertos humanos, esa membrana vendría a resolver un problema, ya que, merced a ella, no sería en adelante necesario arrancar la piel de nadie para practicar esa clase de operaciones quirúrgicas.

La membrana de los huevos no es en realidad otra cosa que la piel en estado embrionario, según el doctor Max Staller, afirma, que contiene células en un todo semejantes a las células humanas.

Cuando la membrana aludida se coloca en la superficie de cualquier parte del cuerpo humano, donde se haya producido una quemadura, las células que la propia membrana contiene se multiplican.

De ese modo, la membrana en cuestión va extendiéndose hasta unirse a la parte de la piel humana que no haya sido destruída por la quemadura que se trata de curar.

El primer experimento se ha llevado a cabo en una mujer que sufrió graves y extensas quemaduras en el cuerpo, y para la cual nadie quiso dar un pedazo de piel sana.

Entonces el doctor Max Staller se procuró unas docenas de huevos frescos y de ellos extrajo las membranas, aplicándolas a las heridas de la paciente, en la forma acostumbrada en los casos de injerto, sin más diferencia que la de substituír las membranas de los huevos por la piel humana. El experimento ha tenido un éxito completo.



para consagrar y difundir
la fórmula del más exquisito

COCKTAIL a base de

HESPERIDINA

el aperitivo único.

Correspondiendo a la predilección, cada día mayor, que el público acuerda a los "cocktail" preparados con esta exquisita bebida nacional, M. S. BAGLEY y Cía. Lda. instituyen 10 importantes recompensas para distribuirlas entre los Señores Cockteleros de todo el país, que cooperen en la creación de una fórmula merecedora de ser considerada como la del "cocktail" más delicioso que pueda combinarse a base de HESPERIDINA.

A tal objeto se establecen los premios siguientes:

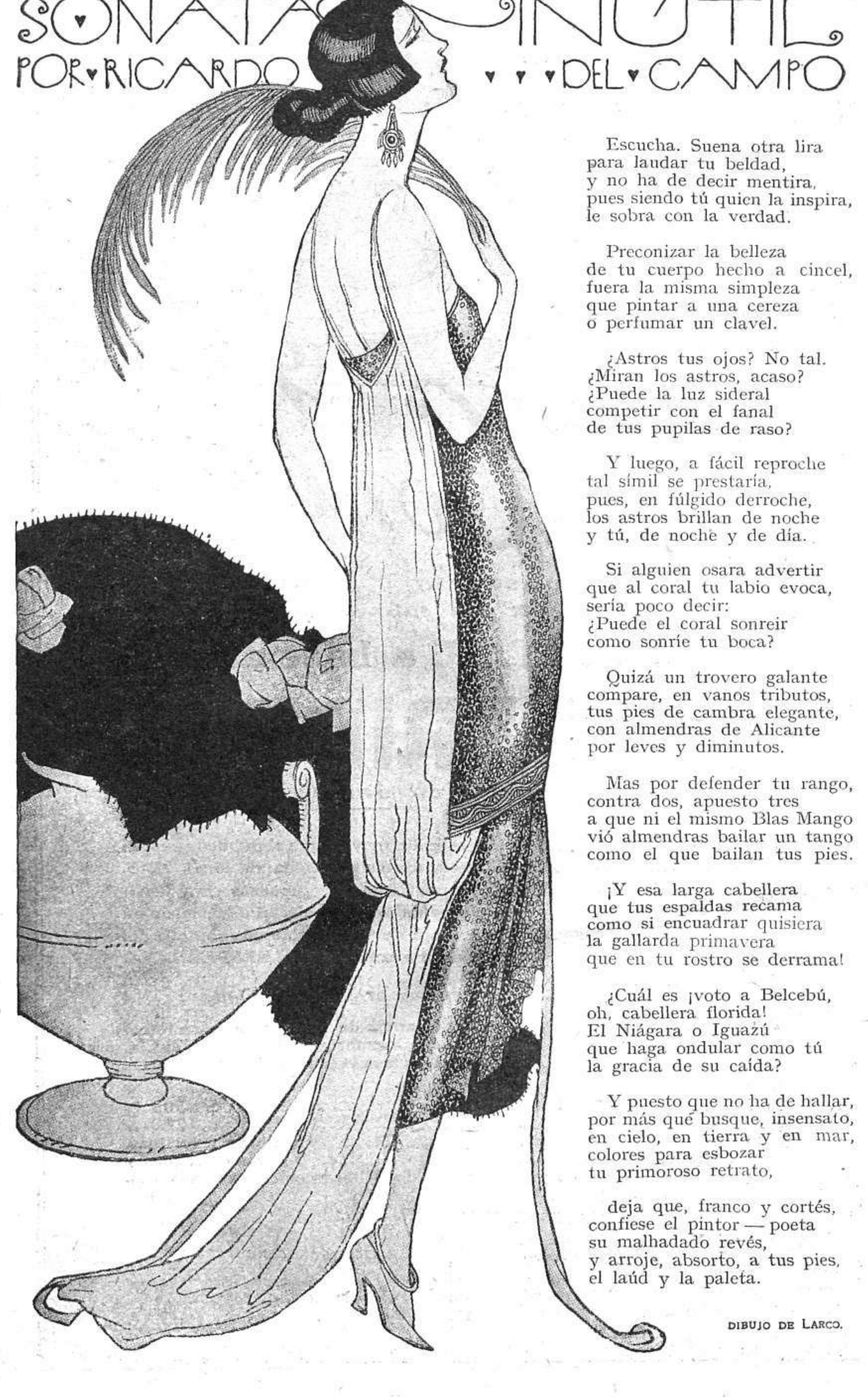
$ 1.000 m/n al autor de la fórmula que a juicio del Directorio de M. S. BAGLEY y Cía. Lda. sea la del mejor "cocktail".

A las fórmulas que sigan en orden de mérito a la del primer premio:

2.° PREMIO .... $ 500 m/n
3er. „ .... „ 200 „
4.° „ .... 5 libras esterlinas.
5.° „ .... 3 libras esterlinas y
Cinco premios más de 2 libras esterlinas cada uno.

CRUZ ROJA ARGENTINA
SEMANA DE MAYO
Conscripcion de Socios

Solicite las condiciones generales del concurso a AVENIDA DE MAYO, 580, primer piso, por carta o personalmente.



SONATA INÚTIL

POR RICARDO DEL CAMPO

Escucha. Suena otra lira
para laudar tu beldad,
y no ha de decir mentira,
pues siendo tú quien la inspira,
le sobra con la verdad.

Preconizar la belleza
de tu cuerpo hecho a cincel,
fuera la misma simpleza
que pintar a una cereza
ó perfumar un clavel.

¿Astros tus ojos? No tal.
¿Miran los astros, acaso?
¿Puede la luz sideral
competir con el fanal
de tus pupilas de raso?

Y luego, a fácil reproche
tal símil se prestaría,
pues, en fúlgido derroche,
los astros brillan de noche
y tú, de noche y de día.

Si alguien osara advertir
que al coral tu labio evoca,
sería poco decir:
¿Puede el coral sonreir
como sonríe tu boca?

Quizá un trovero galante
compare, en vanos tributos,
tus pies de cambra elegante,
con almendras de Alicante
por leves y diminutos.

Mas por defender tu rango,
contra dos, apuesto tres
a que ni el mismo Blas Mango
vió almendras bailar un tango
como el que bailan tus pies.

¡Y esa larga cabellera
que tus espaldas recama
como si encuadrar quisiera
la gallarda primavera
que en tu rostro se derrama!

¿Cuál es ¡voto a Belcebú,
oh, cabellera florida!
El Niágara o Iguazú
que haga ondular como tú
la gracia de su caída?

Y puesto que no ha de hallar,
por más qué busque, insensato,
en cielo, en tierra y en mar,
colores para esbozar
tu primoroso retrato,

deja que, franco y cortés,
confiese el pintor — poeta
su malhadado revés,
y arroje, absorto, a tus pies,
el laúd y la paleta.

DIBUJO DE LARCO.

DUO GARDEL-RAZZANO

DOS DISCOS. POR C. GARDEL, CON LOS EXITOS DEL DIA-







DISCOS DOBLES NACIONAL

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA Y LOS EXITOS DE MAYOR ACTUALIDAD

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Discos dobles NACIONAL de 25 cms. a $ 3.25

18097 { **IL PICCOLO NAVIO.** Tango. (Solo Gardel). Caruso - Ricardi.
Yo tuyo soy, Tuyo es mi amor. Vidalita. (Solo Gardel). Caruso-Canaro.

18098 { **TALAN... TALAN...** Tango. (Solo Gardel). Vacarezza-Delfino.
Adiós que te vaya bien. Zamba. (Solo Gardel). Vacarezza-Delfino.

ORQUESTA TIPICA ROBERTO FIRPO

Discos dobles NACIONAL de 25 cms. a $ 3.00

6254 { **Chau-Chita.** Tango. Elío Rietti.
Añoranzas. Vals. Elío Rietti.

6255 { **Siga la Danza.** Tango. A. B. Fernández.
Alma de Milonga. Tango. S. Grupillo.

GIACOMO LAURI VOLPI

Discos dobles NACIONAL de 25 cms. a $ 5.00

(Tenor, con acompañamiento de gran orquesta)

2049 { **Tosca.** E lucevan le stelle. (Acto III). G. Puccini.
Mefistófele. Ciunto sul passo estremo. (Epílogo). A. Boito.

ORQUESTA TIPICA FRANCISCO CANARO

Discos dobles NACIONAL de 25 cms. a $ 3.00

6975 { **Evocación.** Tango. L. R. Thompson.
Sombras... Tango. F. Pracánico.

6976 { **Olga.** Vals. Francisco Peña.
Qué Chiche. Tango. A. Spátola.

ORQUESTA TIPICA PACHO. (Juan Maglio)

7420 { **Muchachita.** Tango. E. Delfino.
Sillón de Oro. Tango con serrucho. Alfaro- Castillo.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band

8024 { **Quiero tus Besos.** Shimmy. Pugliese.
Mi Gitana. Pasodoble. A. G. del Barrio.

SECCION FOTOGRAFIA

MAQUINAS, PLACAS, PELICULAS, PAPELES, DROGAS Y ACCESORIOS EN GENERAL

REVELACION Y COPIAS EN 6 HORAS
PROCEDIMIENTO UNIVERSAL EXCLUSIVO



Escuela Superior Comercial de Mujeres



La vicedirectora, señora Zulema M. de Liddle, y la profesora señora Alicia B. Guillot, rodeadas por las alumnas del curso de Teneduría de Libros que han obtenido recientemente sus diplomas, señoritas F. Garazo, L. Maciá, A. Varela, L. Lerman y Alcázar, D. Ruiz y V. Condoleo.

ESTOY PERSUADIDO...

Estoy persuadido de que la humanidad, en todos los tiempos, dispone para sus derroches de la misma locura y de la misma estupidez. Es un capital que debe fructificar de una manera o de otra. El asunto consiste en saber si, después de todo, las insensateces consagradas por el tiempo, constituyen el mejor empleo que un hombre pueda dar a su ignorancia. Lejos de alegrarme cuando veo desaparecer algún viejo error, me preocupa el error nuevo que lo reemplazará, y me pregunto con inquietud, si puede ser más molesto o más dañino que el otro. Si se medita acerca de ello, se deduce que los viejos prejuicios son menos calamitosos que los nuevos. El tiempo los desgasta, los pule y los hace casi inocentes.

ANATOLIO FRANCE

—La propiedad, para los gobernantes, es un crimen; pero entiéndase bien; la pequeña; en cuanto a la grande, es harina de otra sociología.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838

SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 192
En cabritilla charolada, en gum metal negro o color, con cordones o botones caña de gabardina gris, beige claro, beige obscuro y becerro mate,

$ 14.90



MODELO N.° 188
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro liso o picado, con cordones o botones,

$ 14.90



$ 14.90

MODELO N.° 58
Botín o zapato con puntera o bigotera. En anca de potro negro, gum metal negro o color, todo cosido alrededor, doble suela.



$ 14.90

MODELO N.° 59
En gum metal negro o color, doble suela, gran moda.



MODELO N.° 158
En gamuza negra, gris y marrón. En cabritilla negra, color sangre, marrón o charolada,

$ 14.90



MODELO N.° 201
En gamuza negra, color sangre. En cabritilla color sangre, marrón, negra o charolada,

$ 14.90



MODELO N.° 218
En cabritilla color sangre, negra o charolada negra. En gamuza negra o marrón, En piel de cocodrilo color sangre,

$ 14.90



MODELO N.° 226
En cabritilla charolada, negra o charolada color sangre. En cabritilla marrón o color sangre. En gamuza negra, marrón o blanca En piel de seda negra,

$ 14.90

Nuestra organización industrial y comercial y nuestros recursos nos permiten ofrecer por este precio lo mejor que puede fabricarse en calzado.

Demostración



El señor Germán Bautista Martín, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos, con motivo de su próximo viaje al extranjero.

CONQUISTAR

Si vuelves los ojos a casi todos los que te rodean; si sabes contemplarlos y considerarlos, verás que han obtenido algunos bienes, algunos aparentes favores de la vida; pero que ninguno ha logrado el bien por excelencia, a saber: la conquista de sí mismo.

Este anhela, el otro se encoleriza, el de más allá es víctima de un vicio.

Yo, aquí donde me ves, no he realizado tampoco esta conquista.

Si tú acertaras a realizarla, si tú fueses el señor absoluto de ti mismo, ya nada te sería deficil.

Donde pusieses tu intento, cuajaría la realización. Donde sembrases tu voluntad, fructificaría el milagro.

Querrías ser rey y lo serías; querrías ser millonario y lo serías; querrías ser dueño del mundo y lo serías.

...Pero, seguramente, una vez que hubieses logrado la plena conquista de ti mismo, ya no querrías nada y tendrías un desprecio inmenso por todas las cosas ilusorias.—A. NERVO.

LA "PREMIÈRE" DEL COLON

CARTA DE UNA DISTINGUIDA ABONADA

Una anónima colaboradora—a quien hemos de atribuir tanta belleza como gentileza — nos envía copia de una carta que ha dirigido a una amiga ausente, reflejando sus impresiones sobre la «première» del Colón.

Sin comentarios, que huelgan, transcribimos parte de su interesantísima carta.

....

....

«Te escribo a las pocas horas de terminada la «première» del Colón... ¡Ya te imagino salteando líneas, «buscando los nombres de los protagonistas del «potin» sensacional... ¡o los detalles del modelo «ultra-«chic»!... ¡o los ceros de la suma en que se valuaba «la magnífica joya lucida por alguna «parvenue»!...

«No es eso — querida Tota — lo que me apresura a «escribirte. Lo que hay de *eso*... lo dejo para otras «cartas. ¡Imagínate, pues, cómo será de interesante «*lo que es*!...

«Me apresuro a calmar tu ansiedad. ¡Se trata de «nuestra belleza, querida!... ¡Podemos poseer el «cutis naturalmente juvenil, la cabellera ondulada y «brillante que tanto envidiábamos a la viuda de X...! «Podemos librarnos tú del vello y yo de esos feos «barrillos que tantos gastos y disgustos nos han oca-«sionado!... ¡Alégrate!... En la «première» del Colón «he encontrado el talismán que colmará nuestras «naturales ansias de belleza sin artificio!...

....

«Mi tercer visita, durante el primer entreacto, fué «para las de P. U...., que ocupaban el «avant scène» «de su propiedad. Al llegar, me sorprende la presencia «de una bellísima desconocida. — Mad. N..., me «presentan. Es la nueva soprano que nos brinda este «año la Empresa».

— ¿Pero has notado, Martha — me dice Sara — qué bella ha vuelto la soprano M...?...

— ¡Efectivamente — respondo — más bella que cuando nos visitó hace cuatro años; y, sobre todo, maravillosamente rejuvenecida!... En los palcos que acabo de visitar no se comenta otra cosa...

— ¡Figúrate, Martha, cuánta será la bondad de Mad. N..., que nos estaba asegurando la completa naturalidad de la belleza y aspecto juvenil de la M...!...

— E insisto, mis gentiles damas—dijo Mad. N... — «sus encantos son completamente naturales»... ¡Y al proclamarlo, defiéndome también... ya que ustedes han prodigado a mi belleza los mismos elogios que a la de mi compañera de arte!... ¡No!... ¡No se excusen ustedes!... ¡Es muy explicable su duda!...

— Los cuantiosos emolumentos que percibimos actualmente las artistas y las circunstancias de que nuestra profesión nos lleva a todas partes del mundo, dan pábulo a la creencia de que somos poseedoras de misteriosos y costosísimos filtros de belleza... ¡No hay nada de eso!...

— En nuestra mesa de «toilette» sólo encontrarán ustedes simples substancias, conocidas de muy antiguo en todo el mundo, y cuyo uso es tan sencillo como su costo reducido...

— ¡Nuestro maravilloso cutis — siempre fresco y joven!... — lo debemos exclusivamente a la cera pura mercolizada, a la legítima «pure mercolized wax». ¡Todas las noches, inmediatamente antes de acostarme, extiendo sobre mi rostro y cuello un poco de cera pura mercolizada; y todas las mañanas, al retirarla con un poco de agua tibia, constato en mi espejo la eficacia de su maravillso poder!... ¡Y así, pasan los años sin que lleguen las arrugas!... ¡Y cambiamos continuamente de climas, y surcamos repetidamente los mares... sin que sufra la inmaculada frescura de nuestra tez!... ¡Y si este efecto de «conservación» es maravilloso, mucho más lo son los de «renovación» que he visto operarse por la sola acción de la cera mercolizada!... ¡Cuántos cutis ajados, manchados o descoloridos he visto renovados en muy poco tiempo!...

— ¡Ya sé lo que van ustedes a replicarme!... Que he tenido la suerte de no tener pecas, ni barrillos, ni vello... Pues se equivocan. ¡Como todas, también yo los he tenido; pero no los temo ya más!... Lavando periódicamente mi rostro con agua estimolizada, que preparo yo misma disolviendo en agua caliente una tableta de stymol, desaparecen de inmediato los barrillos y muy pronto las pecas; y con simples aplicaciones directas de porlac puro pulverizado a las partes afectadas por el vello, éste desaparece y sus raíces pierden la potencia de reproducción.

— Sólo me resta ahora — mis amigas — revelarles el secreto de la hermosura de nuestras cabelleras... ¿Un célebre «coiffeur»?... ¿Alguna de las muchas marcas de shampoos, tan pregonadas?... ¡No! Tan sólo el uso exclusivo de otra simple substancia: el stallax. Para los lavados periódicos de mi cabellera, preparo yo misma mi shampoo, con stallax granulado disuelto en agua caliente... Y éste es el único cuidado que presto a mi cabello. ¡Si basta el stallax para mantener la cabellera totalmente limpia, abundante, con brillo y ondulado permanentes y completamente naturales... ya lo han dicho ustedes al ponderar tan efusivamente mi cabello!...

....

— No, señora... el stallax no tiñe las canas; ni es prudente teñirlas. Lo racional es devolver a las canas el color primitivo del cabello y esto se obtiene seguramente usando una sencilla loción compuesta con tammalite y bay-rhum.

....

....

«Imagínete — querida Tota — cuán largo y des-«provisto de interés nos pareció el resto de la función... «Yo — que había olvidado mi carnet — me lo pasé «deletreando continuamente los nombres de las pre-«ciosas substancias: cera mercolizada, stymol, porlac, «stallax... y tammalite...

«¿Que a qué famoso droguista europeo hay que «solicitarlas?... Cuando se lo preguntamos a Mad. «N... nos respondió sonriendo. «Con excepción de la «República de Andorra... creo haber visitado todos «los países del mundo. Y en todas las grandes y pe-«queñas ciudades he encontrado esas substancias en «la primer farmacia o perfumería en que las he soli-«citado...»

«¡Yo ya las poseo!... ¡Y no las he adquirido para «ti, porque me han asegurado que las encontrarás en «la farmacia de esa pequeña y lejana localidad... de «la que deseo regreses pronto, para lucir juntas y «épater» a... muchos!... con nuestras perfectas y «naturales bellezas».



MANCO CHACOMA

POR

CÉSAR CARRIZO

HAY en los valles preandinos un tesoro de leyendas que aún no ha sido explotado como debiera, por nuestros escritores.

A veces es una piedra con formas humanas, en ocasiones un regato que en la silente noche discurre con tanto ingenio y dulzura como el arroyo de Tennyson; y otras, un pájaro invisible de canción extraña, el motivo de la conseja y el tema de todo un romance.

Bien, pues: el pueblo precolonial, y el indoespañol que hicieron florecer en los hondos valles y en las mesetas altas, este jardín de leyendas, fueron gente de imaginación creadora y buen sentido estético. Y vamos al caso.

II

FUÉ un día de verano. Cuesta arriba, por uno de esos valles del Famatina, habíamos llegado con Wenceslao a una cañada boscosa. Le llaman el «Cantadero». ¿Qué significa esto? Sencillamente lugar de monte sonoro y armoniosa selva.

Las condiciones acústicas del valle; el eco siempre despierto de la montaña, el rumor del bosque, y los pájaros desconocidos que cantan con honda melancolía: todo hace de este sitio un lugar misterioso.

A medida que el viajero se interna en el «Cantadero», y penetra en la quebrada, que luego se estrecha hasta formar un sombrío cañadón, las voces y respuestas de los ecos, los gritos y rumores se agigantan, se confunden, y es entonces cuando todas las armonías y conmociones de la cañada se suman en un solo acorde, que es luego una nota profunda que penetra y muere en el sombrío cañadón.

Aquella vez, desensillamos a la sombra de un algarrobo enorme. Era plena siesta. En el valle no se percibía ni un rumor, cuando una calandria ebria de luz, y de silencio, empezó su concierto. ¡Oh divinidad sonora! Los hombres, los árboles, los seres todos, al oir al pájaro mago, sintieron como si una mano incorpórea los elevara de la tierra al cielo. Aquel ave, no era un ave; antes bien un espíritu, un númen, encerrado en el cuerpo sumario y gris de la calandria.

¿Quién se animaría a turbar ese almo canto? Ni la cigarra, que es la dueña de las siestas profundas y de los algarrobos en flor... La calandria calló un instante, y fué en ese preciso momento cuando oímos bosque adentro, el golpe seco y tajante de un hacha manejada por fuertes brazos.

— ¡Ooo...; — dije a Wenceslao — alguien está hachando por ahí.

— Te equivocas — me respondió. — Es un pájaro que al cantar, parece como si alguien hachara.

— ¿Un pájaro? ¿Cómo es?

— Yo nunca lo he visto, aunque dicen que es de la familia del «Tacúy» y del «Crespín», que tanto han dado que hablar. Nos contaba mi padre que se trata de un pájaro feo, color «closche» (gris terroso), y que aparece solamente cuando las colmenas están en sazón.

No terminó Wenceslao de explicarme, porque la calandria, hábil imitadora de todo sonido, empezó a remedar el triste y tajante grito del ave misteriosa. Pero su esfuerzo era en vano: no conseguía dar la nota cabal. Se alzó entonces perpendicularmente hacia el cielo en busca de aliento y de inspiración y volvió de nuevo a la rama a intentar lo imposible... El golpe de hacha se escuchó ahora más lejos,

hacia la quebrada, hacia la garganta sombría del cerro. Un minuto después la canción destructora y fatal dejó de oírse. El pájaro, sin duda, había desaparecido por el fosco zaguán de los cerros.

Wenceslao que a su aticismo unía una imaginación vivaz, y un verbo a veces pintoresco, me dijo:

—Las gentes de esta región han hecho de ese pájaro desconocido una bonita leyenda, que tiene como todas su fondo de moral y su doble sentido.

—Cuéntala.

—Es el caso que dicen los nativos que ese pájaro es el alma en pena de Manco Chacoma.

Luego Wenceslao, con su palabra colorista y oportuna, me narró la conseja.

Era Manco Chacoma el mejor pastor de los pastores. Sus manos tenían cierto flúido enervante que adormecía a las serpientes; y era tan certero en el tirar y en el matar, que los «pumas» y guanacos se guardaban muy bien de acercársele.

Una mañana, al partir con su rebaño al campo, la bien amada le dijo:

—Quiero para mañana, que es mi día, un cantarito con miel de palo.

—Pero, mi vida, si todavía no es el tiempo de las colmenas. Recién las abejas están agujereando los troncos para hacer la casa...

—No importa, Manco. Alguna habrá en sazón y yo quiero de esa colmena.

—La buscaré, vida mía.

—Pero no vuelvas sin lo que te pido, Manco.

Con esta consigna terrible, el pastor marchó al campo, y se internó con su rebaño en el «Cantadero».

Anduvo mucho. Mientras las cabras y ovejas gozaban de los pesebres y dehesas naturales, Manco Chacoma atisbaba en los troncos y en las peñas por si encontraba la colmena deseada. Para mayor seguridad ponía el oído allí donde creía descubrir algo, y si había rumor de abejas, asestaba un hachazo al árbol; pero en vez de miel, brotaba un líquido incoloro con abejas muertas. A cada golpe temblaba la selva, se conmovían los cerros, y el rebaño quería huír. Pero el pastor seguía en su acción destructora, ansioso de encontrar el milagro.

De esta manera lo sorprendió la siesta. Hombre, majada y perro, se acostaron a descansar bajo los árboles. El sol caía a plomo. El misterio, la quietud y el silencio reinaban en el «Cantadero».

Manco Chacoma entonces, levantóse en puntas de pie para no ser sentido por el rebaño ni por el perro; se ató los «chifles» al cinto, y se alejó quebrada adentro, con el hacha al hombro.

Largo fué el peregrinaje, inútil la búsqueda, en vano el hachar de árboles. La colmena, esa, que al decir de la amada estaba en el bosque, no se encontraba por ninguna parte.

Sobreponiéndose al cansancio, prosiguió por riscos y praderías nunca vistas. Ya los hachazos sonaban muy lejos; ya sus brazos, en vez de hachar troncos, descargaban el arma sobre duros peñascos: y la miel silvestre no se derramaba en sus «chifles» vacíos. En eso empezó a atormentarlo la sed. Una llama, un infierno le quemaba por dentro, le subía a la garganta y a los labios. Sin embargo, no cejaba en su afán. En tales circunstancias despertó en Manco Chacoma un otro yo: mezcla de héroe y de fiera, un ente humano y extrahumano, resuelto a pelear con la naturaleza. Y siguió avanzando. Encontró una serpiente dormida a la sombra de un árbol, y la partió en dos. Y viendo a las dos mitades moverse en el suelo, aun con vida, tuvo rabia consigo mismo; dejó por un momento el hacha y se abrazó a los robles y algarrobos, queriendo tumbarlos.

De nuevo en marcha por breñas y sendas desconocidas, hasta que se encontró perdido sin rumbo ni conciencia de la vida. Las zarzas le habían quitado los vestidos y de sus músculos manaba sangre cálida y joven. Manco Chacoma, sin embargo, no sentía dolor. Solamente el tormento de la sed, el fuego interior que le quemaba vivo...

Sin fuerzas para dar un paso más, se desplomó al fin, junto a un árbol, cuyas raíces a flor de tierra le sirvieron de almohada. Y dormido, soñó que la novia le traía un cántaro de agua para calmar su sed. Soñó también que en los labios secos, le derramaba de su boca fresca, vino y miel, y así, labio a labio, le decía: ¡adelante!

El pastor despertó de un salto. La visión había desaparecido dejando en torno del árbol algo así como un perfume de mujer, y en su boca yerma, más sed que antes todavía.

Hubo en Manco Chacoma una suprema esperanza, y con el hacha en la mano, sangrante y desnudo, se internó corriendo en el sombrío cañadón de la montaña. Adentro y muy lejos se oyó un final golpe de hacha, profundo, potente. Sobre el valle había caído ya la noche.

III

Se sucedieron los días y los años y nadie volvió a ver al infortunado pastor. Pero al cabo de algún tiempo, los arrieros y viandantes notaron que un nuevo pájaro, color gris y tamaño mediano, volaba a la siesta, de colmenar en colmenar, gritando su absurda canción de golpe de hacha. Era el alma de Manco Chacoma transformada en ave. Y por ahí anda, en los valles preandinos en dolorosa penitencia, buscando la miel del amor.

DIBUJOS DE BESARES



El Presidente del Centro Comercial señor García, dirigiendo la palabra a los miembros de la Comisión Directiva, en la asamblea convocada para resolver la situación creada por la implantación de la ley de Jubilaciones.

Parte del público que asistió a la asamblea antedicha, en la cual se resolvió dar a luz un manifiesto, poniendo de relieve las deficiencias que a su juicio adolece la ley 11.289.


Heno de Pravia
ESAS MANOS
QUE ACARICIAN
amorosamente, exhalan el aroma delicioso, persistente é inconfundible del
JABÓN
HENO DE PRAVIA
Todas las madres lo prefieren porque es puro, sin mezclas ni adulteraciones, y da al delicado cutis de los niños una tersura y nitidez incomparables
DE VENTA EN LOS PRINCIPALES
ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA
Perfumeria Gal. - Madrid.


GARANTIDA
IMPORTADA
MALTA URANO
PASTEURIZADA
MARCA REGISTRADA
Alimento completo altamente asimilable
UNICOS IMPORTADORES:
ESCALADA & Cº
1170 - B. MITRE - 1174
BUENOS AIRES.


MALTA
URANO
IMPORTADA
LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO
Preparada con verdadera malta obtenida de la mejor cebada y con lúpulo de superior calidad, de sabor agradable sin ser dulce, de precio moderado al alcance de todos los bolsillos, es el alimento dietético más indicado para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes.
Venta en Almacenes y Farmacias.
Si encuentra dificultad en adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:
1170 - BARTOLOME MITRE - 1174
TELEFONOS:
Unión Telefónica, Rivadavia, 1190
Coop. Telefónica, Central, 133.

TIERRA NUESTRA

ULTIVAR la tierra nace de un purísimo anhelo y tiene caracteres de gran misión. Somos los continuadores de los que auscultaron el porvenir del país; los que disputaron el desierto, palmo a palmo; los que plantaron el árbol familiar y amasaron el adobe de la estancia paterna. Recordemos a los grandes viejos pobladores de nuestros campos; llegue hasta sus tumbas el soplo de la justicia a su noble afán... porque si esta tierra alentó patriotas en brega encarnizada para formarla y darle límites y nombre que al Mundo la presentaran, también alentó corazones fuertes y sanos, brazos robustos que le movieron las entrañas... Cultivar el suelo es hacer también patria.

La Tierra — ese elemento que como don precioso Dios adjudicó a la Patria Argentina — debemos valorarlo, amándola intensamente. No tuvimos ni la veta de oro, ni el Potosí de plata, que matan el esfuerzo y ponen en venas y corazón molientes Capuas y fenicios egoísmos... tenemos la tierra virgen, la del *humus* fecundo, la que a cada beso del Sol responde con una espiga; esa inmensa llanura, donde como en parte alguna puede levantarse el verde e inmenso altar donde musiten su oración todas las razas de la tierra, ese: *Padre Nuestro... dánosle hoy*, resumen de todas las necesidades y aspiraciones de la vida.

Sí, amemos la tierra, que ella es *elemento sagrado* y está vinculada a la serena vida del hombre, en sus días, que son contados como días de jornalero.

Italia, madre de civilizaciones, guardaba y reverenciaba a los genios de la Tierra, como sus dioses Penates del hogar familiar... protegía al buey de labranza como animal sagrado, el haz de rubio trigo presidía al matrimonio, y a vírgenes y niños les era sólo permitido servir el pan y el zumo de las viñas.

No hay fatalismos legendarios; sólo en la India de la eterna tristeza. Si alguna vez se dijo de la *pereza nativa*, ello fué porque el desarrollo argentino gastóse entre la esplendidez y fertilidad del suelo, solicitados y turbados, alma y brazo, por los rudos entreveros de las luchas criollas.

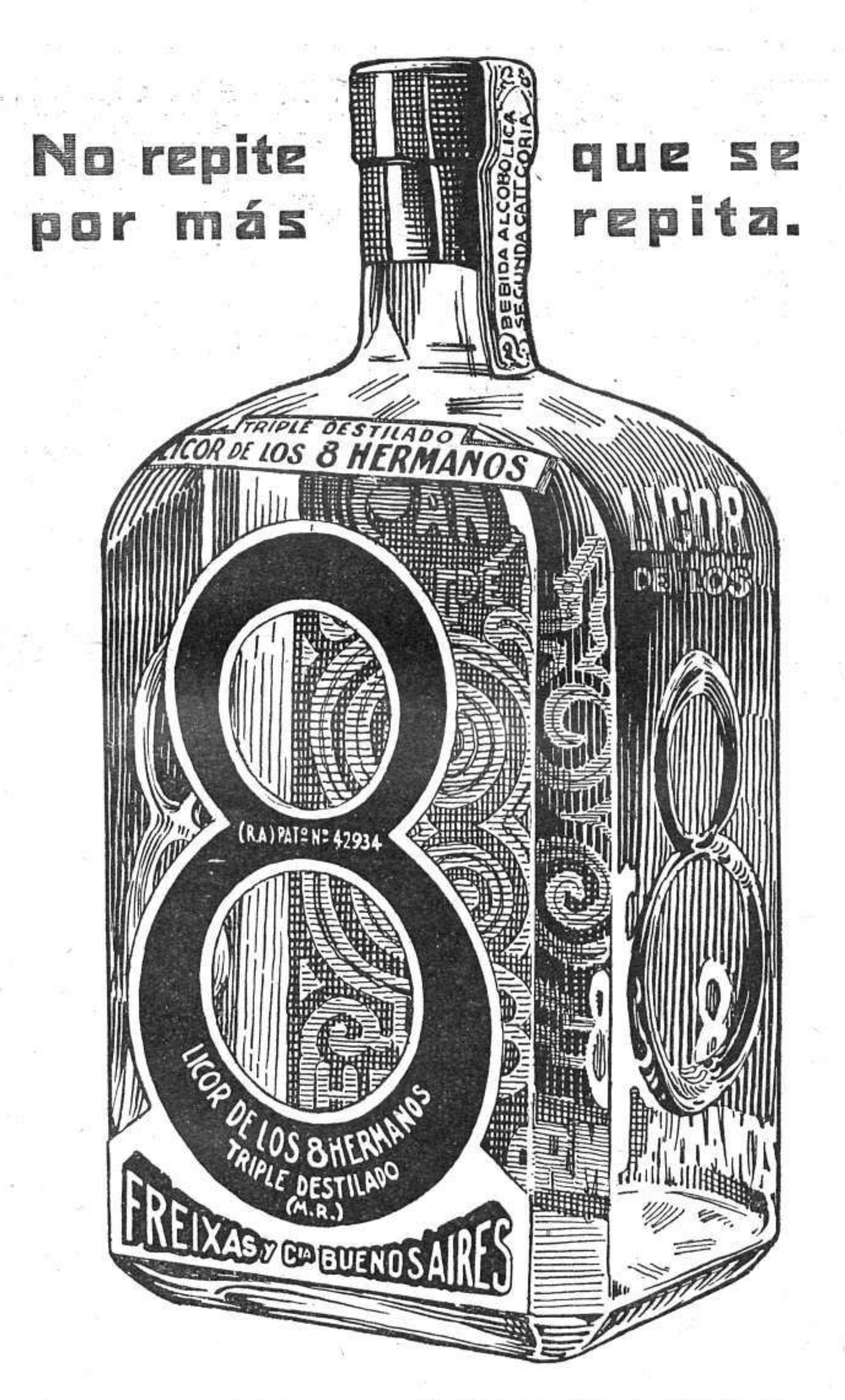
El pueblo argentino, en viril formación, debe *vivir su vida* con fe y optimismo.

Démosle alma cristiana, patrias emociones, tierra aplanada (que los caminos hacen una Nación), intercambios fáciles... y ya veremos cómo los *pueblos se hacen* y crean su propia energía.

Cultivemos, pues, la Tierra, si tan espléndida nos tocó en suerte; amémosla, que ella es amoroso regazo del hombre en vida y muerte; orientemos a las gentes fuera de las ciudades, que son colmenas febriles y fatigantes, haciéndoles ver que Dios hizo los campos para la vida serena, no ya «la Pampa dilatada y sola, sin otra vida que la vida aquella que hace rodar la ola y sonreir en los Cielos una estrella» al decir del poeta; sino la *Tierra Argentina parcelada, cultivada* en perpetua fecundidad y palpitante como una madre, asiento de civilizaciones para bien de la Humanidad.

FRANCISCO J. CROTTO.

DIBUJO DE BONOMI.



LICOR 8 HERMANOS

De consumo diario en toda casa de familia después de las comidas y en la hora del te.

FREIXAS & Cía. - Buenos Aires.

CONCESIONARIOS


Núcleo de damas y señoritas que integran la Comisión auxiliar de la Sociedad "Gral. San Martín", la cual activa los preparativos para las diversas fiestas patrias a realizarse próximamente.

TORRES QUEVEDO: UN INVENTOR DE AUTÓMATAS

La Universidad de París celebró el 27 de Noviembre último, en la Sorbona, la solemne sesión de apertura. Continuando una tradición inaugurada hace dos años, procedió en el curso de la solemnidad a la entrega de insignias y del diploma al grado de doctor «honoris causa» a ocho sabios extranjeros, entre los cuales se contaban Torres Quevedo, el célebre matemático y constructor de autómatas. Un periódico francés dice:

«Los autómatas de Torres Quevedo rivalizan con la naturaleza imitando los principios de ella. El inventor, en efecto, ha formado varias «criaturas» cuyas reacciones mecánicas llegan hasta imitar el pensamiento humano. Su aritómetro suma, resta y divide (lo que no podría hacer ninguna regla de cálculo) sin la intervención de una inteligencia. Una vez registrado el resultado de la operación vuelve a tomar la posición de espera.

Su telebino permite conducir de lejos una barca y un avión, sin que haya nadie a bordo; él ejecuta el programa fijado y rectifica por sí mismo los movimientos.

El más curioso de los autómatas de Torres Quevedo es quizás el jugador de ajedrez. Tiene sobre los aficionados al noble juego, la ventaja de ganar siempre. Entre tres jugadas posibles, escoge la que corresponde al juego del compañero real.

Nunca hace trampas y si el adversario viola la regla, enciende una lámpara eléctrica en guisa de protesta.»

De Lanús Oeste



Aspecto del salón del Centro Social Español durante el baile organizado por la C. D. del Lawn Tennis Club Lanús Oeste en honor de las familias de sus asociados.

EL TRATO SOCIAL...

El trato social es tan frívolo y vano como ustedes quieran, pero no *por eso deja de ser una escuela conveniente* para un político y es de lamentar que al presente, se descuiden tanto las formas sociales en los parlamentos. El trato social se mantiene por la mujer; en los salones, ella es la soberana; todo se hace por ella y para ella. La mujer es educadora del hombre, quien le deja la enseñanza de las virtudes galantes, *la cortesía, la discreción* y *cierta al*tivez que no llega a ser importuna. Instruye a no pocos en el arte de agradar, y a todos en el arte de no desagradar. Ella nos convence de que la sociedad es más compleja y de una ordenación más delicada de lo que se imagina comúnmente en los cafés políticos. Por último, en contacto con la mujer, averiguamos que los *ensueños sentimentales* y las *tinieblas* de la fe son invencibles, y que no es precisamente la razón lo que guía el gobierno de los hombres.

ANATOLIO FRANCE



¡OFERTAS CONVENIENTES!
$ 17.—
GARANTIA 5 AÑOS
GARANTIA 5 AÑOS
$ 9.50
N.º 546.—RELOJ de plata 800, chato, a tres tapas, máq. Suiza, con cadena, reclame .... $ 17.00
N.º 546. — Con TRES tapas, enchapado de oro 18 k. máquina áncora, 15 rubíes, chato. $ 29.00
N.º 543. — PLATA 900, perlas macizas y brillantes símili $ 5.90
N.º 545. — NIQUEL o acero, cuadrante fantasía, chato, máquina Suiza. .... $ 9.50
N.º 545. — MAQUINA Ancora, con 15 rubíes, marca Verax ... $ 14.00
N.º 532. — HEBILLA para cinturón, de níquel, iniciales caladas o en esmalte, a .... $ 5.00
La misma, de plata 900, a pesos 11.00
De plata e inicia. de oro 18 k., a pesos 20.00
N.º 542. — ORO 14 kilates y piedras fantasía. $ 15.00
N.º 535. — PLATINON y piedras fantasía a ... $ 3.50
N.º 531. — PLATA vieja y perlas fantasía el par $ 2.90
N.º 541. — PLATA vieja, piedras símili, a .... $ 3.50
N.º 530. — GEMELOS de oro Fix calados y cincelado muy fino, el par ..... $ 10.00
N.º 142. — GEMELOS plata 900, iniciales que se deseen en esmalte, el par a... $ 4.90
¡OCASION!
N.º 547. — DESPERTADOR caja niquelada, con dos campanillas, cuadrante fantasía, pie madera nogal, alto 20 centímetros, por 18, garantía 5 años. Bonito adorno para un mueble .... $ 10.00
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER
N.º 544. — PLATA platinada y zafiro o color, pesos........ 4.00
N.º 540. — PLATA platinada y zafiro o color, pesos........ 4.00
La Suiza Americana
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

"LA SALUD DE LOS NIÑOS



Alimenta a las criaturas preparándole un excelente porvenir físico.

De venta en Farmacias y Casas de alimentación.

METODO MODERNO

PARA EL

EXPENDIO DE KEROSENE AL DETALLE

SISTEMA



TIPO ECONOMICO, FABRICADO EXPRESAMENTE PARA ALMACENES

Mide automáticamente en medidas de $\frac{1}{4}$, $\frac{1}{2}$ o 1 lit.

SE EVITA

el uso de medidas, derrames, pérdidas de tiempo y mercaderías contaminadas por el kerosene.

Capacidad del depósito: **200** litros.

VENTAJAS

Rapidez de despacho, medida exacta, higiene y seguridad, etc. etc.

PRECIO: $ 180.— m/n., en mensualidades.

Descuento por pago al contado.

Solicite detalles o inspecciónese en el local de sus UNICOS REPRESENTANTES

DONNELL & PALMER - 554, Moreno, 572 - Bs. Aires.

Agentes en Rosario; **FANAGAN y Cia. - Santa Fe. 1053.**



TIPOS DEL RANCHO



"AL DULCE LAMBARÉ"



DOMINGO SCARPONE, era un calabrés que vivía en aquel rancho algo retirado del pueblo. El edificio, posiblemente centenario, pero todavía sólido, había servido en otros tiempos de pulpería, y aun conservaba la «ramada» y la reja del mostrador. Por algunas roturas del revoque asomaban los ladrillos «vascos», detalle que atestiguaba, según los entendidos, una venerable longevidad. A su alrededor se habían levantado dos ranchitos más, de quincho y de chorizo, para las diversas necesidades de los inquilinos.

Scarpone poco se ocupaba del almacén, trabajando en su oficio de zapatero. Era su mujer la encargada, su querida mujer, una mulata muy linda y coqueta, Luciana González de Scarpone, que se hacía llamar Lulú, y traía medio encandilado a un vejete del pueblo.

Pero, no precipitemos los hechos. Sobre el frente del boliche se leía en letras negras sobre fondo blanco: «Al dulce Lambaré». Era el nombre del negocio. A Domingo le había sonado el verso conocido, además de lo que le refiriera un paisano suyo que vino del Paraguay. Era algo que a su imaginación se ofrecía como una cosa tierna, cálida, de acariciadoras perspectivas. Y su Luciana parecía simbolizar todo eso, como una fruta tropical bien olorosa, de azucarado sabor. Así, pues, adoptó aquel nombre para su refugio de tranquilo trabajador, amante de las frases simbólicas y las dulzuras conyugales.

Se había casado hacía diez años, cuando los dos servían en casa del doctor Casacuberta, ella de mucama y él de portero. El doctor patrocinó aquel matrimonio con un interés y celeridad, que alguno hubiera considerado excesivo. Y hasta les facilitó el viaje para Cosenza, pueblo del marido en la baja Italia. Allí vivieron poco tiempo. Los paisanos de Scarpone demostraron tal afición por lo exótico, que el honrado ex mucamo tuvo sus primeras nubes de amargura, que le hicieron desterrarse por segunda vez y para siempre de su tierra natal.

Lulú, hacía estragos.

Volvieron, pues, a Buenos Aires, y entre las cosas inocentes que la mulata refería, figuraba su sorpresa, cuando oyó cantar en una *piazzetta* a las muchachas calabresas, mientras bailaban en corro tomadas de la mano:

Arroz con leche,
me quiero casar...

Cómo llegó la copleja hasta aquel rincón de Calabria era difícil averiguarlo y ella muy poco se preocupó. Refería el hecho, sin buscarle el origen, lo que muchas veces resulta mejor.

Scarpone regresaba pobre y con la salud medio quebrantada. Así, pues, decidió vivir en el campo y alquilar el rancho aquel para explotar diversas industrias. Por lo pronto, volvería a su primer oficio de zapatero, por el que siempre había conservado una tierna afección. Sí, y para que Lulú no se aburriera, le instalaría con los últimos pesos un negocio de almacén y despacho de bebidas.

Una mañana, los habitantes del pueblo, leyeron con gran sorpresa aquel nombre indígena, sobre el frente recién blanqueado del rancho: «Al dulce Lambaré». Se fueron acercando por curiosidad. Y, naturalmente, al poco rato ya había varios parroquianos instalados ante el mostrador.

◆◆

DON Pepe Chamorro, capitán retirado del ejército nacional, era bien conocido en el pueblo. Su pera cerdosa y ya medio gris, su garrote liso, con una pátina grasienta a fuerza del uso, y sobre todo sus aventuras galantes, le hacían popular, bordándole una reputación entre cómica y lírica, muy característica.

Su galantería con el bello sexo solía pasarse de la raya, y todavía se recuerda en el pueblo aquel episodio... Fué viajando en el tren de las cinco. Delante de don Pepe se acababa de sentar una mujer de esas que tiran de espaldas. Los ojillos del capitán echaron chispas, las cerdas de su pera se erizaron, no podía estarse quieto, mientras arrojaba a la señora largas miradas henchidas de pasión. La cosa parece que no se detuvo allí, porque de pronto la dama volviéndose hacia el marido que ocupaba un asiento detrás, lo llamó con un grito de alarma:

—¡Alberto!

Don Pepe, que no había contado con aquella desagradable eventualidad, recibió una tanda de mojicones y tuvo que escapar a otro vagón entre la rechifla universal.

Desde entonces, cuando alguien quería fastidiarlo, no tenía más que gritar con voz de mujer y en el mismo tono desesperado:

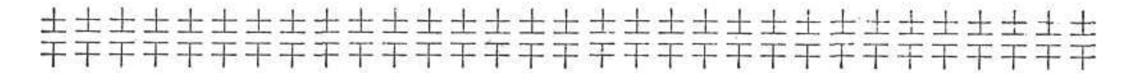
—¡Alberto!

Y don Pepe Chamorro desaparecía como por encanto.

Bien: este personaje fué el primero que cayó de visita «Al dulce Lambaré». Pero no iba solo. Le acompañaba su inseparable Belisario Cuartini, con su cara de un rojo vinoso, siempre sudada, y que cuando decía:

—¡Hoy me agarro una tranca!...

Se la agarraba, como hay Dios.



Lulú, detrás de su mostrador de madera recién pintado, estaba deslumbrante. Un vestido blanco, con festón celeste alrededor del opulento descote, hacía resaltar el color de su piel, de un mate sombrío, con algo de salvaje y ardiente. El cabello crespo y abundante, los ojos bañados de una luz oleosa, los labios rojos y gruesos, descubriendo la dentadura de marfil. Y para remate, dos piedras celestes, engarzadas en aros de plata, colgaban de sus orejas, animando todos aquellos encantos tropicales.

Don Pepe Chamorro, una vez que se hubo sentado delante del mostrador y tomado su primer suisé, declaró «in mente», con un propósito decidido:

—Lo que es de acá, ni a bola me sacan en tres días...

Eran exageraciones, naturalmente. Porque aquella noche, cuando Domingo después de clavetear la última suela, declaró que iba a cerrar la puerta, nuestro capitán y su compinche salieron a la calle y de allí se encaminaron hacia la plaza guiados por los focos de la estación. Chamorro parecía hechizado:

—¿Pero, ha percibido, don Belisario, el perfume de esa mujer?... Es un perfume de toronjil que nos habla al alma con el recuerdo y la tradición...

—¿Ma quién, la negra?... Le recomiendo el perfume... ¡bah!

—Usted siempre chocante, don Belisario, con todo lo que se refiere al alma nacional... unas gotas de sangre negra, son como la pimienta en la ensalada... Don Domingo, su compatriota, no piensa como usted, y hace muy bien...

—¿Quién, el zapatero?... ma es un calabrés...

—¿Y en qué demuestra usted su superioridad de lombardo?

—Don Chamorro... ¡por l'amor de Dios!... ¿No ve que la he agarrado?... tenga un poco de...

—Sí, sí... comprendo, don Belisario... doblemos la hoja... Pero, con sinceridad, ¿no le parece una papita?... ¡con sinceridad!

—¡Ma, sí!... y no se crea... a mí también me gustaron estas negritas... ma, peró, fué allá en Masaua... ¡no había otras!... ja, ja, ja... ¡Cómo la he agarrado, esta noche... ni para el día de mi santo!

◆◆

LULÚ, efectivamente, se perfumaba con toronjil. Después de diez años de matrimonio, ya en los veintiocho, la falta de descendencia creaba en su espíritu vagas melancolías de ideales truncados, de insólitos romanticismos.

Extremaba sus preocupaciones de tocador. Tenía cretas mentoladas para el aseo y esmalte de los dientes; usaba jabones y pomadas, que desvanecían los perceptibles almizcles del tufillo natural, para cuyas abluciones había adquirido una bañadera enlozada; sus vestidos, todos de tintes claros, siempre limpios, crujientes de almidón; y sobre todo aquella esencia de toronjil, que el pardo Anacleto, de la Capital, destilaba en su modesto alambique suburbano, vendiéndola profusamente entre la clientela de color.

La esencia, con un fuerte olor a savia de planta, se confundía con otras savias no menos penetrantes, y de todo aquello se hacía un hálito complejo, que intrigaba el olfato, y había excitado enérgicamente la pituitaria del capitán Chamorro.

—Es una mujer extraordinaria, don Belisario, no le quepa duda...

Cuartini hizo un ademán de asentimiento indiferente. Su reino no era de ese mundo, y mientras él hallara donde empinar la copa, estaba de acuerdo con el capitán, siempre que no la hubiera «agarrado», porque entonces se volvía ligeramente contradictor. Llegaron «Al dulce Lambaré». Chamorro, con el sombrero en alto, saludó desde la puerta:

—Buenos días, mi seductora señora Lulú... Usted va a ser hoy nuestra Samaritana, porque con este calor tenemos una sed inmensa... Es decir, la sed de don Belisario, puede apagarse con cualquier líquido de esas botellas... Pero, la mía... (aquí bajó la voz) mi sed, adorable Lulú, sólo puede calmarse con la linfa de un manantial secreto... ¡oh, divina Lulú!

La mulata, ante aquel discurso de encendida insinuación, sintió que le chisporroteaban en el cerebro todas sus truncadas fantasías como gérmenes que no esperan sino una lluvia para ponerse a brotar como locos. La luz de sus ojos tornóse aún más oleosa, sus dientes se volvieron materialmente de azúcar, por lo blancos y lo dulce de la sonrisa que los descubrió. Y con un gesto de cervatilla, bajó de los estantes una botella de ajenjo «Cusenier», para que el capitán Chamorro preparara su pócima habitual.

Este se relamía con fatuidad, saboreando el éxito de su floricultura amorosa. Vertió en la copa tres dedos del verde licor, unas gotas de goma, y luego, con el jarro de agua fresca, recién sacada del pozo por las manos de Lulú, empezó a colorearlo de ópalo, donde la luz pintaba incendios y maravillas.

Cuartini tenía ya a medio vaciar su vaso de vino mendoza. Del patio, llegaba a ratos el tac tac, con que Domingo machacaba las medias suelas. Cada vez más delicado de salud, cuando apoyaba sobre el pecho el botín endurecido por la horma, y cortaba el cuero, grueso y resistente, la respiración se le ahogaba, un sudor de angustia le corría por las sienes. Tosía, sentía cada vez más fatigados los brazos. A veces tiraba al suelo el calzado que estaba remendando, y se quedaba con la vista fija en la lejanía del cielo, sin ver nada...

El capitán Chamorro, aprovechaba aquella circunstancia favorable y pintaba con vivos colores la impresión que Lulú le había producido. La mulata le miraba sonriente, pero sin convencerse de que había llegado para ella el príncipe azul en la figura de don Pepe, con sus ojillos grises y su pera cerdosa, llena de canas...

—Usted habla muy bien... pero capitán, yo soy una señora casada... no está bien que me diga esas cosas... yo!...

—Lulú... el amor no se ata con lazos legales... el amor brota de nuestro corazón, se enciende, se dilata, se levanta hacia el cielo en forma de ensueño, y desde allí...

Un nuevo personaje penetró al despacho de bebidas.

— Dice mi mama que le dea un kilo de jabón y que mañana le va a mandar la plata...

Interrumpido de aquel modo, el capitán se volvió como un basilisco, clavando en el importuno su mirada furiosa. Era un chico con cara de cuis, bizco, todo rotoso... Dió un bufido ahogado, esperando que los hados le serían más propicios en otro momento. Entonces explicaría lo que pasaba con el amor, una vez que en forma gaseosa llegaba hasta el cielo. Seguramente caía condensado en lluvia en el despacho de bebidas del «Dulce Lambaré», haciendo brotar las flores de una pasión inmarcesible...

Esperó en vano. Él chico no se iba; y después de recibir su jabón habló largo rato con la mulata.

Seguramente trataban algo, porque había de una parte y de otra un cambio de mutuas concesiones. Por fin, cuando el capitán esperaba que se fuese, pasaron ambos al patio, seguramente para rematar el convenio con la anuencia de Domingo. Transcurrió un largo rato aún, que don Pepe empleó en apurar su copa, mientras Cuartini engullía salame, queso y pan, rociados abundantemente con vasos de vino. Su cara encendida y sombría, tenía toda la decisión de un hombre que está resuelto a llegar hasta el fin...

Cuando aparecieron de nuevo, Lulú anunció que en adelante, aquel muchacho sería el encargado del despacho de bebidas, dedicándose ella exclusivamente a atender la sección comestibles. Los discursos del capitán habíanle creado nuevos escrúpulos, vagas ambiciones, que no se conciliaban con una vulgar expendedora de bebidas alcohólicas.

El capitán Chamorro se levantó:

— ¡Don Belisario... arriba!... nos vamos en seguida... ¿O pretende «agarrarse» una por la mañana y otra por la noche?

— ¡Ma, nó!... con la charla de usted y la negra, me había quedado medio dormido...

◆◆

VEA, Cuartini... no es ilusión... esa mujer se me ha entrado a mí por el alma... la veo en todas partes, la siento, la aspiro...

— E sí...

— Vea... a usted le parecerá imposible... pero hasta cuando tomo el suisé, me parece que ya no tiene el gusto de antes... creerá que es mentira, pero, ¿sabe a qué le tomo gusto?... a toronjil, don Belisario... el perfume de ella... es un caso de sugestión... ¿por qué pone esa cara?

— Ma, nó...

La expresión del rostro de Cuartini era realmente extraña y el capitán lo miró dos veces indagando. El otro se calló, limitándose a repetir el gesto que había intrigado a su compinche. Tenía la malicia y la desconfianza de todos los borrachos. Y ahora le parecía recordar algo que viera, aunque no podía precisar detalles...

Siguieron andando en dirección al «Dulce Lambaré», adonde acudían de mañana y de tarde desde hacía más de un mes. El capitán había avanzado sus líneas muy escasamente, y con tanto fuego graneado sólo consiguió alarmar a la mulata y quemarse él en sus propias llamas.

Lulú había salido esa tarde y solo estaban en el boliche Domingo y el muchacho que atendía el despacho de bebidas. El bizco antipático ejercía allí sus funciones tiránicamente. Luego, aparecía cuando menos se lo esperaba el capitán, malogrando siempre las ofensivas mejor combinadas...

De mala gana, don Pepe pidió su acostumbrado brebaje. Al principio empuñaba él mismo la botella y se servía la cantidad que le parecía bien. Ahora se la media el muchacho, se la escatimaba. El odioso bizco, con cara de cuis, tomó después el jarro del agua y se dispuso a salir al patio para llenarlo. Recién notó el capitán que Cuartini había desaparecido.

El bizco salió y él se puso a soñar en su dulce tormento. Eran, seguramente, remilgos de Lulú, porque parecía imposible que resistiera a tanta seducción. Había puesto en aquella conquista toda la asiduidad, la fascinación, los diversos recursos espirituales de que era capaz... Tendría que esperar todavía. Mientras tanto, se sentía subyugado: la veía en todas partes, la sentía en el aire, y a veces creía percibir en el aroma del suisé, bebido allí, a dos pasos de ella, aquel perfume a toronjil con que Lulú se embalsamaba... ¡Sugestión, naturalmente, pura sugestión!

En ese momento llegó desde el patio el rumor de una batahola. Cuartini bramaba con voz de trueno, mientras el bizco lanzaba chillidos de sabandija caída en el cepo.

Apenas tuvo tiempo de incorporarse cuando apareció don Belisario. Con una mano sostenía el jarro del agua y con la otra, tomado de una oreja, sujetaba al muchacho. Detrás, encorvado y macilento, aparecía Domingo.

— ¿Qué pasa, mi amigo?... Interrogó el capitán con voz severa, temiendo algún desmán.

— ¿Qué pasa?... que el agua no la trae del pozo, per no tomarse el trabaco de sacarla. Ya me lo maliciaba yo... Don Pepe, ¿sabe de dónde la trae?

Y se inclinó a su oído para contársele...

Aquello lo había descubierto desde un escondrijo, detrás de la misma bañadera enlozada.

Después llegóse hasta la puerta de calle, y mientras por un lado volcaba el jarro, por otro lanzaba al bizco en una violenta carrera, con impulso y todo.

El capitán Chamorro no dijo una palabra. Había empezado a toser, y así salió del boliche, con la cabeza caída en completo anonadamiento. Marchaba queriendo abismar entre las sombras del obscurecer aquella tremenda desilusión, que le subía del estómago y se le apretaba a la garganta.

Siguieron por las calles silenciosas del pueblo, en dirección a su domicilio.

Cuartini, a su lado, repetía con triunfante obstinación de borracho:

— Yo lo había maliciado, capitán... ¡qué tanta historia!... ahí tiene el perfume de Lulú!

ERNESTO MARIO BARREDA

De La Plata



Concurrentes a la fiesta organizada por la Comisión Directiva de la "Casa de Galicia" en honor de las familias de sus asociados, y con el propósito de estrechar vínculos de amistad.

HERWIG y Cia
ROSARIO

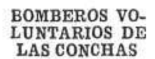






CARABANCHEL

LA TRIGUEÑA



BOMBEROS VOLUNTARIOS DE LAS CONCHAS

Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Las Conchas, cuya meritoria tarea es justamente reconocida por todo el vecindario.



Farte de los concurre tes al lunch con que se festejó el 13.° aniversario de la fundación de esa prestigiosa institución.

Comisión de señoritas que tuvo a su cargo la organización de los festejos realizados en celebración del 13.° aniversario de la S. B. V. de las Conchas.


L.T. PIVER
PARIS
Jabón
REINITA
SAVON
REINITA
L.T. PIVER
PARIS
Su fragancia y delicadeza, son una caricia sutil para el cutis femenino.

UN CUENTO SOBRE LA NIEVE



por el

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

Es tanta la poesía que se vuelca de la vida de Salomón, que la Verdad no puede moverse con soltura a su alrededor. La miel de las colmenas del rey poeta le han embadurnado las manos, y prefiere no hacer un gesto al hacerlo con dificultad. Yo mismo me siento incómodo al penetrar humanamente los hechos históricos. ¿El rey y la Sulamita me lo perdonarán?

Salomón era viejo. Tenía la barba blanca y los ojos grises. La Sulamita era empleada en un almacén de novedades, o bazar, frente al palacio del emperador de la barba florida.

Salomón sintió vergüenza de ser tan viejo y de haberse enamorado de una mujer tan joven. No era púber. Y como una principianta, la habían encargado del escaparate de la vereda, que era el más divertido y al mismo tiempo el más cruel. Se necesitaba mucha salud para resistir al sol y al viento el día entero, y a veces a la intemperie de las noches de luna en que al rey se le antojaba que las mujeres del barrio de los soldados, y que vivían contra las murallas, desfilaran silenciosas, enamoradas y perfumadas por las puertas de su palacio. Los collares de madera torneada que vendía la Sulamita, el azul para las cejas y el rojo para el cabello, las hacía vacilar más que el amor, y algunas llevaban en la esquina de sus pañuelos una moneda de oro limada a fuerza de diente por los esclavos del gran rey.

Un collar, un espejo y un bastoncito de rojo, valían un dracma.

Salomón en persona dejó su palacio, cruzó hasta la tienda de la Sulamita y le compró a ésta un espejo, un collar y un lápiz de pintura para los labios.

Salomón estaba locamente enamorado.

Consultó el oráculo, durmió en la terraza mirando el cielo, de donde venían otrora los consejos a los reyes por la gracia de Dios, y se decidió a ser el escándalo mayúsculo de su época.

Salomón tenía 90 años y la Sulamita 12 años.

Tom sus precauciones. Encarceló al jefe de la oposición. Suprimió los diarios, censuró las cartas y los telegramas, prohibió la edición de novelas donde podría entreverse el relato de sus amores y deportó al escritor Pierre Louys por crimen de lesa majestad. Extendió el efecto retroactivo de la ley hasta el conocido cuento «Le roi Pausole». A los historiadores les cortó la cabeza. La sola relación de los hechos fué acometida por él mismo. Escribió así lo que se conoce por «El cantar de los cantares».

El reino entero lo supo de memoria. Un geógrafo trazó un mapa de la tierra en ese entonces y tiró los límites de ella — tal como los vemos en la Biblia, — por allí donde «El cantar de los cantares», perdiendo la sujeción de la lengua hebrea, se corrompía y se reemplazaba el nombre del rey de Jerusalén por el de un faraón.

La reina de Saba que había sido educada en la leyenda del príncipe Azul, soñó siempre con un amante fabuloso, y se enamoró, a través de sus versos, del rey distante. Del poeta más bien que del rey. Y quiso que su amor se supiera, y abandonando el destino de sus súbditos que le habían dado el reino por una sonrisa, como la princesa actual que se enamora de un violinista zíngaro, se decidió a ir a verlo a su propia casa y llevarle como un regalo efectivo la fortuna de su reino. Sesenta mil camellos blancos con cofres verdes, amarillos, negros y granates, llevaban el tesoro.

«La caravana de Balkis — ha escrito en caracteres cuneiformes un cronista de Babilonia, en un ladrillo recientemente encontrado — era: música, perfume y color.»

La reina de Saba entró en Jerusalén y nadie la esperaba. Salomón no conocía otro entretenimiento que jugar con los niños que hacían la rabona a la escuela en el patio de su palacio. Los acogía con placer y celebraba su independencia. La reina de Saba lo halló jugando a las escondidas con ellos. Salomón había caído en la infancia. La Sulamita había dejado el palacio y se había casado con un general de 25 años. Estaban en plena luna de miel.

El desencanto de la reina de Saba fué tan grande como había sido de inconmensurable su esperanza. La caravana estaba aún en marcha hacia Jerusalén — sólo una parte había llegado — cuando la reina inició su retirada, y como en su país la esperaban casada con el rey de Judea, se vistió de blanco que era el traje de las viudas.

La música, el perfume y el color de la caravana, de que ha hablado el cronista asirio, se fué atenuando y perdiendo a medida que el desconsuelo y el dolor de la reina eran mayores. A los pocos días de marcha la caravana estaba descolorida, y cuando se vió a lo lejos los arcos de triunfo que esperaban a la soberana feliz, la reina de Saba se dió vuelta, la cara hacia ese horizonte de donde volvía y hacia el que había soñado tantas horas. Un rastro blanco la seguía. Eran los camellos blancos que habían llevado otrora los cofres multicolores con una única mercadería encima: la nieve.

Así apareció por primera vez la nieve sobre la tierra. Fué el desencanto de la reina de Saba, que cayó sobre los prados rientes de la vida y de la juventud. Salomón el anciano, había cr a-do el frío sobre la tierra. Salomón, el de la barba blanca y florida.

De San Isidro y San Fernando



SAN ISIDRO. — El oficial de Policía, señor Castro, rodeado por un caracterizado núcleo de vecinos que le tributó una expresiva demostración de aprecio en aplauso por su brillante actuación.



SAN FERNANDO.—Concurrentes al baile familiar organizado por la Comisión Directiva de la Sociedad Recreativa y Filodramática "Glorias que nacen" en honor de la Comisión femenina de dicha entidad.


¡APARECIO!
SEÑORA
Solicite nuestro catálogo
que remitimos gratis
OTOÑO
LA IMPERIAL
INVIERNO
VICTORIA ESQ. PIEDRAS B.s AIRES
Solamente al
interior
CATALOGO
485
485. — GUANTES cortos, imitación Suecia, artículo de mucho abrigo, en colores y negro. Precio de Reclame,
$ 2.20
1232.—Preciosa CHAQUETA confeccionada en Breswart inglés de la mejor calidad, faldón formando bolsillo, todo forrado en símili fantasía, a
$ 55.00
1232
1219
1219. — Elegantísimo TAPADO en rico velour francés, de pura lana, adornado con delicados bieses y bonitos botones, medio forro de símili fantasía, en todos colores y negro,
$65
LA IMPERIAL
VICTORIA ESQ. PIEDRAS B.s AIRES

De San Isidro



Sacerdotes conduciendo el Santísimo Sacramento en la tradicional procesión del Santo patrón de la localidad.



El señor Beccar Varela y otras personalidades llevando las andas con la imagen del santo.



Monseñor Alberti y el Intendente Municipal señor Juan Basso y el diputado nacional señor José María Verduga, presidiendo el banquete que se celebró en la municipalidad al terminar los festejos patronales.



CABILDO. — Señoras y señoritas que tuvieron a su cargo la organización del bazar-rifa en la kermesse realizada en esta localidad, con motivo de las Romerías Españolas, las cuales se llevaron a cabo dentro del mayor entusiasmo.

EL PUERTO DE MONTREAL EN EL CANADÁ

Según una información de origen canadiense, las autoridades del puerto de Montreal han aprovechado la temperatura excepcionalmente suave que no ha cesado de reinar en Montreal hasta estos últimos tiempos, para activar los trabajos de extensión del puerto.

Se han contratado equipos de refuerzo, y los trabajos han sido continuados, sin interrupción, hasta el 10 de diciembre, fecha en la cual las heladas han hecho su aparición sobre el San Lorenzo.

Las condiciones meteorológicas, particularmente favorables, han permitido a las autoridades del puerto llevar a cabo un verdadero *tour de force* en la realización del programa de ensanchamiento; los trabajos alcanzan ahora el muelle llamado de «Carte Pier», donde se construye un elevador gigantesco, y se ha comenzado la construcción de las obras que prolongarán ese muelle.

Durante el invierno tiene que terminarse la electrificación de las vías férreas que comunican con el puerto; esta operación supone el reemplazamiento de los rieles actuales, demasiado sencillos para soportar el peso de locomotoras eléctricas por rieles de cien libras. La electrificación debe terminar para la primavera; el servicio estará asegurado al principio por seis locomotoras.



C O P L A S

I

Si como a mí me hiere
Amor te hiriera,
No te rieras tanto,
Cascabelera.

II

Ojerosita, ay de mí,
Ojerosita te has puesto;
Todos dicen que es por mí...
¡Caramba, si fuera cierto!

III

Los dos estamos sentidos
Por una tontera, es claro,
Y los dos vamos muriendo
De ganas de perdonarnos.

IV

Tus desvelos, tus suspiros,
— Si es para llorar. —
Tú tenerme dentro el pecho,
— Ay, no quisiera volverme a acordar.—
Tú quererme hasta la muerte,
— Si es para llorar. —
¿Qué se han hecho?, ¿qué se han hecho?
— Ay, no quisiera volverme a acordar.—

V

Cuando igual que granada
Te me sonrojas,
¡Si mereces, como ella,
Tener corona!

VI

Tengo una espina, señores:
¿Por qué se llama Adelina
Y no ramito de flores?
Señores, tengo esa espina.

VII

Así más cerca, más cerca,
A la orejita en secreto:
Le digo que usted me mata,
Le digo que ya estoy muerto.

VIII

Desde que mi paloma
Dejó la rama,
Ando solo en el mundo,
¡Solita mi alma!

V I D A L A



IX

Siempre soñando en lo mismo,
Soñando siempre en tu amor;
Pero bienhaya
Tu corazón.

Llorando mi suerte perra,
Con la luna y con el sol;
Pero bienhaya
Tu corazón.

Muchos sufren por tu causa,
Aunque el loquito soy yo;
Pero bienhaya
Tu corazón.

Digo, bien que es imposible,
Olvidar será mejor;
Pero bienhaya
Tu corazón.

El corazón se me muere,
Tal vez el pobre murió...
¡Pero bienhaya
Tu corazón!

X

Yo nunca le daré quejas,
Porque eso no es de mis modos;
Cuando usted me juegue falso
«Adiós, prenda», y será todo.

XI

Según era tu costumbre
Quisiste jugar conmigo,
Y yo de veras lo siento,
¡Pero para eso no sirvo!

XII

Serán pascuas sus amores,
— Me pongo a pensar. —
Pues que se llama Pascuala,
— Mis ojos por verla lloran sin
[cesar. —
Pascuas para algún dichoso,
— Me pongo a pensar. —
Ya que conmigo es tan mala...
— Mis ojos por verla lloran sin
[cesar. —

XIII

Nada digo de tu olvido,
Ni me quejo ni despecho;
Pero me mata una duda,
Y es saber qué es lo que te
[he hecho.

XIV

En la duda me tuviste
Por los días de los días,
Unas veces me ponías
Casi loco, y, siempre triste;
Mas ya que te resolviste,
Por mi bien o por mi mal,
Dime la suerte final:
¿Dará flores mi pasión
O será mi corazón
La vaina de mi puñal?

D E C I M A

XV

Carnavales de mi pago,
Cuando es más dulce el amor;
Carnavales de mi pago,
Cuando me llamó «su amor»...

—Ay, ay, ay, quién sabe dónde
[se hallará. —

XVI

Ya sé que no me quieres
Ni me has querido,
Pero que aún lo niegues
¡Es divertido!

L U I S L. F R A N C O

LA MENTIRA DEL ORO

(DE LA REVISTA «UNIÓN PANAMERICANA»)



PARA qué sirve el oro? En una parte casi ínfima, para usos industriales. En escala un poco mayor, para joyería. Y casi en su totalidad, como moneda.

De esta última parte una pequeña cantidad circula en los mercados y la mayor parte se mantiene en los Bancos como encaje forzoso de los billetes representativos de oro.

De suerte que una gran parte de la humanidad suda, gasta sus energías, consume vidas, para obtener un metal condenado a ser guardado en las cajas enormes de los Bancos emisores, por los siglos de los siglos.

Pero pensemos, ¿en qué tonel cabrá el sudor diario de los mineros que batallan por arrancar a los filones el áureo metal? ¿En qué cementerio cabrían los muertos anuales que a esta industria hay que asignarle? ¿Cuántos kilómetros de ferrocarril, qué número de obras de progreso positivo, productores de bienestar a la humanidad podrían ejecutarse con las energías consumidas en el mundo en esta industria infecunda?

¿Y todo, para qué?

Para nada; para guardar el oro en otro lugar; en vez de dejarlo guardado en las entrañas de la tierra en donde lo almacenó la naturaleza, guardarlo en cajas fuertes y pesadas, pero sin producir ningún resultado realmente positivo.

Si un habitante de Marte, por ejemplo, desprovisto naturalmente de los prejuicios absurdos que la civilización ha acumulado en nuestra mente, visitara nuestro planeta y viera los sacrificios que nos cuesta extraer de las profundidades de la tierra este ambicionado metal, teniendo que, trabajar hasta a 1.000 metros debajo de la superficie, en una atmósfera infecta y lóbrega, con un calor atroz, cayendo sobre el cuerpo desnudo del minero una lluvia constante, y expuesto siempre a morir a causa de una explosión, o asfixiado por los gases que se producen en los socavones, o aplastado como una sabandija por una roca que se desprende, teniendo que horadar con el taladro y tumbar con la dinamita la roca dura que atesora los hilos amarillos, y acarrear después toneladas y toneladas de ella, que luego hay que triturar y elaborar en un desgaste y un estruendo enormes para sacar unos pocos gramos de lodo amarillo; si un habitante de otro planeta — decimos — viera esto, y conociera el uso que le damos — guardarlo en unas cajas para respaldar pedazos de papel — no podría menos de considerarnos una raza de locos.

Cerremos los ojos, concentremos nuestra imaginación en el problema que nos ocupa, meditemos haciendo a un lado los prejuicios mentirosos en que nos hemos criado, y nos daremos cuenta de esta locura de la sociedad humana.

Por eso, cuando adelantábamos el concepto de que el criterio económico de la humanidad cambiará, no hemos creído decir algo que pueda ser absurdo, aunque así lo parezca. ¿Qué ha hecho Rusia? Inundar el país de papel moneda, sin respaldo, para destruír la mentira del oro.

Ahora, supongamos la humanidad con ideas un poco distintas de las actuales. Supongamos en una *gran conferencia internacional*, un acuerdo unánime de todos los países de proscribir el oro, para ahorrarnos esas energías y esos sacrificios y emplearlas en algo positivo. Supongamos, finalmente, un patrón internacional infalsificable y en un metal barato para cambiar el encaje de los Bancos, y que sólo se emitiera por una sola entidad para todos los países, y a los cuales se les repartiera y aumentara según su riqueza, mediante determinadas condiciones, y entonces el oro se habrá hecho innecesario.

Si mediante los progresos de la radioactividad se llegara a fabricar el oro de una manera tan abundante como se produce el hierro, por ejemplo, aquél perdería su valor y vendría a ser un metal tan poco apreciable como el hierro mismo. ¿Por esto habrá de eliminarse la raza humana? No; aguzaría su ingenio y se haría un sistema económico distinto al actual (probablemente sin metales o piedras preciosas como respaldo de los billetes), y habría dado un paso enorme, un paso transcendental hacia el progreso.

¿Por qué no hacer esto antes?

Definitivamente hay que convenir que el oro es una de las más absurdas y más perjudiciales mentiras de la civilización.

G. SANIN VILLA.



Un gusto gratísimo a todos los paladares

es el del Chocolate Noël, que saborean con deleite tanto los golosos como los que no lo son, porque se halla elaborado con cacao y azúcar superiores y finamente aromatizado con vainilla de la mejor calidad.

Al hecho de estar preparado únicamente con tres productos de inmejorable clase y absoluta pureza, se debe que el

Chocolate Noël

no solo sea una golosina agradable al paladar, sino también un alimento muy nutritivo.

Hay tres clases de chocolate Noël: 1 Estrella, papel crema; 2 Estrellas, papel blanco; y 4 Estrellas, (inmejorable), papel marrón.

Pídaselo a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.



De Alberdi



El jefe de la oficina de Correos y Telégrafos de esta localidad, rodeado por el personal de la misma, que tan eficazmente lo secunda en sus tareas.

LA EFICACIA DEL «RECLAMO»

La famosa teoría del que «quien no anuncia no vende», existía ya, sin duda, en la antigüedad, puesto que en las ruinas de Pompeya y Herculano se han encontrado lienzos de pared cubiertos de pintura que son verdaderos «avisos».

La «Gaceta de Francia», que se publicaba en la época de Mazarino y de Richelieu, tenía una oficina especial de publicidad.

Pero entonces el estilo de los avisos era sencillo. Hoy ha sufrido tal transformación, que viene a constituir una verdadera industria y de su concurso precisan todas las demás.

Se calcula que los norteamericanos gastan anualmente mil millones de dólares en propaganda.

Un jabón europeo consumía hace pocos años en propaganda 150.000 francos, y hoy, que todo el mundo lo conoce, gasta cerca de dos millones por año.

Cierta sociedad de aguas minerales francesa, destinaba anualmente a publicidad 360.000 francos, y su venta era de 9.716.000 botellas. En 1918, habiendo gastado en avisos 1.180.000 francos, logró expender 23.153.000 botellas.

El industrial inteligente, el hombre activo y emprendedor, no vacila en invertir grandes sumas en avisos, pues aunque su producto esté acreditado, puede un competidor cualquiera llegar al mercado, y con una espléndida propaganda, imponer su artículo, perjudicando al otro.

Una propaganda constante y bien dirigida hace en pocos años la fortuna de cualquier industrial.

El aviso en revistas ilustradas tiene la ventaja de que al coleccionarse aquellas mantiénese por largo tiempo tan conveniente propaganda. Y calcúlese que cada ejemplar sea leído por cinco personas, por término medio, pues en cafés, hoteles, sociedades y peluquerías los leen muchísimas más, tendremos que una tirada de 150.000 ejemplares «CARAS Y CARETAS» supone 750.000 lectores, cuando menos.

¿SE EMPLEARÁ EL CAUCHO EN VEZ DEL ASFALTO EN LAS CARRETERAS?

El municipio de Colombo, en Ceilán, está ensayando actualmente el empleo del caucho como revestimiento de los caminos en condiciones análogas a las del empleo del asfalto.

El constituyente principal de la composición empleada está formado por caucho puro; la composición está calentada hasta la liquefacción, extendida sobre la carretera por medio de escobas, recubierta de cascajo, y aplastada por un cilindro que forma una mezcla muy íntima.

El coste de la pavimentación en caucho es un país productor, de 50 a 75 por 100 más caro que el del asfalto, pero se estima que su duración es dos o tres veces mayor.

De Bahía Blanca

Señoritas de la "Asociación de Maestras Egresadas" en la cancha de tennis de esta entidad, después del interesante torneo realizado.

Banquete con que los miembros de las Sociedades Españolas de esta ciudad, festejaron el glorioso aniversario del 2 de Mayo.

El Sedán de dos puertas

"HUDSON"

ESTE nuevo modelo ha sido creado por HUDSON teniendo presente que muchos compradores desean reunir, en un solo modelo, un coche abrigado y confortable en invierno, fresco y ventilado en verano, el todo dentro de un precio razonable.

LAS puertas son muy anchas, resultando por lo tanto más fácil el acceso que en cualquier otro modelo de automóvil, y sin embargo, la carrocería es fuerte y relativamente liviana.

SU precio lo coloca al alcance del comprador más exigente, pues vale, sobre el reputado chassis HUDSON Super Seis, de modelo 1924, con ruedas de alambre y una quinta rueda completa

$ 8.500 m/n.

El mismo modelo, sobre el nuevo Chassis ESSEX de 6 cilindros, 2 litros, vale

$ 5.250 m/n.

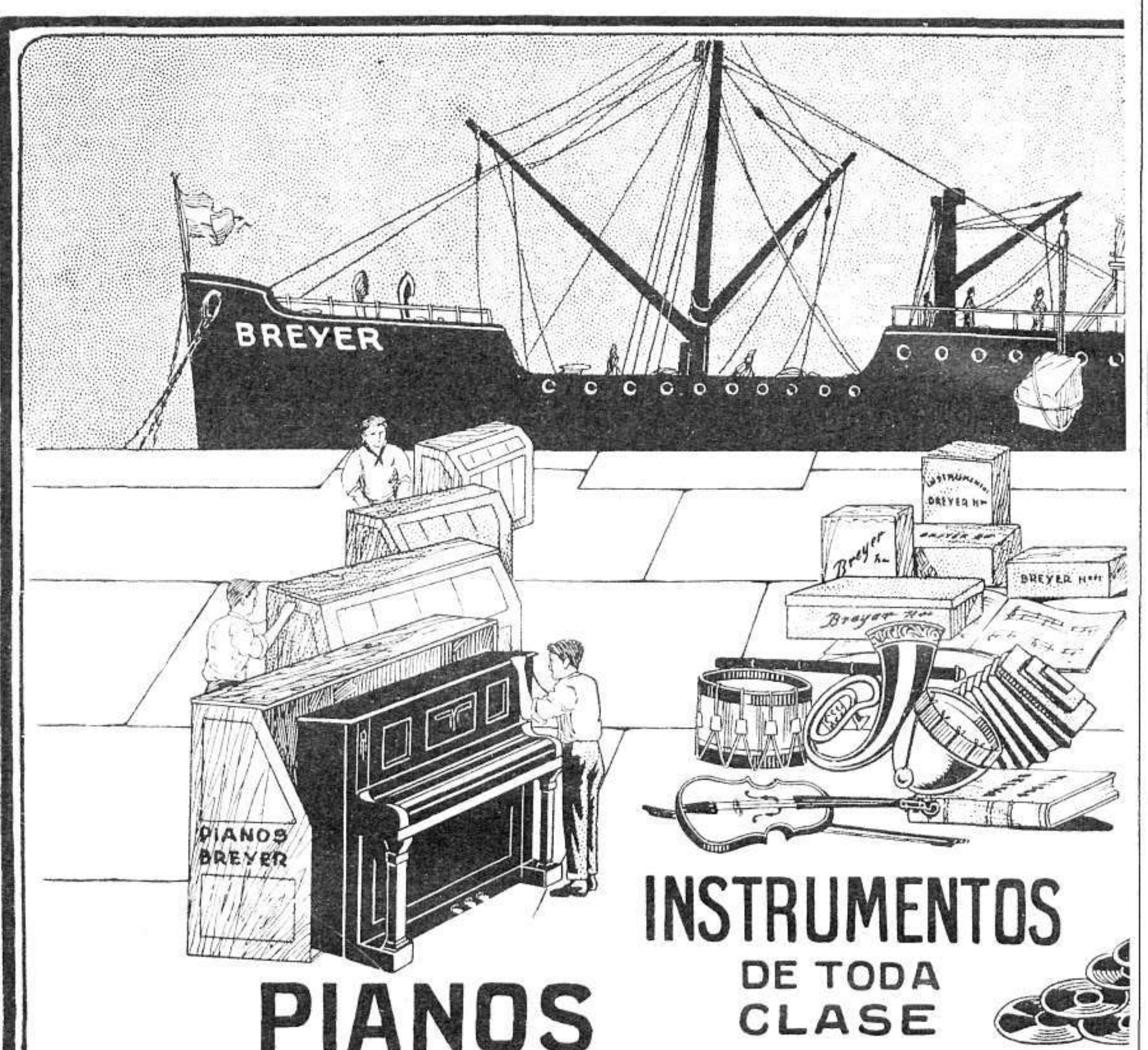
PIDANOS UNA DEMOSTRACION

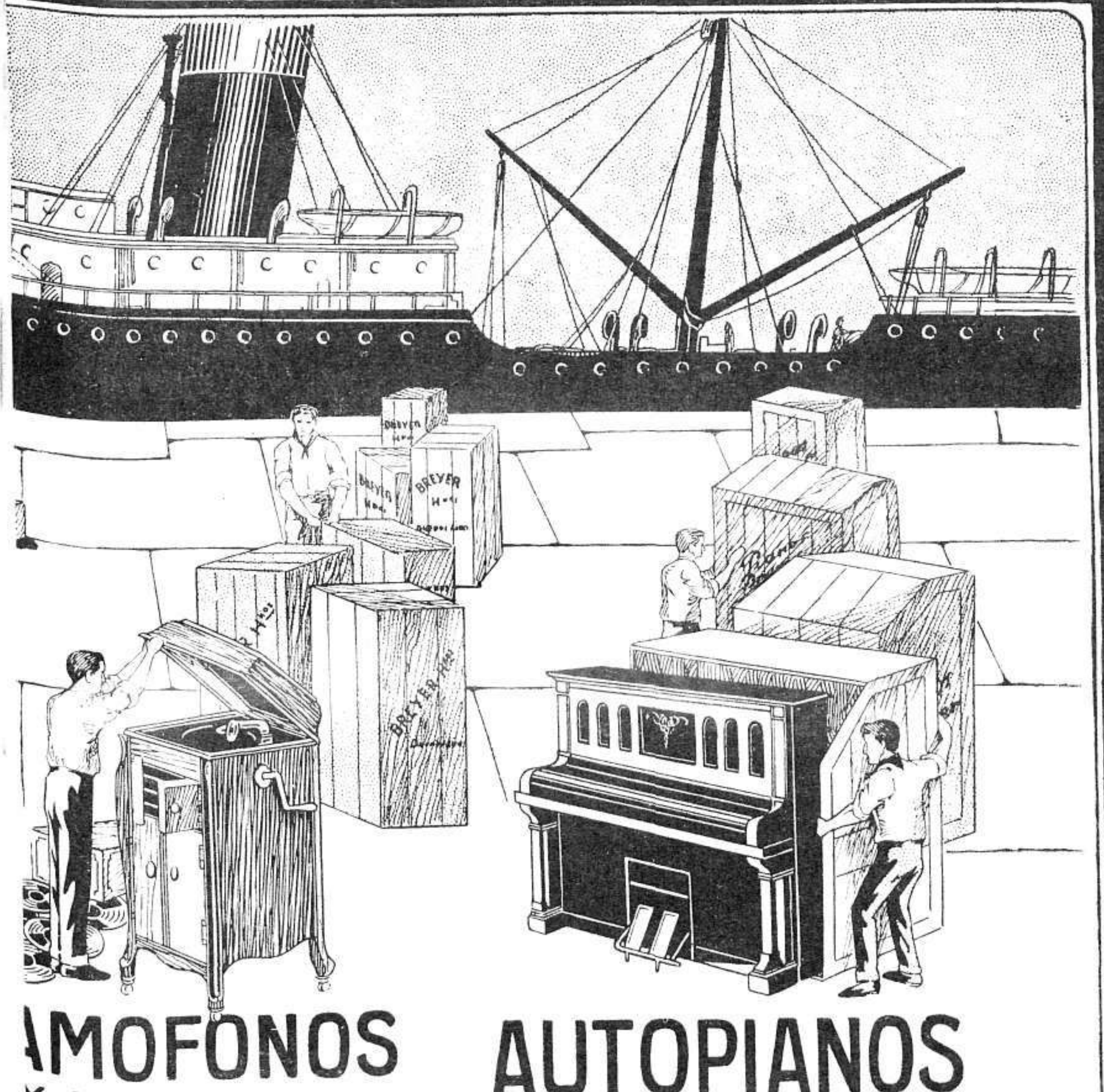


BUXTON GUILAYN & Co.
S. DAD EN C. DITA — BUENOS AIRES
AUTOMOVILES ELECTRICIDAD Y MAQUINARIA

SUIPACHA 602







DIRECTAMENTE IMPORTADOS Y GARANTIZADOS

LOS VENDEMOS POR MENSUALIDADES HASTA 24 MESES DE PLAZO

PIDA NUESTROS CATALOGOS Y CONDICIONES LIBERALES

ACUERDESE DE NUESTRA CASA

QUE ES LA MAS IMPORTANTE DEL RAMO EN LA AMERICA DEL SUR

BREYER Hnos

Casa Central: FLORIDA, 414. — Buenos Aires.

SUCURSALES:

La Plata..........	Calle 7 y 55 N.º 601.	Mendoza..............	San Martín, 1261.
Bahía Blanca......	San Martín, 252.	Paraná	Gral. Urquiza, 525.
Tucumán	9 de Julio, N.º 90	Córdoba	San Martín, 234.

HERENCIA

por

ROBERTO A. ORTELLI

DIBUJOS DE BESARES

El señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, decidió levantarse. Sí, resueltamente: se levantaría. No era posible que aquel *chusmaje* continuara ensañándose impunemente con su honestidad. Sí; se levantaría para gritarles a esas mujeres insidiosas y perversas:

— Sé perfectamente a qué se refieren ustedes al hablar de sus padres delante de mi ventana, con el propósito evidente de que yo oiga lo que dicen. Pero permítanme que les aclare el punto. Ante todo, están equivocadas si creen que a mí pueden importarme algo esas historias absurdas que andan propalando. Y, por otra parte, es bueno que sepan que esa historia tan propalada hoy, que indica que mi padre ha muerto de cierta enfermedad, es un absurdo difundido por gentes interesadas en obstaculizar la vida de un hombre honrado. Mi padre, ¿saben ustedes? mi padre ha muerto como pueden morir ustedes o yo... ¿saben? Sí; como podría morir yo, sí, yo...

Y en lo más íntimo, insistía quejosa y agresivamente en esta última hipótesis.

Pero el señor Emiliano Gómez y Ruiz abogado, luego de meditarlo muy detenidamente, no se levantó del lecho donde en vano pretendía dormir la siesta. Sonrió despreciativamente, y, por décima vez, encendió su pipa.

El señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, era lo que se dice un hombre maduro. Representaba tener unos cuarenta años. Español. Había desembarcado en estas tierras de América diez años antes. Cumplió los requisitos necesarios, y pronto instaló su estudio profesional cerca de los Tribunales.

Nadie pudo decir nunca que fuera brillante en su profesión. Atendía sus asuntos con todo método y corrección, concurría a su oficina durante las horas señaladas, conversaba con sus clientes todo lo necesario — bien es verdad que nada más que todo lo necesario — y luego se volvía sin haber provocado un elogio entusiasta pero tampoco un reproche. Parecía limitarse a sufragar el diario sustento *sin rompederos de cabeza*, como suelen decir las gentes.

En el trato cotidiano con quienes lo rodeaban, el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, observaba siempre un cierto aire de reserva que inclinaba a sus interlocutores hacia una involuntaria antipatía. Rehuía toda posibilidad de un nuevo amigo si éste no presentaba el carácter de cliente, y cuando le era imposible hacerlo, su amabilidad metódica y matemática terminaba por cansar. Su mirada era hosca, aunque él la creyera bondadosa. Jamás sostuvo una conversación detenida. Ya dijimos que era reservado.

Físicamente, era impecable: vestía un traje obscuro, muy serio, de saco cruzado; peinábase con una raya en el medio y todos los días se afeitaba y se hacía lustrar el calzado. No se le conocían amigos ni diversiones, razones suficientes para desatar las lenguas de los suspicaces. Es claro que todas las presunciones de éstos eran falsas e interesadas.

Desde meses atrás, el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, iba perdiendo más de una de sus escrupulosas cualidades y adquiriendo otras no muy elogiables, por cierto: concurría a su estudio sin regularidad alguna; se despreocupaba de sus asuntos profesionales; vivía al margen de la vida forense, y, lo que es peor y definitivo, una suciedad grasosa veíase ahora en sus ropas y sus manos, y, además, hablaba a destiempo y solía contestar a cosas que nadie le preguntaba, insistiendo muy especialmente en cierta historia acerca de su padre que él atribuía a gentes malintencionadas.

Con esto, el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, comenzó a interesar malévolamente a quienes le conocían. Alrededor de él bordábanse mil y una historias folletinescas sobre la base de absurdas mentiras, fraguadas por personas interesadas en obstaculizar la vida de un hombre honrado, a estar a lo que el mismo señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, repetía muchas veces durante el día, viniera o no a cuento. Y quien le oyera sin más, lamentaríase de su suerte al verle encerrado en una pequeñísima alcoba de sucio conventillo. Porque allí debió resignarse a vivir, en razón de su actual incapacidad de trabajar y su manifiesto deseo de no pedir servicios a nadie.

Cuando, en las frases que anotáramos al comienzo, recalcara lo de «aquella historia tan difundida que daba a su padre como muerto de *cierta enfermedad*», el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, quiso referirse a la causa de que, en sus últimos años, su progenitor se sintiera con la visión un tanto imprecisa y el ánimo ofuscado, cosas éstas que le llevaban a veces

a extremos ciertamente desagradables, pues le hacían advertir imaginarios perseguidores y conflictos e intrigas en verdad inexistentes, anormalidad que pudo ser provocada por algún pequeño desequilibrio del sistema nervioso, o, simplemente, por un exceso de inteligencia imaginativa, nada más. Y esto, naturalmente, puede sucederle a cualquiera. Esta opinión, es claro, era la del señor Emiliano Gómez y Ruiz.

ERAN las seis de la tarde. El señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, luego de notar que su pipa estaba nuevamente apagada, desperezóse lentamente y se puso de pie. En este movimiento pudo advertir un leve dolor de espaldas que le venía a recordar, precisamente, que había estado mucho tiempo recostado en su cama. Miró el reloj. Maravillóse de la hora que marcaba. Recordó que desde hacía muchos días, un expediente que él presentara estaba paralizado en la secretaría de un juzgado, y reprochóse el no haber concurrido a darle trámite. Pero muy pronto pensó en otras cosas. Por ejemplo: que el día era hermoso y que debía tomar un poco de aire.

Poco después encaminóse hacia la calle. Al paso, halló a la encargada de la casa. Saludóla muy afectuosamente, a lo que ella contestó de la misma manera.

Aunque él no lo advirtiera, hacía tiempo ya que el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, hallábase caminando. Seguramente, los múltiples pensamientos que ocupaban su cerebro no le permitían advertir ese detalle, el detalle insignificante de tiempo. A su lado, los árboles se sucedían metódicamente. Y, por momentos, el sol haciale bajar la vista. Sus piernas eran ágiles y difícilmente hacíanle sentir su cansancio. Por eso él continuaba recorriendo calles y calles, sin advertir la distancia recorrida.

El señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, recordaba ahora el saludo de la señora encargada de la casa. Ciertamente, había sido amable, muy amable. ¿Y por qué había sido tan amable? Esta era la pregunta que ocupaba su atención. ¿Por qué había sido tan amable la señora encargada de la casa? No, seguramente por nada. ¿Acaso era él un imbécil para no advertirlo? Oh, bien sabía él que esos gestos nunca están desnudos; que siempre vienen vestidos por intereses inconfesables. Y comenzó a afirmar sus pensamientos en deducciones ciertamente absurdas. Pensaba, por ejemplo, que aquella señora, la encargada de la casa, habíalo saludado así, con tanta amabilidad, para ocultarle que ella también estaba enterada de esa estúpida historia que circulaba por allí, para difamar el nombre de su padre, pero que, como él no era un imbécil, comprendía perfectamente esos gestos, esas actitudes.

Este asunto de la señora encargada de la casa llevóle mucho tiempo. Aun pensaba en ella y dibujaba en el aire unos ademanes muy enérgicos, cuando se encontró en una plaza y advirtió que su frente estaba sudorosa y su espalda encorvada ya por el cansancio. Además, el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, dió en comprobar que ya había anochecido completamente, y, en consecuencia, decidió sentarse.

Según era su costumbre, mesábase los cabellos constantemente. Aparte, sus manos tenían movimientos indecisos, y, a veces, permanecían temblorosas. Pero estos movimientos no eran advertidos por él, que alimentaba la convicción de ser un hombre íntegramente enérgico.

De pronto, el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, oyó una alusión clarísima a un asunto particular suyo. Esto le indignó inusitadamente. Levantóse y, encarándose con dos personas que permanecían sentadas en el mismo banco que él abandonara, gritóles, furiosa la mirada, tremebundo el gesto:

—¡Basta ya! ¡Granujas indecentes! ¿No os avergonzáis de ocuparos de un asunto tan innoble cual lo es el de obstruír el camino de un hombre honrado?

Y luego, el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, comenzó a iluminar a aquellas gentes acerca de la verdadera historia de su señor padre, aunque con gestos poco adecuados a lo que decía.

Y sorprendióse, indignado más, luego, cuando un agente de policía le dió orden de arresto. El señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, intentó defender su nombre y su honestidad así como la memoria de su padre, vilmente ultrajada por gentes de baja estofa, pero el señor que en ese momento representaba a la autoridad le obligó a que lo acompañase hasta la comisaría cercana, argumentando, en su descargo, que había provocado un desorden.

Desde entonces el señor Emiliano Gómez y Ruiz, abogado, inició la etapa más sombría de su vida, aunque las tinieblas que se apoderaron de su cerebro no le permitían advertirlo.

De General Sarmiento



El diputado nacional señor Juan Carlos Vázquez presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un caracterizado núcleo de vecinos de esta localidad.

LOS PELIGROS DEL BOX COMO DEPORTE

Los entusiastas fanáticos del pugilismo deberán conocer una obra inglesa titulada: «*La gimnasia no higiénica*», en la que científicamente se exponen los errores existentes en materia de educación física, errores funestos que extravían el criterio de los deportistas ingenuos. Entre los deportes los hay muy útiles para la educación física que favorecen el desarrollo normal y conveniente del organismo, pero igualmente hay otros que son en verdad funestos y contrarios para el desarrollo del cuerpo y la salud, y entre ellos figura en primer lugar el *Box* y después el juego también de moda: el *football*.

Refiriéndose al primero pregunta el autor, si los tremendos puñetazos que se propinan los campeones, les serán provechosos. Lastimar violentamente los órganos ¿podría beneficiarles en su desarrollo? ¡Qué ocurrencia aquélla! Cuando se contusionan, se dislaceran acaso, o, cuando menos, se conmocionan, los pulmones, el corazón, el estómago, el hígado, el bazo, los riñones, etc., ¿quién puede ser bastante ignaro para admitir que esos órganos así maltratados no sufran una perturbación cualquiera en su normal funcionamiento? Y si desde niños, esto es, en pleno desarrollo o perfeccionamiento de algunas funciones vitales, éstos son turbados en su contextura y en su todavia delicada solidez, ¿no será naturalmente mucho peor la cosa? Responda el sentido común.

Cualquiera conmoción en el tejido de un órgano sirve de base, de iniciación, como un *locus minoris resistentiae*, a los futuros procesos patológicos. Es *haber abonado el terreno*, para que allí prosperen la tuberculosis, el cáncer, las arterioesclerosis, los nesplasmas diversos, parálisis, neuritis, y una multitud de enfermedades que describen los libros de medicina y que arrancan su origen en el *traumatismo*, es decir, de los golpes, sacudimientos, conmociones o vibraciones violentas en el parénquima histológico; aun cuando no haya siquiera una simple fisura, es suficiente las más veces un sencillo choque entre la conglomeración celular.

Por esto es que protesta la higiene contra tales ejercicios físicos, que so pretexto de vigorizar el organismo, vigorizan muy realmente las enfermedades.



¡LA INVERSION DE DINERO EN EL PETROLEO NACIONAL!

Aun está usted a tiempo para participar en la explotación de esta gran fuente de riqueza, invirtiendo parte de sus ahorros o capital en la adquisición de

Acciones de $ 10 Cada una

Vd. puede adquirir cuantas acciones desee pagándolas cómodamente en mensualidades. TODO EL MUNDO debe aprovechar esta última oportunidad que brinda la

ANDES PETROLEUM CORPORATION SOCIEDAD ANONIMA

Capital Autorizado: $ 2.000.000. Dividido en 200.000 acciones de $ 10.— m/n c/u.

Depositario: BANCO DE LA NACION ARGENTINA

LAS FORTUNAS DEL MAÑANA

Las perforaciones de esta Cía. han llegado ya a 1.290 pies de profundidad, con rasgos de petróleo y mucho gas. Se ha adquirido ya el edificio y terreno para la refinería en Bahía Blanca.

Los que invierten dinero en este negocio serán los dueños de las fortunas del mañana, porque es la industria más productiva que existe. Muchas veces los dividendos de Compañías petrolíferas sobrepasan el 100 %.

Las mayores fortunas de Estados Unidos y México pertenecen a personas que invirtieron sus capitales en Cías. de petróleo.

Nuestra enorme riqueza petrolífera ofrece las mismas oportunidades. Cada ciudadano debe ser dueño de acciones de LA "ANDES". ¿QUIERE SER UNO DE ELLOS?

Pida, sin compromiso para Vd., prospectos, estatutos, mapas y el folleto "LOS YACIMIENTOS DE PETROLEO" a la

ANDES PETROLEUM CORP. S. A.

CORPORACION DE PETROLEO "ANDES"

SARMIENTO, 643 **BUENOS AIRES**

PRESIDENTE DEL DIRECTORIO: Dr. J. Cecilio López Buchardo.
DIRECTOR GERENTE: Ing. Tomás E. Stephens.
SÍNDICO: Dr. Ubaldo Romero.

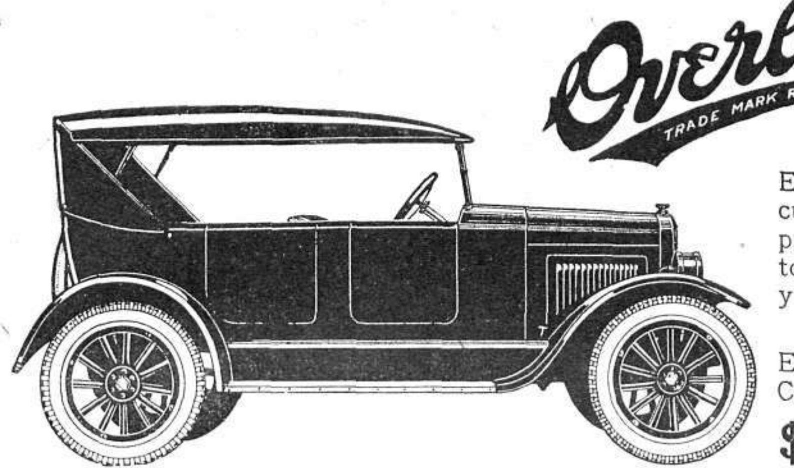
El vicario general de La Plata, monseñor Bourdet, acompañado por la Comisión Directiva de la Liga de Damas Católicas, durante la visita efectuada al Asilo-Taller de Nuestra Señora de Luján.

Vista del taller de bordados y labores, durante una clase práctica. El Asilo-Taller de Nuestra Señora de Luján que costea la educación de numerosas alumnas es sostenido por la Liga de Damas Católicas.

Overland

TRADE MARK REG.

MODELO 91.



El coche con cuyo servicio se puede contar en todo momento y en cualquier terreno.

Equipado con Cubiertas Cord.

$ 2.795.-

Desde cualquier punto de vista, en aspecto, funcionamiento, resistencia, comodidad y economía, el Overland es superior a todos sus rivales. La comparación razonada entre un Overland y cualquier otro coche siempre resulta favorable al Overland.

A pesar de su poder, el motor más grande Overland da a sus dueños más de 40 km. por cada 3.8 litros de nafta.



MODELO 92.

Más largo y espacioso, pero dotado de las mismas características que el modelo 91.

Equipado con Cubiertas Cord.

$ 3.700.-

Soc. Anón. HARDCASTLE

MORENO, 745 — BUENOS AIRES

Próximamente inauguración del nuevo local de Exposición: FLORIDA 643.

Solicite gratis la "REVISTA OVERLAND" al Agente en su localidad.



Usted habrá oído hablar del

Oporto DOM LUIZ

en términos muy elogiosos, pero ningún elogio alcanzaría a darle una idea de la agradable realidad.

Pruébelo detenidamente y quedará encantado.

Bs. AIRES 24 DE MAYO 1924.

CARAS Y CARETAS

AÑO XXVII N.º 1338



RETRATO DEL GENERAL SAN MARTIN

ÓLEO DE JOSÉ GIL, 1818

DONADO AL MUSEO HISTÓRICO POR EL TENIENTE GENERAL JULIO A. ROCA.

✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣✣

EL Excmo. Cabildo convoca á V. para que se sirva asistir precisamente mañana 22 del corriente á las 9 sin etiqueta alguna, y en clase de vecino al Cabildo abierto, que con anuencia del Excmo. Sr. Virey ha acordado celebrar, debiendo manifestar esta esquela á las Tropas que guarnezcan las avenidas de esta Plaza, para que se le permita pasar libremente.

Sr. D. Dn. Bentura Miguel Marcó del Pont.

CABILDO ABIERTO

ué recibida en la tarde del día 21 por los 450 vecinos notables, convocados a Cabildo abierto. El partido patriota y el partido colonial iban a encontrarse por primera vez luchando en una asamblea. Uno y otro atribuíanse por adelantado el triunfo. Eran la tradición secular y el espíritu revolucionario, el fin de un poder absoluto y el principio de una soberanía democrática. El obispo Lue y el fiscal Villota, frente a los doctores Castelli y Passo, en un duelo oratorio de venturosas consecuencias.

Es indudable que la sencilla esquela no dejaría dormir en paz a sus poseedores. Al fin llegaba el momento de reclamar, por la razón o por la fuerza, las libertades que merecía el pueblo argentino para su próximo y espléndido futuro.



SI · VOLVIESEN NUESTROS · ABUELOS...

Es la frase que los hombres pronunciaron siempre al admirar las conquistas del progreso. Nació, indudablemente, con los beneficios iniciales de la cultura, y se ha dicho en todos los idiomas. Es una mezcla de orgullo satisfecho y de amor a los antepasados. También los argentinos del glorioso mayo repetirían la obligada frase. Hicieron una obra espiritual de sublimes proporciones, y entusiasmados por el triunfo, pensarían los hombres de la revolución en la enorme sorpresa que hubiese producido a sus abuelos la obra libertadora.



HOMBRES ACOSTUMBRADOS A DESAFIAR LO IMPREVISTO, LOS CREADORES DE LA EMANCIPACIÓN, HABITUARÍANSE EN SEGUIDA A LAS ACTUALES LUCHAS PARLAMENTARIAS Y SU NOBLE ORATORIA PREGONERA DE VERDADES, DESPERTARÍA GENEROSOS ECOS.



IR A EUROPA SIGNIFICABA ENTONCES UNA AVENTURA CASI TEMERARIA. ENTRE LA PARTIDA Y LA CARTA ANUNCIADORA DEL ARRIBO TRANSCURRÍAN MESES DE ANSIEDAD. HOY TODO QUEDARÍA BASTANTE COMPENSADO POR LA RAPIDEZ DEL VIAJE.



LAS NOVIAS PONDRÍAN EN LAS DESPEDIDAS AÉREAS EL MISMO FERVOR TRISTE QUE PRESIDIÓ SIEMPRE LAS SEPARACIONES Y LOS ADIOSES DEL PAÑUELO, QUE SEMEJAN LLAMADAS.

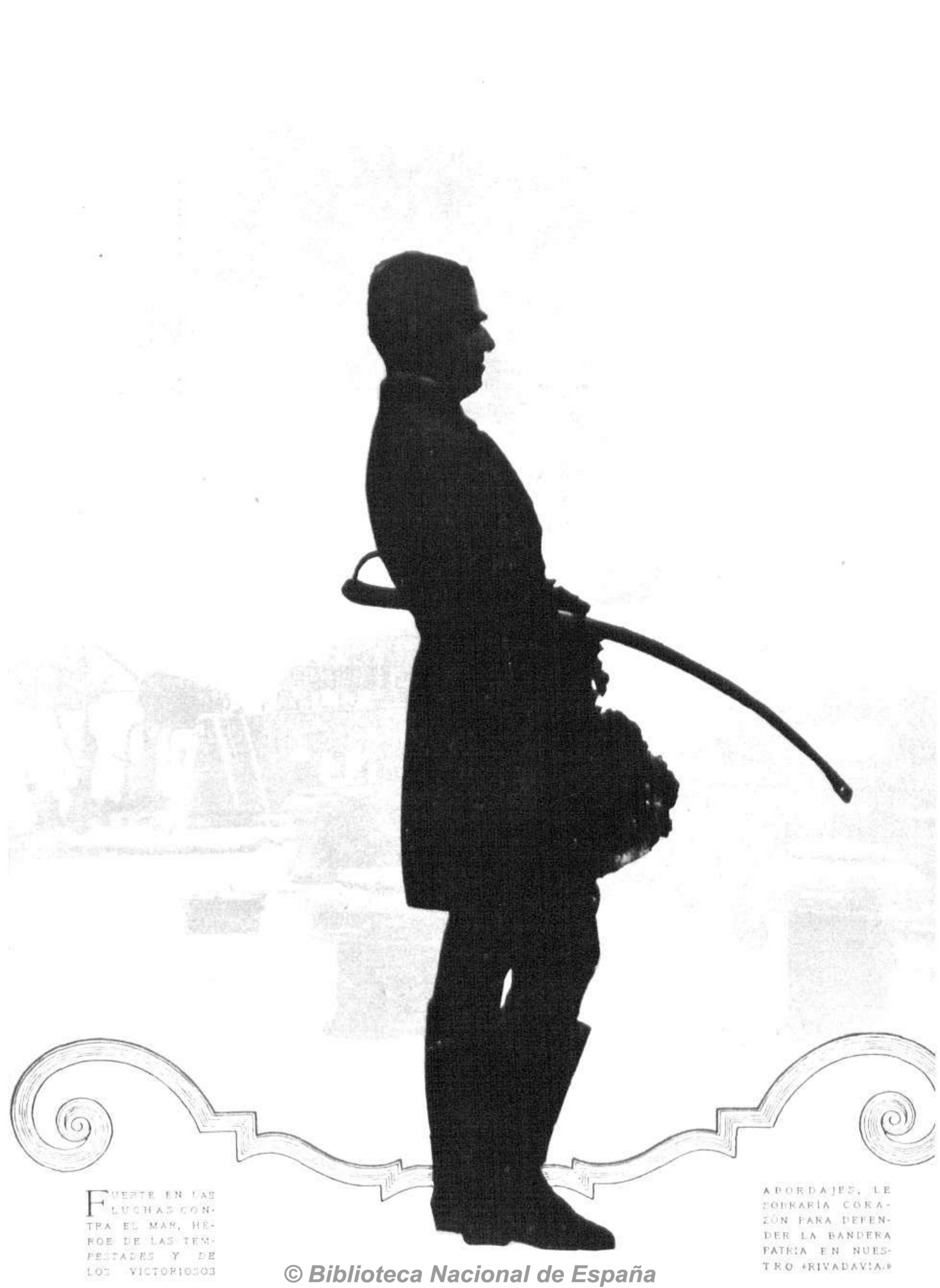


ANTE LA ENORME MOLE DE LA LOCOMOTORA SE REPRODUCIRÍAN AQUELLAS SENTIMENTALES ESCENAS QUE DESARRO-

LLÁBANSE JUNTO A LAS DILIGENCIAS, CUANDO LA MUSA POPULAR DIJO: «LA DESPEDIDA ES CORTA; LA AUSENCIA ES LARGA».



EL ENORME COLÓN EN VEZ DEL TEATRITO SENCILLO, DONDE IBAN A FESTEJAR LA FLAMANTE FECHA PATRIA OYENDO UNA COMEDIA! AQUÍ AGUARDARÍAN MUCHAS Y SORPRENDENTES NOVEDADES A LA FAMILIA RESUCITADA.



FUERTE EN LAS LUCHAS CONTRA EL MAR, HÉROE DE LAS TEMPESTADES Y DE LOS VICTORIOSOS ABORDAJES, LE SOBRARÍA CORAZÓN PARA DEFENDER LA BANDERA PATRIA EN NUESTRO «RIVADAVIA.»



N. 72.

GAZETA DE
BUENOS- -AYRES

DEL MIERCOLES 27 DE MAYO DE 1818

VEINT AYO

EL año nono de la libertad Sud A ser un monumento erigido á la
na ha comenzado con los dias mas La iluminacion comenzó en la
sos del otoño; parece que la natura 24: desde las oraciones hasta las
hubiese propuesto tomar parte en entio ha sido inmenso; la con-
tro gozo y contribuir á la solemni ha sido como nunca. En las
unos dias de tan grata memoria par es que corren hasta la fecha ha
tros pechos, y en los que hasta se uegos artificiales de bastante in-
no *sé que* de inflamable en nuest se esperaba que concluyesen, lo
gre. La benignidad de la estacion rificaba á las ocho de la noche,
cho resaltar mas todos nuestros j s daba principio la comedia, que
siendo asi que en ninguno de lo asta despues de las doce. Dan-
anteriores se han reunido tantos n prosas y de costo, músicas por
de celebridad, ni tanta magnific s calles las mas alegres dis-
proporcion en l tanta moderacion

LA PRENSA ARGENTINA

PRECIOSAS RELIQUIAS DEL PENSAMIENTO ARGENTINO SON LA MUTILADA PRENSA Y EL PRIMER PERIÓDICO PATRIOTA. CUANDO ÉSTE APARECIÓ, EN LA «CASA DE NIÑOS EXPÓSITOS», YA LA ARCAICA MÁQUINA HABÍA SIDO SUBSTITUÍDA POR UNA MÁS PERFECTA. AL REUNIR EN ESTA PÁGINA LA ANTIQUÍSIMA PRENSA Y EL ENCABEZAMIENTO DE UN NÚMERO CONMEMORATIVO DE LA EFEMÉRIDES REVOLUCIONARIA, TRIBUTAMOS ENTUSIASTA HOMENAJE A LA IMPRENTA INICIAL Y AL PERIODISMO PREGONERO DE LA SUBLIME OBRA.



El Clavicordio y el Serrucho

MÚSICA de salón ceremoniosa y música de café vocinglero. El cristalino murmullo señoril del clavicordio fomentaba la intimidad y los ensueños románticos; el lamento profundo del serrucho es nerviosidad de muchedumbres.

El clavicordio desgranando menudas notas hacía de la música algo gentil y fino. Los minués, las sonatas, las gavotas, los scherzos escapábanse del melódico mueblecito dando aristocrática frescura al ambiente. Y él sabía acompañar suavemente la voz humana y las voces del violín y de la flauta.

El serrucho, instrumento de ocasión, posee una belleza musical atrayente, extraña y enfermiza. Su aullido exótico hace estremecer, trayendo una angustia placentera. Es alma de los fox trots, del shimmy, del tango complicado. Por neurasténica y maniática la misma música. El serrucho no interpretaría las delicadas sonatas de Scarlatti; el clavicordio moriría si quisiera dar vida a un shimmy.



SEÑORA AGUSTINA ROSAS DE MANSILLA
Y SU HIJO EL GENERAL LUCIO V. MANSILLA

ACUARELA DEL INGENIERO CARLOS E. PELLEGRINI

DONADO POR LA SEÑORA
MÓNICA T. DE MANSILLA
AL MUSEO HISTÓRICO



LA KARABA

Lo que voy a contar es rigurosamente histórico. Y aunque carece de transcendencia, ofrece el interés (por mucho que mi pluma lo malogre) de dar la medida del espíritu guasón de todo un pueblo.

Estamos en Córdoba, en la Córdoba española, andaluza, moruna, patria de Séneca, Lucano y «Machaquito.» Es la semana de ferias. De toda Andalucía han llegado numerosos traficantes en ganado y muchedumbre de forasteros que sólo se proponen ver las corridas de toros y divertirse. También ha caído buen golpe de turistas extranjeros, especialmente ingleses, que andan visitando monumentos, a la vez que recogen observaciones pintorescas sobre el pueblo andaluz, mientras éste las hace no menos pintorescas sobre el pueblo inglés.

La animación de la feria procede de los forasteros más que de los cordobeses. Son éstos los andaluces menos verbosos, y aun podría decirse que, entre todos los españoles, se distinguen por su extremada parquedad de palabra. Permanecen largos ratos en silencio, y cuando intervienen en la conversación formulan sus razonamientos en breves aforismos, apotegmas y sentencias, a la manera de Séneca. Quizá fuera mejor decir que Séneca se expresaba a la manera cordobesa. Después del preceptor de Nerón, es «Guerrita», el célebre torero retirado en Córdoba, quien en menos palabras emite una opinión. Entró un día en un café de lujo, donde se cobraba el doble que en los demás establecimientos. Sorbióse el contenido de la tacita, y al decirle el mozo que el café valía una peseta, el torero se limitó a preguntar: «¿He roto algo?...» En esta concisa forma manifestaba su juicio sobre el excesivo coste de lo que había tomado.

Hay en la feria muchos espectáculos y lugares de esparcimiento: columpios, tíovivos, calesitas, etc. Unos estrepitosos órganos y pianos de manubrio amenizan el viaje de los excursionistas en sus caballos de madera. Los empresarios de estos artefactos, que ruedan por toda España, de feria en feria, gritan invitando a los reacios a emprender el viaje maravilloso en torno del eje fijo del tíovivo. Otros gritos solicitan igualmente nuestra atención. Son los anunciantes de los fenómenos que se exhiben en las barracas. El arte de la exageración tiene allí cultores admirables. «¡Pasen, pasen, caballeros; verán el enano más diminuto; cabe en una petaca!» «¡Adelante, señoras y caballeros: el gigante portugués; siete pulgadas más que Goliat!» En otros lugares de la feria anuncian focas sabias, perros cal-

culadores, un morueco que bala soledades, ¡un elefante que hace retratos al óleo con la trompa! ¡Pinta mejor que Sorolla; pasen, señores, pasen!»

De pronto, una voz breve, seca, rápida, dice: «Lakaraba». No agrega una palabra más; nada de hipérboles ni exclamaciones ponderativas, ni siquiera explicar lo que significa esta extraña palabra. Más que pronunciarla, la expelía con la celeridad de un tiro; cerraba en seguida apretadamente la boca y ponía un gesto ceñudo, hosco, amenazador, como demostrando que no toleraría la menor objeción, el más insignificante reparo a «Lakaraba», a la rara calidad, en fin, del fenómeno de su barraca... No invitaba al público con las melífluas palabras: «¡señoras y caballeros, adelante!». Se limitaba a disparar su anuncio con la más áspera sequedad: «Lakaraba». En los intervalos de silencio que ponía al anunciar su espectáculo, y en la concisión sentenciosa, verdaderamente senequista, con que lo hacía, revelaba el barraquero su origen cordobés. Delatábalo igualmente su indumento: sombrero calañés, corta chaqueta de pana, zahones de cuero sobre las piernas, el traje corriente entre los campesinos de la provincia.

Su barraca era sencillamente una carpa de lona de reducidas dimensiones, donde sólo cabían, además del espectáculo, media docena de espectadores, que se renovaban incesantemente, porque el fenómeno «Lakaraba» se veía en seguida en toda su sorprendente rareza.

Los demás barraqueros y feriantes no se explicaban el éxito de su colega, ayuno de ingenio para excitar la curiosidad del público. Les parecía mentira que sólo diciendo cada cuarto de hora: «Lakaraba», la gente formara cola a la puerta de la carpa, ávida de contemplar la maravilla. «¿Se puede comparar lo que tiene ese tío — decían sus émulos — con el enano, ni con el gigantón, ni con las focas, ni con ese Murillo que hace filigranas con la trompa? ¡Vamos, hombre! Pero le digo, *compare*, que el publiquito... ¡vaya que no sale de la carpa roja! Y es que al público hay que hablarle en necio para darle gusto, como dijo Castelar».

Al salir de la carpa, en grupo de seis, los visitantes comentaban, sobrios de palabra, pero muy expresivos de gesto, lo que habían visto. Apiñaban los cinco dedos de la mano derecha, los llevaban a los labios, y al desapiñarlos con rápido y gracioso movimiento, lanzaban esta exclamación de asombro: «¡Superior!». Y el barraquero, serio como una espátula, repetía con su habitual, precipitado y cortante acento: «Lakaraba».

En el momento de disolverse el grupo, sus miembros expedíanse con ligeras alusiones a la gran novedad de la carpa: «Le digo a usted, *compare*, que no se ha visto cosa igual en Córdoba». — Ni se verá... vaya, adiós, amigo». — «Que usted lo pase bien... y mientras «Lakaraba» esté en Córdoba, ya sabe usted dónde puede encontrar a un servidor totos los días a esta hora». — «Lo mismo digo: tampoco yo faltaré».

Picaban sobre manera estos comentarios la curiosidad de la multitud que discurría por el campo de la feria. De ninguna otra barraca salía la gente tan complacida. Y como la electricidad por el alambre que la conduce, corrían entre la muchedumbre los juicios ponderativos, si bien inconcretos y vagos, de los visitantes de «Lakaraba».

Lo que más sorprendía era la unanimidad de opinión, rara en todo humano asunto, y rarísima tratándose de barracas de feria, espectáculo que siempre se ha prestado a grandes controversias, no exentas de valor filosófico, pues en ellas se plantea el problema de si lo inocente puede ser divertido. Por los gestos de pasmada admiración con que, al salir cada grupo de seis, espoleaban la impaciencia de los que esperaban su turno en larga cola, colegíase que lo encerrado en aquella carpa no era cosa inocente y baladí, sino insólita y acaso nunca vista en tierras de Córdoba, que tantas cosas vieron desde los brillantes tiempos del califato hasta nuestros más opacos días...

PERO qué era, en resumen, lo que había en aquella carpa? ¿Qué fenómeno, aborto o dechado de la naturaleza, esperpento o arquetipo, ejercía sugestión tan avasalladora en los concurrentes a la feria? ¿Cómo explicarse aquella unanimidad en el asombro?

Calmemos con una rápida explicación la ansiosa impaciencia del lector. El primer grupito que entró en la carpa vió, atada a un poste y comiendo residuos de alfalfa seca, una bestia vulgar, una yegua, ya vieja, de lacio pelaje y aspecto cansino. Uno de los visitantes preguntó al barraquero, o expositor del fenómeno:

— ¿Y «Lakaraba?...

— Ahí la tiene usted.

— ¿Cómo?... Esta es una yegua.

— Sí, señor, Lakaraba; ya no ara, porque está muy vieja...

— ¡Ah, vamos..., la que araba, no es eso?

— Justo, Lakaraba. Creo que lo digo bien claro a la gente que pasa por la puerta de mi carpa. Yo no engaño a nadie.

Los seis del grupo, entre acogotar al farsante y seguir el bromazo, optaron por esto último. Después de todo, el hombre no había engañado a nadie con aquella forma de dicción, general en el país. Fueron los oyentes los que dieron en imaginarse otra cosa, atribuyendo a la palabra otro significado, sin sospechar que pudiese ser materia de exhibición, ni motivo de espectáculo, una yegua que, por vieja y matalona, había dejado de arar. Como va dicho, el primer grupo salió de la carpa haciendo gestos ponderativos de la maravilla, pero sin decir en qué consistía. Lo mismo hizo el segundo y todos los que, en cadena interminable, se sucedieron. Nadie se dió por defraudado, y el camelo fué corriendo. De este modo los seis primeros engañados se convirtieron en sesenta mil. Todos en el secreto y todos guardándoselo. Y así aquel año, (pocos hace de esto) el mejor negocio de la feria de Córdoba fué la exhibición (a real la entrada) de «Lakaraba»...



FRANCISCO GRANDMONTAGNE

DIBUJOS DE MACAYA



MI CONQVISTA DE LA ESQVINA

AQUEL día había estrenado traje, botines y sombrero. Cuando estreno ropa me encuentro tan a gusto en la vida y tan dentro de mi ambiente sobre la tierra, que hasta se me ocurre que el Universo fué creado para mi exclusivo goce. Sin considerarme elegante, sospecho que mi figura es menos desairada que de ordinario y esto me presta audacia física, moral e intelectual. Pienso con libertad, siento con entusiasmo y me desenvuelvo con soltura; mis ideas y mis frases son originales, mi paso es seguro, la timbración de mi voz es vibrante y mis ojos recogen con entereza la turbadora mirada de las mujeres

Al atardecer dirigíame por Florida a la Facultad de Derecho para asistir a clase de Legislación Aduanera de seis a siete, cuando, al llegar a la esquina de Cangallo, a una dama que descendía de un suntuoso automóvil particular se le cayó un pañuelo de manos.

Antes de que éste llegara al suelo me apresuré a recogerlo y se lo devolví, recibiendo por mi acción la recompensa de una sonrisa cuyo adjetivo calificativo no ha sido creado todavía en ningún idioma.

En otras condiciones, por ejemplo, vistiendo el traje que acababa de dejar fuera de uso, hubiera considerado aquella sonrisa como un favor divino que me llegaba por equivocación y hubiese bajado los ojos y continuado apresuradamente mi camino, temeroso de que alguien me reclamara lo que indebidamente había recibido; pero como en ese momento poseía una absoluta confianza en mi irresistibilidad, me limité a sonreir a la desconocida con una naturalidad tal como si desde que abrí los ojos a la luz del mundo estuviera acostumbrado a que las mujeres me sonrieran así.

La hermosa no pudo reprimir un gesto de sorpresa ante mi inesperada osadía de no caer de rodillas a adorarla y se puso a observarme de pies a cabeza con una atención tan impertinente que más que examinarme parecía olorme. Entretanto yo, que inmediatamente decidí mi plan de ataque, pues, aunque no parezca sensato, prefiero contemplar una mujer hermosa a asistir a una clase de Legislación Aduanera, me quedé en la esquina como si acabara de llegar a ella con el propósito de hacerlo.

La incomparable hermosura de la dama me obligó a evocar por un instante a las mujeres que poblaban los insomnios de mi adolescencia; esas mujeres económicas que nunca gastaban un centavo en ropa y que sólo viven en la imaginación ardiente de los muchachos soñadores. Ella parecía ni más ni menos que escapada del ensueño de un adolescente, sólo que, para evitar que algún vigilante le aplicara la ordenanza contra lo que con criterio policial se llama buenas costumbres, se contentaba con descubrir las perfecciones de la obra de arte realizada por la naturaleza en su cuerpo, cubriéndolas con un ajustado vestido de tela de inverosímil espesor.

Yo pensé que había bajado en esa esquina para ir a las tiendas próximas a averiguar si ya tenían en venta telas invisibles de última moda, pero debí equivocarme.

Por más de un cuarto de hora anduvo dando vueltas a mi alrededor, visiblemente consagrada a dejarse admirar por mí.

Entretanto sus ojos y los míos se encontraron infinidad de veces. ¡Y qué miradas nos cruzamos! Las palabras, por eficaces que sean, están tan gastadas por el uso común que nunca expresarán con la exactitud de las miradas la atracción recíproca repentinamente entablada entre dos seres. Así fué cómo bastaron pocos instantes para que nos confesáramos sin reservas todo el inmenso amor que el encuentro había encendido en nuestros corazones; un amor fuerte, decidido, avasallador, para el que no existirían trabas de ninguna especie; un amor que apenas nacido vivía cada segundo con fuerza de eternidad; un amor tremendo capaz de romper normas y sacudir yugos.

La ocasión y, sobre todo, el lugar, no favorecían la prolongación de aquellas confidencias. Ella debió comprenderlo así, pues, acercándose a mí todo lo que pudo y más de lo necesario, me dijo con imperceptible movimiento de labios:

—Sígame al Rosedal.

En seguida se dirigió al automóvil y dió una orden al chófer. Al partir me miró por última vez y en sus ojos brilló la luz de una promesa de felicidad.

Cuando a lo largo de la calle el auto se confundió con otros, hice un gesto de doloroso desaliento y abatí la cabeza sobre el pecho.

En aquel momento no tenía más que treinta centavos en el bolsillo.

LVIS CANÉ

DIBUJO DE LARCO

ALDEA ESPAÑOLA. TARDE

POR FERNANDEZ MORENO

YO SE QUE ERA UNA TARDE DE VERANO,
QUE ESTABA EN EL BALCON DE MI CASONA,
CON LA HUERTA A MIS PIES, BERZAS Y POLVO,
Y EL MAR, UN POCO BAJO, A LA DISTANCIA.

Y QUE SALE COLAS, EL RAPABARBAS,
CON UNA LUENGA CAÑA EN UNA MANO,
QUE SE APROXIMA AL PUENTE Y EL ANZUELO
ARROJA AL MAR ENTRE UNAS ROCAS NEGRAS

Y QUE DEBIO PICAR TENAZ ANGUILA
PORQUE, TIRANDO CON SU FUERZA TODA,
DOBLABASE LA CAÑA HASTA ROMPERSE
Y LA REDONDA FAZ DEL HOMBRECILLO
SE IBA PONIENDO CADA VEZ MAS ROJA.



ESO: QUE SE DOBLABA LA FLEXIBLE CAÑA
E IBA A ESTALLAR LA FAZ DEL HOMBRECILLO.





DIBUJO DE SIRIO



Una imagen genial

Hace pocas semanas que visité la ciudad de San Juan, que no había vuelto a ver en veinte años. Deseaba observar su nueva fisonomía y su alma antigua. Es, felizmente, uno de los centros de vida nacional con más notas de argentinidad legítima.

El centro urbano está muy modernizado y crecido, pero sin perder, por suerte, los rasgos de su carácter tradicional. En cambio la campaña, que sólo he podido entrever, se halla fundamentalmente transformada por el trabajo agrícola y las actividades industriales que hacen de esa provincia uno de los sectores más ricos de la producción de la zona andina.

El fenómeno de la simpatía, con sus inclinaciones al parecer caprichosas, pero que seguramente responden a impulsos originados y regidos por leyes naturales aún desconocidas, existe no solamente en relación a las personas sino a las cosas, a las entidades sociales y aun a los elementos de vida espiritual abstracta.

Hay simpatías y antipatías por los lugares, las poblaciones, por los géneros de edificación, por las modas, por los vocablos y hasta por tales o cuales manifestaciones de la sensibilidad o el pensamiento.

Entre mis simpatías impersonales que tocan el fondo palpitante de mis afectos nacionalistas, una de las más fuertes, vivaces y permanentes ha sido por la provincia de San Juan. No podría precisar las causas, ni tampoco vale la pena desentrañarlas; lo que importa es el impulso en sí mismo. Pero, sin analizarlo a fondo, anoto que en él influyen, para mantenerlo y agrandarlo, varios factores. En primer lugar, los derivados de la psicología en que se observan los caracteres de mayor masculinidad de nuestra raza. Al mismo tiempo el hecho de haber perforado espiritualmente los cielos con la más cordillerana de las mentalidades argentinas. No es posible venerar a Sarmiento sin amar

la tierra que fué el pedestal primero en que se apoyan los cien superpuestos pedestales de su gloria.

Con Sarmiento, San Juan extiende su jurisdicción de patria lugareña a patria americana; de americana a la futura universalidad del gran vidente anticipador del porvenir en la profecía y en la ejecución. Amasador de realidades con levadura de ideal.

Pero la corriente afectiva de mis sentimientos hacia la cuna del maestro, responde también a las afinidades notadas por muchos, entre sus núcleos sociales, con los antiguos de mi provincia. San Juan y Salta durante la colonia, y hasta períodos recientes, tenían modalidades armónicas de tipo señoril y cultural.



En cambio son ahora completamente desemejantes en la esfera de actividad correspondiente a la vida pública. En este orden, la diferencia está marcada en la historia por hechos y circunstancias que exteriorizan peculiaridades geográficas y físicas. Por fortuna San Juan no tiene paludismo. Por desgracia Salta no tiene viento zonda, equivalente andino del pampero del sud.

En mi reciente excursión a San Juan llegué enfermo. El gobernador, doctor Cantoni, me dió un medicamento que calmó mi malestar; y, viéndome aliviado, tuvo la fineza de dedicarme varias horas para hacerme conocer las obras nuevas y algo de la vida nueva que allí palpita con un ritmo tal vez apresurado, pero de más proyecciones modernas de lo que puede suponerse a través de las crónicas apasionadas de los sucesos del día.

Pero me abstengo de hacer referencias en tal sentido, cumpliendo la consigna de CARAS Y CARETAS, que excluye la política de sus páginas.

El gobernador, después de enseñarme varias obras, edificios y aspectos interesantes de los alrededores de la ciudad, tuvo un acierto de buen psicólogo, interpretando la complacencia que me causaría conocer un monumento que constituye la mayor originalidad de los que he visto en su género.

Es único, como única es la genialidad del que lo concibió y mandó erigir. Es un monumento funerario. Para penetrar en el cementerio tuvimos dificultades porque a la hora que llegábamos estaba cerrado. El guardián con las llaves no pudo ser habido, a pesar del empeño del gobernador en persona.

Penetramos por un costado de galerías en construcción. Después de varias cuadras de necrópolis, mi acompañante me señaló el sepulcro que tenía empeño en mostrarme, comprendiendo todo lo que a mí debía interesarme. Sus proporciones son reducidas, y su arquitectura de un estilo tan sencillo, que apenas excede lo elemental de los primitivos túmulos formados por montículos de tierra, como la tumba de los Horacios en Roma.

A esa sencillez debe el túmulo del cementerio de San Juan una elocuencia plástica imponderable. Todo él está construído con materiales del terruño. El pedestal está formado por una substancia dura como el granito, consistente en materias vegetales petrificadas. Según mi informante, hasta la verja es de hierro nativo. Dentro de ella hay un diminuto jardín a la rústica, en torno del pequeño túmulo; encima, una cruz de mármol; de mármol blanco sanjuanino. Encima de la cruz...

Allí está lo que forma la originalidad sublime y emocionante del monumento.

Encima de la cruz, pendiente de uno de los brazos, admirablemente dibujado con sus pliegues y sus flecos, también en mármol blanco, cuelga un poncho medio doblado en la forma en que los criollos lo suspenden del hombro.

Es la primera vez y seguramente el único monumento fúnebre que lleva como símbolo esa prenda nacional.

¡Un poncho sobre una cruz mortuoria! ¿Qué significado tiene ese emblema? ¿Qué sugestión se propuso ejercer el autor o, mejor dicho, el inspirador de ese pensamiento fijado en piedra sobre esa tumba?

El poncho es lo único que sobrevive de la vieja indumentaria criolla. El calzoncillo cribado, el chiripá y la bota de potro han desaparecido hasta en la campaña. El poncho queda. Aun en la vida de la ciudad, donde no tiene aplicación, se le conserva y se le busca usos supletorios de manta para el cuello; de agregado a las de la cama, y de abrigo liviano, en la intimidad doméstica; pero principalmente como compañero de viaje.

Este destino es cuasi espiritual. Muchos hijos del país,

que lo son no sólo por la ley sino por la sangre y el alma, llevan en su equipaje un poncho de vicuña que no hay motivo ni ocasión de utilizarlo viajando en ferrocarril. Es que al poncho se le tiene cariño. Es el sustitutivo argentino de la capa española. Los extranjeros cuya residencia en nuestro territorio o en el Uruguay les ha permitido conocer sus ventajas se acostumbran a él y lo aman como los criollos. La yerba mate y el poncho son los signos externos en que con más frecuencia se manifiesta en los extranjeros que regresan a su patria de origen el fenómeno comprobado de argentinización psicológica.

Este hecho tuvo su exteriorización más resonante en Garibaldi, que después de correr aventuras belicosas en Entre Ríos y de militarización en el Uruguay y Río Grande, aprendió la táctica criolla del guerrillero, con la que entró gloriosamente en la historia, no por la importancia de sus comandos y sus batallas, sino por el destaque de su personalidad en calaveradas heroicas. Y esta fué justamente la característica de los caudillos del Río de la Plata; Garibaldi trajo aquí el alma turbulenta de un corsario y regresó a su patria con los empujes y las destrezas de un montonero a la alta escuela, equivalente americano del *condottiere* itálico.

Y Garibaldi llevó de aquí el poncho.

En la mejor de sus estatuas, la más natural y típica que ha visto Italia, Garibaldi está representado con poncho. Por esa vía la vieja prenda tradicional argentina ha penetrado en lo universal de la gloria y del arte europeo.

En el monumento fúnebre del cementerio de San Juan, su imagen represanta toda la vida nacional pasada. En ella el poncho no fué un objeto de lujo como era por lo general el manto que acompañaba al traje talar antiguo, o como la capa que evoca el elegante libertinaje de las edades y de las razas románticas.

El poncho es pieza complementaria de la vestimenta nacional campesina. ¿Y quién, en nuestro país, no ha sido algo campesino? ¿Quién no tiene el orgullo de serlo personalmente o ancestralmente? Nuestro ruralismo necesario e innato es la fuente mejor de las principales virtudes de nuestra estirpe. Del campo pampeano o selvático, salen los criollos ágiles para la travesía por el desierto. Pero así como los asistentes a nuestras viejas fiestas de campaña, que a la puerta de la iglesia de la casa señorial se desmontan y dejan colgado el poncho en la cabezada de la montura, así los argentinos de hoy se van descabalgando y desemponchando en el umbral de la nueva existencia de progreso y cultura. Pero en el pasado el poncho simboliza todas las actividades de nuestra vida nacional, en la guerra y en el trabajo, pero sobre todo en la movilidad viajera. Nuestra población no ha sido nómada, como otras razas de tipo ecuestre, pero fué siempre peregrina y andariega. Y el poncho le acompañó en sus múltiples andanzas de labor, de placer y de combate.

Con el poncho, colgado gallardamente del hombro, nuestros mozos de otro tiempo completaban y ampliaban la música del baile, con el zapateo metalizado con rumor de espuelas. Y con las curvas del talle y el movimiento rítmico del brazo coronado por el pañuelo, irradiaban mayor flúido masculino sobre la compañera que en el abrazo brutal de las danzas actuales.

En las antiguas había contacto de electricidades; en las de ahora hay los roces carnales de los impotentes para la sugestión viril por el gesto y la mirada.

Con el poncho nuestros criollos tapaban la cabeza de la mula arisca para cargarla, y del potro piafante en la primera montada para la doma.

Con el poncho envuelto al brazo nuestros gauchos paraban los golpes del contrario en los terribles duelos a cuchillo, que con frecuencia eran duelos a muerte, inevitable, cuando los contendientes peleaban pisándose la punta del pie.

Con el poncho envuelto en una mano, el gaucho montaraz, en lucha cuerpo a cuerpo con el tigre, le metía la izquierda en la boca, mientras con la derecha hundía el facón por el encuentro de la fiera, después de haberla dominado con el poder de la mirada. Y mirada del bravo en el peligro, contiene ultrarradioactividad.

Y el gaucho perseguido, echándole el poncho sobre los ojos a su flete, lo precipitaba, desde lo alto de una barranca, a un río, que a veces era el Paraná o el Uruguay, en donde al salto seguíalo una zambullida de varios metros y media legua de travesía a nado; a veces de noche, a veces de día, bajo los fuegos de los policianos rurales o del victorioso grupo montonero. Así ganaba la orilla opuesta para peregrinar en pago ajeno, llevando melancolías de amor, tristezas de injusticia o sombra de crimen en el alma, ¡el pobre gaucho perseguido!

En sus expediciones comerciales conduciendo ganado, o en las guerreras a través de la soledad, el poncho era para el criollo su única defensa en la intemperie. De día, resguardo contra el sol y la lluvia; cobija para su cama de recado en la noche. Y prenda inseparable de la vida doméstica. Cuando el criollo tapa con su poncho a la mujer enferma o dormida, o al hijo, en ese gesto pone un mundo de ternura.

Y bien; todo eso, y todo el más allá de lo expresado, se alegoriza en aquel poncho de mármol pendiente de la pequeña cruz de mármol en un modesto sepulcro de provincia.

Es una evocación sintética de nacionalismo en el lugar sagrado donde todo lo humano se impregna del misterio de la eternidad.

Ese túmulo es un poema argentino cantado a la patria en la tristeza de un monumento fúnebre. Cualquier buen artista ha podido ejecutarlo. Aquella tumba es la de los padres de Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento es el poeta autor de ese poema plástico.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



VIDRIERA MÍSTICA

Empíreo que en la mística vidriera
Irradias — ¡oh, volar de serafines
Blancos y lejanías y clarines
De oro! — me das dulzor de primavera.

Toda en azur se siente prisionera
El alma, en suave azur cual de confines
Pálidos de azucenas y jazmines
Que por mares nocturnos reverbera.

Y el corazón feliz entre oros sube,
¡Azur! ¡azur! hacia la fría nube
Del vibrante cristal donde fulguras,

Como anhelando el fuego estremecido
Que enciende en las angélicas figuras
Tu claridad, tu música, tu olvido...

ARTURO VÁZQUEZ CEY

DIBUJO DE BONOMI



CON EL DIRECTOR DEL MVSEO HISTORICO NACIONAL

DOCTOR ANTONIO DELLEPIANE

ELUDE todo reportaje desviando la conversación hacia los documentos allí conservados. Es un patriota que viste el hábito de modestia para mejor cumplir sus deberes. Y el reportaje se limita a conseguir un autógrafo y un instante de pose fotográfica. El doctor Antonio Dellepiane, en cambio, habla elocuentemente al comentar los tesoros históricos que él custodia. Aquel mundo de recuerdos vuelve a la vida en cuanto el erudito historiador analiza el inmortal pasado argentino. Allí donde los trajes y los muebles conservan aún algo de familiar, el buen evocador hállase a sus anchas y derrocha erudición. Su figura se anima, se acrecienta, al realizar la bella y piadosa obra, comunicando al oyente intenso interés. No hay pregunta que le tome desprevenido, ni objeto sobre el que no sepa hablar con abundancia de datos y anécdotas. El cronista, pues, fracasa en su intento de interviú personal, pero en cambio podría decir que ha reporteado a los próceres por mediación del sabio argentino.

Así como la poca ciencia aleja de Dios en tanto que la mucha nos aproxima a El, el estudio atento de la historia argentina desenvuelve en nuestra alma el sentimiento de admiración por los héroes y mártires nacionales. San Martín y Belgrano, Moreno y Rivadavia, Dorrego y Lavalle, Urquiza y Mitre, Félix Frías y Esquiú, Sarmiento y Avellaneda honran, por sus virtudes y talentos, no sólo a su propio país, sino también al linaje humano. Buenos Aires, Mayo de 1924.

Antonio Dellepiane



EVOCACIÓN

Si bien es verdad que las modernas evoluciones del mundo encauzan derechamente su ley de progreso hacia el concepto civil de la vida, en aspiraciones de trabajo y paz, que alejan prontamente la influencia de la fuerza en los actos del *mundo*, la historia experimental de todos los pueblos y de todas las civiilzaciones ha tenido que apoyarse en el vigor de la espada. Nosotros, joven pueblo de la promisora tierra americana, vimos aparecer ante nuestra leyenda los albores de una emancipación, al sonar de cornetas y cajas, al grito de los combatientes que ya en 1806, aunque súbditos de un monarca, escuchaban de muy adentro la voz de la libertad.

Sucédese *más* tarde la hora definitiva, y allí donde aun estaba lejos de llegar el arado, rutiló la hoja guerrera con cuya punta nuestros primeros generales ini iaron indeleblemente los títulos de una nacionalidad fuerte y grande. Acallado el rumor de aque-

CONTRAALMIRANTE MARTÍN GUERRICO; CUYA EDAD LE COLOCA A LA CABEZA DE LOS VIEJOS GUERREROS DEL PARAGUAY Y LA CONQUISTA DEL DESIERTO.

GENERAL FÉLIX BENAVIDEZ: UNA BRILLANTE BIOGRAFÍA MILITAR, Y 80 PRIMAVERAS SIN DESMEDRO.

GENERAL JUSTO S. ANAYA. TODA UNA PÁGINA DE LUCHAS EN LAS MÚLTIPLES CAMPAÑAS NACIONALES.

GENERAL FÉLIX ADALID, 60 AÑOS DE VIDA MILITAR, HABIENDO ASISTIDO A TODA LA CAMPAÑA DEL PARAGUAY.

EL GENERAL ADALID EN 1880 SIENDO CORONEL.

EL ALFÉREZ DON FÉLIX BENAVIDEZ EN 1861.



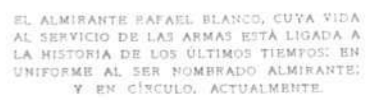
llas zozobras, escogidos ya por la historia los predilectos de la naciente Patria, surgieron las inquietudes de una organización tanto más ardua cuanto numerosos eran sus directores y acólitos; y también aquellas jornadas tremendas, que podemos llamar la segunda etapa, hicieron sus héroes, asombrosos unos, eternamente reprobados otros, inmensos todos en su error o en su virtud. Y, tras eso, como la tercer jornada de esta obra actual en que reina sobre nosotros un concepto de justicia y responsabilidad, a partir de las cruentas luchas contra la tiranía del Paraguay, a través de la expansión civilizadora al desierto, en las incidencias civiles que a ratos pusieron alarma en lo más acendrado de la quietud con que ya parecía cimentarse nuestra grandeza; vienen esas glorias que todavía, como medallones relevantes de los tiempos heroicos, llevan su ancianidad muy gallardamente, quizás para que no pueda el materialismo invasor substraernos totalmente al goce de lo que brilla y alumbra en el fondo del espíritu nacional. Ahí están esas reliquias cuya sangre y bríos, allá en la dudosa lejanía de la formación criolla, entre el acecho del salvaje y las travesuras de la política, amasó el pedestal de nuestra grandeza.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

GENERAL JOSÉ IGNACIO GARMENDIA, EL PRESTIGIOSO JEFE DE MÚLTIPLES ACTIVIDADES, Y LARGA FOJA DE SERVICIOS A LA PATRIA.



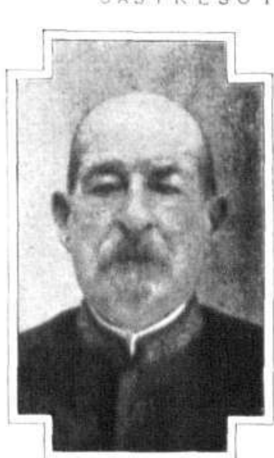
REPRODUCCIÓN DE UN RETRATO DEL GENERAL GARMENDIA SIENDO TENIENTE CORONEL EN 1866.



EL ALMIRANTE RAFAEL BLANCO, CUYA VIDA AL SERVICIO DE LAS ARMAS ESTÁ LIGADA A LA HISTORIA DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS: EN UNIFORME AL SER NOMBRADO ALMIRANTE; Y EN CÍRCULO, ACTUALMENTE.



GENERAL IGNACIO H. FOTHERINGHAM, AL RETIRARSE DE SU BRILLANTE SERVICIO MILITAR.



RETRATO ACTUAL DEL GENERAL FOTHERINGHAM TOMADO EN SU RETIRO EN RÍO IV (CÓRDOBA).

LA CARICATURA



URQUIZA Y SUS FERVIENTES PARTIDARIOS AL HUIR LOS CONGRESALES. (CARICATURA FEDERAL).

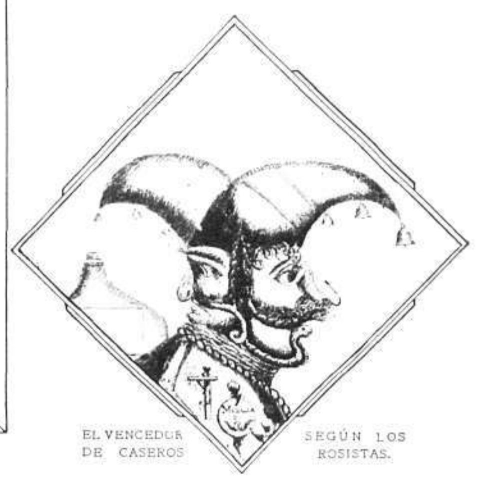
NADA sabemos acerca de la caricatura argentina anterior a la época revolucionaria. Es indudable que la enemistad política inspiraría dibujos satíricos, pero privados de la difusión que solamente proporciona la imprenta, han desaparecido.

Después de las jornadas revolucionarias comenzaron a circular caricaturas políticas. Una de las más antiguas es la más injusta. Representa al general don José de San Martín, a quien el autor anónimo le atribuye acciones ambiciosas que el Libertador nunca alimentó en su generoso pecho.

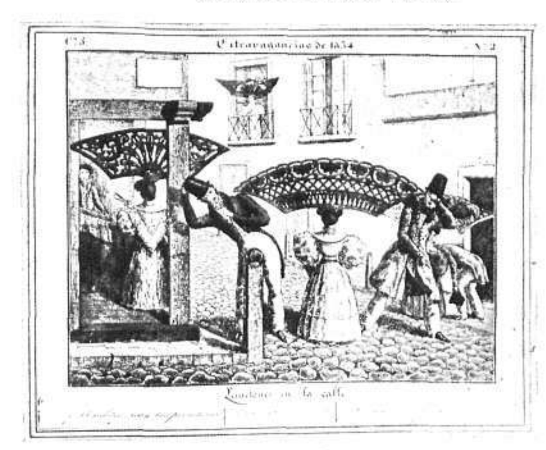
Una de las mejores, pintada al óleo por Buleswky, es la del general don Hilarión de la Quintana. En ella el artista no hizo política, limitándose a caricaturizar con intenciones graciosas la figura del prócer.

Merced a la gentil donación hecha al Museo Histórico por doña Dolores Lavalle de Lavalle, se conserva una caricatura de Rivadavia. La

GENERAL HILARIÓN DE LA QUINTANA, POR BULESWKY (1820).



EL VENCEDOR DE CASEROS SEGÚN LOS ROSISTAS.



LA MODA DE LOS PEINETONES INSPIRÓ GRABADOS CARICATURESCOS QUE SE DISTINGUEN POR LO INGENIOSOS.



APARTE DE LA EXAGERACIÓN, RESULTAN DOCUMENTOS FIELES, PUES EL ARTISTA COPIABA MINUCIOSAMENTE LOS DETALLES.

De ANTAÑO



dibujó al lápiz don Pedro Alzaga, en la Colonia, el año 1834.

De esa misma fecha son las estampas ridiculizando la moda de los peinetones, publicadas en la Imprenta del Comercio, Litografía del Estado, C. H. Bacle, calle de la Catedral, número 17.

La caricatura argentina cobra pujante vida en la época de Rosas. Unitarios y federales entablaron una lucha caricaturesca, que es un reflejo fiel de la lucha terrible política. Los partidarios de Urquiza y los de Rosas cambian insultos, echándose en cara, por medio de dibujos satíricos, los más espantosos crímenes. Desde la inmigración los intelectuales argentinos asaetean al tirano.

La caricatura fué entonces promotora de muchas persecuciones y contribuyó a exacerbar los ánimos.

En aquel trance de nuestra historia empieza verdaderamente su vida la caricatura nacional, que después atravesará diversos períodos de varia cultura, hasta llegar a la época moderna.



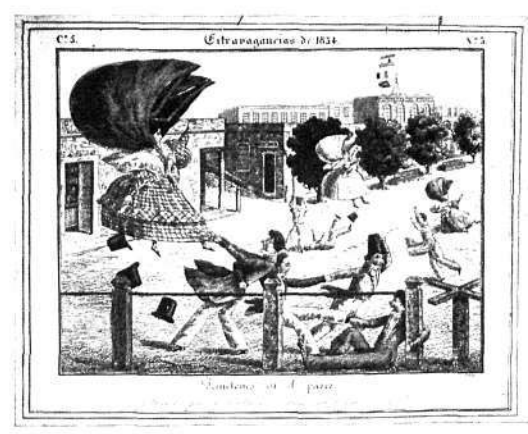
UNA DE LAS MÁS SANGRIENTAS PÁGINAS CARICATURESCAS QUE HICIERON CIRCULAR LOS ENEMIGOS DEL TIRANO.



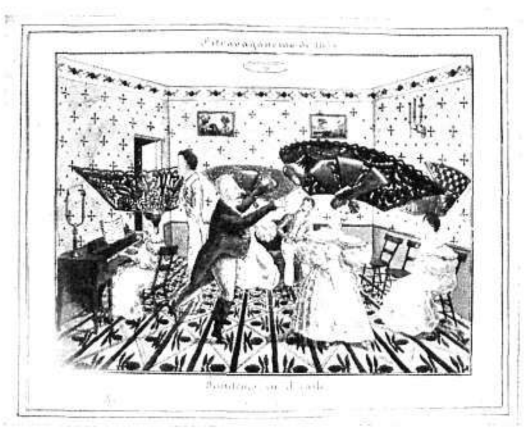
NI EL GRAN LIBERTADOR LIBRÓSE DE LA CARICATURA.



RIVADAVIA, CARICATURA AL LAPIZ, POR DON PEDRO ALZAGA (1834).



EL AUTOR SUPO APURAR EL TEMA, IMAGINANDO LAS TERRIBLES AVENTURAS DE LAS DAMAS EMPEINETADAS.

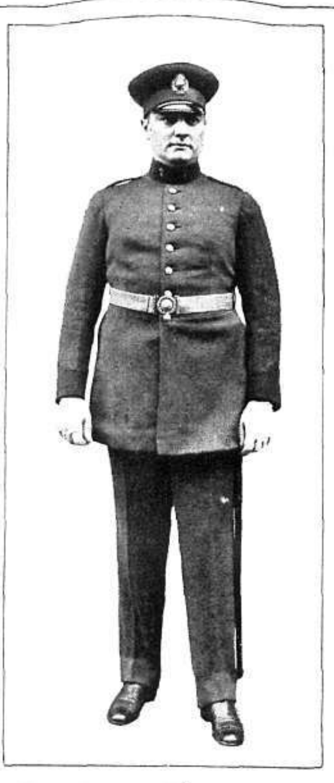


ESTOS GRABADOS QUE RIDICULIZABAN EL PEINETÓN OBTUVIERON UN FORMIDABLE ÉXITO ENTRE LOS PORTEÑOS DE 1834

NUEVOS UNIFORMES



SUBTENIENTE DE ADMINISTRACIÓN
EDUARDO CURBELLATI.
UNIFORME DE DIARIO



TENIENTE DON JOSÉ D. MOLINA.
UNIFORME DE PARADA.



TENIENTE 1.º D. SALVADOR GUEVARA.
UNIFORME DE CAMPAÑA DE OFICIAL
COMBATIENTE.



UNIFORME VERDE OLIVA PARA
TROPA



UNIFORME DE SOLDADO DE
INFANTERÍA MONTADA.



UNIFORME DE SOLDADO DE
CABALLERÍA

DEL EJERCITO



UNIFORME DE PASEO PARA CADETE DEL COLEGIO MILITAR.



SOLDADO DE INFANTERÍA CON EL UNIFORME DE PARADA.



UNIFORME DE PARADA, DE CADETES DEL COLEGIO MILITAR.



UNIFORME DE TROPA HOSPITALIZADA.



SOLDADO DE INFANTERIA EN UNIF. DE PASEO, CON SABLE-BAYONETA.



UNIFORME DE FAJINA PARA TROPA.

CULMINANTE ESCENA DEL ÚLTIMO ACTO DE LA «DIVISA PUNZÓ», OBRA EN QUE GROUSSAC EVOCA MAGISTRALMENTE LA ÉPOCA DE LA TIRANÍA.

Episodios Nacionales en el Teatro.

EL INSIGNE PAUL GROUSSAC.

DR. DAVID PEÑA, ILUSTRE AUTOR.

ESCENA FINAL DE «FACUNDO», DEL DOCTOR DAVID PEÑA.



DOCTOR BELISARIO ROLDÁN, AUTOR DE «ROZAS» Y OTRAS OBRAS DE AMBIENTE HISTÓRICO.



DON MARTÍN CORONADO, QUE CON «JUSTICIAS DE ANTAÑO» Y OTROS DRAMAS, EVOCÓ EL PASADO.



DON NICOLÁS GRANADA, CUYA LABOR DE DRAMATURGO AMENIZÓ RASGOS DE NUESTRA HISTORIA.



DON E. GARCÍA VELLOSO, QUE CON «LOS AMORES DE LA VIRREINA» REVIVE LA TRADICIÓN



DON JULIO CASTELLANOS, QUE CON SU DRAMA «AMALIA» ENCARNÓ LA NOVELA DE MÁRMOL.

DON EDUARDO R. ROSSI, QUE EN «MANUELITA ROZAS» REFLEJA UNA ÉPOCA AZAROSA.

EL ULTIMO BOHEMIO



El Cristo de los ultrajes», cuadro siniestro y violento, en que una multitud revuelta y exasperada, grotesca y brutal, gesticula y vocifera en torno de un Cristo escuálido y miserable, maniatado y coronado de espinas, mortalmente triste y abatido, que tenía cierto parentesco artístico con los ascéticos Cristos españoles del siglo XVII, fué exhibido en París allá por 1886, provocando considerable revuelo en la crítica francesa. Mientras unos lo aclamaban como una obra maestra, (los menos) otros (los más) lo trataban de solemne mamarracho. La polémica fué ardiente y salpicada con los chascarrillos, impertinencias y hasta injurias en que solía no ser muy parca la prensa francesa de aquel tiempo. Se estaba entonces muy lejos del cubismo y del futurismo, cuyas extravagancias nos han acorazado ya, la lucha continuaba entre tradicionalistas e impresionistas, y toda manifestación de arte era tomada muy en serio, ya sea para alabarla, ya para condenarla. De modo que la ardiente discusión provocada por el «Cristo de los ultrajes» hizo de la noche a la mañana la reputación de su autor. Agreguemos, al pasar, que ese trozo desenfrenado de pintura, de un realismo elocuente (que hoy está en el Hotel-de-Ville de Saint Gilles, Bruselas, y que pudo estar en Buenos Aires), revelaba, en efecto, a un pintor de garra, a un innovador audaz e inspirado.

Y este pintor, Henri de Groux, era un muchacho de veinte años apenas. Hijo de aquel Carlos de Groux, cuyas telas patentizan la transición del clasicismo al realismo, ya modernizado, de los antiguos flamencos. Henri, que nunca fué ni es aún muy empeñoso, aprendió a pintar viendo pintar. Tenía la cualidad latina de la comprensión instantánea, aquel sexto sentido de que se jactaba el andaluz (el sentido de darse cuenta), y la paleta, los pinceles, los lápices de color no tuvieron muy pronto secretos para él. En cuanto al dibujo, que exige larga y paciente dedicación, amén del fuego sagrado, nunca llegó a ser su íntimo amigo. Henri se consolaba y trataba de consolar a los demás con derroches de color que a veces llegaron a verdaderas orgías. Ni italianos ni españoles se atrevieron nunca a semejante clamor de rojos y amarillos, de azules y de verdes que arrancaban los ojos y solían producir no sé qué angustia en el espíritu. Sin embargo, aunque aquello pudiese no gustar, era la evidente manifestación de un gran temperamento artístico, arrebatado por las más desmesuradas concepciones románticas. Era realmente épico, y lo demostró, después de su famoso Cristo, con la numerosa e interesantísima serie de óleos y de pasteles inspirados en la epopeya napoleónica, con sus cuadros dantescos ilustrando episodios de la «Divina Comedia», con sus fantasías macabras bebidas en Edgardo Poe o en su propia inspiración, pinturas de pesadilla, complicadas y angustia-

doras, que en los supersensibles producen *calofríos*. Henri de Groux sólo ve grande, y sus retratos de mujer, por ejemplo, toman aspectos teatrales, aspectos trágicos, no sólo por la actitud algo enfática siempre del personaje principal, sino también, y sobre todo, por la acumulación de los amplios cortinados, de los tapices regios, de los muebles tallados, de los bronces, de los mil accesorios, en fin, que suelen distraer la atención pero que, sumergidos en luces y penumbras extrañas, producen una honda impresión de conjunto y sobrecogen a veces como una visión por lo menos inesperada. Un día, hará de esto doce años, se le ocurrió, como al gran Constantin Meunier, convertirse de pintor en escultor (como antes, y con éxito, se había hecho agua fortista) y comenzó a manipular la arcilla como hasta entonces los colores, a toneladas, con un empuje extraordinario; y entre decenas de estatuas, grupos y bustos, que pronto llenaron con sus formas ciclópeas, toscas y violentas, su improvisado taller de la antigua abadía de la Cambre, dominándolo todo, aparecía la enorme y conmovedora figura del gran León Tolstoi, encaminándose apoyado en su báculo y con la barba al viento, hacia el rincón obscuro y lejano en que le aguardaba la muerte.



Henri de Groux, este último romántico, ha sido y es todavía el último bohemio. Y si Arsene Alexandre, el conocido crítico francés, ha celebrado con entusiasmo sus obras, si Camille Mauclair Remy de Gourmond y otros notables escritores se han ocupado de ellas con aplauso, Carlos de Meister, jefe de la crítica en Holanda, ha tratado no sólo de la pintura sino también de la curiosa vida de aventuras de Henri de Groux, en la que el amor en primer término y el dinero en segundo, han tenido el principal papel. De Maister ha contado algunas anécdotas más o menos auténticas, pero que, en general, no presentan al artista bajo una luz favorable y simpática. Estas anécdotas ruedan en torno de los apuros de dinero del artista, y creo que otras, entre ellas las que voy a contar, lo retratan mejor. No empece que la cuestión económica haya sido la más grave de las múltiples preocupaciones de Henri de Groux, aunque, como buen bohemio, supiera desdeñarla y hasta olvidarla. Ha ganado los francos por espuertas, pero siempre había cuidado de gastarlos antes, con creces...

Grandes ojos claros, azules, notablemente separados, nariz delgada, prominente, algo torcida, boca grande, como un tajo, de labios finos pero sensuales, frente ancha, cabellera abundante y apelmazada, castaña, que le cae casi hasta los hombros, cara afeitada, enorme sombrero aludo, sin forma, traje descuidado siempre, sobre el que flotan las puntas de una inmensa corbata La Vallière, y que hace más grotesco un cuerpo mal equilibrado, de largo y ancho busto y piernas cortas, Henri de Groux produce a primera vista la impresión de un chuán superviviente de la primera república y del primer imperio y perdido entre la muchedumbre demócrata actual. Es tan descuidado en el vestir que, en sus tiempos de escultor, modelaba de levita negra y salía a la calle de levita parda, gracias al baño de arcilla que le diera en el taller, y que en sus tiempos de pastelista apareciese en el café convertido todo él (ropas y cara) en fulgurante arco iris.

Su conversación es chispeante, salpicada de anécdotas, de ocurrencias, de chascarrillos, de epigramas ingeniosos e inesperados. Para todo tiene respuesta, y en la esgrima de la charla amistosa o de la discusión, menudea generosamente los botonazos, en que el botón suele ser tan tenue que la punta lo atraviesa y pincha al adversario, con gran regocijo de los oyentes... hasta que les toca el turno. En ocasiones tiene algo de polemista agresivo, como el temible León Blois, con quien convivió largo tiempo en un famoso pensionado para señoritas extranjeras, fundado por Blois en París y que desapareció bajo la inundación de las cuentas de sus proveedores. Otras veces se limitaba al aticismo, a la impertinencia chistosa, que hacía pasar con su acento melifluo o afectadamente modulado, cuando no estaba en vena de lanzar, con estampidos de voz, anatemas y vituperios. De sus epigramas puede dar idea el que rasguñó la epidermis del segundo rey de los belgas.

En una de las famosas exposiciones trienales de Bruselas, que reunían las últimas obras de los más reputados pintores de Bélgica, Leopoldo II, que si era un gran financista y un gran propulsor, no era un gran conocedor de arte, después de arrastrar su pierna y de pasear su barba de abanico de sala en sala y de cuadro en cuadro, se detuvo ante una tela de Henri de Groux, que acababa de escalar por asalto la notoriedad con su «Cristo de los Ultrajes» y que, como ya dije, salía apenas de la adolescencia. Uno de los comisarios de la trienal creyó oportuna la ocasión para presentar al joven artista a la benevolencia del soberano, y la aprovechó.

Leopoldo miró a De Groux con sus ojos burlones y se limitó a decir:

— ¿Henri de Groux?... He conocido a su padre, que era un gran pintor.

— ¡Oh, sire! — replicó inmediatamente, molestado por su socarronería. — Mi padre tuvo la suerte de trabajar bajo un gran rey...

Leopoldo II alejóse cojeando, indiferente al sarcasmo, según pareció. Pero nunca hizo nada por el joven artista.

Gustaba éste de hacer bromas a sus amigos, y un día el famoso cirujano doctor Depage, que durante la guerra organizó y dirigió el ad-

mirable servicio médico del ejército belga, recibió una esquelita de de Groux recomendándole a una persona que necesitaba urgentemente su bisturí.

El doctor Depage, que quería mucho al pintor, ordenó que se hiciera pasar al punto a la persona recomendada. Era una señora entrada en años, vestida con austeridad, toda de negro, y que llevaba en la mano un objeto cuadrado, cuidadosamente envuelto en papel.

— ¿Qué la trae a usted? — preguntó el cirujano.

— Es por esto — contestó la mujer, abriendo el paquete y sacando un óleo de la vieja escuela naturalista flamenca, que representaba al Niño Jesús tal y cómo había venido a redimir al mundo, sin más accesorio ni abrigo que la paja en que estaba acostado.

— ¿Pero qué quiere usted? — insistió Depage, muy sorprendido.

La señora bajó los ojos pudorosamente y:

— ¿No se lo ha escrito el señor de Groux? — preguntó.

— Aquí dice que hay que sacar algo, pero no atino — gruñó con rudo acento flamenco el doctor Depage, que dista mucho de ser paciente y almibarado.

— Me aseguró que usted es especialista, y como me da vergüenza de ver así a este Jesusito que me viene por herencia... quisiera que usted le quitara... o le borrara... eso... ¡eso que no está bien en una santa imagen!

El cirujano puso en la puerta a la mojigata con toda la cortesía que pudo — que no era mucha, — entre risueño y encolerizado.

Pero las de Henri de Groux solían ser bromas más pesadas.

Un amigo — creo que Dervile — comía solo, una noche, en el lujoso restaurant Savoy, cuando vió asomar las narices del artista y tras ellas a éste, atisbando como si buscase a alguien. Lo llamó y lo invitó a comer.

— Gracias, hoy no me es posible — contestó de Groux, con el más dulce de sus gestos monacales, y cruzando y retorciéndose suavemente las manos, su ademán habitual.

Insistió el otro, deseoso de amenizar brillantemente su cena, hasta ese momento solitaria, pero Henri se negó de nuevo.

— Es que — dijo — tengo un coche a la puerta y sólo podré pagarle una vez en casa.

— Por eso no quede — replicó el amigo que, llamando al mayordomo, le dió una orden en voz baja.

Estaba de Groux tomando ya la sopa y haciendo desternillarse de risa a su anfitrión no sé con qué ocurrencia, cuando se acercó a este último el mayordomo, haciéndole, con lo que le dijo, dar un salto en la silla: ¡había pagado cincuenta y cinco francos al cochero!...

— ¿De dónde vienes, pues? — preguntó el amigo, con cierta natural indignación.

— De Gante.

— ¡De Gante!

— Te diré... Había ido con billete de ida y vuelta, pero esta tarde, al entrar en la estación, me encontré con que lo había perdido y no tenía ni un céntimo partido por la mitad. Tuve, naturalmente, que venirme en carruaje. ¡Tenme lástima! ¡Diez leguas largas de zarandeo!

Demás parece decir que cuando de Groux se hallaba sin un franco salía en coche a caza de dinero... y que rara vez volvía con el morral vacío.

Siempre salía, bien o mal, de apuros, y en una época de gran pobreza, cuando se dedicó a la escultura, tuvo por espléndido taller el antiguo y vastísimo refectorio de la Abadía de la Cambre, y por casa las habitaciones de la misma, allá, junto al hermoso bosque bruselense y en un barrio de mansiones señoriales. Había tomado posesión de aquéllo, con la simple noticia de que los vastos locales estaban desocupados y con la vaga autorización o mejor dicho el simple encogimiento de hombros de un empleado subalterno del Ministerio de la Guerra, del que dependía la ya destartalada pero aun soberbia y más que pintoresca morada monacal. Cuando los altos funcionarios militates supieron el asalto y toma de la Abadía, de Groux la había poblado ya de gigantescas y numerosas personalidades hijas de su imaginación y de sus manos ágiles y diestras. Comenzó el expediente para ponerlos a él y a sus figuras en la calle y de Groux olímpicamente indignado, con ademán de sacerdote diciendo un «Dominus vobiscum», que fuera trémulo y amenazador al par, declaraba gritando a quien quería oirlo:

— ¡Tendrán que sacarme con la fuerza pública! ¡Tendrán que movilizar el ejército! ¡Yo no salgo!

Era el famoso «J'y suis, j'y reste» de Mac Mahon y de todos los conquistadores. Pero salió. Creo, sin embargo, que para desalojarlo el gobierno tuvo que pagar la mudanza, en numerosos carros, de sus geniales muñecos...

En París, durante la guerra, su fama resurgió reconquistándole el favor público, algo desviado de él en los últimos tiempos, volvió a estar en auge, a tener un taller suntuoso y muy frecuentado, a ganar dinero cuanto quería... No estoy seguro de que hoy, en el Mediodía de Francia, donde me lo señalan, está nadando en el Pactolo: me habrían cambiado a mi de Groux, eterno ex-rico, eterno nuevo-pobre, aquél que un día, con un cuadro bajo el brazo y después de haberle hecho pasar una calurosa carta de recomendación hizo antesalas en casa del famoso M. que de mozo de café había pasado a ser banquero, hombre de grandes empresas financieras y, por consiguiente, millonario.

La antesala estaba aquella mañana llena de gente que fué desfilando poco a poco por el despacho del financista, sin que tocara el turno a de Groux. Ya eran las doce y éste, solo, continuaba esperando con rabia y con angustia, pues su última esperanza de dinero era la venta del cuadro en cuestión, cuando apareció M. con el sombrero puesto, y pronto ya para marcharse a la calle. Al ver a aquella especie de chuán, a quien no conocía, olvidado de la carta de recomendación, o sin haberla abierto quizá, M. preguntóle con brusquedad algo grosera:

— Y usted, ¿qué quiere?

— ¿Yo? ¡Un chopp!— replicó de Groux, calándose sobre la apelmazada melena el deforme sombrero.

Y lo bueno es que el excamarero le compró la tela... como un pararrayos o parasarcasmos... Pero, ni por esas. De Groux vende sus cuadros, pero no sus opiniones...



DIBUJO DE PALACIO

UNA VEZ SOÑÓ



Fray Blas duerme como un leño
y fray Blas tiene este sueño.



Don Blas es joven, airoso,
y muy rico y valeroso.



En un mesón se presenta
y zurra a más de cuarenta.



Pendenciero y manirroto
tiene algo bueno: es devoto.



Como al juego se aficiona,
se juega hasta la valona.



Pero un valentón se queja
y él le rebana una oreja.



Le acometen los parientes
y les destroza los dientes.



A uno lo deja por muerto
y huye, escapado, al desierto.



Le asaltan los bandoleros
y él los llena de agujeros.



Uno gime y otro chilla
y a todos los acuchilla.



En noche de luna nueva
a su adorada se lleva.



Todo acaba en casamiento
y don Blas vive contento.

F R A Y B L A S



Persiguiendo a las solteras
pasa mañanas enteras.



Y persigue a las casadas
con ideas poco honradas.



Se enoja un marido y ¡zas!
le ensarta al punto don Blas.



A caballo es un jinete
que vale lo menos siete.



Bebe, y prosigue tan fresco
bebiendo como un tudesco.



A la reja de su amada
va a cantar una balada.



Va a tentarle Satanás
y se asusta de don Blas.



Sin miedo al corregidor,
vuelve a donde está su amor.



Rondando a su amada fiel,
la ronda le ronda a él.



Le dan muchas desazones
diez y seis hijos varones.

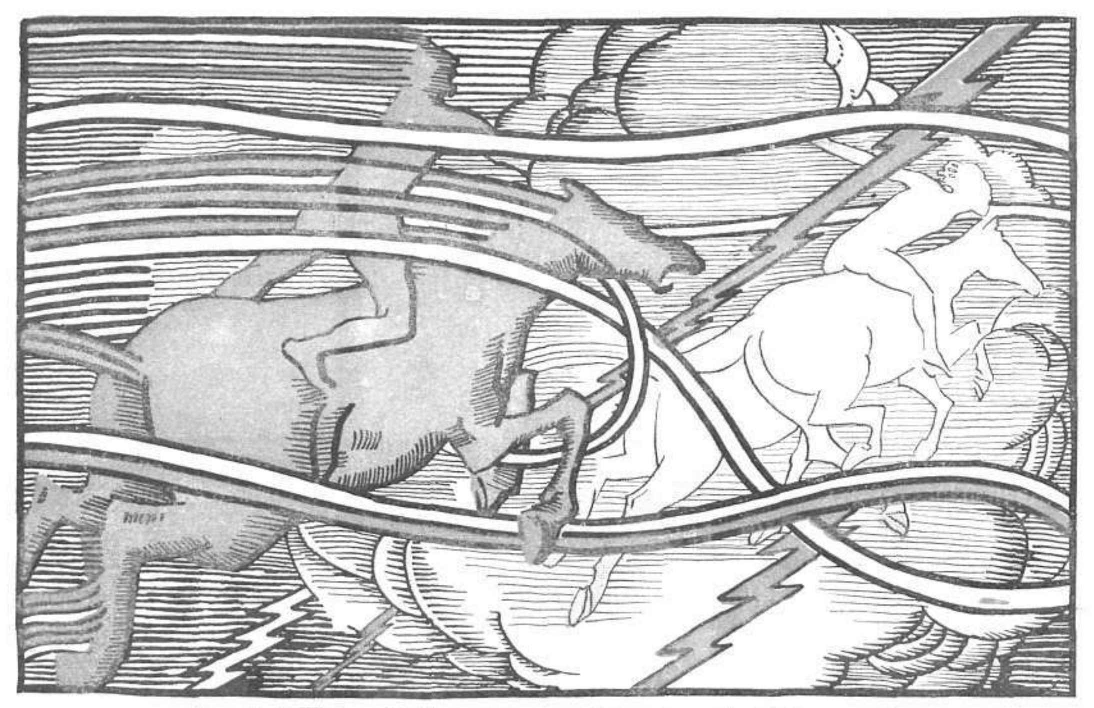


Fray Blas despierta y murmura:
—¡Dios castigó su locura!



Y añade, sobresaltado:
— Mejor fraile que casado.

DIBUJOS DE MACAYA



NOCTURNOS

PARA CARAS Y CARETAS

NOCTURNO DEL CENTINELA

Armado, todo armado, con sobrehumano aspecto,
el centinela, a modo de un péndulo perfecto,
pasaba y repasaba frente al cuartel su ruta.
Noche. Farol. Brillante la bayoneta enjuta.

Pasábamos en ronda, frente al cuartel sombrío,
cantando en el camino, para alegrar el frío.
Alzada el arma lista, con brusco sobresalto,
el centinela dijo:
— ¿Quién vive?
Hicimos alto.

Quién vive?... Y esta duda, quimérica y vacía,
se consumó en la noche. ¿Quién vive? Pues vivía
toda la vida abajo, entre ansias y querellas;
toda la vida arriba, en plenitud de estrellas.

NOCTURNO DE LA BORRASCA

Oh, tormenta! Dame uno de tus caballos negros.
Ese de rojas riendas, que fuego tuyo son.
Aquél de fieros ojos que enormes centellean.
Aquél en cuyas crines se trenza el aquilón.

Hoy me acordé del tiempo de la creación del mundo.
Los hombres fuimos dioses. ¡Me acuerdo, tempestad!
Y en tus corceles negros cruzábamos los cielos:
Jinetes y corceles, ebrios de libertad.

Oh, pequeñez de barro! Apenas si una chispa
de aquel divino fuego supo guardar Adán.
Ahora nos da miedo la tempestad que pasa.
Ahora nos da miedo de muerte el huracán.

Hurra, los valerosos! ¡Hurra, que el tiempo vuelve!
Saltemos a los torvos caballos en tropel.
¡Alerta!... Salte cada valiente a su Pegaso.
Que del primer jinete se acordará el corcel.

ARTURO CAPDEVILA

DIBUJO DE MACAYA.



A la orilla de la acequia, sentado sobre un viejo tronco de algarrobo, Ño Mateo Kolkay comía frutas de mistol y piquillín. En la andanza por el monte, las había recogido en el cuenco del sombrero. Las rachas de la brisa matinal despeinaban su plateada cabellera y estremecían los plumeros de los pastizales. Sobre la copa esmeralda de los árboles, infinidad de pajarillos silvestres ensayaban sus flautas de cristal.

De pronto, la acequia comienza a crecer en olas pardas y espumosas. En su avance rumoroso, arrastra enredaderas de bejucos y varillas de urundel; luego el agua se enturbia de lodo por la extraña mezcla de tierra, yuyos y hojas secas. Ese cambio brusco de la corriente, le anuncia a Ño Mateo el delito de un arrendero vecinal. Ahora no cabe duda alguna de que le roban el agua sin permiso, violando turnos que no les corresponden, según el régimen distributivo de irrigación. Entonces, furioso, sin perder un instante más de tiempo, va a ensillar su caballo tordillo. Y del rancho nativo, sin explicar la causa a su familia, parte al galope por la llanura extensa, embriagándose de pampa y azul el sentimiento.

Ño Mateo Kolkay era el arquetipo del funcionario rural. Autoritario y prudente, agresivo y manso, reunía en sí toda la dualidad de la pasión humana. Hombre senil, de traza cervantesca y patriarcal, inspiraba en apariencia confianza y simpatía. Ejerciendo las humildes responsabilidades de Juez de aguas del distrito de Zapla, él se pasaba la vida ebrio de satisfacción como un rey.

El gobierno local habíale confiado el temerario cargo de administrar justicia. El poder fiscal y la ley del derecho civil, lo llenaban de orgullo y energía. Esa facultad de mandar a sus semejantes lisonjeaba su rudimentaria altivez de ciudadano. Y por ello fué que no dudó en sacrificar sus principios políticos, aceptando el burocrático puesto al gobernante opositor.

Montado sobre el brioso animal, Ño Mateo era un perfecto espantajo. El negro sombrero montés, de alas levantadas, le diseñaba una especie de morrión, mientras el rojizo poncho flameaba al viento como un estandarte revolucionario. De lejos, hasta el animoso caballejo parecía también un fantástico centauro de carrera y resistencia.

Cuando llegó al límite geográfico de la sospecha imaginaria, se apeó silenciosamente. Ató las riendas del bridón en un poste de alambrado y avanzó con sigilo hacia el rastrojo pecador. En efecto, apenas se internó entre el pasto, sus botas de cacique se empantanaron de barro. El riego de la acequia iba inundando toda la zona del terreno. La inmensa cantidad de hierbas ocultaba la vista del trabajo delictuoso. Sólo los «horneros», «kitupíes» y «chalchaleros», con sus vuelos y trinos armoniosos, delataban la ocasión de su cosecha en gusanos y crisálidas, surgidos por la inundación a flor de tierra.

Ño Mateo camina irritado, rebenque en mano y haciendo sonar las espuelas, cuando topaba alguna piedra, en señal de nerviosidad y prepotencia.

Al fin, ha llegado al rancho de Sandalio Zerpa, quien al verlo se pasma de sorpresa y de temor. No sabe qué decirle al juez que avanza con el gesto transfigurado por la ira. Sin embargo, atina a ofrecerle asiento y un mate de «aloja». El juez no acepta la atención y sin preguntarle nada le recrimina furiosamente su actitud. El no permitirá que ningún hombre se burle de su autoridad y vigilancia. Como patrón del agua, sabría aplicar los procedimientos penales más rigurosos para castigar a los infractores de la legislación agraria. Si querían agua a voluntad, que maten un sapo y lo dejen panza arriba a fin de que el cielo les conceda una llovizna.

Sandalio tiembla de susto y aflicción. Efectivamente, reconoce que su conducta fué arbitraria e ilegal, porque usurpó turnos que no le pertenecían por la ley. Pero ahora estaba arrepentido de la bochornosa acción. No lo haría más en el futuro y, en prueba de lealtad, y clemencia se le hincó de rodillas a Ño Mateo. Este permanece impasible y grave, halagándose el amor propio por ese espontáneo tributo de sumisión y obediencia. El comprende allí, en ese psicológico instante, que el destino del tiempo le tenía reservado el mandato supremo de un pueblo, para dominarlo por la tiranía y justicia de su espíritu. Quizá en su pobre humanidad se ocultaba una desconocida fibra de estadista y un glorioso conductor de muchedumbres. Y conmovido al fin por el llanto del arrepentido súbdito, le estrecha la mano en fraterno símbolo de absolución y tolerancia.

En seguida, se dirigen juntos a la acequia para proceder a cortar el regadío. Amablemente, le comenta los perennes episodios por la lucha del agua. En las épocas de sequía, su cargo administrativo en la región era un verdadero sacrificio de patriota. A pesar de todo, sobrellevaba el sinsabor con el sólo propósito de ser útil al gobierno y contribuir al engrandecimiento rural de la provincia.

El funcionario sonreía plácidamente. De pronto, le dice a Sandalio que no olvide llevarle sandías a su casa porque sufre mucha sed en el verano, agregando que las «lechiguanas» y huevos de «suri» también eran su debilidad. Sandalio jura cumplir en esa misma semana la galante insinuación, pues para él ese homenaje lo rehabilitaría ante el honroso concepto de la ley.

Ño Mateo Kolkay trabaja en persona, pues no permite que nadie le ayude en sus tareas de detener el agua y cerrar las compuertas. Hace esfuerzos viriles y la fatiga le ahoga el corazón. Transpirante el rostro, saca el pañuelo y limpia la serena frente descubierta. De súbito, en un descuido, pisa mal el terreno y se resbala dentro de la acequia. Suena un chapoteo de ondas y de gritos. A medio zambullir, las barbas floridas y mojadas, mira al cielo en suplicante invocación. Sandalio Zerpa larga una formidable carcajada por el trance del actor. El Juez de Aguas parecía un viejo sátiro cautivo por la corriente enfurecida.







EL OSO SOLITARIO

En el polar camino de las indiferencias,
soy como un oso viejo, que se escuda en la nieve
de los buenos delirios y de los largos años,
del más hermoso sueño, de la verdad más pura,
con la boreal aurora que me presta el Engaño.

Soy como un oso viejo, solitario y adusto;
mi sangre ha sido pasto de bestias y de gentes,
mas he seguido andando por el polar camino,
lista a veces la zarpa, que defiende tan solo
la soledad humilde que se exige al destino.

Y el destino se tuerce y el destino se aparta;
y eres tú Soledad sobre la ruta breve,
porque en el mundo helado de las indiferencias
has sido el oso viejo que se escudó en la nieve.

RICARDO GUTIERREZ

FREIXAS y C.ía SECCION ACEITE BAU

REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA

EXEMPLARIS CIVITAS DERTUSA FIDELISIMA ET

BAU

CALIDAD EXTRA-FINA

IMPORTADORES EXCLUSIVOS PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA

FREIXAS y C.ía Buenos Aires

Depurado con los nuevos procedimientos de refinación sistema José Bau

PURO DE OLIVA



El aceite BAU ha costado, siempre, algo más que todos los otros aceites. Pero el aceite BAU permite que los platos valgan todo lo que cuestan los comestibles.



EL AGARRAPALO

El agarrapalo es una planta parásita que pudiera ser el símbolo de la ingratitud. Tiene su leyenda. Hela aquí: Ebaté (Alto), el viejo cacique de una tribu de abipones, se halló forzado a trabar lucha con su propio hermano que lo atacaba. Reñido fué el combate, pero al cabo de él quedó el viejo cacique vencedor, y sus hombres rebelados huían al través de los bosques o quedaban para siempre, cara al cielo, en las orillas del majestuoso Paraná. Uno de estos era su hermano el rebelde. No hubo prisioneros; con la saña que caracteriza la lucha cuando ésta es entre hombres que hasta ayer fueron amigos, los guerreros de Ebaté se mostraron implacables. Sólo uno salvó en a hecatombe, un niño, Mini (Chico), el menor de entre los hijos del jefe rebelde. Ebaté en persona lo sacó de entre las manos de quien iba a degollarlo ya, para que la estirpe del que había traído la discordia a la tribu, sólo quedase el recuerdo. Así era: muerto él y tres hijos con las armas en la mano, su hija había sido asesinada y sólo aquel niño de siete años, inocente a la acción de los suyos, sobreviviría. Ebaté hizo valer esta razón en el consejo de ancianos que había de decidir el asunto; y el consejo aprobó su conducta de salvar a quien ni podía comprender lo que su padre y hermanos cometieran.

Miní fué recogido por el viejo cacique; mas el *anangé* de la tribu, hosco, pronosticó a éste que había de arrepentirse, poque aquel niño llevaba en sí los signos del mal. *Ñaceindeg* (la luna), se lo había enunciado así; en aquel niño escondíanse los instintos de *Añá* (el demonio), del que había llevado al padre a luchar contra su hermano y jefe. Y la *cuñatai* (hechicera) de la tribu ofreció a Ebaté una infusión de hierbas, de esas que, precisamente *Añá*, hace crecer. Con ella, el tierno Miní quedaría dormido y para siempre, viajando hacia el país de las sombras... Ebaté, ceñudo, rechazó todo consejo; y cuanto más veía que su recogido era malquisto en la tribu, más se empecinaba el viejo en hacer de él un guerrero, el más notable guerrero de entre los suyos.

Miní comenzó a crecer rodeado por el odio a que daba motivo su origen, odio que fué borrándose en unos, extinguiéndose en otros, hasta el punto que el viejo cacique sin descendiente directo que lo sucediera, pensó en dejar a aquel sobrino, en el que veía pintados el ardor, belicosidad y valentía de sus juveniles años.

Ya doncel, el cacique amaba a su sobrino como a hijo propio. Llegó hasta conseguir un *huacanque* para él, talismán el más preciado, hecho con plumas de caburé y mediante el cual su poseedor, según era general creencia entre los guaraníes, conquistaba el amor de las mujeres y la primacía entre los hombres. Llegado el día de la fiesta de la pubertad, Miní demostró esta prioridad suya sobre todos los jóvenes, sus adversarios en la prueba. En el manejo de la lanza y el arco, en la habilidad para la lucha, en la destreza para el salto, en la agilidad para la carrera, Miní demostró que no tenía rival en la tribu: Venció a todos los jóvenes y fué reconocido como el más valeroso de entre los llamados a constituír el nuevo plantel de guerreros.

Y esto era el orgullo de Ebaté, el viejo cacique; tales dotes demostrábanle que no se había equivocado, aun contra la opinión de *Ñaceindeg* que hablara por boca del brujo y de la hechicera; no se arrepentía de haber recogido a Miní, no; por el contrario, motivo era de júbilo y de orgullo para el viejo cacique, aquel mozo de su sangre en el que revivían los dones más elevados de los hombres de su raza. Y así, al finalizar la fiesta, cuando el más anciano de la tribu, según era ritual, practicó debajo de la lengua de Miní la sangría con la que reconociase a los valerosos y a los fuertes, el viejo Ebaté declaró que reconocía en su sobrino al destinado a sucederle para guiar su tribu al combate y a la victoria, como él siempre en su larga vida de luchador la guiara.

Miní, en las continuas batallas contra otras tribus, siguió dando pruebas de merecimientos que, como combatiente, se acreditó: El más audaz en el momento de la acción y el más prudente para combinar ataques; el joven guerrero concluyó por conquistar la voluntad hasta de los ancianos de la tribu más reacios a entregársele, de aquellos que no olvidaban que su padre fuera un rebelde, traidor a los manes y a las tradiciones.

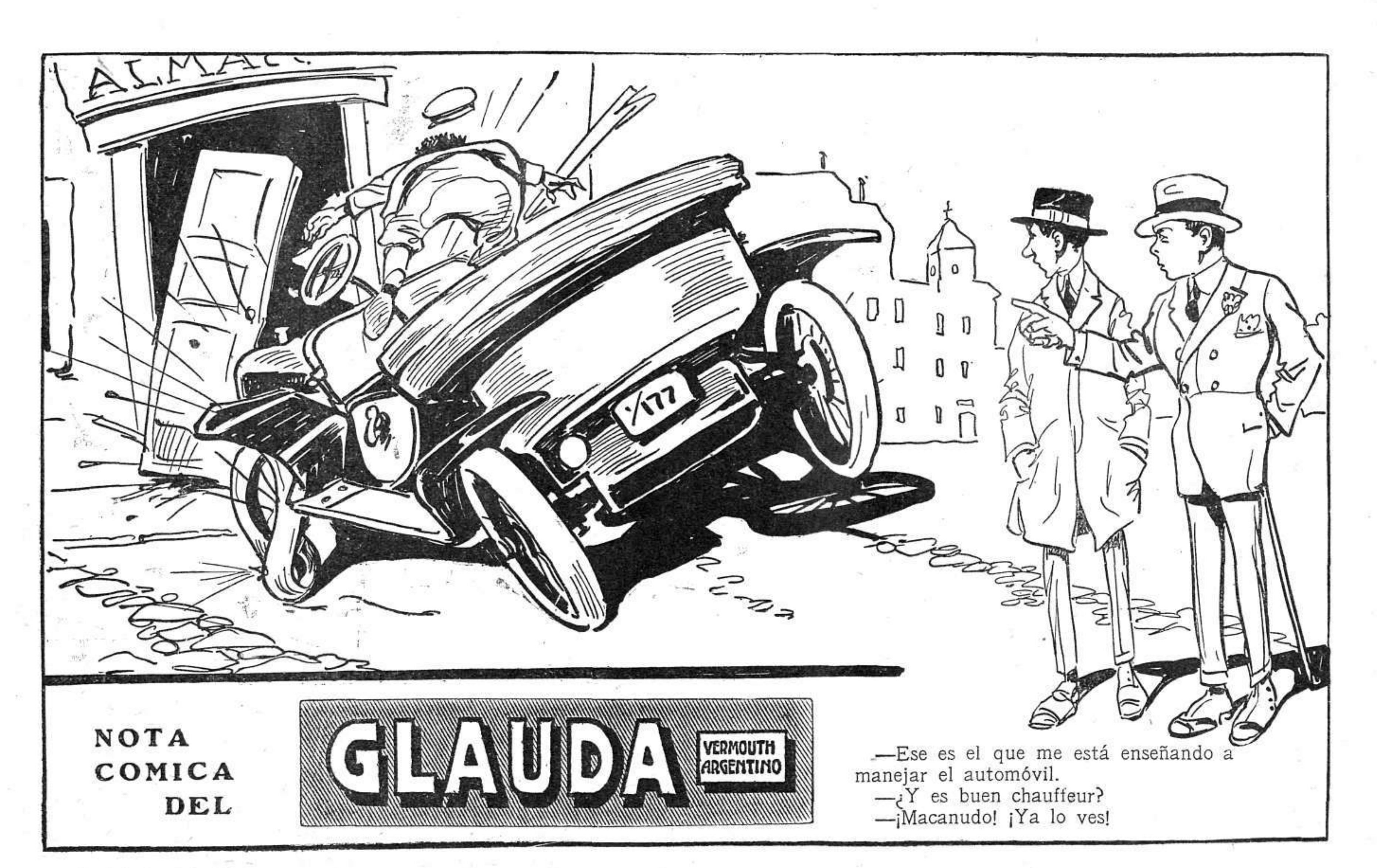
Pero fué inútil todo, Miní estaba mal signado por *Ñaceindeg* y fatal era que se cumpliese el mal signo de la que auspicia los nacimientos. Uno de los ancianos de la tribu, reveló a Ebaté algo que por casualidad había descubierto: Miní, su protegido y sucesor, demasiado impaciente para aguardar la muerte del viejo cacique y sucederlo, complotaba a los jóvenes de su generación para rebelarse. Ebaté, profundamente adolorido, se dió a investigar y tuvo la certeza de la traición; pero Miní, que era astuto, se dió cuenta de que había sido descubierto y apresuró la rebelión. Hubo lucha otra vez, como antaño muertes fratricidas; y Miní fué vencido, pese a sus proezas de valor y astucia. Gran parte de los que le siguieran en el primer momento, arrepentidos se le tornaron en contra, y hasta hubo quiénes lo apresaron por sorpresa y entregaron a Ebaté. Inflexible éste ordenó que se le atara al tronco de un viejo árbol y se le dejara morir.

Así murió el traidor, y su cuerpo fué devorado por los *urubués* hasta ser huesos mondos que la naturaleza pulverizó. Mas como si de él hubiese nacido, el viejo árbol vióse abrazado por una planta, débil al principio, fuerte después, de hondas raíces y estrangulantes ramas que fueron abrazando más y más al tronco viejo, nutriéndose de su savia hasta matarle.

Y desde entonces, en las orillas del Paraná, se multiplica esta planta, el agarrapalo, símbolo de ingratitud. Lo que no pudiera realizar Miní en vida, lo realiza esta planta que de su cuerpo salió, y ello para enseñanza de los demás hombres. Aposéntase ella en el tronco generoso de un árbol, vive de él, miserablemente primero, débil tallo que alarga raíces, y cuando estas se hunden en la tierra, fortalécese, echa hojas y ramas elásticas, ahoga a su generoso protector, lo mata al fin y se vigoriza más aún a costa de sus despojos.



ERNESTO MORALES


NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
—Ese es el que me está enseñando a manejar el automóvil.
—¿Y es buen chauffeur?
—¡Macanudo! ¡Ya lo ves!

De Olavarría



Los esposos Larregina con su séptimo hijo varón que fué apadrinado en el acto del bautismo por el doctor Juan A. Errecart, que actuó en representación de S. E. el Presidente de la Nación.

UN CUADRITO DE JUAN BERAUD...

Un cuadrito de Juan Beraud me interesa extrañamente. Es la Sala Graftard: una reunión pública donde humean los cerebros como las pipas y los quinqués. La escena es sin duda algo cómica, pero con un sentimiento cómico ¡tan profundo y verdadero! ¡de tanta melancolía! Hay en el sorprendente cuadrito, una figura que, por sí sola, me hace comprender mejor al obrero socialista que veinte volúmenes históricos y doctrinarios: La del hombrecillo calvo, de cabeza gorda y hombros estrechos, que se arrebuja en su bufanda; un obrero de taller, hombre de ideas enfermizas, sin ansias viciosas; el asceta del proletariado, el santo del obrador: Casto y fanático como los santos de la Iglesia en sus orígenes. Sin duda es un apóstol; y se comprende al saber que en el pueblo ha nacido una religión nueva.

ANATOLIO FRANCE

—Un espíritu atento multiplica sus fuerzas de una manera increíble; aprovecha el tiempo atesorando siempre caudal de ideas, las percibe con más claridad y exactitud; las recuerda con más facilidad a causa de que con la continua atención éstas se van colocando naturalmente en la cabeza de una manera ordenada.

LA DEUDA DE AGRADECIMIENTO

que hemos contraído con la distinguida clientela que dispensa sus preferencias a los productos de la

PERFUMERIA MENDEL

nos obliga a corresponder por nuestra parte, en todo lo que nos sea posible, al honroso favor con que se nos distingue.

Sabemos que la fabricación escrupulosa y perfecta de nuestros artículos, el empleo de materias de insospechable autenticidad y alta clase, y la voluntad decidida de obtener una producción de superior calidad y exquisitamente delicada, son factores suficientes para asegurar el éxito, en cuanto se refiere a las preferencias del público; pero además de esta norma, que es la que corresponde adoptar a la industria honesta frente al favor de la clientela, existen otros medios para exteriorizar, aunque sea en pequeña escala, el reconocimiento debido al apoyo del consumidor. Por esta razóm hemos decidido ofrecer a éste un modesto

OBSEQUIO

que, alejándose de las vulgaridades de costumbre, signifique una nota delicada y de buen gusto.

Trátase de una interesante serie de originales cuadros de 26 centímetros de ancho por 33 de alto, provistos de su marco y vidrio correspondientes, donde se destacan hábilmente recortadas, las siluetas de los bellos motivos elegidos para su notable composición artística.

Estamos seguros de que, por su expresión de arte y por su original buen gusto, estos cuadros han de ser recibidos con agrado por nuestra clientela, máxime cuando ellos constituyen un delicado y llamativo adorno para el interior de los hogares, cuyos moradores rindan culto a cualquier detalle artísticamente bello.

Para obtener uno de dichos cuadros, elegido entre varios motivos, basta con entregar en nuestra casa envases vacíos correspondientes a productos de la

PERFUMERIA MENDEL

con los cuales se compruebe haber hecho un gasto no menor de diez pesos moneda nacional. En consecuencia, serán admitidos envases de Polvo Graseoso Leichner, Loción y Polvo Cielito Mío, Extractos Marlise, Anitra y Si Tu Voulais... Lociones, Marlise y Si tu Voulais..., Agua de Colonia Mendel, Polvo Compacto Cielito Mío, Jabón Lysoform, Jabón Dentífrico, Lysoform, Lápices Rouge, Coloretes, Perfumadores, etc.

MENDEL & Cía.

GUARDIA VIEJA, 4439 BUENOS AIRES





Abonando

$ 20 50 PAPEL

Al contado puede Vd. adquirir una "CORONA"

La Máquina de Escribir Más Popular

Hasta la fecha han sido vendidas más de 580.000 máquinas CORONA. El nuevo modelo es una maravilla: presta los mismos servicios que cualquier otra máquina moderna de escritorio, con la ventaja adicional de que puede plegarse, llevarse, lo que permite escribir con ella dondequiera.

Comprada por mensualidades, cuesta $ **205.—** m/n., es decir, $ **20.50** en el momento de la compra, y el resto en 9 cuotas de igual valor. Al contado, cuesta $ **184.50** m/n. neto.

Solicite el Folleto explicativo N.º C 12



Necesitamos Agentes en las localidades donde aún no tenemos Representante.

Cía LA CAMONA

39-MAIPU-43



Torne sus muebles tan brillantes

como cuando nuevos

Es muy rara la casa en que no exista algunos muebles antiguos que sus dueños deseen conservar por ser herencia de familia o por cualquier otro motivo. Pero ya muy viejos y estropeados con el uso alguien intenta restaurarlos barnizándolos de muy mala manera.

Dadles un retoque con "SAPOLIN", y vereis con cuanta facilidad producirá el atractivo y deleite de las cosas nuevas.

Sapolin se prepara en una variedad de colores y es fácil de aplicar.



Se vende en todo almacén que venda pinturas. Búsquese siempre la marca "SAPOLIN". *Evite las imitaciones.*

ESMALTE

SAPOLIN

(Acabado Porcelana en blanco, negro y demás colores)

Además:
Pintura de Lustre SAPOLIN para Carruajes
Aluminio SAPOLIN Resistente al Calor
Esmalte SAPOLIN para Tinas de Baño
Esmalte de Aluminio SAPOLIN
Tinte de Lustre SAPOLIN
Lustre de Plata SAPOLIN
Colores lustrosos SAPOLIN para Pisos y Maderas
Lustre de Oro SAPOLIN
etc. etc.

Fabricantes: Gerstendorfer Bros.
Nueva York, E. U. A.

Fabricamos también el Esmalte de Oro, lavable, que lleva por nombre "Our Favorite". De económica y fácil aplicación y el mejor substituto del legítimo oro en hojas. 1



La Extraña Aventura

Aquel plieguecillo fragante me llenó de curiosidad. Había en el fondo de su expresivo laconismo una ligera sombra de misterio que no dejó de agradarme. Tenía un matiz singular, algo que lo distinguía de esas misivas frívolas y vacías que suelen ser el fruto sentimental de los ocios de alguna lectora sensible. Volvílo a leer: «Pienso que han de gustarle a usted las sorpresas. Yo le tengo una delicadísima. La verá el lunes por la noche, a las diez, si quiere hacerme el honor de visitarme. Nouvelle Amie». Y más abajo había unas señas desconocidas para mí.

Llegué a pensar en todo lo que podía ser aquello, desde una broma inofensiva y pueril hasta alguna intencionada prueba del fuego... Mi primera idea fué la de no conceder atención a semejantes líneas, pero en seguida, por motivos diversos — entre los que no pesaba poco el relativo alivio de tareas de que disfrutaba a la sazón, — cambié de opinión. Sin embargo, decidí muy sensatamente tranquilizar mi imaginación y esperar el día señalado para sufrir lo que me reservara el fondo de aquella esquela intrigante. Aunque a mi vanidad le duela confesarlo, he sido en ocasiones un Don Juan desgraciado, y sé, por lamentable experiencia, que las doradas ilusiones y las deliciosas figuraciones galantes son los más sensibles trofeos que perdemos en las aventuras sentimentales fracasadas.

II

Aquel famoso lunes, después de haber cenado solo, me dirigí a la casa indicada por mi incógnita señora. Yo no sé lo que había influído en mi ánimo para hacerme desear tan ardientemente, que las imprecisas líneas recibidas días antes tuvieran siquiera alguna realidad. Sentía como nunca el miedo de la desilusión. Recordaba ciertos momentos de mi adolescencia en que yo, un poco anheloso, un poco intranquilo, acudía con un ardor creciente a la insegura cita con una mujer desconocida.

Me detuve ante un hotelillo elegante, muy sencillo, de indiscutible distinción. Aquella era la casa, y llamé. El criado, indiferente e impenetrable, me introdujo en el «living-room» sin que yo pronunciara una palabra. Ese solo detalle — bien elocuente — de lección aprendida, estuvo a punto de serenarme. Pero yo recién había llegado al escenario. Aún faltaba lo emocionante...

Admiré sin reparo aquella estancia magnífica. Las paredes altísimas, tapizadas de azul,

cortadas por unos zócalos de roble obscuro, encerraban un ambiente penumbroso, apenas clareado por dos lámparas prendidas. Aquella luz tan indecisa llenaba los muebles de una sombra demasiado fuerte. Había allí viejas arcas talladas, repisas con antiguos objetos de plata, cuyas formas reales no se alcanzaban a precisar, mesas llenas de libros, alfombras de colorido intenso pero pequeñas y distanciadas, y, lo que más me llamó la atención, unos ligerísimos sofás orientales cuajados de almohadones y rodeados de estatuillas grotescas que sostenían ceniceros y cajas abiertas de cigarrillos. Al fondo, caían dos enormes cortinas rojas. Vi también algunos biombos chinescos con dragones dorados, y detrás de uno de ellos distinguí la cola de un piano.

De entre aquellas cortinas salió una mujer. Una mujer adorable, de esas cuya completa belleza se abarca de un solo vistazo. Era rubia y estaba toda vestida de terciopelo negro, con un traje muy ceñido, que marcaba bien sus líneas firmes y redondas. Yo vi su rostro y sus brazos blanquísimos destacarse en aquel fondo profundamente obscuro.

Desde lejos me sonrió. Una sonrisa suave y apenas dibujada, una caricia sutil. Atraído me adelanté hacia ella. Yo no pensaba en mi confusión, sino en ella. Y esto, bien sé que lo adivinó.

Contemplé su semblante con delectación. Tenía unos ojos espléndidos, ciertamente, y una boca no menos atrevidamente hermosa, pero lo que acentuaba más el sello singular de sus facciones, era aquella ceja finísima, más alta y más arqueada que la otra, y que imprimía por sí sola a todo el rostro un aire indefinible de ensueño, o de cansancio, o quizás de continua y reposada ironía...

Me senté a su lado en un diván. Ella abrió más su sonrisa y me dijo rápida pero delicadamente:

— Me alegro de que la curiosidad le haya vencido a usted.

— Yo también me alegro. Si no hubiera venido, en mi vida me habría encontrado con un instante como éste...

— No vaya usted por ese lado. Olvide sus novelas... Bien se puede cambiar una galantería forzada por unos momentos de vida verdadera.

— Por unos momentos de vida verdadera... — y sin bien entender aquello, seguí, pretendiendo hacer ironía. — Antes vi en sus líneas — ¿acaso no eran suyas? — una tendencia a lo misterioso, a lo velado; ahora me voy perdiendo más en esta trama de lo inesperado... de lo novelesco, precisamente; y esto, aunque me intrigue, no deja de atarme a su encanto... Vine en busca de una sorpresa. Le soy franco, eso me atraía más que otra cosa; pero ya no la necesito. Usted constituye para mí la mejor sorpresa; el sólo pensar...

Ella volvió a reir con esa risa atrayente de algunas mujeres, toda cristal y breve, como apresurada.

— ¡Por favor!, dejemos ese sentimentalismo cortesano y, ¡confiéselo!, un poco hueco. Escuche, voy a decirle por qué le he llamado. ¡Pero todavía no llegará la sorpresa! Eso es para después... A usted, que es hoy un novelista consagrado, objeto de admiración muy legítima, le vengo yo siguiendo, a través de sus obras y aún sorpréndase... de su intimidad desde hace muchos años. ¡Cómo quisiera yo que en este instante, para ahorrarme palabras y explicaciones, me conociera usted tan bien como le conozco yo!... No se asombre, no se asombre todavía...

Pero yo no me asombraba de lo que ella decía, porque apenas paraba mientes en sus palabras. Lo que llamaba mi admiración eran los nuevos encantos que iba descubriendo en aquella mujer, desde la garganta llena y mórbida, sedeña, hasta la pierna fina, clásica, acariciada por la media transparente. Su voz, sin embargo, aunque viva y cambiente, tenía un dejo ronco que le restaba dulzura.

— He tenido también — prosiguió ella, — alguna amiga que lo fué antes de usted, y eso me ha servido para completarme el concepto que me había formado yo de su temperamento al acecharlo, al adivinarlo más que todo, en cada uno de sus libros. Sin duda, le extrañará este interés mío por llegar más allá de donde debe llegar un lector prudente, vulgar, pero le diré que hace algunos años, cuando leí por primera vez, al azar, una novela suya, encontré en el carácter de su protagonista singulares semejanzas con mi modo de ser. Desde entonces, sensible como soy, me acercó a usted, a través de muchas distancias, una simpatía sincera. Y seguí siendo una de sus más apasionadas lectoras...

Debió notar que sus palabras me halagaban y prosiguió:

— Tendré que hablarle de mí. Me cuento entre las mujeres de temperamento raro. No tome usted esta palabra más que en un sentido numérico. Somos pocas... muy diseminadas o muy escondidas. No sé si nacimos con mala estrella, o con la mejor de todas; hay felicidades amargas... El caso es que he aprendido a conocerme bien, pero no a transformarme, a experimentarme. Quizás hubiera sido mejor que hubiera educado mi carácter, que para mi propio bienestar le hubiera imprimido una blandura de arcilla, que es lo que se requiere en los ambientes generales de la vida, de la sociedad. No se apure, ya me comprenderá, ya me comprenderá más adelante... Para explicarme con claridad, voy a relatarle un pedazo de mi vida. Tenga en cuenta que esto lo hago con usted por especiales motivos. En primer lugar, sé que su espíritu cultivado recibirá como yo deseo, con la generosidad afectuosa que creo merecer, lo que voy a confiarle. Y luego, por otras razones que le diré después, y que son tal vez las que más me guían.

Hizo una pequeña pausa para extenderme el estuche de los cigarrillos, de donde extraje un exquisito «gold - tipped». En seguida golpeó un gong y cuando apareció el criado, le dió una orden en voz baja.

— No le he dicho todavía mi nombre — expresó. — Me llamo Delia Gracel, y soy viuda. Hace ya cinco años que murió mi marido... He viajado mucho, mucho. Casada con un hombre joven, lleno de ambiciones, inteligente y culto, no me aparté nunca de todo lo que fuera deleite espiritual.

Entró en el «living - room» en aquel momento el criado, portador de una bandeja con licores. Delia se incorporó en el diván, me sirvió un vasito de «chartreuse», hizo ella lo propio, y siguió hablando:

— Mi marido fué la gran pasión de mi vida. Era muy niña cuando le conocí, pero no al punto de no saber sentir hacia él desde el primer momento una atracción tan poderosa que más tarde, de solo pensar en ella, de solo pensar que algún día pudiera repetirse en mi ánimo hacia otra persona... me ha hecho estremecer más de una vez. La frente y los ojos de Mario irradiaban inteligencia. Su mirada habitual era profunda y persistente, no siendo posible resistirla con fijeza. A pesar de todo, aquellos ojos suyos, tenían una tristeza interna... Aquella tristeza, que sólo desapareció durante el primer año de nuestro matrimonio, fué mi martirio. ¡No se imagina usted todo lo que hice para encender en sus ojos un brillo de gozo o de bienestar! Nunca, nunca lo conseguí. Mario me mostró siempre un respeto y una de-

dicación bien visibles, pero aquello no me bastaba, aquello no era la intensidad afectiva que yo hubiera querido ver en él.

La remota Constantinopla, Estambul la vieja, Estambul la inquietante, fué para mí un escenario trágico. Yo llegué a las orillas del Bósforo con el alma abierta a todas las bellezas, a todas las nuevas sugestiones de la ciudad desconocida. Y salí de allí tan enceguecida e íntimamente desorientada por el dolor y la desgracia, que mi memoria apenas reconstruye mis últimos días de Turquía. Cuando tocamos Constantinopla, varios amigos de mi esposo, ingleses casi todos, amistades de Londres, nos esperaban. Durante los primeros días llevamos una vida europea, llena de exigencias y excesiva. Luego nos dedicamos con Mario a recorrer juntos y solos la ciudad, y yo confié en que el influjo de aquel ambiente exótico, propicio, le inclinara más, todavía más, hacia mí. ¡Y qué distinto fué!... Una tarde, de pronto, inocentemente, por una tonta indiscreción de «ellos», descubrí los amores que mi esposo había contraído con una extranjera llegada pocas semanas antes al hotel... ¿Para qué describirle a usted, tan luego a usted, maestro de estas cosas, mis sentimientos de aquel momento? Los vi en un jardín de invierno, bajo unas plantas que no ocultaban nada, en un «tête-a-tête» demasiado íntimo. Ella era una mujer extraña, neozelandesa, según supe después, con un aire de aventurera. Su cuerpo esbelto, bien delineado, era notablemente hermoso; su rostro tenía un tinte oliváceo o broncíneo.

El día en que presencié aquella lamentable escena, tuve con mi esposo un rudo cambio de palabras. El estaba irascible; ni se justificaba ni admitía reproches. ¡Ah, pocas frases cambié después con él! Cada día veía yo que se hundía más en una pasión que ya lo dominaba. Acudí a sus amigos. ¡Todo fué inútil!

Una noche conversaba yo en la galería del hotel con Mr. Shield. En todo el día ni había visto a mi marido y, siendo ya pública su indigna actitud, no dejaba yo de pedir consejo a quienes creía con la suficiente autoridad moral como para dármelo. Conversaba, digo, cuando súbitamente advertí un tumulto a la puerta del hotel. Confusión de voces y de gente. Traían a mi marido muerto... A «él» y a la mujer. Se habían suicidado a bordo de un «caique», en pleno canal, en medio de la noche clara. ¿Cómo contarle a usted lo demás?... ¿Cómo pintarle mis vacilaciones, mi sufrimiento, mi pasión, el escándalo, en fin, todo?... Recuerdo que me acerqué temblando a mi marido muerto y le clavé los ojos en el rostro pálido, pálido. Todavía tenía los suyos abiertos... pero no encontré lo que buscaba. ¡Aquella expresión de infinita tristeza había desaparecido de sus pupilas apagadas! Ligeramente reflejaban calma...



Delia Gracel se detuvo. Mi sorpresa crecía al ver que aquella trágica historia tan dolorosamente vivida, no la había emocionado al repetirla, o la había emocionado muy débilmente. ¿Era frialdad del momento?... ¿Era olvido? Iba yo a hilvanar cualquier frase de circunstancias, cuando ella:

— Y después de haberme escuchado — dijo — todo lo que acabo de decirle, podrá usted quizás descubrir cómo han obrado sobre mi temperamento, modificándolo, las circunstancias que rodearon aquel hecho deplorable. He mordido tanto los frutos agrios de la vida... He sido una mujer de una sola pasión. Pero después de muerto mi esposo hubo en mi espíritu como una complicación de sentimientos. Pensaba entonces que aquella pérdida de mi amor necesitaba una compensación. Una compensación calculada, un amor más grande que el que acababa de troncharme el destino de tan mala manera, pero bien distinto. Me sentí poseída de una como sed sentimental que sólo calmaría la devoción de un hombre de ánimo fuerte, de un hombre que coincidiera conmigo en la pasión exaltada, que, como yo, fuera capaz de darse todo en un exceso de amor, que no conociera las pacíficas e indiferentes rutinas de la vida burguesa. Que supiera también valorarme...

En los ojos de Delia brillaba un claro fulgor. Me miraba fijamente, sin ese suavísimo ale-

teo de los párpados que en otros instantes sabía jugar maravillosamente, y yo sentía como nunca una especie de hipnótica sugestión. Volvió a servir el licor, y continuó:

— No he encontrado a ese hombre ni espero ya encontrarlo. Vivo ahora del recuerdo de mis días pasados... Vivo... ¡psh!, nada más... Ahí tiene usted, en este relato que me ha oído, un argumento que puede ser interesante para una novela. Solamente usted, en quien yo creo haber adivinado a un sensitivo, usted, que tiene ya fama sentada de Don Juan... — aunque proteste — que ha buscado emociones en las debilidades femeninas, que ha penetrado — con deleite, ¿verdad? — en las emotivas palpitaciones que agitan continuamente nuestras almas de mujeres, solamente usted puede reconstruír, partiendo de los escasísimos datos que le he dado, la historia de unos cuantos momentoss de vida violenta. Yo se los confío, se los entrego...

— Sería posible — aventuré — que yo recogiera sus palabras para divulgarlas, pero se requeriría una condición....

— ¿Qué condición?

— Necesitaría yo estar más cerca de usted, hundirme más en su espíritu, adueñarme casi de él... para formarme un propicio estado de ánimo psíquico...

— ¿Le parece? Sin embargo, usted es capaz de comprenderme desde lejos...

Sentí una súbita turbación. Los latidos del corazón me azotaban el pecho y me enervaba la idea de que ella pudiera notar mi agitación. Aquella mujer me fascinaba al punto de robarme las ideas. ¿Dónde estaba mi audacia de otras veces? Me aguijaba la tentación de apoderarme de la fruta roja de su boca en un ímpetu apasionado. Pero al mismo tiempo, de un modo raro, me iba dominando una timidez desconocida. Un Don Juan que piensa es un Don Juan perdido. Y yo comencé a pensar en la necesidad de ser discreto, de obrar con reposada «sagesse»... Aquella mujer acababa de hablarme de una traged a; quizá, aunque no lo exteriorizase, estuviese aún bajo la acción del reavivado recuerdo... Dejé escapar lo primero que se me ocurrió:

— ¿Acaso le complacería a usted que su historia se reconstruyera en forma de novela?

— Sí, no por los que la han de leér, que no me interesan, sino por mí, por un deseo egoista y singular. Disfrutaría tal vez viéndome pintada como debo ser y no como me siento... ¿Sería usted capaz de complacerme?

— Encantado; pero tendría que frecuentarla a usted más y saber aún más sobre el asunto...

Nada me contestó. Una sonrisa enigmática rozaba sus labios. Clavó sus ojos en uno de los grabados que pendían de la pared y permaneció silenciosa. Parecía aguardar algo sin querer demostrarlo. Yo no quebré su actitud. Admiraba, admiraba. No me atrevía a insinuar una torpe palabra. ¡Lo que valen estos momentos de recogimiento admirativo o sentimental! Por fin habló ella:

— No me ha reclamado la sorpresa, todavía.

— Es verdad, pero se explica. Su relato y usted misma me han absorbido por completo haciéndomela olvidar.

— Si no tiene usted inconveniente... dejaremos para otra oportunidad esa sorpresa, para uno de estos días..., porque ahora se ha hecho ya muy tarde y mi dama de compañía debe de esperarme con algún libro preparado...

Quise insistir. Algo me invitaba a quedarme. Pero ella no pareció, sin embargo, estar muy dispuesta...

— Espero — le dije entonces y con la idea de que mis azules esperanzas, de realizarse, tendrían que serlo en un corto plazo — que me concederá usted la gracia de volver a venir a verla en estos días... De ese modo... planearemos juntos una gran novela.

— ¡Cómo no!, cuando quiera. Es decir, dentro de la semana que viene, porque ésta la tengo ocupadísima...

Salí de aquella casa vibrante de optimismo. Antes de pensar en las singularidades de aquella entrevista, dejé que mi imaginación se apoderara toda de Delia Gracel. Concebí risueñas ilusiones, risueñas ilusiones...

III

HABÍAN tanscurrido tres días desde mi visita a Delia Gracel, cuando recibí una carta desconcertante. Hela aquí sin superfluos comentarios:

«¡Amigo, amigo, me ha jugado usted una mala pasada! Todavía estoy un poco en poder del asombro. «¡Quelle chute!», como dicen los franceses. Porque realmente, la mía ha sido una verdadera caída... Me explicaré: Cuando hace días le invité yo a visitarme por medio de un anónimo, lo hice impulsada por una curiosidad que tenía un fondo sinceramente serio. ¡Tanto me habían hablado de usted, de tantas maneras me habían pintado su gentil donjuanismo, su fina audacia, su malicia sutil, su destreza en el arte del galanteo, que yo, huída siempre de la vulgaridad y monotonía de los hombres de mi medio, sentí el deseo, la necesidad — lo diré así para mejor entendimiento — de ver girar su florete en torno mío... Le llamé y usted vino. Escuchó mi historia — a cuya veracidad no tengo ahora por qué referirme — me miró emocionado, me prometió volver... y se fué. Así, sin más ni más, sin haber aventurado siquiera una de esas sutiles frases que le han valido admiración y celebridad... ¡sin haberme siquiera comprendido!... ¿Me perdonará usted algún día si le digo que lo encuentro tan infantilmente vulgar como la mayoría de los hombres que hacen gala de «sprit» en los salones?

»Y ahora no trate usted de venir a verme, porque cuando reciba ésta, ya habré salido para la residencia veraniega de una amiga a quien pienso acompañar por una temporada. ¿Dónde?... Averígüelo usted; presiento que para pesquisante ha de tener raras habilidades. Póngalas en practica y no desespere. Mis deseos son de que triunfe.

DELIA GRACEL.

«P. D.—Me olvidaba: prometí darle una sorpresa. Y bien, cóbresela usted con creces en esta carta».

EDUARDO A. MALLEA

DIBUJOS DE MACAYA



PEDRO DOMECQ

INSUPERABLE VINO TÓNICO APERITIVO



Una copita antes de cada comida estimula el apetito en forma irreemplazable.

Su fina preparación a base de añejos vinos de Jerez, lo determinan como un producto de mérito.

Se elabora en las mismas famosas Bodegas del mundialmente conocido

COÑAC DOMECQ

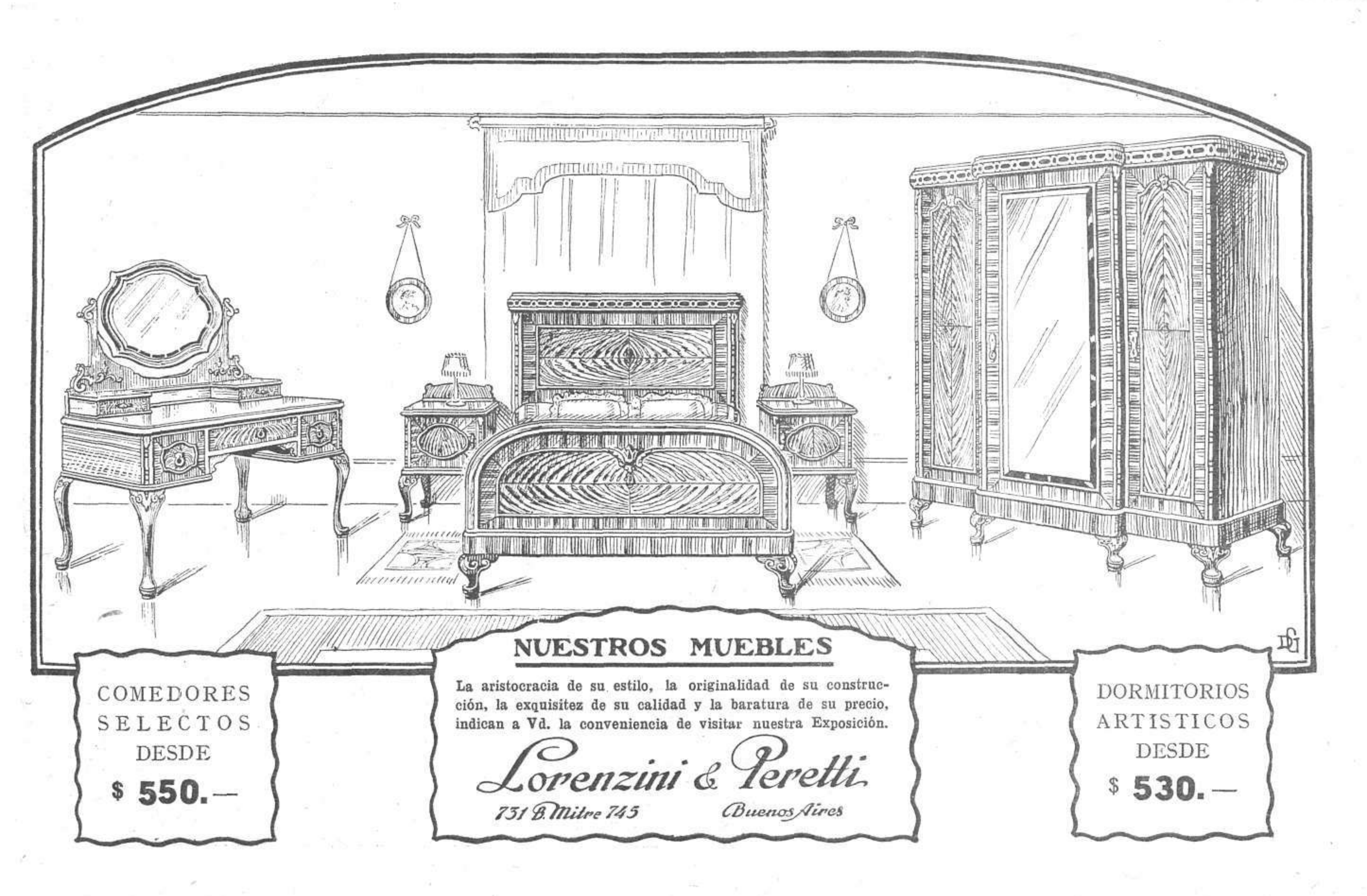
IMPORTADORES
MERELLO Hnos
BUENOS AIRES

De Villa Luro



Parte de la concurrencia que asistió a la hermosa fiesta social organizada por la Comisión Directiva del Círculo "El Pensamiento".

Núcleo de vecinos que ofrecieron una demostración al señor Alberto Marchione, con motivo de un grato acontecimiento particular.


NUESTROS MUEBLES
La aristocracia de su estilo, la originalidad de su construcción, la exquisitez de su calidad y la baratura de su precio, indican a Vd. la conveniencia de visitar nuestra Exposición.
Lorenzini & Peretti
731 B. Mitre 745
Buenos Aires
COMEDORES SELECTOS DESDE
$ 550.—
DORMITORIOS ARTISTICOS DESDE
$ 530.—

De Moll



Socios del Club Recreativo y Social Mollense, que organizaron una fiesta campestre con el propósito de estrechar vínculos de camaradería.

¿ESTÁ HABITADA LA LUNA?

Por de pronto, nosotros, los humanos, sólo hemos podido ver un lado de la luna; es decir, un hemisferio, porque girando como gira, alrededor de la Tierra y en torno a ella misma, siempre nos muestra la misma blanca faz. Pero estamos todos seguros de que la luna no está habitada, en uno u otro hemisferio, en el que vemos siempre ni en el que nunca vemos.

Los seres a semejanza nuestra no pueden habitar la Luna a causa de que su superficie carece de agua y su ambiente de aire. Aunque fuera posible que una raza de gentes pudiera vivir sin esos elementos, probablemente su existencia sería imposible a causa del terrible calor del día y del terrible frío nocturno, pues careciendo de aire que los protegiera, el calor diurno y el frío de la noche serían tan intensos, que aquél los quemaría y éste los dejaría helados.

No hay hombres, pues, en la Luna, ni los hubo nunca, probablemente.

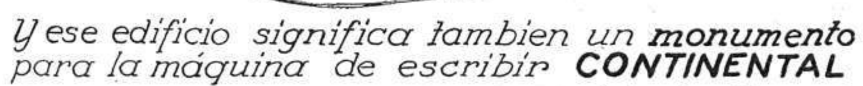
Pero quizá es posible que en determinados tiempos haya habido en nuestro fiel satélite formas de vida vegetal, y algunos suponen que aún hoy en día existen, basándose en el supuesto de que en algunos profundos valles de la Luna debe haber una ligera capa de aire y una exigua cantidad de agua que haga posible aquella existencia vegetativa.

Si existiera en la Luna un edificio de grandes prociones como el Escorial, el Palacio Real o como la catedral de Burgos, podríamos verlo fácilmente a través de los magnos telescopios de nuestro tiempo; pero allí no hay el más somero signo de que seres inteligentes hayan emprendido jamás obra de ningún género en la superficie lunar.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Un nuevo é importante edificio

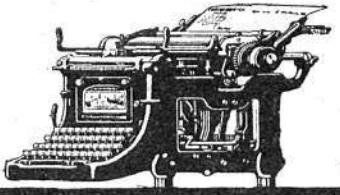
está levantando la alta banca en nuestra ciudad.



Y ese edificio significa tambien un **monumento** *para la máquina de escribir* **CONTINENTAL**

Cuando una máquina resiste la accion del tiempo, soporta el trabajo más intenso de un establecimiento bancario y puede competir, despues de largos años de uso, con cualquier máquina nueva de otra marca, su superioridad no puede razonablemente discutirse.

En esas condiciones se encuentra la máquina de escribir...



CONTINENTAL

Su solidez y precision la recomiendan como el auxiliar más eficaz de la banca, del comercio y de la industria.

Es una máquina de escribir para toda la vida.

UNICOS IMPORTADORES:

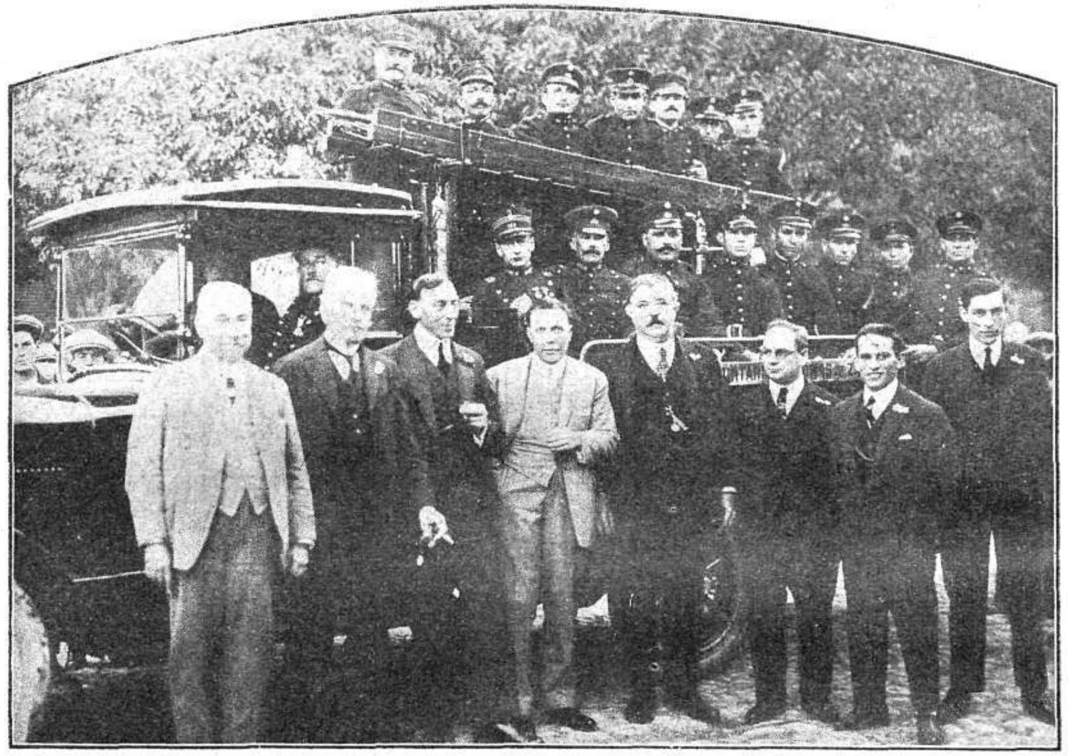
CURT BERGER Y CÍA.

Bs. AIRES

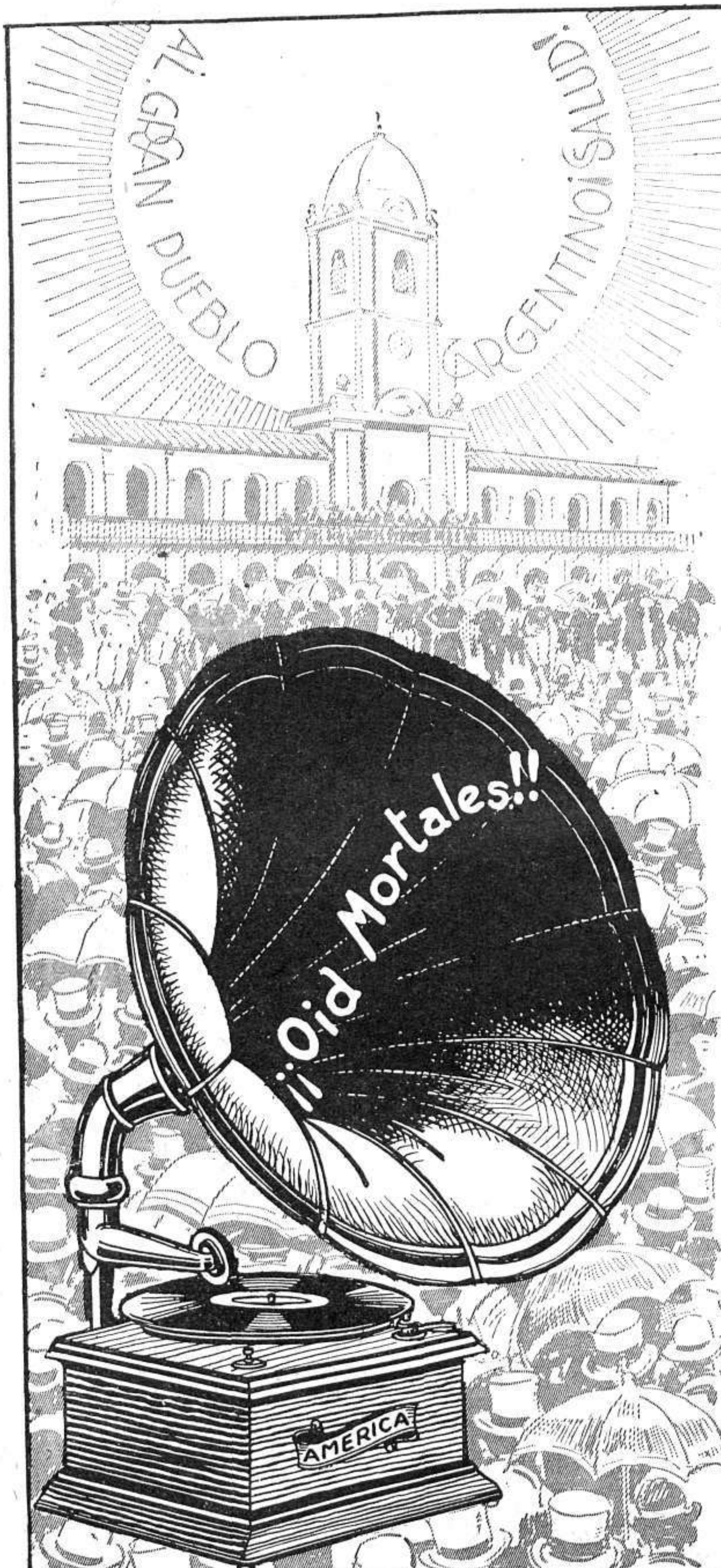
ESMERALDA 116

ROSARIO
CORDOBA 1184

MONTEVIDEO
CERRITO 677



Miembros del Cuerpo de Bomberos Voluntarios, con el camión adquirido por subscripción popular, el cual fué recientemente bendecido, realizándose con este motivo una hermosa fiesta.



LA MUSICA ES FACTOR CULTURAL INSUPERABLE

El alto grado de cultura del **PUEBLO ARGENTINO** se debe en gran parte a su reconocida afición al divino arte musical.

Deseamos fomentar aun más esta ventajosa tendencia de nuestro Pueblo suministrando los mejores instrumentos a un precio mínimo.

LEAN NUESTRAS OFERTAS:

Grafófonos "AMERICA"

La máquina parlante más poderosa que se conoce.

GRAN CORNETA AMPLIFICADORA DE LOS SONIDOS dotada de los más modernos adelantos de la acústica.

OFRECEMOS OCHO MODELOS CADA CUAL MEJOR, A

$ 45.-, 49.50, 65.-, 75.-, 85.-, 95.-, 115.- y 160.-

Con cada grafófono regalamos tres discos dobles, 200 púas y embalaje gratis.

CONCERTOLA

El Grafófono **SIN CORNETA** más perfecto que satisface el gusto artístico de todo el mundo.

Reune todos los adelantos que la ciencia ha descubierto para deleite de la humanidad.

Muebles finos, elegantes, con puertitas modificadoras del sonido, especiales para aquellos hogares donde reina el buen gusto del arte.

NUESTRAS GRANDES OFERTAS:

SEIS modelos de CONCERTOLAS para mesa (sin pedestal).

N.° 451. $ **45.-** N.° 341. $ **99.50**
N.° 310. $ **55.-** N.° 4. $ **125.-**
N.° 327. $ **75.-** N.° 465. $ **150.-**

TRES modelos de CONCERTOLAS para Salón (con armario guarda discos)

N.° 5. $ **250.-** N.° 5 bis. $ **330.-** N.° 9. $ **380.-**

TRES modelos de CONCERTOLAS portátiles forma valija (para viaje).

N.° 110. $ **85.-** N.° 111. $ **99.50** N.° 360. $ **130.-**

Con cada CONCERTOLA regalamos Discos, Púas y embalaje gratis.

Cante los aires de su PATRIA acompañándose con una Guitarra

"AMERICA"

Las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

N.° 3002. — **Regia GUITARRA,** construída en fina madera de nogal, con artísticos adornos de nácar en la boca. Con método para aprender sin maestro, y embalaje gratis .... $ **29.—**

OTROS MODELOS desde $ 12.— hasta $ 500.—

Catálogo ilustrado N.° 23 remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES

finos, tipo de Auténticos STRADIVARIUS.

N.° 4102 bis. — **Buen VIOLIN DE ORQUESTA,** voces armoniosas, construcción esmerada. Completo, con estuche, arco, pez y embalaje gratis .... $ **45.50**

OTROS MODELOS DE VIOLINES, desde $ 25.— hasta $ 2.500.—

Solicite Catálogo Ilustrado N.° 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

ACORDEONES de las afamadas marcas AMERICA y PIEMONTE

Reemplazan ventajosamente una orquesta.

N.° 6007. — **Bonito ACORDEON,** de 8 bajos y 19 voces. Con método por cifra para aprender sin maestro y embalaje gratis $ **19.80**

Grandioso surtido en ACORDEONES A PIANO, SEMITONADOS Y CROMATICOS, artículos finos y modelos de STRADELLA. — BANDONEONES ALEMANES. — Solicítese catálogo ilustrado N.° 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

Discos Patrióticos

Con los cuales Vd. podrá solemnizar en su hogar la gloriosa fecha histórica.

Discos dobles de 25 ctms. a $ 3 c/u.

T 116 — **Himno Nacional Argentino** / **Himno de la República Oriental**
22037 — **Ituzaingo.** Marcha oficial. / **Tres Arboles.** Marcha Militar.
22034 — **San Lorenzo.** Marcha. / **El Tala.** Marcha militar.
T 247 — **Mi bandera.** Marcha cantada. / **Vida beata.** Marcha militar.

Discos dobles de 30 ctms. a $ 4.60 cada uno.

68238 — **Himno argentino cantado.** / **Marcha 4 de Febrero.** Marcha militar.

Catálogo general N.° 22 conteniendo todos los mejores discos de todas las marcas del mundo, remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.



CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Avenida de Mayo, 979. — Buenos Aires. —

NO CERRAMOS LOS SABADOS
NO TENEMOS SUCURSALES



MAESTRO-PIANO para estudio y concierto.
Lo toca el más profano igual que el gran pianista. Pida Catálogo N.° 31.



El Intendente Municipal de Navarro, señor Manuel J. García, con un grupo de amigos que lo obsequiaron con un banquete, en aplauso de su brillante actuación al frente de la Comuna.

Compre
una barra de
Repuesto
del
Jabón de Afeitar

Barra de
Jabón
"Holder Top"

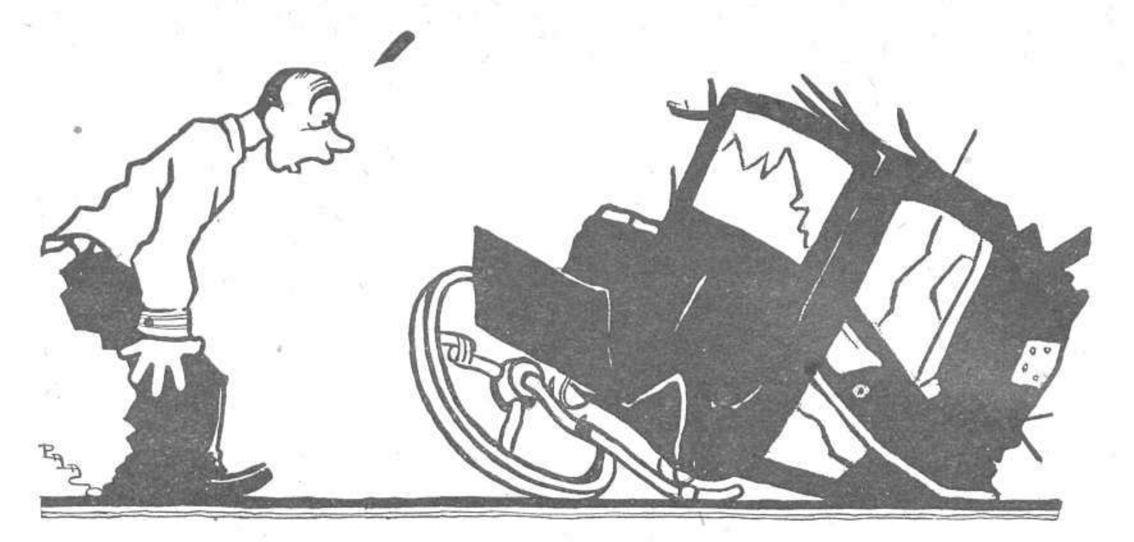
Williams
Holder Top



Cuando haya usado la barra original, compre un Repuesto a precio más económico. Aproveche así indefinidamente el estuche.

DE VENTA EN TODAS PARTES

MAYON Ltda. Agentes de J. B. WILLIAMS Co.



EL COCHE DE ALQUILER

Ayer, mientras paseaba por la barranca de la Recoleta, acerté a meterme en una especie de quinta-corralón, donde había una momia de establo, completamente desvencijada, con un proyecto de techo de cinc, en planchas mal acomodadas y sostenidas por algunos ladrillos para que no se las llevase el viento. Al lado del establo había un pozo con brocal de mampostería hecho pedazos, una roldana de palo, un arco de gruesos tirantes de «ñandubay» groseramente colocado, y un balde de lata roto, del que se salía el agua por todas partes.

En los alrededores, uno que otro tronco de sauce seco y apolillado, y, esparcidas por el suelo crecían una infinidad de hierbas incultas y silvestres.

El sol, que estaba en los dos tercios de su carrera, alumbraba aquel cuadro de tristeza y abandono con la nota blanca de sus ardientes rayos, dándole un tinte especial de infinita melancolía...

Sentí sed; me había fatigado el paseo, hecho a pie y desde una larga distancia. Eché la soga al pozo, saqué un balde dê agua, que subía derramándose por los agujeros del recipiente, bebí con ansia verdadera y, después que me hube refrescado, viendo que el establo proyectaba sobre el suelo una ancha faja de sombra, me aligeré de ropas y me recosté, poniendo la cabeza sobre un enorme trozo de madera.

Inconscientemente dejé vagar mi imaginación por rumbos lejanos, y me iba adormeciendo poco a poco, dejando correr mi fantasía, cuando de improviso, oí una voz plañidera y quejumbrosa que recitaba tristemente este verso de Calderón de la Barca:

«¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!...»

Instintivamente me puse de pie; aquella voz dolorosa en aquel paraje solitario y triste me había llamado la atención. Recorrí con la vista los alrededores y no vi a ningún ser humano que pudiera lamentarse de aquella manera; investigué, busqué, hundí la mirada en el aire, en la tierra y en el cielo, y no vi a nadie.

Aquello era sobrenatural y extraño. Yo había oído clara y distintamente la voz que repetía el verso, y no hallaba la persona que podía haberlo dicho. Titubeé un instante, y después, convencido de que todo era una ilusión de mis sentidos, volví a recostarme sin dar mayor importancia a aquella creación de mi cerebro.

Sin embargo, cinco minutos más tarde, volví a oir la voz misteriosa que me había despertado, repitiendo ahora como en un suspiro:

«¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!...»

No pude contenerme más y salté como movido por un resorte. ¿Quién era el extraño ser que se quejaba así?... ¿Quién, de su propio sufrimiento, sacaría fuerzas para recordar el doloroso lamento del príncipe encadenado?... Allí no había alma viviente, y sólo persistía el rumor que hacía volviendo al pozo el agua que yo había sacado en el desfondado balde.

De repente me volví y distinguí en el fondo del establo un viejísimo carruaje, con las portezuelas hechas pedazos, los vidrios rotos, las ruedas salidas de sus ejes, los elásticos quebrados por la mitad, las maderas sucias y deslustradas; en fin, un carruaje completamente inservible.

Me lancé sobre él y miré por una de sus portezuelas si había alguien en el interior; pero mi inspección me dió los mismos resultados que las anteriores, ya que no había en él alma viviente.

Desesperado de mis infructuosas pesquisas, iba a retirarme, profundamente intrigado, y con no poco temor en el cuerpo, cuando la voz, más cercana y más distinta, me hizo volver rápidamente.

—¡Caballero!... ¡Por favor, no se retire usted!... —me dijo con acento suplicante.

—¿Quién me habla?... —pregunté en voz alta y presa de serias inquietudes.

— ¡Soy yo!... — me repitió la voz en el mismo tono.

— ¿Y quién es usted que no se deja ver?...

— Soy yo, el coche de alquiler, el que acaba de ser contemplado por usted, en esta mi última hora de agonía...



CONFIESO que no las tenía todas conmigo. ¡Un coche de alquiler hablándome! ¡Aquello era más que extraño, fenomenal; era tremendo, era nunca visto desde La Fontaine!

No, indudablemente era algún ladrón que estaba oculto y quería robarme atemorizándome, y ante esta idea intenté de nuevo retirarme de aquel sitio. Pero luego, reflexionando más profundamente sobre el hecho insólito, admití que así como en otro tiempo hablaban las bestias y las plantas, que eran seres animados, bien podían hoy hablar las cosas inanimadas, obedeciendo a las leyes inmutables del progreso que todo lo corrigen y todo lo perfeccionan.

Y por eso me detuve, y esperé a que el coche de alquiler me dirigiera la palabra.

— ¡Señor!... — me dijo el coche, emitiendo su voz delgada por una de las portezuelas: — estoy próximo a morir, me siento débil y sé que mañana vendrán a deshacerme, para arrojarme a una hoguera, dos salvajes quinteros italianos que trabajan en este mismo sitio. Pero antes, de entregar mi alma al Hacedor, quisiera contarle mi historia para que usted la repitiera y tomaran ejemplo de mí mis hermanos, los demás coches de plaza. Es tan dolorosa y tan triste, que quizás le interese, y pueda divulgarla a los cuatro vientos del espacio...

— Cuente, usted, amigo coche, — le dije — que soy periodista, y si su historia vale la pena, la sabrán todos los coches de plaza que hay en la República Argentina.

— ¡Qué dicha!... ¿Es usted periodista?... ¡Oh, usted no sabe cuánto le agradezco a Dios este feliz encuentro! ¡No puede usted formarse una idea de la inmensa satisfacción que siento en este instante!...

— Me alegro de que mi presencia le halague, — le respondí — pero es bueno que usted me cuente pronto sus desdichas...

— Voy a ello.

— Yo no lo interrumpiré.

Y me prometí interiormente conservar el más estricto mutismo, cuando él comenzó de esta manera:

PUEDE decirse que he nacido en pañales regios, pues fuí fabricado en París en uno de los principales establecimientos de ese género. Se emplearon para confeccionarme las más ricas telas, los más suaves cueros, los más pulidos cristales, las más sólidas maderas, los hierros mejor forjados y las pinturas más brillantes. Cuando me hallé concluído, me envanecí de mí mismo. Llamaba la atención de todos los que pasaban ante las vidrieras donde me habían colocado, y muchos fueron los magnates que quisieron poseerme. Sin embargo, mi fabricante sólo consintió en cederme, por un enorme precio, a una condesa viuda, de apellido Mirecourt, que llevaba en París una vida fastuosa y opulenta.

Tres años estuve a su servicio, que no me disgustaba, porque a veces, por cualquier indiscreción, podía ver las interesantes medias de mi distinguida propietaria, que era una de las más espléndidas mujeres de la época.

Su vida de fausto y de lujo la llevó insensiblemente a la bancarrota, y, cuando ya no pudo mantener a los caballos que habían de conducirme, resolvió venderme a un extranjero rico, a un argentino, que en breve debía regresar a su patria, Buenos Aires.

Efectivamente, poco después, mi nuevo propietario me hizo lustrar y pintar cuidadosamente, y me embarcó en un vapor donde, amarrado con una infinidad de cuerdas, hice el viaje lleno de peripecias hasta esta tierra.

Poco tiempo después de llegar a Buenos Aires, mi amo me vendió a un ministro, y ya puede usted imaginarse cuántos secretos de Estado habré oído y cuántas intrigas políticas se habrán fraguado en mi lujoso vientre.

En aquel tiempo trabajaba yo de tal manera, que no tenía un minuto de reposo; iba a casa de Alsina, de Gainza, de Gorostiaga, de Sarmiento, de cuanto Senador y diputado había en Buenos Aires; generales, coroneles, abogados, periodistas, caudillos políticos, a todos tenía que ir a visitar diariamente, y le garanto a usted que si ese ex ministro tiene hoy coche, y lo hace trabajar como a mí, no será extraño que el día menos pensado se le enoje y lo dé contra las piedras.

EL ministro me vendió a una familia criolla. En esta familia había una dama rica, muy bonita, que no se contentaba solamente con tenerme ocupado durante el día en recorrer cuanta tienda y casa conocida había en Buenos Aires, sino que, de noche, y a altas horas, me hacía pasear los lugares más apartados, donde me dejaba por un largo rato, y se alejaba cubierta con espesos velos para que nadie pudiera conocerla, volviendo después fatigada e inquieta, para hacerme que la llevara de nuevo a su casa a todo

escape, desempedrando calles, comc ella decía.

Una vez que me cansé de sus exigencias, me fingí débil, y en una de esas corridas tremendas que me hacía dar, me metí, de puro gusto, en una zanja y me rompí un eje. Como no pudiera hacerme curar porque era de noche, tarde, se decidió a volverse en el tranvía. Al día siguiente, cuando volví a mi cochera, mi amigo el conductor me contó que el esposo de la dama le había pegado una feroz paliza y se había presentado a la Curia pidiendo divorcio. A causa de la rotura de mi eje, mi quinto amo me vendió a un hombre que tenía coches de alquiler, con los cuales vivía, explotándonos miserablemente. Y aquí entra lo doloroso de mi historia.



He sido durante cinco años coche de alquiler, y ya puede usted imaginarse los trotes en que me he visto.

Ha habido veces que he llevado por espacio de meses enteros, a personas a un lugar dado; y sino vea este caso: dos niñas que parecían muy niñas, iban siempre, infaltablemente, a una casa del centro que tenía el número 28, y donde había una oficina de escribano. El asunto testamentario de estas niñas debía ser muy largo y muy difícil, pues todos los días me tenían dos horas de plantón delante de la puerta, y ellas conversaban con los dos hombres que había en la casa.

Una vez tuve que llevar a un duelista con sus padrinos y el médico, al campo del honor, y era tal el susto que el pobre sufría, que todos los cojines de mi vientre quedaron húmedos... de las lágrimas que derramó.

Me ha sucedido más de cien veces que me han tomado para hacer un viaje, y cuando he llegado al lugar de mi destino, he visto que los viajeros no estaban ya albergados en mi ser.

De noche he tenido a veces que ser conductor de niñas que huían del hogar de sus padres, entregándose incautamente en los brazos de un amante falso y fementido.

Y para colmo de desdichas, hasta los ladrones han usado y abusado de mis fuerzas, haciéndome correr largas carreras y llevar en mis entrañas el fruto de sus robos, de su expoliación y de sus saqueos. Y hasta me ha sucedido tener que conducir a un comisario de policía que buscaba a esos mismos ladrones, a un lugar diametralmente opuesto al que ellos me habían obligado a llevarlos.

¡Oh, usted no sabe cuántas cosas he sufrido en mi azarosa vida de coche de alquiler!

Se han albergado en mi vientre jóvenes ebrios que salían de las bacanales de las calles misteriosas de la ciudad; he oído diálogos obscenos; me han quemado con el pucho del cigarro por puro gusto; me han ensuciado de todas maneras; he contemplado escenas que el pudor se resiste a describir; he hecho pasear parejas amantes en las noches tranquilas por los bosques de Palermo; he oído ruido de besos ardientes y suspiros de amor; he sido el conductor de toda esa turba canallesca que sólo vive de noche y duerme de día; y a fuerza de tanto andar mezclado con esa gente, he aspirado durante mucho tiempo un ambiente de libertinaje, de corrupción y de escándalo que me ha pervertido completamente.

Y era tal mi corrupción que cuando tenía que ir al cementerio a acompañar a algún muerto, me reía sardónicamente de las lágrimas que derramaban durante el viaje los deudos del difunto. He perdido la vergüenza y las fuerzas al mismo tiempo, y cansado de la vida humillante que llevaba después de haber brillado tanto, decidí, una vez que llevaba dos mujeres y dos hombres ebrios sobre mí, romperme de tal manera que quedé completamente inútil para siempre.

Juzgue usted hasta donde llegaría mi desesperación, cuando tomé la medida extrema del suicidio para salir de aquella situación infamante. Después de esto quisieron curarme y me prodigaron solícitos cuidados, pero yo me resistí a ello y por eso me ha abandonado aquí mi propietario.

— Y dígame — le interrumpí — ¿porqué repetía con tanto afán y tanto dolor la estrofa de Calderón?

— Porque se la oí a una mujer galante que me ocupaba casi todas las noches y que, presintiendo su fin desastroso, la decía a cada instante. Pero dejemos esto, ¿no es cierto que es bien triste, bien dolorosa mi historia?

— En efecto, tiene derecho a quejarse, pero todos los coches mueren más o menos como usted. Es una ley fatal e ineludible. Se comienza por ser infinitamente superiores, y con el roce de este mundo corrompido, llega también uno a corromperse y a olvidar los pasados esplendores.

PABLO DELLA COSTA

DIBUJOS DE PALACIO



Seguridad Comodidad y Economía

observa el poseedor de un

AUTOMOVIL *Gray*

El coche de turismo está construído con materiales de super calidad, carrocería bien terminada y cómoda para *cinco pasajeros*, cuatro puertas.

Económico al extremo, haciendo un recorrido de ***14 Km. 400 mtrs. con un litro de nafta.***

Motor cuatro cilindros (suave y silencioso), tres velocidades, arranque eléctrico, velocímetro, luz en el tablero, etc.

Tenemos siempre un empleado a su disposición para un viaje de ensayo.

VISITENOS

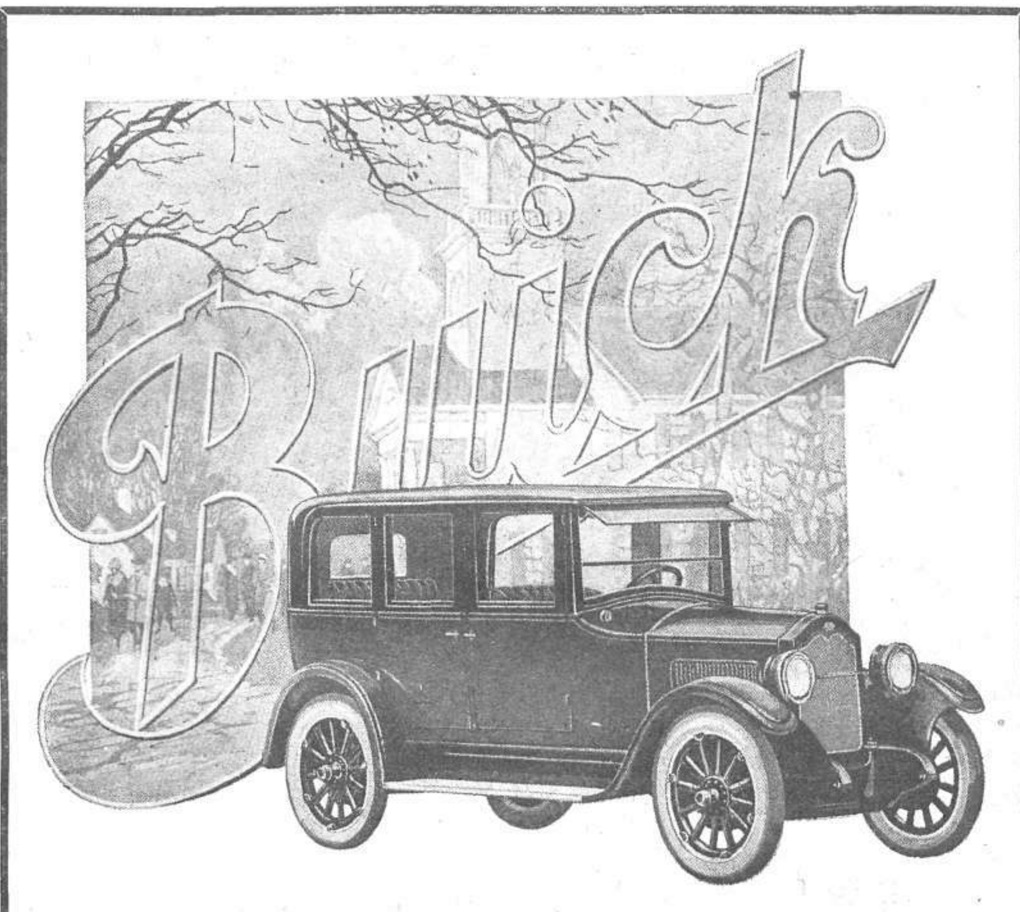


HAY PLAZAS DISPONIBLES PARA AGENTES ACTIVOS.



Concurrentes al banquete ofrecido a los señores Angel Saggese y Mario Perazzi, directores del diario "Crónica", con motivo de cumplirse el 10.° aniversario de la fundación de dicho periódico.

Banquete celebrado por los miembros del Partido Radical, celebrando el triunfo del binomio Aldao-Cepeda, para la gobernación de la provincia.



Sedán Buick de 4 cilindros
con capacidad para 5 pasajeros.

Con este Sedán de 4 cilindros, de capacidad para 5 pasajeros, Buick pone al fácil alcance de todos los automovilistas el lujo y confort que se requieren en autos cerrados de alta calidad. Suntuosamente terminado en todos sus detalles, de una presentación hermosa y propia, el Sedán Buick de 4 cilindros posee la fortaleza, resistencia y seguridad que siempre han caracterizado los coches de esta marca. Los frenos en las 4 ruedas son una de las muchas características sobresalientes de este excelente auto.

CUANDO MEJORES AUTOMÓVILES PUEDAN CONSTRUIRSE BUICK LOS HARÁ

HENRY W. PEABODY & Cía.

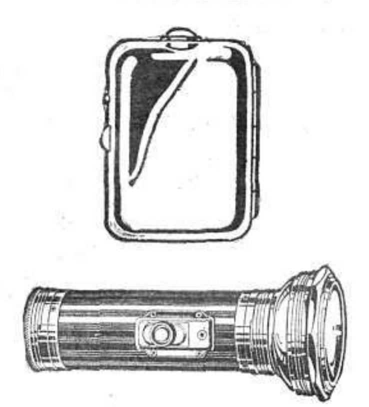
SALÓN DE VENTAS: BARTOLOME MITRE, 1746
TALLERES: BOLIVAR, 1650
BUENOS AIRES

De Rosario



El Ministro de Francia, señor Loiseleur de Longchamps, con algunos miembros del Gobierno que concurrieron a la Estación del F. C. C. Argentino a recibir al ilustre huésped.

El Ministro francés, Sr. Loiseleur-de Longchamps, pronunciando el discurso inaugural en el acto de la distribución de premios a las alumnas de la "Alliance Française".



Lámparas de Bolsillo

EVEREADY

—son de mayor duración

LAS lámparas de bolsillo EVEREADY son necesarias en todas partes y para todo el mundo. Se hacen de muchos estilos bonitos y elegantes a propósito para todos los usos. Hay un estilo pequeño y compacto para el bolsillo, lámparas tubulares de distintos tamaños para el hogar, y la sorprendente lámpara enfocable en varios estilos para fuera de la casa.

Las lámparas de bolsillo EVEREADY producen una luz intensa y penetrante en el instante que se toca el interruptor. Son seguras, portátiles y duraderas.

Las pilas "Unit Cell" EVEREADY para lámparas de bolsillo son potentes y prestan prolongado servicio.



Insístase siempre en obtener las lámparas y pilas "Unit Cell" EVEREADY.

Vila, Marzoni y Cía.
Rivadavia 1451
Buenos Aires

El cuidado de las manos



PARA cuidar de la belleza de las manos, debe conservarse *constantemente* la suavidad del cutis. Tal resultado no se obtiene con el empleo del jabón y el agua solamente, pues algunos jabones secan el cutis, y como es sabido, el cutis seco se vuelve áspero fácilmente, y a menudo se lastima. Si se humedece usted ligeramente las manos con la

Crema Hinds
de Miel y Almendras

cada vez que se las lava y seca, notará que el cutis se suaviza adquiriendo blandura juvenil, y se sentirá usted satisfecha de tener manos que no se tornan ásperas ni se enrojecen; manos que no se ensucian fácilmente ni adolecen de padrastros y dedos deformes; manos que no pierden su atractivo a pesar de exponerse a la intemperie y el polvo.

El uso abundante de la Crema Hinds al arreglarse las uñas, ablanda la cutícula, evita lastimaduras y da mayor brillo a las uñas. Para las damas y los caballeros que se dedican a deportes al aire libre, la Crema Hinds de Miel y Almendras demostrará ser muy valiosa. Empléela usted antes y después de ejercicios deportivos para prevenir y aliviar quemaduras del cutis por la acción del sol y del viento, e irritaciones. La crema refresca rápidamente y contribuye a la cicatrización.

Tenga cuidado de no usar imitaciones ni substitutos de esta crema, que tan admirable éxito ha obtenido. La única original y genuina Crema Hinds de Miel y Almendras es preparada solamente por la

A. S. HINDS COMPANY
Portland, Maine, Estados Unidos

Se vende embotellada y embalada en forma atractiva y conveniente

MAYON, LIMITADA
1245 Av. De Mayo 1257
Buenos Aires, Argentina

Representante exclusivo y agente para la Argentina y el Uruguay

EL «TAPADO»

POR

LUIS CASTELLÓ

...Y el zainito entró en la raya con un pescuezo de ventaja sobre el rabicano de Ubaldo.

¿Les parece poco un pescuezo? Pues no, señor. Es mucho, si se tiene en cuenta que el rabicano es un caballo de media sangre, de carrera, de la marca de los Herreros, que en toda su vida no ha hecho más que correr, mientras que el León, el zainito, es un modesto caballo de trabajo, mantenido a puro pasto verde, siendo la primera vez que pisa una cancha.

— ¡Y sin castigar siquiera! — exclamó largándose al suelo el mozo que había corrido al ganador.

Había que convenir que el zainito se había portado soberbiamente. ¡Vea que ganarle al rabicano! Aquello bastaba para acreditar a cualquier caballo. Y todos los presentes, gente vieja de «La Criolla», asombrábanse de no haberse dado cuenta antes de ahora de la guapeza y velocidad del León.

El autor del descubrimiento era Ricardo, un empleado de la estancia, que en un tiempo había sido peón en un stud de la capital y que con sus ínfulas de jockey se pasaba las horas de la siesta probando todos los caballos de los peones mientras éstos dormían, sobre el pasto, bajo los árboles.

El zainito, que pertenecía a la tropilla de don Enrique, el segundo mayordomo, le llamó la atención el día que ganó fácilmente al Lunanco, un caballo ligero, pero ya viejo, y desde entonces todos los días lo probó con un caballo diferente, hasta no quedar en la estancia un solo animal que no fuera vencido por el León.

Una última prueba faltaba a juicio de Ricardo, y era aparearlo a un parejero de veras, a un caballo hecho a la cancha, pues al fin y al cabo el zainito no había corrido hasta entonces sino con caballos de trabajo.

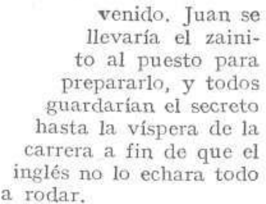
Y aquella tarde, mientras el mayordomo — muy delicado para estas cosas — estaba tomando el te, en la estancia, se reunió en el galpón la plana mayor del establecimiento para presenciar la prueba decisiva al hacerlo correr con el rabicano, con el resultado satisfactorio que hemos visto.

Hubo unanimidad entre la concurrencia. Había que cuidarlo al zaino; había que ponerlo a ración y varearlo todos los días, para perfeccionarlo. Con aquel caballo se podía ganar mucha plata.

Alguien sugirió la dificultad de conseguir el permiso del mayordomo para sacar a la cancha un caballo de la hacienda, pero Juan Zorrilla, el puestero más antiguo de «La Criolla», hombre de mucha confianza, tomó a su cargo la obtención del consentimiento del inglés.

El pediría el permiso. ¡Pues no faltaba más! Desperdiciar aquella ocasión sería como tirar la plata. Cierto que el mayordomo era muy arisco para estas cosas de criollos y que no permitía bolear avestruces siquiera; pero él, Juan, le hablaría, y muy poco tenía que valer si no conseguía el permiso. ¡Para algo tenía que servir el haber nacido y pasado toda su vida en «La Criolla».

Y ahí no más quedó todo con-



venido. Juan se llevaría el zainito al puesto para prepararlo, y todos guardarían el secreto hasta la víspera de la carrera a fin de que el inglés no lo echara todo a rodar.

Con el mayor entusiasmo se deshizo la reunión, y Juan Zorrilla arreó con el zainito para su casa, para empezar desde el siguiente día el entrenamiento del «tapado».

÷

Durante los quince días siguientes no se habló de otra cosa en el pequeño mundo de la estancia. En la cocina, en el corral y en el rodeo, el zainito fué el tema de todas las conversaciones y motivo de grandes esperanzas, y los ánimos estaban cada vez más excitados a la espera del día fijado para llevar el zainito a Juancho, a correr.

Si debido a las precauciones tomadas no llegó a oídos del mayordomo la aventura en que estaba complicado todo el personal, la noticia fué, sin embargo, más lejos. Pronto se supo en Juancho que en «La Criolla» se había descubierto un caballo velocísimo, un verdadero «tapado», y de allí, después de recorrer todas las estancias vecinas, en un galope llegó a General Madariaga, causando en todas partes enorme sensación, convirtiéndose el «tapado» de «La Criolla» en la obsesión de todos los turfistas del partido.

Entretanto Juan Zorrilla seguía concienzudamente el entrenamiento del zainito, dándole diariamente ración de avena aplastada, afrecho y maíz quebrado, traída subrepticiamente del galpón de los animales finos de la estancia por los peones metidos en la aventura, y vareándolo todos los días con la parsimonia que el criollo, consciente de su responsabilidad, pone en tan importante menester.

Juan estaba cada vez más satisfecho del estado del León, que mostraba sus músculos elásticos bajo su piel limpia y brillante por el milagro de la rasqueta y del cepillo.

— ¡Qué pingo, compadre! — decía Juan a todos los que continuamente le preguntaban por el caballo. — ¡Lo que se habían perdido de no haberlo descubierto antes! ¡La gente de «La Criolla» iba a ganar un platal! ¡Arrearían con todo el dinero de la cancha!

÷

El sábado, víspera de día de carreras, una ráfaga de emoción cruzó el patio de la estancia «La Criolla». Toda la peonada se amontonaba nerviosa frente al escritorio, llegando algunos atrevidos a atisbar el interior a través de los visillos de la vidriera. Juan Zorrilla había ido a pedir permiso para hacer correr el zainito, el día siguiente, en Juancho.

El inglés se negaba. Los caballos de la hacienda no habían sido criados para correr en la cancha, sino para trabajar, y el varearlos para las carreras los dejaba inservibles para andar, pues se ponían mañeros y costaba un trabajo enorme volverlos al galope normal.

Sin embargo, hablaba sin convicción, por mera fórmula. No quería disgustar al bueno de

Juan con una negativa redonda porque lo apreciaba en lo mucho que valía por su desinterés y buena voluntad para el trabajo.

Juan, seguro del prestigio de peón viejo, de hombre de confianza, de que gozaba, insistía con su charla abundante y marrullera.

Que lo permitiera sólo por una vez, para dejar ganar un poco de plata a la gente, que la pobre estaba ya cansada de perder jugando con caballos desconocidos. Además el zaino se había revelado de condiciones excepcionales para parejero, y estaba seguro que después de la carrera los compradores de caballos caerían a montones a ofrecerle lo que quisiera por el León. ¡Si viera cómo estaba la gente de esperanzada con el buen corazón de míster Arturo, de seguro no lo iba a negar, no!

Al fin el mayordomo cedió más para complacer a Juan que sugestionado por el razonamiento.

Bueno. Que lo llevara; pero que tuviera presente que tanto si ganaba el zaino como si perdía, era la última vez que permitía sacar un caballo de la hacienda para llevarlo a una cancha.

Pero Juan ya había salido del escritorio, y ante los peones que lo rodeaban ansiosos lanzó un estentóreo ¡Viva míster Arturo! que fué coreado calurosamente por la peonada y que hizo sonreir al inglés con un aire de vanidad satisfecha.

Aquella noche nadie durmió tranquilo en la estancia, y Juan Zorrilla, en el puesto, tampoco.

÷

Nunca se había visto en Juancho una concurrencia tal en día de carreras.

La gente, rebosando del boliche que junto con la estación constituyen todo el poblado, se había desparramado por los alrededores formando animados grupos de hombres endomingados y de caballos relucientes, brillando al sol la plata de los chapeados. Un poco más allá, al reparo de unos sulkys y volantas desvencijadas, revoleaban unas airosas polleras en torno de un suculento asado y de unos canastos repletos de doradas empanadas; familias de puesteros de las estancias cercanas que habían dejado el rancho hecho tapera con el afán de presenciar la carrera memorable. La presencia de dos astrosos y mugrientos vigilantes testimoniaba la importancia de la reunión, a la que el previsor comisario del pueblo había creído prudente hacerse representar. Desde muy temprano Juan Zorrilla estaba allí junto al famoso zainito, al que habían traído cuidadosamente enmantado, a la espera de un digno adversario.

De cuando en cuando alguien se acercaba a examinar al «tapado» de «La Criolla», y aunque el animal parecía algo sumido y decaído, el prestigio de la marca hacía rehusar el reto que Juan lanzaba con la mano en el ancho tirador.

Por fin un individuo bien trajeado, de ancho sombrero y rastra deslumbrante, se acercó al zainito trayendo del cabestro un malacara vivaracho y retozón.

—¡Le corro, amigo! — exclamó Juan.

El desconocido permaneció un instante silencioso, y después de girar alrededor del zaino, examinándolo, contestó:

—Cuando guste y por lo que quiera.

Como un reguero de pólvora cundió la noticia entre la concurrencia. La tan esperada carrera iba a realizarse.

Pronto quedaron arreglados los últimos detalles. La carrera se hacía a cuatrocientos metros y por cincuenta pesos de parada. De afuera se podía jugar más; la cosa era no pagar la coima al bolichero, dueño de la cancha.

Como obedeciendo a una consigna la peonada de «La Criolla» se desparramó en todas direcciones gritando:

—¡Veinte pesos al zaino!

—¡Veinticinco al León!

—¡Treinta contra el malacara!

Había que aprovechar aquella oportunidad de ganar plata.

Aquella tarde se jugó un capital. Los de «La Criolla», en la seguridad de ganar, echaron el resto, y su entusiasmo contagió a muchos extraños, que adoptaron el zaino como favorito.

El dueño del malacara declaró aceptar cualquier jugada, y dando vuelta a su tirador vació en su sombrero un montón de billetes arrugados que atrajeron las miradas codiciosas de los jugadores.

Entretanto, Juan Zorrilla corría por entre la gente alocadamente haciendo a gritos fantásticas ofertas. Traía en el tirador más de ochocientos pesos que debía de jugar por cuenta de los empleados de la estancia que no podían asistir a la carrera.

¡Se iba a largar! Todo el mundo se precipitó a ambos lados de la cancha con el ansia de no perder detalle de la gran carrera.

En la raya los jockeys camperos, dos arrapiezos livianos de ropas y de carnes, aprontaban los caballos en repetidos piques y trotecitos.

Al fin, a la voz del largador, el zaino y el malacara fueron apareados un trecho antes de la raya y se dirigieron a ella, el uno al lado del otro, perfectamente en línea, listos a lanzarse a la conquista del triunfo.

—¡Ahora! — gritó el largador cuando los vió juntos en la raya. Y los jockeys, con una precisión matemática, se apilaron sobre el pescuezo de los caballos, que partieron como dos exhalaciones en una perfecta largada.

Hasta los primeros cien metros la lucha fué pareja. Ni el zaino ni el malacara consiguieron sacar ventaja, lo que hizo latir violentamente el corazón de la multitud, ávida de emoción.

Pero de allí en adelante el malacara extendió más y más sus miembros elásticos y empezó a ganar terreno. Pronto llevó una cabeza de ventaja, luego un pescuezo... ¡un cuerpo!

—¡Atropellá al final! — gritaban los partidarios del zainito.

Pero cuando a los trescientos metros una lluvia de talerazos cayó sobre las verijas del zainito, y éste, herido, quiso esforzarse algo, el malacara llevaba ya una ventaja considerable, y sin recibir siquiera la caricia del rebenque llegó a la meta con cinco cuerpos de ventaja sobre su contrario, mientras el jockey vencedor miraba orgullosamente para atrás con una mueca de mofa.

÷

Cuando Juan llegó, en la tardecita, al palenque de la estancia, sólo encontró rostros desencajados, ánimos decaídos y tiradores exhaustos. A nadie le habían quedado ni ganas de comentar la terrible derrota del zaino, que los había dejado desplumados para el resto del mes.

Juan protestó al ver a la gente tan abatida. Si por unos pesos que habían perdido se ponían así, ¿cómo tenía que estar él, que había llevado toda la carga de la preparación del caballo, y además de perder lo que había perdido, todavía tenía que dar cuenta de la derrota al mayordomo? Con lindo humor lo iba a recibir míster Arturo; ¡como para pedirle permiso para

una revancha después de semejante papelón.

Y, sin emgargo, ya lo veían: fresco como una rosa se iba a aguantar el genio violento del inglés.

Lo halló en el corredor de la casa, fumando su pipa, y al ver el semblante cómicamente compungido de Juan comprendió en seguida el resultado de la carrera.

— ¿Cómo les fué? — interpeló.

— ¡Perdimos, señor! — contestó Juan con un gesto de desesperación.

— Bah, ¡ya lo decía yo! — continuó míster Arturo. Y queriendo averiguar más detalles de la carrera, añadió: — ¿Por mucho?

— ¡Qué va! — contestó Juan mintiendo descaradamente. — A gatas por media cabeza, por un hocico más bien.

— ¡Caramba! Pues no está tan mal — exclamó complacido del buen papel desempeñado por un caballo de la hacienda. — ¿Y con quién corrió? — continuó.

— Con un caballo de Vidal, de la marca del ocho.

— ¿Con un puro? — interpeló asombrado el inglés.

Los mentados caballos de Vidal de la marca del ocho, eran puros de carrera.

Y levantándose de su sillón tomó del brazo a Juan, diciendo, entusiasmado:

— ¡Ha sido un verdadero triunfo entonces! Cuente, Juan, cuente, porque yo, cuando estaba en Inglaterra...

Los peones que desde lejos seguían con la mirada la conversación de los dos hombres, presintiendo el estallido de uno de los arrebatos de cólera del mayordomo, quedaron atónitos cuando lo vieron pasear amigablemente con Juan en animada charla, y su asombro no tuvo límites al ver que a una orden del inglés el zainito era conducido al galpón de los animales finos para prepararlo para la revancha, según dijo el peón que del cabestro lo llevaba.

÷

Cuando Juan llegó al puesto, ya de noche, sorprendió grandemente a su mujer, enterada ya de la derrota del León, por el buen humor y alegre semblante que traía, que ella no creía justificado.

Y ella, creyéndole tomado, lo increpó duramente:

— ¿Todavía venís así, después de haber perdido quién sabe cuánto?

— ¿Yo, perder? ¡Estás loca, vieja!

Y ante los ojos encandilados de su cónyuge sacó del tirador un fajo de billetes que se puso a contar alegremente.

Era la plata de los empleados de la estancia, que Juan se había abstenido de jugar.

— ¡Y si hubiera ganado el León, ¿con qué hubieras pagado? — dijo la mujer.

— Con los peludos que agarré anoche.

Juan se había pasado la noche del sábado peludeando montado, en el León.

Pero, como decía él, lo que más gracia le hacía, era el cuento que le había armado al inglés.

FIN



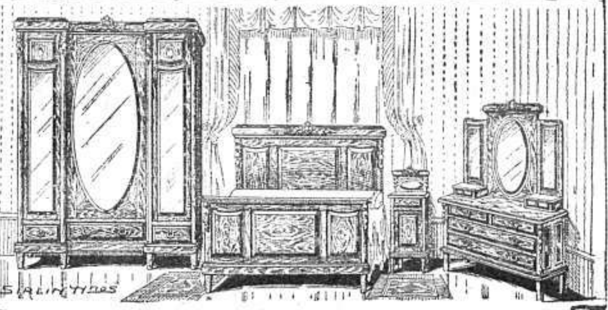
CORRIENTES 1172-80

BUENOS · AIRES

GRANDES ALMACENES DE MUEBLES

POR REEDIFICACION DE NUESTROS LOCALES

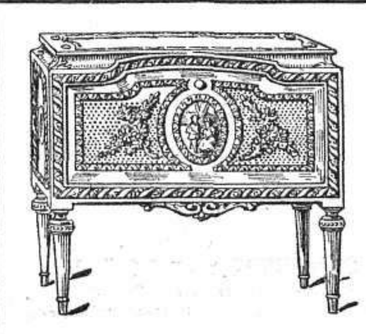
estamos vendiendo a precios extraordinariamente rebajados. Si Vd. desea instalar o renovar el moblaje de su hogar, aproveche ahora las ventajas que ofrecemos.



JUEGO DE DORMITORIO, construído en roble norteamericano, amplio formato de 3 cuerpos, cuerpo central entrante. Compuesto de 1 ropero, una «toilette», forma cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama 2 plazas con elástico reforzado, lunas Saint Gobain biseladas, aplicaciones y herrajes de bronce cincelado, mármoles de color seleccionado. **El juego completo**...... $ **500.—**



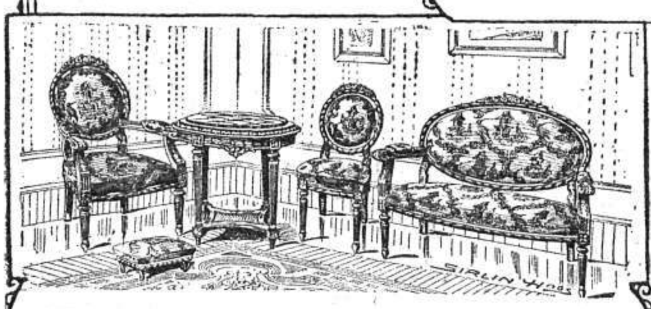
ESPEJO para sala, marco tallado, dorado «París», formato grande, metros 1.40 x 1 metro, a $ **140.—**



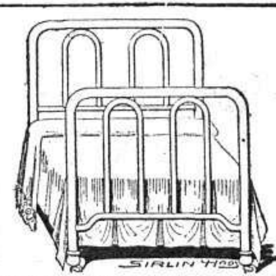
MUSIQUERO de fantasía, dorado «París», con artístico «panneau», adornos tallados bajo relieve, amplio formato; rebajado a......$ **140.—**



JUEGO DE COMEDOR, bombée, construído en roble norteamericano, lunas biseladas, mármoles color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas roble tapizadas en búfalo y 1 mesa con tabla de agregar. El juego completo, $ 485.— Aparador y trinchante $ **375.—**



JUEGO DE SALA, dorado «París», armazón de nogal tallado, tapizado en lampás de seda. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. **El juego completo**.................. $ **350.—**



CAMA DE HIERRO, esmaltada al laqué, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, pesos 45.—; 1 ½ plaza, pesos 35.—; 1 plaza, a.................. $ **25.—**

PEDIDOS. — Los pedidos que recibimos por carta, merecen toda nuestra atención, y los atendemos en la misma forma como si nos fueran hechos personalmente.

CATALOGOS
General de MUEBLES, edic - Nº 9.
CAMAS de BRONCE „ „ Nº 2.
CAMAS de HIERRO esmalt „ Nº 1.

CATALOGOS. — Al solicitarlos, rogamos mencionar el artículo que se desee, a fin de remitir el catálogo correspondiente.

De Santa Fe

EL NUEVO GOBIERNO DE LA PROVINCIA

Con las tradicionales ceremonias llevóse a cabo en la histórica ciudad de Santa Fe, el 9 del corriente, la transmisión del mando gubernativo, haciendo entrega el doctor Mosca de sus insignias, al nuevo Gobernador señor Ricardo Aldao.

Como siempre, allí se concretó la vida ese día, a las incidencias propias de un acto que para el porvenir de la provincia reviste gran transcendencia, dado que cada nuevo mandatario formula muy plausibles promesas de progreso y democracia.

Doctor Ricardo Aldao, Gobernador.



Señor Juan Cepeda, Vicegobernador.



Doctor Diógenes Antille Ministro.



Señor Natalio Ricardone. futuro Jefe Político de Rosario.



Doctor Agustín Araya, Ministro.

Señora:

Para que sus vestidos adquieran la característica de la moda, y el cuerpo la forma escultural que distingue a la mujer de buen gusto, debe visitar la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

y adquirir uno de sus famosos **Corsés** o **Fajas,** únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.



Faja Modelo 115. Especial para sostener el vientre. Con su uso se obtiene cuerpo perfecto y absoluta comodidad. Confeccionada sobre medida en rico coutil de hilo y elástico de la mejor calidad, con 4 ligas de seda

$ 30.—

CANOL

La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba. Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura CANOL y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro.

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República...... **$ 8.—**

Unico Concesionario para la América del Sud:

CASA IZQUIERDO

Carlos Pellegrini, 490. — Bs. Aires.

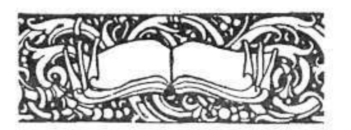
Solicite nuestro nuevo Catálogo.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

UNION TELEF. MAYO, 0313 — BUENOS AIRES



POEMA *de la* HUELLA



ROBERTO SMITH

En mitad del camino me he parado. Está negra la noche y hay un viento atroz.

Largo los siete caballos que tiran de la vieja carreta y dejo que se vayan, uno a uno, lentos. Negra la noche como nunca y como nunca el viento.

Tengo en mis labios muchos besos: ella me besó antes de partir para este viaje largo.

Y tengo en los ojos su cuerpo moreno y su cara morena.

Está negra la noche y hay un viento horrible. Pero el viento que me deja helado completamente no ha podido llevarse sus besos. Todavía me parece que tengo aquellos labios anchos, húmedos y rojos entre los labios míos. Furtiva vino hasta la cocina donde yo comía, y sólo me miraba, sólo me miraba con sus ojos verdes.

Pero cuando yo trepaba por la rueda de la alta carreta, vino corriendo y agarró con sus manos mi cabeza, mi pobre cabeza rubia, acarició mi cara ajada y curtida y mil veces tostada, y apretó sus labios anchos, rojos, húmedos, contra los míos, dejándome muchos besos.

Después partí. Por más viento que haya, por más frío que sea, por más fuerte que sople el viento, yo tendré sobre mis labios los besos aquellos.

El farol de la carreta se ha apagado y, al encenderlo, quedo encandilado.

Aunque no viera nada, aunque tuviera que hacer todo el camino con los ojos ciegos, iría contento porque tengo en mis ojos, adentro de mis ojos, la visión exquisita de su cara morena, de su cabello castaño, de su mirada rara...

Tengo que seguir el largo viaje. Voy trayendo los caballos uno a uno, y ato la carreta. Desde lo alto del pescante miro la huella, que es recta a trechos y a trechos torcida.

Sigo la huella en medio de la noche negra y del viento frío. Tengo en mis labios sus besos, en mis ojos la imagen de su cuerpo moreno. Y canto. Canto para engañar al frío y porque soy feliz.

Tengo la certidumbre de que por más fuerte que sople el viento, no logrará arrancar de mis labios la suavísima sensación de sus labios rojos, húmedos, que van besándome por toda la la huella...

II

Por toda la huella...

Días y días anduve por ella, llevando el recuerdo querido de mi novia y de sus besos.

Y ahora vuelvo de nuevo, bajo el sol que quema, con la esperanza de besar su boca.

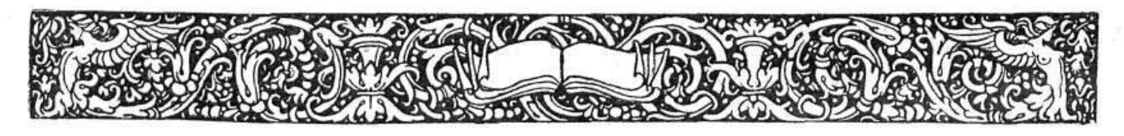
Vamos despacio, caballos, carreta y yo, bajo el sol que quema.

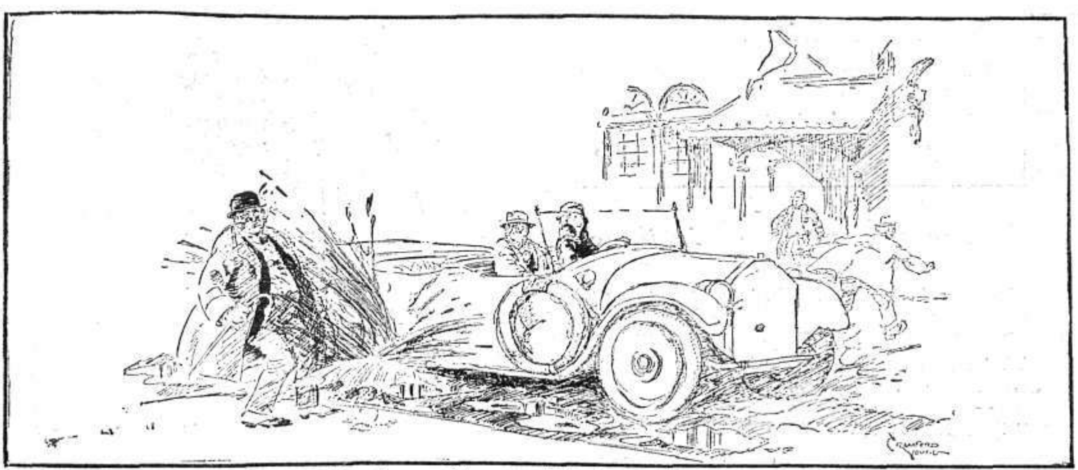
Fatigados por la larga jornada, deseamos estar pronto en las casas, pero el camino es largo, es largo el camino y nunca se llega.

He oído la bocina de un auto, que sigue la huella, atrás de mi carreta. Yo sé bien la impaciencia de ese hombre; pero el camino es angosto, es angosto el camino, no da para los dos.

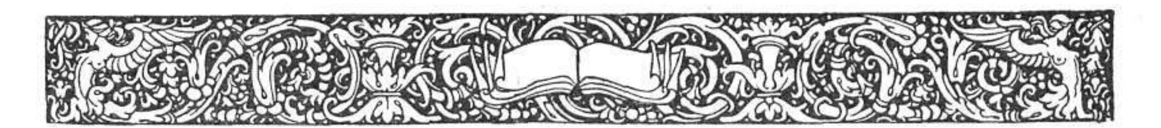
Apuro los caballos para llegar a otra calle y dejarlo pasar.

Es un hombre joven, así como yo. Apenas vea libre el camino, largará el coche a todo lo que dé.





La señora. — ¡Che, pero fijate si no lo hago bien!



Tal vez vaya pensando en alguna boquita roja que lo espera, o en dos tibias manos amorosas que le quitarán la tierra del camino... así como voy pensando yo.

I I I

Al fin voy llegando. Ya veo la estancia con su eucalipto alto y con el galpón rosado; y conforme voy estando cada vez más cerca, aparece el monte, las parvas, los molinos.

¡Ah! Cuando libre ya de los encargues de este viaje largo, guarde la carreta y largue los caballos, me iré ligero donde ella esté, para besarla, para que agarre otra vez mi cabeza entre sus manos.

Yo le contaré mis noches a la luz de las estrellas, en medio del camino, cuando pensaba en ella. Yo le contaré mis noches al lado del fuego, contra los alambres, y le diré que horas y horas miraba yo las llamas que para mis ojos tomaban la forma de su cuerpo. Y le diré también las noches de lluvia y los días de niebla, las mañanas claras y las tardes tristes, cuando se pone el sol, le diré que siempre, siempre, por todo el camino a la ida, por todo el camino a la vuelta, sólo sentía la frescura de sus labios sobre los míos y sólo veía junto a mi cuerpo su cuerpo moreno.

¡Es tan hermoso venir de un viaje largo y encontrar una novia que lo espera!

I V

Fuí por todas partes, pero no la hallé. Recorrí todas las casas, pieza por pieza, pero no la hallé.

Subí al molino por ver si estaba en el maizal, pero no estaba allí. Corrí hasta las parvas, y tampoco estaba. Y al volver del monte, volví sin ella. Yo no sabía ya qué hacer y le pregunté al patrón.

¡Ah! Mejor no haber sabido nunca nada, mejor no haber sido besado por aquella boca.

El patrón me dijo lo que yo sospeché al ver que no venia a encontrarme.

El patrón me dijo... ¿para qué repetirlo? Noches y noches que pensaba en ella, y ella estaba en los brazos de otro. Noches y noches soñé con sus besos, y sus besos eran para otro. Noches y noches que veía su cuerpo, y su cuerpo lo poseía otro.

¡Malhaya la suerte del pobre tropero!

De nuevo seguiré la huella en algún otro viaje largo. De nuevo me quemará el sol de los caminos, de nuevo caerán las heladas en las noches de luna y oiré el ruido del viento, y el polvo de los días de verano se pegará a mi rostro.

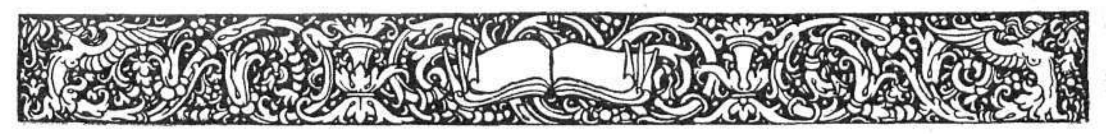
De nuevo andaré por la huella, pero mi boca no será ya más besada.

De nuevo, sí, andaré por la huella, pero nadie vendrá a despedirme cuando trepe por la rueda de la alta carreta. Y al volver no estaré apurado, porque sé que nadie, nadie, saldrá a recibirme.

Y no me esperarán más nunca sus dos manos amorosas, y yo no besaré su boca ni acariciaré su cuerpo.

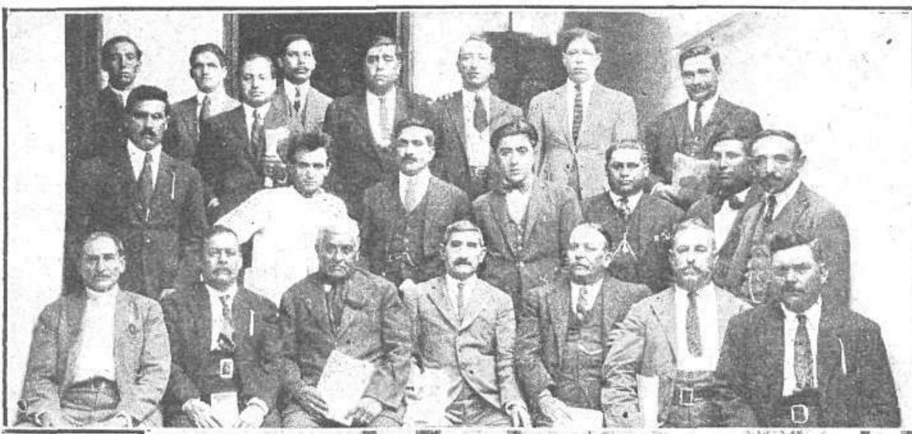
Y el viento soplará alrededor mío, en lo alto del pescante, y el frío me entrará hasta la médula, y la niebla me envolverá todo entero, y yo no tendré más que un recuerdo desvaído y triste, frío como el viento, gris como la niebla..

Andaré de nuevo por la huella, solitario, pensando en aquella noche maravillosa y única, cuando partí para otro viaje largo, cuando partí para otro viaje largo...





El padre de familia. — Huyó la paz del hogar.



El señor Benito Morales, obrero del F. C. C. C., rodeado por los miembros de la Comisión de la Sociedad "La Fraternal" que le hicieron objeto de una simpática demostración de aprecio con motivo de su reciente jubilación.



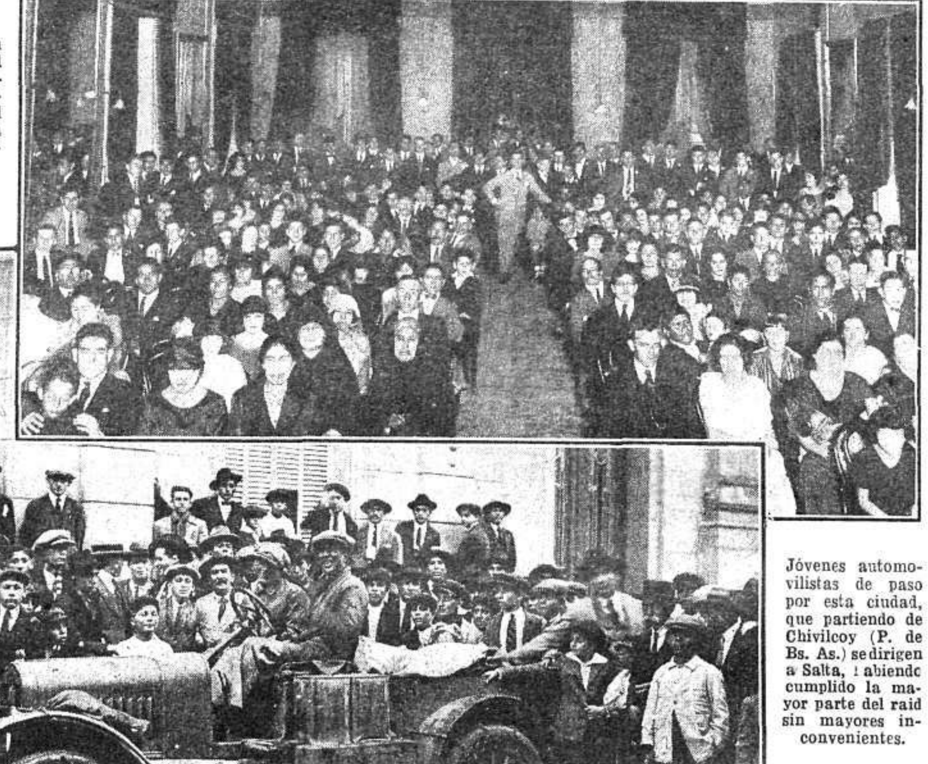
Empleados del F. C. C. C. que ofrecieron una demostración al compañero de tareas, señor Manual Vélez, celebrando su acogimiento a los beneficios de la jubilación.



— Señorita no se ría
de lo que voy a decir...
— ¿Por qué me voy a reir?
— Por si es una tontería...
— Dilo, sin temor, mujer.
— Que del REUTER, el olor,
parece hablarme de amor...
de deseos de querer...

— Pues no es una tontería...
— ¿Usted también siente igual?
— Todo perfume ideal
nos incita a la Poesía.
No es extraño que, el olor
del JABON REUTER, mujer,
en ti despierte el querer...
La Poesía, es el amor...

Aspecto del salón de la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos, durante el festival organizado por la C. D. de la Fraternidad Ferroviaria.



Jóvenes automovilistas de paso por esta ciudad, que partiendo de Chivilcoy (P. de Bs. As.) se dirigen a Salta, habiendo cumplido la mayor parte del raid sin mayores inconvenientes.

Si desea servir una rica taza de CHOCOLATE, compre

GODET

EXTRA (Papel bronce)

EL BOMBON DE LOS CHOCOLATES

OTROS GUSTOS: **GODET FINO** (Papel amarillo). - **GODET ESPECIAL** (Papel verde).

Bmé. Mitre, 2538-54. — DANIEL BASSI & Cía. — Buenos Aires.



¡AGUA!

SON las tres de la tarde. Un sol rojo y mordiente reverbera sobre las piedras ennegrecidas de la calle; cruje el ensamblado del caserío de cinc y de madera que recorta la perspectiva; y todo el paisaje portuario se asfixia bajo una temperatura enervante. El termómetro marca 38 grados a la sombra.

A lo largo de la ribera una empalizada de mástiles emerge entre la bruma gaseosa que el calor le arranca a las aguas muertas y grasientas de los canales. Un empleado atraviesa corriendo el espacio que media entre las oficinas y los buques con una carpeta de papeles bajo el brazo.

Frente al dique, del otro lado, la actividad es más intensa. Hay una serie de galpones desportillados y envejecidos, en cuyo interior las hachadoras y circulares eléctricas despedazan troncos de quebracho produciendo un ruido metálico y perpetuo. En los depósitos de hulla se oye el quejido restallante de las maquinarias; infinidad de sierras muerden vertiginosamente la madera dura que cae bajo la guillotina de sus dientes, mientras los guinches a vapor van y vienen, llevando o trayendo sin interrupción astillas o rollizos. Los obreros se deslizan en la penumbra de los galpones como sombras y las vagonetas, arrastradas a mano, se abren paso en la obscuridad mediante los gritos desaforados del hombre que la gobierna.



El contraste de luz y sombra, aquí, es violento. Cuando el obrero que dirige el guinche pasa del galpón a la explanada se lleva inmediatamente un brazo sobre los ojos para amortiguar el golpe de la luz.

Por la explanada circulan en todas direcciones multitud de zorras y guinches. Una que otra locomotora antigua



realiza maniobras silbando persistentemente para despejar el tráfico.

El obrero que maneja los guinches suda copiosamente, merced a que tiene a su lado, casi adherido al cuerpo, un crisol enorme que le acompaña siempre y del cual no puede separarse durante las ocho horas de su trabajo. El hombre está congestionado y sucio y mueve sin cesar una serie de frenos y palancas mirando alternativamente la cabria del guinche, la dirección y el balde, completamente absorbido por sus tareas. Si le dan una tregua, se rasca el pecho como si tuviese una enfermedad virulenta y con una gorra deshilachada trata en vano de secarse el sudor que le baña la cabeza.

Algunos gritos destemplados se mezclan a la algarabía que producen las maquinarias. De cuando en cuando un remolcador corta perezosamente las aguas barrosas del dique. Los obreros de tierra dirigen una mirada fría e inexpresiva a la embarcación para distraer quizás su embrutecimiento moral y físico.

El cielo, limpio e inmóvil, inflamado y teñido de ocre resplandeciente y enceguecedor, parece que de un momento a otro va a incendiarse por completo en toda su inmensidad. Hay, allá arriba, una quietud profunda y siniestra.

Al margen de los diques una cadena de transportes cargan y descargan toneladas de carbón. Por la mañana, atracó un barco inglés y se le está ahora despojando de su carga con verdadero encarnizamiento. A su lado, por el río, hay dos chatas amarradas sobre las cuales se va depositando el carbón que una cuadrilla de obreros extrae de sus bodegas. La extracción se efectúa de proa y de popa simultáneamente y simultáneamente se descarga en tierra y sobre las chatas. La operación es ruda y violenta. En la primer bodega quedan todavía unos tres metros cuadrados de hulla por descargar y una cuadrilla de hombres llena afanosamente los baldes que suben y bajan los guinches y que reciben los que están en la explanada. Los cargadores yacen a más de seis metros de la cubierta del buque, sumidos en una profundidad nebulosa y envueltos perpetuamente en una nube de cisco. Si se mira desde el puente de mando hacia abajo, el cuadro es negro y dantesco. Por momentos no se distingue más que un abismo prieto; por momentos, se filtra un rayo de luz y se puede ver a una que otra criatura aislada; por momentos el sol rompe la nube de polvo y se alcanza a percibir, entonces, veladamente, una caravana de hombres impregnados de hulla, sudorosos, jadeantes, que rascan con fiebre los guijarros de una montaña de carbón. Hormiguean en el abismo como topos ciegos e irritados por la pasión genésica. Algunos llevan nada más que una lona ceñida a la cintura, otros unos pantalones cortos, otros están completamente desnudos. Aunque yacen a unos cuantos metros de la cubierta dan la sensación de hallarse a miles de kilómetros bajo la tierra. Dos baldes inmensos suben y bajan impelidos por los guinches que van desagotando el cuadrado de las bodegas. Suben llenos de carbón y bajan vacíos para ser colmados otra vez y otra vez repetir la misma maniobra. Los cables y las poleas chirrían y se lamentan desgarradoramente y las cuerdas se retuercen como seres vivos sometidos a la tortura del potro. La carrocería rueda y trepida sobre los rieles desvencijados promoviendo un escándalo continuo y abrumador. Dos hombres, al rayo del sol, vigilan desde la cubierta la subida y la bajada de los baldes. Ambos apoyan los brazos contra la borda, miran al fondo del abismo y cuando está por llegar el balde, gritan:

—¡Guarda abajo!...

Las sombras que pululan en la bodega, se apartan, enganchan otro tacho y los vigías vuelven a ordenar dirigiéndose al guinchero que maniobra en la explanada abrasado por el fuego del crisol y de la temperatura:

—¡Iza!... ¡Izaaa!...

Un balde sube y otro baja siempre sobre las cabezas de una cuadrilla de hombres que cargan y descargan envueltos por una atmósfera caliginosa y respirando un aire venenoso y letal. Algunos tachos están agujereados y dejan caer en la ascensión un reguero de polvo que recogen sobre el cuerpo aquellos que yacen en el fondo de la bodega. Además, las palas removiendo el mineral, levantan una polvareda funesta que asciende en torbellino hacia la cubierta. El sol hace brillar en el aire las partículas de carbón.

La actividad de los obreros de la bodega es infatigable y feroz. Un capataz, tirado sobre la hulla, sucio y ennegrecido como todos, los apura sin piedad. Los obreros rascan y rascan continuamente, agachados, embrutecidos; la pala y los brazos parecen una sola pieza y todos juntos, una máquina con muchos engranajes que repite constantemente idénticas operaciones. Soplan y jadean con desesperación y angustia. Algunas gargantas atascadas de polvo chirrían como los guinches y algunos pulmones perforados por la tisis se desfondan escupiendo. Pero nadie habla, ni silba, ni canta: sólo se escupe ruidosamente y se tose con insistencia. De vez en vez, alguien, aniquilado por el cansancio, resuella o pega un alarido espantoso.

En todos esos rostros no queda ya el menor vestigio humano. El carbón imprime a todos una similutud metálica de negro humo patinado. Apenas se les ve los ribetes de la boca y unos puntos movedizos que se supone sean los ojos. Las ventanas de la nariz están obstruídas. Aquellos que trabajan desnudos se sabe que se encuentran desnudos por la nitidez de la piel, pero la desnudez no salta a la vista. A veces, alguien no puede más y se tira un rato a descansar. Entonces, el capataz le mira con dureza incisiva y cuando pasa un minuto, le dice:

—Vamos, vamos...

Y el hombre, humillado, dobla la cerviz, toma la pala y vuelve a su tarea.

El ruido tanto arriba como abajo es ensordecedor, alucinante. Los guinches giran, evolucionan, cargan y descargan, noche y día, día y noche hasta limpiar las bodegas del barco. Mientras dura la operación la cuadrilla solamente tiene descansos alternados de una hora para comer y volver luego a trabajar. La operación suele durar tres o cuatro días.

El hierro de las palas entretanto vibra y se queja constantemente.

Son las cuatro de la tarde y el sol parece haber llegado a su apogeo canicular. Ahora puede decirse que abrasa y calcina. Los obreros se debaten bajo las llamaradas del astro como alimañas caídas en una caldera de agua hirviendo. De la tierra reseca y polvorienta se desprende un vaho de horno caliente y las aguas barrosas y



muertas de los canales despiden un aliento gaseoso y fétido. A veces cae una gota de grasa sobre la superficie y se derrite describiendo círculos concéntricos alrededor del casco enmohecido de las chatas.

De cuando en cuando uno de los trabajadores de la bodega mira estúpida y penosamente hacia arriba, se rasca la cabeza y el pecho y grita con voz cansada y gangosa:

— ¡Agua!...

El vigía, entonces, baja una lata de agua al abismo que va pasando luego de mano en mano hasta que se vacía.

Cada veinte o treinta minutos se oye la misma voz fatigada y rota que grita:

— ¡Agua!...

Y cada vez que baja la lata se ve correr a los obreros, formar un grupo compacto y disputarse el agua como una recua de animales en un reducido abrevadero. Se los ve, luego, beber con precipitación, sin hacer gárgaras, sin enjuagarse la boca, de golpe, apurados, bajo el ojo endurecido del capataz que gruñe:

— Vamos, vamos...

A medida que avanza la tarde el sol redobla su furor candente; ahora desciende a plomo sobre la bodega y lucha tenazmente por quebrar la nube densa de polvo negro que sirve de toldo a los cargadores. Se dijera que trata de encontrar en la penumbra las entrañas de sus víctimas para enterrarle el cuchillo de todos sus rayos. El calor comunica al cuerpo una sed insaciable y atroz, una sed que no se aplaca bebiendo latas de agua; una sed inextinguible de los tejidos y de la sangre. Todo el cuerpo experimenta sed.

Por instantes, los obreros semejan una tropa de ganado fatigada y sucia, encerrada en un *brete* que espera la hora de la matanza con los ojos inmóviles y velados ante la inminencia de la muerte. Hay en el conjunto la misma resignación trágica y vacuna, el mismo apelotonamiento, la misma caída de orejas y espaldas, idéntico silencio bestial...

El tiempo transcurre y el cansancio es más visible, el embrutecimiento más atroz. Los guinches amortiguan la marcha y los guincheros, rojos y abotagados, se arrancan las últimas gotas de sudor con la manga de la blusa.

La voz se hace más débil. Ahora repite varias veces la orden:

— ¡Agua!... ¡Agua!...

Y vuelve a bajar otra lata llena y torna a subir vacía.

— ¡Fuerza! — alienta el capataz, notando que la cuadrilla afloja. — ¡Fuerza que falta poco! Son las cuatro y media. ¡Fuerza!...

El rebaño, ante la perspectiva halagadora de una tregua, levanta la cabeza, se agita y araña con mayor ahinco los montones de hulla cuyos guijarros ruedan con estrépito. Esta actividad extraordinaria aumenta el polvo que ahora envuelve a la cuadrilla hasta hacerla materialmente invisible.

En medio de la tormenta infernal que se desencadena en el abismo, la voz eterna de algún condenado repite cada vez más despacio:

— ¡A... gua!... ¡A... gua!...

Cuando suena el pito de las cinco el escándalo y el movimiento se detiene bruscamente. Atraviesan en todos sentidos hombres desmelenados, sucios y sudorosos, con bolsas y canastos de comida, corriendo o trotando. De las entrañas del buque emergen los carboneros como fantasmas y se tiran sobre la cubierta, jadeantes y afiebrados. Un instante después, sin lavarse, sin hablar, sin quejarse, se ponen a deglutir apresuradamente.

Una hora más tarde vuelven nuevamente al suplicio hasta terminar la descarga. A los tres días o cuatro, concluída la operación, la cuadrilla se toma una semana de asueto, durante la cual se revuelca y se arrastra, así sucia y barbuda, por las cantinas pestilentes de la Boca.

De noche, no es difícil ver a uno de esos infelices tirados por las cunetas, durmiendo y roncando y gruñendo entre sueños. No era difícil oir una voz fatigada y rota de un alma profundamente dormida entre las piedras de la calle que implora soñando:

— ¡Agua!... ¡Agua!...


E L Í A S
CASTELNUOVO

Dibujo de Macaya



NUEVOS RICOS

— ¡Y no haga usted cumplidos! Cuando la criada no está en el comedor se puede comer con los dedos.



CONCEPCION DEL URUGUAY. — Los esposos Brioso-Bertolotti, rodeados por los miembros de su familia el día en que celebraron sus bodas de plata matrimoniales.

LA MELENITA O PEINADO "A LO NINÓN"

Las mujeres, cada vez más numerosas, que han adoptado este peinado, ¿conocen acaso el origen de tal denominación?

Todo el mundo ha oído hablar de Ninón de Lenclos, «la más amable mujer y el más honrado hombre de su siglo», según una expresión consagrada.

Ninón tenía, en efecto, preciosas cualidades, pero le era desconocida la virtud. Entre los gentiles hombres a quienes distinguió y colmó de favores, hay que citar al marqués de Villarceaux. Por ambas partes la pasión fué profunda y una vez por lo menos, Ninón amó seriamente.

El marqués de Villarceaux cayó enfermo y tuvo que guardar cama, sin salir del cuarto, por lo tanto.

Desesperada Ninón, se hizo cortar el cabello y lo envió a su amante con una epístola conmovedora.

El marqués quedó tan encantado de esta prueba de amor que la fiebre cedió inmediatamente.

El peinado a lo Ninón fué, pues, en su origen, un tierno símbolo de fidelidad femenina. Lo mismito que ahora...



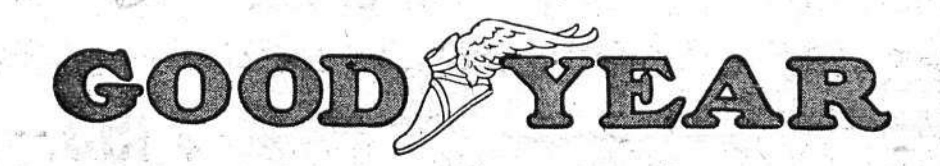
LOS Tacos de Goma GOODYEAR se caracterizan por su elasticidad, duración y confort.

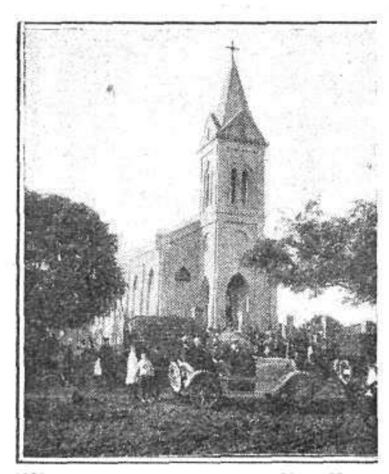
Dan elegancia al calzado y suavidad al andar.

Si no los puede conseguir en su localidad, diríjase directamente a esta oficina.

The Goodyear Tire & Rubber Export Company

Avda. L. N. ALEM, 601 - Bs. Aires.





CONCORDIA. — Capilla de la Tablada Nueva, cuya reciente inauguración ha dado lugar a grandes festejos.



Vista parcial del público que asistió al acto de la inauguración, en el cual el R. P. Krapp pronunció un elocuente discurso alusivo al acto.

UN PUEBLO EN MARCHA

Aunque el hecho no parezca tan sencillo como el relato, un pueblo, una villa, con su iglesia y sus quinientas casas, ha sido trasladado de sitio.

Desplazar una villa de quinientas viviendas parece una paradoja. Y éste ha sido, en efecto, el trabajo original y audaz que la «Motor Truck Company» realizó en el Estado de Michigán: la villa de Jennings, construída de madera hace veinticinco años, en el centro de una explotación forestal, ha sido transportada cerca de Cardillac, a 15 kilómetros de su primitivo emplazamiento.

Las casas se levantaban por medio de máquinas elevadoras y quedaban sostenidas por un enrejado de vigas de hierro que permitía al chasis de transporte pasar por debajo del inmueble. Después de esta operación, las máquinas elevadoras hacían descender la casa y la dejaban descansar sobre el tractor.

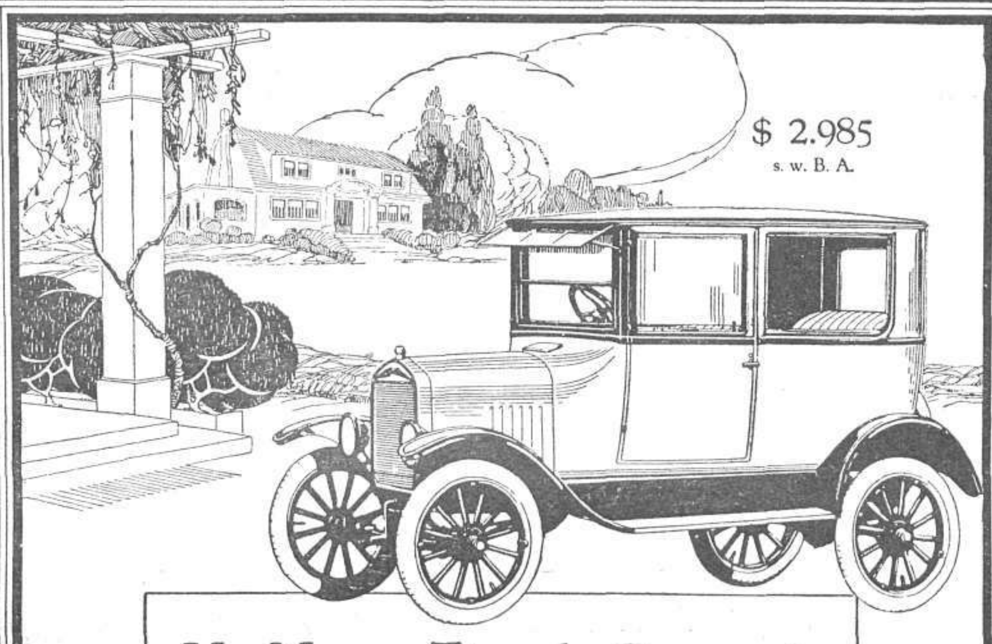
A la velocidad de ocho kilómetros por hora el pueblo se marchó de la tierra donde fué edificado, casa por casa, incluso su pequeña iglesia de 21 metros de altura, comprendiendo el campanario y su cúpula, y que, como las viviendas, llegó sin novedad a su destino.

Después de la gran guerra hemos visto muchos pueblos que han cambiado de nación, muchas tierras (los países devastados) que han cambiado de pueblos, porque éstos han sido reconstruídos. Nos faltaba saber que una villa o un pueblo con todas sus edificaciones pudiera cambiar de suelo, y ya queda en esta nota demostrado el ejemplo.


El nuevo modelo de Sedán Fordor
Las nuevas caracteristicas exclusivas de este modelo, además de darle un aspecto más atrayente y elegante, lo convierten en el coche que mejor llena las necesidades de las personas que prefieren un automóvil cerrado.
El interior amplio y confortable, la fina tapiceria, los accesorios niquelados y el perfecto terminado, hacen de este el coche cerrado que Ud. se sentirá orgulloso de manejar.
NO DEMORE EN
PEDIR UNA DEMOSTRACION
Compre un coche Ford cerrado
Ford
AUTOS CAMIONES TRACTORES
$ 3.375
s. w. B. A.
UD. PUEDE ADQUIRIR LOS PRODUCTOS FORD MEDIANTE EL PLAN SEMANAL



Compre un coche
Ford cerrado
El nuevo modelo de Coupelet Ford
Con carrocería de diseño enteramente nuevo, el Coupelet Ford presenta un estilo propio en materia de coches cerrados de este tipo.
El nuevo Coupelet trae todos los refinamientos y características exclusivas de los modelos de coches Ford cerrados y se individualiza muy especialmente como el coche que más se adapta al uso del comerciante y del profesional que necesitan un coche cómodo para su servicio personal, con capacidad para llevar una regular cantidad de equipaje.
Ford
AUTOS - CAMIONES - TRACTORES
$ 2.800
s. w. B. A.
UD. PUEDE ADQUIRIR LOS PRODUCTOS FORD MEDIANTE EL PLAN SEMANAL



Un Nuevo Tipo de Carrocería

EL SEDAN TUDOR

Este nuevo tipo de Sedán Ford de dos puertas es de un diseño excepcionalmente atractivo. — Las anchas puertas, el asiento delantero plegadizo y el interior espacioso hacen del Sedán Tudor un coche cerrado verdaderamente cómodo y práctico.

El radiador más alto, el capot más ancho, la visera y las amplias ventanas le dan una apariencia sumamente elegante. Su esmerada terminación, el exquisito gusto de la tapicería y sus accesorios niquelados, contribuyen a que Ud. se sienta orgulloso de manejarlo.

NO DEMORE EN PEDIR
UNA DEMOSTRACION

Compre un Coche Ford Cerrado



AUTOS - CAMIONES - TRACTORES

UD. PUEDE ADQUIRIR LOS PRODUCTOS FORD MEDIANTE EL PLAN SEMANAL



EL AUTO PROPIO DE LA MUJER DE BUEN GUSTO

Para que un automóvil tenga un atractivo particular para la mujer de buen gusto es necesario que reuna todas las cualidades que ella exige en los artículos que considera de uso propio.

Por esto es que la mujer de buen gusto adquiere para el uso personal un automóvil Ford cerrado, no sólo porque su mecanismo es tan sencillo que ella misma lo puede manejar, sino porque presenta características exclusivas de lujo y confort que ella aprecia en el sentido más amplio.

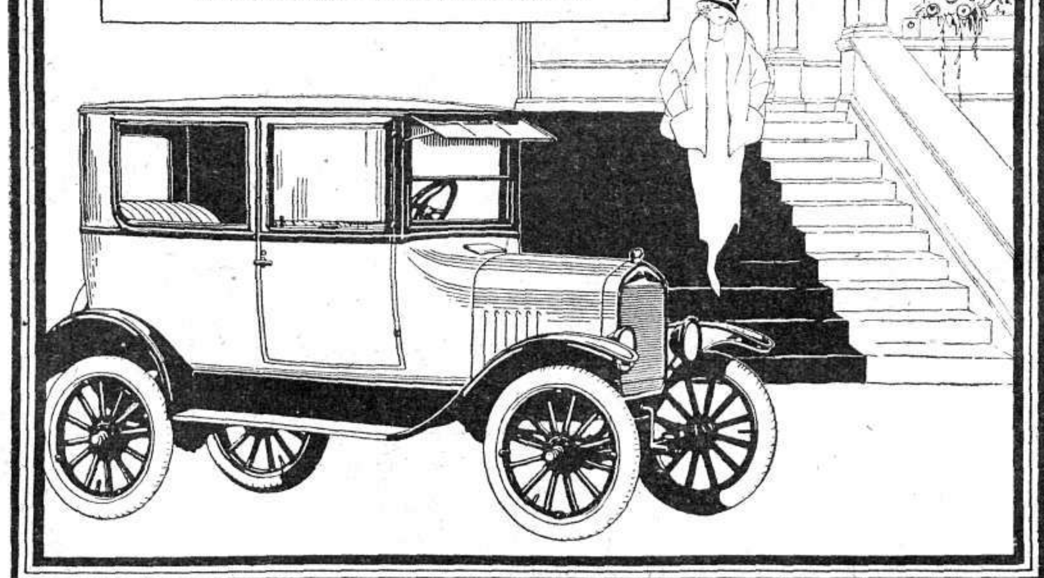
Sea cual fuere el modelo de coche Ford cerrado por el cual sienta una mayor predilección, encuentra indistintamente en los tres una perfecta combinación de las cualidades que tienen para ella el atractivo más poderoso.

El Agente Ford más cercano le dará datos sobre la forma de adquirir uno de estos modelos mediante el Plan Semanal de Ventas.

Compre un coche Ford cerrado



AUTOS-CAMIONES-TRACTORES





En los nuevos modelos de coches Ford cerrados se ha conseguido una armonía perfecta de utilidad y belleza. La sencilla elegancia de los coches, su aspecto de lujo y confort, la facilidad y sencillez de su manejo, son factores que determinan su elección por parte de la mujer moderna a quien le es indispensable un automóvil para uso personal.

Para ella, un modelo de coche Ford cerrado sintetiza todo lo más deseable en un vehículo liviano, cómodo y económico que ella misma puede manejar.

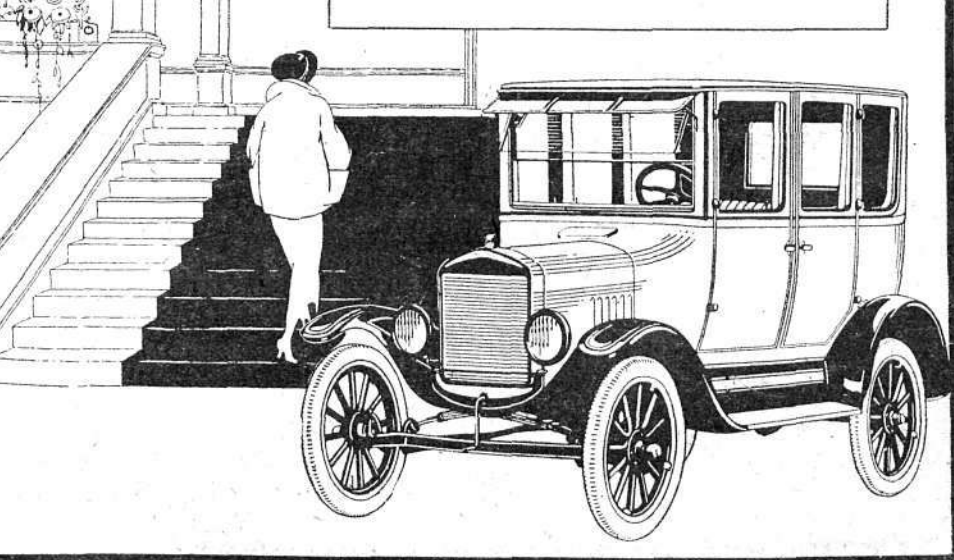
Tanto el nuevo modelo de Sedán Fordor, como el Sedán Tudor y Coupelet, traen refinamientos que aumentan considerablemente su atractivo y que los elevan a la categoria de los coches de gran lujo aunque son los que se venden al precio más bajo.

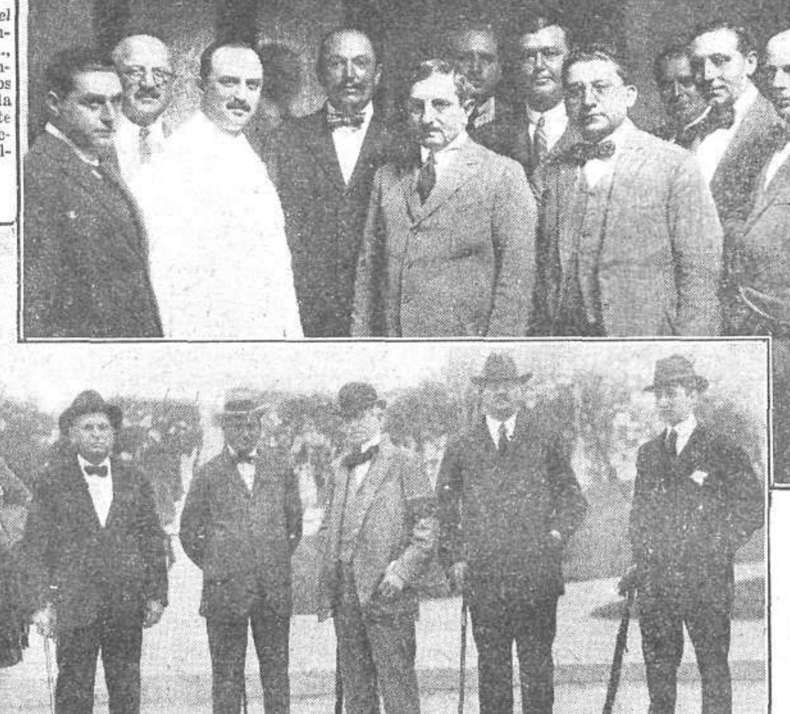
Si está Ud. interesada en adquirir un automóvil, solicite al Agente Ford más cercano que le haga una demostración con un modelo Ford cerrado.

Compre un coche Ford cerrado



AUTOS-CAMIONES-TRACTORES





El Presidente del Directorio en Londres del F.C.C.A., Mr. Todd, acompañado por altos funcionarios de la empresa, durante la visita de inspección realizada últimamente.

Comisión de caballeros presidida por el doctor Alvarez que acompañó al M. de O. P., doctor Loza, durante su visita al ingenio Bella Vista.



Al cambiar la estación

Los médicos recomiendan — a fin de prevenirse contra las enfermedades endémicas — una prolija limpieza interna, especialmente de la vejiga, riñones, hígado y vías urinarias.

UROTROPINA
"SCHERING"



el gran preventivo y desinfectante interno en general, es la **mejor** garantía contra la gripe y otras enfermedades infecciosas. Su fama es mundial.

Consulte a su médico.

Insista en que le den las legítimas pastillas **UROTROPINA** en frascos originales "Schering" que contienen 50 comprimidos de ½ gramo.

PARA SUPRIMIR
los VELLOS y el PELO

Tened mucho cuidado en usar un Depilatorio cualquiera. Después de aplicarlo, los pelos vuelven a brotar con mayor fuerza y vigor. Vióme un dia inducida a experimentar una receta poco conocida, pero que posee verdadera acción sobre la raiz del pelo. Los pelos destruidos de este modo **YA NO VUELVEN A BROTAR**. Tan original método va explicado con la mayor claridad en un folleto intitulado **"Un Secreto Egipcio"** que envio **GRATIS**, bajo sobre cerrado, muy discretamente y sin señas algunas. Basta escribirme adjuntando un sello para la contestación.
Miss H. GYPSIA, 43, Rue de Rivoli, PARIS (France)
(Franquear la carta con un sello de 12 c.)





El ingeniero Julio J. Palmeyro y señora, el mayor Francisco Torres, y grupo de aviadores que se trasladaron por vía aérea a la provincia de Tucumán para asistir al acto de la toma del mando por el nuevo Gobernador doctor Montero.

A UNA JOVEN

Dios concedió el aroma a las flores. La rosa que se marchita sobre vuestro seno, no exhalaría ese perfume que, como incienso divino, sube hasta vuestro lindo rostro, si su tallo, del agua, del aire y de la verdura, de toda la creación, no tomase algún elemento, si por algún punto no se hubiera sumergido profundamente en el seno misterioso de la tierra. Allí, por medio de un trabajo lento, cuyo secreto mecanismo sólo Dios conoce, de la frescura de la ola que corre, de la claridad y la luz del día, del soplo de lo que fluye, de lo que vegeta o se arrastra, del espíritu que vive en la obscuridad subterránea, humo, onda o vapor, se apropió algo: la calma del antro sombrío, del diamante sus luces, del bosque la sombra y acaso algún hálito inefable del mar lejano. Es un viviente alambique preparado por Dios, en el que se funde y se rehace la tierra con los bosques, los campos, las nubes y las aguas; y el aire, penetrando en la humilde raíz, resignada a este trabajo desconocido, para la hermosa flor guarda ese perfume tan suave, que desde la naturaleza llega hasta vos, que os encanta y que conmueve vuestro espíritu, porque el alma de la flor habla al corazón de la mujer.

VÍCTOR HUGO.

El ocioso es más bien un cadáver que un hombre.





"Y TODA LA VIDA ES SUEÑO, Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON".



Todos hemos cometido un crimen alguna vez. Unos, los más valientes, matan con el acero; los cobardes con la calumnia o la perfidia; los viles con el pensamiento. Repase usted su vida y encontrará en ella algo que lo acusa y le remuerde; su crimen. Yo tengo el mío como un hierro encendido sobre una herida fresca.

Lo miré sorprendido, pero el tono de su voz me tranquilizó. Estábamos solos en el café. Eran las dos de la mañana. Los mozos habían concluído de colocar las sillas sobre las mesas, y el gerente nos miraba desde el mostrador con cara de disgusto y sueño.

El prosiguió imperturbable:

— ¿No ha reparado usted en que hay noches en que uno necesita hablar, hablar mucho, con cualquiera; desnudar la conciencia, denigrarse por ver de conseguir indulgencia en la actitud o en el gesto del que escucha? Yo estoy en una de esas noches. Por eso le retengo a mi lado, muy a disgusto suyo, no trate de negarlo. Me desesperan las excusas triviales, forzadas... ¡Mi crimen! ¿Quiere usted que le relate mi crimen? Se espantará usted doblemente al oirme, porque nada en mi exterior delata la maldad de mi conducta. Sin embargo, créame usted: los peores criminales no son los que están en la cárcel. Si va usted a un presidio con la curiosidad de ver criminales auténticos, sufrirá usted una decepción tremenda. Los infelices que allí penan, cometieron delitos irrazonados, pueriles, de esos que el Código castiga porque son demasiado ostentosos. Yo no sé si me explico bien, pero confío en que usted me entenderá. En la conversación de dos hombres inteligentes, hay una parte que no se habla y que es la que mejor se expresa. Mas, advierto que me salgo de madre, como se dice vulgarmente. Arde usted en deseo de que prosiga mi narración.

La charla de mi amigo, inquietante y audaz, pese al temor creciente que sentía, me retuvo en el asiento.

— Usted sabe que yo era hasta no ha mucho médico externo del manicomio. Todas las mañanas concurría al establecimiento con piedad de hombre y curiosidad de investigador. Debo recalcarle que cumplía mi obligación como pocos. Recorría las salas, revisaba a mis enfermos prolijamente, y me detenía con mayor atención en los «casos» que juzgaba más interesantes. Conversaba con ellos, procurando franquearme, para lograr que me fueran adictos sin violencia. Un día trajeron a un enfermo verdaderamente digno de estudio. Obrero o atorrante, que tanto tenía de uno como de otro. Flaco, chupado y moreno como un «toscano», de primeras, su aspecto impresionaba. Llegó envuelto en un «salto de cama» de franela rayada — el mismo con el cual le enterraron — y traía por todo equipaje un violín y una muñeca. El instrumento era de la peor clase; lo llevaba colgado del hombro izquierdo. La muñeca asomaba su cara enigmática en uno de los bolsillos del batón. Al instante mis ojos se prendieron de la muñeca. Era un monigote hecho de miga y barro, grotescamente pintarrajeado, vestido con retazos que imitaban muy bien un traje de mujer pueblerina. Yo no he visto en mi vida nada más inquietante que esa muñeca. Sus órbitas vacías miraban, su boca, pequeña y mal hecha, cual una hendidura abierta con el pulgar, hablaba; palpitaban sus manecitas informes; vivía, estaba animada por ese flúido que llamamos alma. Sí, tenía un alma, pero alma de loco: la de su creador. «Dámela» — le dije. — «No, no se puede dar. Es Elisabeta, mi novia» — me contestó. — Acto seguido cogió el violín y comenzó a rascar las tripas desesperadamente, arrancándoles sonidos monótonos, obsesionantes, casi lúgubres. Después pude observarle a mi antojo. Durante el tiempo que le tuve a mi cuidado, ni una sola vez lo vi desprenderse de su Elisabeta. En veces la tomaba con las manos y alzándola hasta la altura de su rostro, la decía mil ternezas. Era conmovedor. Es decir, ahora me parece conmovedor. Entonces no sentía otra cosa que no fuera curiosidad científica. ¡Hasta ese punto nos arrastra el vano e insensato deseo de querer ver las cosas con un criterio preciso, antihumano, científico! El loco era de una mansedumbre franciscana. No hablaba, ni menos se peleaba con nadie. Por los senderos del parque, vagaba con Elisabeta y su violín a cuestas. Parecía feliz. El interés de la vida teníalo concentrado en Elisabeta, en su fetiche de barro, tan humano y expresivo que semejaba una criatura viva. Ahora bien: permítame usted hacer un paréntesis. ¿Conoció usted al músico Landris? Antes frecuentaba su trato en un círculo de amigos. Le llamábamos maestro, mitad por escarnio, mitad por compasión. A mí sobre todo, me impresionaba dolorosamente la soledad de su vejez, llena de trabajos y miseria. Una noche, una de esas noches de confidencia involuntaria, lo encontré solo en el café. Estaba triste, nervioso. Sin esfuerzo advertí que quería expansionarse conmigo. — «Si supiera usted cuánto dolor hay en mi vida» — me dijo. — «He llegado a los cincuenta años sin tener nada propio, nada que me sea fiel. No tengo esposa ni hijos, y ya ni siquiera ilusiones. Sin embargo, aún podía ser feliz. ¡Es tan modesto mi ensueño! La verdadera felicidad es humilde. Una casita en el campo, una mesa para mis papeles, un piano: he ahí todo lo que ambiciono.» — Pero yo, que no estaba esa noche con humor de escuchar confidencias, contestéle de mal grado: «Cómprese usted una casita en cualquier juguetería y realizará a poco costo sus deseos.» El sonrió entristecido. Yo agregué sin convicción, con perfidia: «Lo que nos hace felices en la vida es la ilusión de serlo. Los niños son felices porque creen en todo. Cuando se visten de generales, adquieren el tono y la voz de verdaderos generales; cuando celebran misas vestidos con

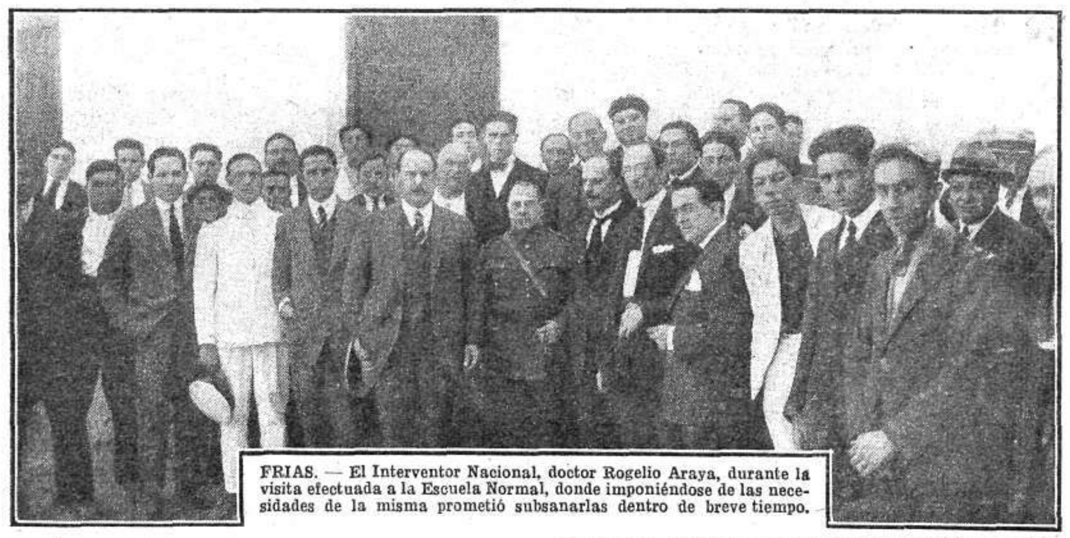
casullas improvisadas, ningún sacerdote los igualaría en unción y gravedad. Vuelva usted a ser niño y mire al través de una casita de juguete la que usted quisiera poseer. Yo mismo he vivido los momentos más bellos y emocionales de mi vida, contemplando una oleografía romántica que representaba un hermoso parque por el que se paseaban dos jóvenes cogidas de la mano. Usted no debe ignorar que vivir con la imaginación es vivir dos veces...» Después seguimos conversando de futesas, hasta que, definitivamente aburrido, me despedí dejándolo sumido en sus meditaciones. Y volvamos ahora al loco de mi cuento. Día por día me interesaba más. Su apacible locura, mezcla de amoroso deleite y de ensueño, llegó a obsesionarme. Acechaba las ocasiones de encontrarlo solo en el jardín, y cuando lo tenía por delante miraba con ojos feroces a Elisabeta. Los suyos, cansados y tristes ojos de perro famélico, llenábanse de lágrimas y se clavaban en los míos, angustiosos, suplicantes. Entonces, le repetía: «dámela», y él se escapaba lanzando dolorosos chillidos. Gozaba monstruosamente torturándolo de esta manera. Y es que, sin darme cuenta, me preparaba a cometer mi crimen. Por otra parte, Elisabeta se había convertido para mí en un motivo alucinante. La veía a cada momento, doquiera que estuviese. De noche, al acostarme, el papel rameado de la habitación se cubría de caritas grotescas y muequeantes; Elisabeta me miraba en cada una de ellas, con sus terribles órbitas vacías. Estaba enfermo de Elisabeta y de los lúgubres sonidos del violín. Y como aquello no podía durar más porque mi razón flaqueaba, decidí matar a la muñeca. ¿Acaso no era un ser vivo, espantosamente vivo? La ocasión se me presentó sin esperar mucho. Encontré al loco en lo más escondido del parque, tocando, como siempre, el violín. La muñeca, acostada sobre la hierba, lo miraba con sus ojillos de rata. Avancé cauteloso, y, luego, de un pisotón, deshice la muñeca. Bajo el tacón de mi bota sentí que la arcilla se quebraba con un crujimiento de huesos. El loco tiró el violín, y se echó sobre mí, tomándome furiosamente por el pescuezo. Luchamos: él me mordía la cara, el cuello, las manos, ensuciándome con la baba espumosa que vomitaba. Di voces. Acudieron los guardianes y me libraron de aquel energúmeno. Lleváronlo a rastras mientras se retorcía y gritaba patéticamente: «Elisabeta, novia mía, Elisabeta». Repuesto de la sorpresa, contemplé los restos del monigote, exiguo montoncillo de barro desmenuzado y de trapos. Lo que yo había asesinado, impune y cobarde, era la ilusión. ¡Harto por mí mal lo comprendí así después! Amigo mío, ¡tiemble usted al oírme!. El loco, tranquilizado súbitamente, murió aquella noche de un ataque al corazón. Y como la vida ofrece contrastes absurdos, burlescos, al otro día recibí la visita de Landris. Me sorprendió mucho que fuera a buscarme al manicomio, pues nunca lo había hecho. Estaba gordo, sonrosado de cara, con los ojos abrillantados y una expresión tal de felicidad, que aumentó mi sorpresa. «Querido doctor — me dijo, con el rostro iluminado: — ¿Recuerda usted sus palabras de aquella noche? Lo que nos hace felices en la vida es la ilusión de serlo. He aquí una fórmula sencilla, que la mayoría no alcanza a entender. No se ría usted de mí si le aseguro que he cumplido a pie juntillas su consejo. Tengo una casita, ¡oh!, una casita muy coqueta, en medio de un pradezuelo, con esbeltas torrecillas y lindos miradores que otean maravillosos horizontes. Esta casita, «La casa de la ilusión», es la que yo habito ahora...» Landris hablaba agitando las manos nervioso y contento. Yo lo miraba fijamente en los ojos, con mirada dura, penetrante, clínica. La alegría se apagó en su cara bruscamente; cambió de expresión; sus pupilas se humedecieron tímidas; receloso por instinto, me miró angustiado, estremecido de espanto. Entonces yo, estúpida, cobarde, fríamente, hice una seña a los guardianes que estaban en la puerta. Cuatro brazos de acero le cayeron encima, aprisionándolo como garras. Ni siquiera gritó, tal fué la impresión que le produjo lo inesperado del ataque. Mi insensata razón de médico, de hombre práctico (horrorosa frase) desdeñaba como ficciones peligrosas las únicas realidades posibles: las del ensueño, las de la imaginación. ¡Dios me perdone! Asesiné la ilusión ajena sin percatarme de que al hacerlo destruía la propia.



El loco tiró el violín, y se echó sobre mí, tomándome furiosamente por el pescuezo.

....

Pero como yo sabía que mi amigo no era médico y que jamás había estado como enfermero siquiera en un manicomio, dejé unas monedas sobre la mesa y salí del café poco menos que volando.



FRIAS. — El Interventor Nacional, doctor Rogelio Araya, durante la visita efectuada a la Escuela Normal, donde imponiéndose de las necesidades de la misma prometió subsanarlas dentro de breve tiempo.

CÓMO SE APAGA EL FUEGO EN UNA CASA DE 25 PISOS

Con los sistemas de bombas que se usan en nuestro país para los casos de incendio, raramente el agua lanzada alcanza una altura de cuatro o cinco pisos, y aun, en la mayor patre de los casos, es indispensable el auxilio de la escalera movible.

En los Estados Unidos, país de los «rascacielos», un tal sistema de bombas para incendios sería poco eficaz, ya que no podría lanzar el agua a suficiente altura.

Los bomberos de Nueva York han adoptado unas modernas bombas, cuyas mangas, en vez de ser completamente movibles y sostenidas y dirigidas por los bomberos, se hallan fijas sobre la plataforma de un automóvil o salen del extremo de una columna metálica que reemplaza a la escalera movible.

Con la ayuda de un volante los bomberos dirigen fácilmente el potente surtidor, que lanza el agua con tal fuerza, que llega sin dificultad a la altura del vigésimo quinto piso de cualquier edificio gigante de Nueva York.

También los bomberos de París inauguraron el año pasado una bomba automóvil con un surtidor de un diámetro de 50 milímetros, que lanza el agua a cien metros de altura. Y pretenden que sea ésta la bomba extintora de incendios más potente del mundo.


¡Huya del espectro de la tisis!

De Santia godel Estero



LORETO. — El Interventor Nacional, doctor Rogelio Araya, rodeado por un destacado núcleo de vecinos, que lo agasajaron durante su reciente visita a esta localidad.

¿CÓMO ES?

¿Es Dios personal?
¿Es impersonal?
¿Tiene forma?
¿No tiene forma?
¿Es esencia?
¿Es substancia?
¿Es uno?
¿Es múltiple?
¿Es la conciencia del Universo?
¿Es voluntad sin conciencia y sin fin?
¿Es todo lo que existe?
¿Es distinto de todo lo que existe?
¿Es como el alma de la Naturaleza?
¿Es una ley?
¿Es, simplemente, la armonía de las fuerzas?
¿Está en nosotros mismos?
¿Es nosotros mismos?
¿Está fuera de nosotros?

Alma mía, hace tiempo que tú ya no te preguntas estas cosas. Tiempo ha que estas cosas ya no te interesan.

Lo único que tú sabes es que le amas... — AMADO NERVO.

A UN VIVO OTRO MAS VIVO

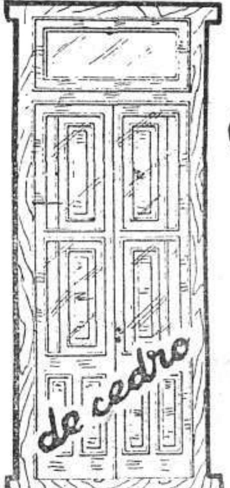
Un reconocido pillo pregunta a un sastre:

— ¿Como me va usted a hacer el traje cuya tela acabo de elegir?

Y el sastre contestó: — Al contado amigo mío; al contado.

Las puertas y ventanas de cedro que fabricamos

Puerta para patio N°1



Ventana N°13

con el máximum de perfección son incesantemente solicitadas en cada edificio que se construye.

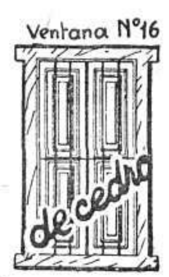
Ventana N°15



Acordamos
5 %
de descuento.

PIDAN CATALOGO

Ventana N°16



Puerta para patio N°3

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo.

**1 - 2 - 3 - 4 - 11 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18
19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27 - 35
36 - 47 - 48 - 51 - 52**

Ventana N°11

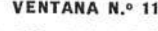


PUERTA para Patio N.° 1.	
De 3.00 × 1.10 c/u.	$ **94.—**
» 2.80 × 1.10	» **92.—**
» 2.60 × 1.00	» **89.—**

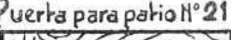
VENTANA N.° 13.	
De 2.40 × 1.00 c/u.	$ **78.—**
» 2.20 × 0.90	» **72.—**
» 2.00 × 0.80	» **68.—**

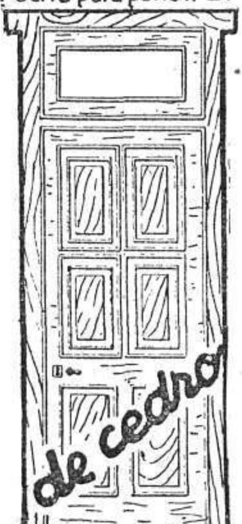
PUERTA para Patio N.° 3.	
De 3.20 × 1.10 c/u.	$ **119.-**
» 3.00 × 1.10	» **117.-**
» 2.80 × 1.10	» **115.-**

VENTANA N.° 11.	
De 2.80 × 1.10 c/u.	$ **102.-**
» 2.60 × 1.10	» **100.-**
» 2.40 × 1.10	» **98.-**



Puerta para patio N°21





PUERTA para Patio N.° 21.	
De 2.40 × 0.70 c/u.	$ **54.—**
» 2.20 × 0.70	» **52.—**

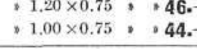
VENTANA N.° 14.	
De 2.00 × 1.00 c/u.	$ **66.—**
» 1.80 × 0.90	» **61.—**
» 1.60 × 0.80	» **57.—**

Ventana N°14



VENTANA N.° 15.	
De 1.40 × 0.75 c/u.	$ **40.—**
» 1.20 × 0.75	» **38.—**
» 1.00 × 0.75	» **36.—**

VENTANA N.° 16.	
De 1.40 × 0.75 c/u.	$ **48.—**
» 1.20 × 0.75	» **46.—**
» 1.00 × 0.75	» **44.—**



CRUZ ROJA ARGENTINA
SEMANA DE MAYO
Conscripción de Socios

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

TARTASA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — · — Buenos Aires

De Santiago del Estero



AÑATUYA. — El Interventor Nacional, doctor Rogelio Araya, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de caracterizados vecinos, durante su visita a esta localidad.

NUEVOS TIPOS DE AVIONES

Pronto, a juzgar por lo que leemos en interesante «Revista de Marina», serán reemplazados los tipos de aviones que se estuvieron usando durante la guerra, y que, por razones de naturaleza económica, se han seguido empleando después del armisticio.

Pronto serán cosa corriente en las fuerzas aéreas de Inglaterra los aparatos que vuelen con todo su equipo militar de hombres y de municiones, a la velocidad de 150 millas, a alturas superiores a 10.000 pies y con las mayores facilidades de maniobra. Los dos últimos tipos de aviones torpederos son el «Dort», de Blackburn y el «Hanley», de Hanley Page. Son aparatos de un solo asiento, capaces de volar, con su carga de torpedos, a más de cien millas de velocidad y con excelentes condiciones maniobreras, y el «Dort» se ha incorporado ya a las fuerzas combatientes como un modelo definitivo que servirá de base a la construcción de toda materia de aviones. Los aparatos de observación del tipo para la flota son de extraordinaria potencia y eficiencia. Los ingleses tienen dos modelos: el «Fleet Spotter», de Blackburn y el «Bisson», de Avro. Están dotados de motores Napier León; pueden llevar cuatro hombres de dotación; poseen alta velocidad y buen radio de acción y se consideran como los mejores «spotters» del mundo. Los aparatos de caza de un solo asiento, «Fairey Flicatcher» y «Power», de Parnell, son lo que indican sus nombres: pequeños de tamaño, pues tienen menos de 30 pies de de largo; llevan, sin embargo, motores de 320 caballos y pueden operar con toda su carga militar a alturas de más de 10.000 pies y a velocidades de cerca de 150 millas. Las escuadrillas asignadas a la flota han sido ya equipadas en parte con estos nuevos modelos, que pronto serán los únicos que las constituyan. El tipo de transporte de tropas que Inglaterra utiliza actualmente es el «Vermon», de Vickers, usado en Mesopotamia y habilitado para llevar 12 soldados con su equipo.

En la exposición de modelos de la R. A. F. figuran dos nuevos tipos: el «Victoria» y el «Arana», que podrán conducir hasta 25 hombres; el «Arana» es de construcción metálica. Para reconocimientos a larga distancia tienen los ingleses el «Bourges», también de construcción metálica, y el «Fairy Fawir», de dos asientos y velocidad muy considerable. Se exhibirá también por primera vez el enorme bombardero «Aldershot», de Avro, dotado con el motor Napier, de mil caballos.



en el período, metritis, hemorragia, flujos, etc., se quitan tomando

"Específico Scheid's"

FRASCO: $ 4.—

En el atraso, escasez o falta del período, tome

"AMENORROL"

FRASCO: $ 4.—

Comprobado inofensivo y recetado por los médicos.

Venta en Droguerías y Farmacias.

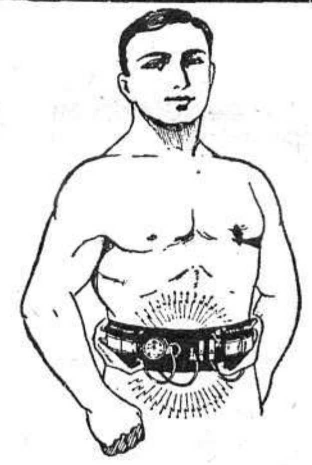
Depósito general: C. Pellegrini, 644-Bs. As.

Pidan folletos en sobre cerrado, gratis, con copias de certificados médicos. J. Valle.-C. Pellegrini 644-Bs. As.



SORDOS

Con los Tímpanos Artificiales del Dr. Plooner se quitan la sordera y ruidos que privan oir. Colocados al oído quedan invisibles. Precio: pesos 12 c/u. Pida folletos, gratis, a C. Scheid calle Carlos Pellegrini, 644, Bs. Aires. No vacile en adoptarlos a su uso; no quedará arrepentido.



REUMATISMO

Falta de Vigor Varonil, Lumbago, Dolores de Cintura, Espaldas, Ciática, Afecciones del Estómago, Intestinos, etc.,

que necesiten aplicarse la corriente electrogalvánica, deben usar el más perfeccionado cinturón eléctrico ROBUR del Dr. Berndt, a pilas secas. Tiene exacto Regulador para graduar su fuerza, perfecto funcionamiento garantido, siempre listo para usar sin ninguna previa preparación. No produce quemaduras. Precio al alcance de todos.

Gratis: Pida hoy mismo en sobre cerrado el libro ilustrado escrito por el Dr. Berndt. a E. Scheid, calle C. Pellegrini, 644, Bs. Aires. Por carta o personalmente.



He aquí el secreto de la belleza.

El cultivo de la hermosura requiere una selección esmerada de los productos de tocador que deben contribuír a la frescura y lozanía del rostro.

Por eso nosotros que los hemos elegido cuidadosamente aconsejamos el uso diario de la insuperable

Crema
LECHUGA

J. BEAUCHAMPS

Ejerce benéfica acción sobre la epidermis facilitando la desaparición de los barritos, granos y pecas, dando al cutis una suave blancura de belleza incomparable.

De venta en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.



Exija en esta especialidad nuestra marca registrada **«La Lechuga»**

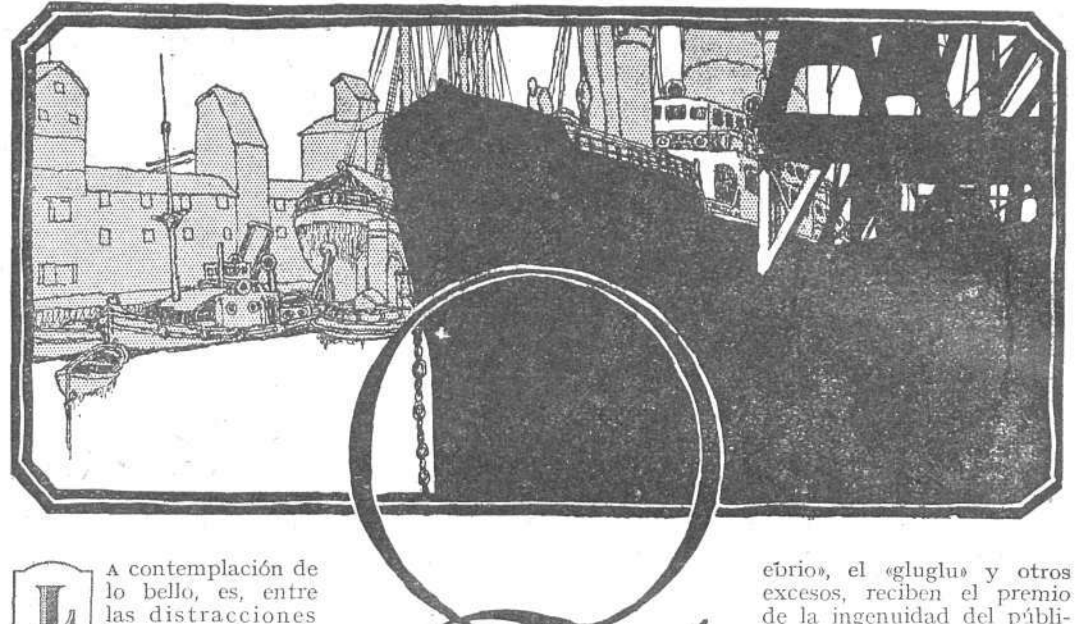
Depositarios:

FARMACIA DANESA Y DROGUERIA

DIAZ KELLY

CABILDO, 2171. - BUENOS AIRES

Unión Tel., 0321, Belgrano.



La contemplación de lo bello, es, entre las distracciones honestas, la más barata. Un hombre que quiere procurarse un rato agradable, siente apetitos distintos; si la razón le asiste antes de determinar la forma del placer que se ha de prodigar para satisfacer sus ansias, hará un análisis ligero y recorrerá sus sentidos; el olfato, el gusto, el tacto... No es difícil averiguar las sensaciones que ellos producen. Ante los puntos de vista que plantea lo intensamente duradero, el hombre ha de renegar de esos tres sentidos.

El olfato es traicionero y temible a la vez; el gusto es demasiado analizador y difícil de contentar; el tacto es más completo, el que deja huella más honda, pero suele ser trágico por las reacciones que provoca. Recurre al sexto sentido —el muscular— la sensación de peso, que complace cuando se mezcla al devaneo y a la inquietud poco platónica, y no le satisface. Con los tres anteriores lo declara superfluo, demasiado positivo; excesivamente pagano.

En la corriente mundana que avasalla y derrumba los prejuicios, este hombre, — llamémosle Q. para darle algún apelativo — resulta una seria anomalía. Es extraño que renuncie al placer inmediato; a las sensaciones agradables que se coronan con el espasmo inconsciente, causa propulsora y alentadora de la vida.

¿Será Q. un producto exótico del ambiente? Su conducta interesa al psicólogo mal pensado y peor intencionado. Pero falla el cálculo y la esperanza ilícita se derrumba. Q. es un hombre pobre. Q. eligió el medio de procurarse un rato agradable, palpando la faltriquera con mano temblorosa. Nada sonó a metal, ni abultó en ella como una esperanza concreta...

Luego Q. se dedicará a los dos sentidos baratos: la vista y el oído. ¡Virtuosa miseria! Vemos de qué manera lo sublime y lo ridículo se funden en un abrazo. Lo segundo, porque es sencillamente ridículo ser pobre en esta hora en que toda iniciativa: la «rana automática», el marinero ebrio», el «gluglu» y otros excesos, reciben el premio de la ingenuidad del público; lo primero porque si hay algo sublime es la belleza y sólo esos dos sentidos privilegiados, la vista y el oído, la llevan al alma y dan la conciencia objetiva o subjetiva de su existencia.

Resultan clasificados de modo muy especial estos sentidos que nos transmiten la belleza. Con relación al espíritu, son los dos sentidos aristócratas; con relación a la economía individual son los ultra democráticos; con relación al cerebro, son alimento indispensable y fuente de todo bien; con relación al estómago, son ayuno perpetuo, origen e intrumento de esperanza empírica.

Que el filósofo los clasifique. Nosotros nos detenemos a contemplar el modo cómo nuestro amigo Q. se sirve de ellos, para proporcionarse un rato de placer.

— Si el arte sólo se transmite por la vista y el oído, puede decirse que estos dos son los sentidos estéticos o artistas. Así pensaba Q. y como él vivía merced a las sensaciones que los ojos y los oídos le procuraban, más que de otra cosa, un día se convenció de que quien ejercita, perfecciona y cultiva en absoluto los sentidos estéticos, es artista.

¡Desalentador convencimiento! ¡Qué definiciones ocurríansele de la belleza, del arte, del artista!... ¡Por Dios!... Frente a un escaparate colmado de factura atrayente y suculenta, recordaba la definición arcaica, atribuída a un santo varón: «Belleza es la armonía expresiva» — Esto es belleza — dijo dejando caer una lágrima — porque en el conjunto y en el detalle hay armonía expresiva. ¡Y tan expresiva!

Caminó unos pasos. El olfato le traicionaba. Las facturas del escaparate habíanse ligado a él por vínculos olfativos. Evocó la teoría de la pituitaria y volvió sobre sí: ¡Engaño de la mente! No hay estética donde no se cumple lo que aprendí en mi libro maestro: «belleza es el resplandor de la bondad intrínseca, cuya mera contemplación produce puro deleite y amor desinteresado».

Y por las calles se fué con su

idealismo, camino del puerto. En la plaza que lo decora, una banda de música echaba a volar la inspiración de un genio.

Frente a un enorme barco de carga, tomó asiento sobre unos escombros.

Las grúas iban y venían izando fardos y transportándolos a tierra.

— Según Plotino — dijo Q. — «el resplandor que el bien supremo vierte en las cosas materiales es lo que las hace bellas». La línea augusta de la silueta antigua, divinizada y serena, pierde interés estético ante la curva nerviosa y dinámica de la belleza moderna... ¡Veamos esos fardos!...

Una voz de orden fué impartida en el idioma áspero de la tripulación del barco. La gente se reunió en grupo numeroso junto al palo mayor. Se descorrió el escotillón con los chirridos propios de sus hierros enmohecidos por el agua y la sal.

El guinche de la plataforma del dique, despertó su energía hidráulica. Extendió su enorme brazo. Situada la roldana en la línea perpendicular a la boca de la escotilla, un gancho enorme se deslizó entre cadenas y se hundió en el seno de la bodega.

La mirada de Q. estuvo pendiente de la maniobra. La gente de a bordo conversaba con palabras al parecer monosilábicas. Gesticulaba, lanzaba a la bodega grandes rollos de cable. Del guinche se descolgaron varias cadenas auxiliares. Un momento de expectativa. Las cadenas se prendieron a la masa que la grúa debía izar.

— ¡Ya está!... — pareció decir un hombre, casi un negro, que dirigía la maniobra. — La gente despejó un tanto la puerta de la escotilla. El guinche se quejó. La enorme fuerza que bulle en el seno hidráulico de la máquina centuplicó su dinamismo.

En la cara de los peones reflejóse un interés intenso. ¿Será una carga extraordinaria? Q. seguía atentamente la operación. La gente esforzábase en dirigir la carga que pendía del guinche hacia el centro mismo de la escotilla. Todas las manos, todos los ojos, toda la pericia estaba allí. Un ruido inmenso de engranajes, de fuerza y de hierro, salió de la maquinaria que impulsaba la grúa. Asomó la punta de un bulto negro. Comenzó a salir. Intacta la escotilla; las distancias perfectas; era como una inmensa plomada. Y ante una indescriptible emoción artística, quedó suspensa en el aire una locomotora armada. El barco pareció lanzar un suspiro y era como si hubiese dado a luz el numen del progreso.

Q. había satisfecho sus ansias de placer. La belleza de aquel grandioso espectáculo había refrescado su alma con la idea de Dios.

— Ha de ser hora de almorzar — dijo lánguidamente. — Como ironía del destino un reloj sonó las cinco de la tarde.

— ¡Hora de almorzar! ¡Bah... bah!... Hora de dar gusto a un sentido vulgar y menospreciado... ¡Yo no tengo hora para semejante cosa!...

Su gesto de bohemio disimuló un oleaje de sentimiento incontenido. Alzó las manos, acarició las alas de su chambergo tornasol y pensó como Vital, el célebre sombrerero de Balzac: «El sombrero es el hombre»...



ARTURO M. MAÑÉ



Libertado de todo — de la carne inclusive, —
más allá de la efímera mascarada terrestre,
el espíritu puro se perfecciona y vive
como pájaro suelto o como flor silvestre.

Nada toca sus alas ni sus pétalos roza;
la vía láctea le alumbra con una luz escasa
y apenas si, a lo lejos, en el cielo se posa
sobre él, el tenue polen de un perfume que pasa.

Está puro y tranquilo como Dios lo forjara;
no hay rencor ni amargura, no hay quejumbre o
[discordia:
se refleja en sí mismo, como en un agua clara,
y se da en lo sincero de su misericordia.

Se acerca poco a poco al divino Francisco;
se presiente la hora en que todo se esfuma,
y mansamente, bajo la tarde que se abruma,
el pastor, que fué joven, va ganando el aprisco.

¿Será larga la noche que se aproxima ahora?
Hay un rumor oculto que responde en voz baja:
«Es el seno divino del Señor tu mortaja
y la noche que esperas es la única aurora»...

Luis María Jordán

CHILECITO. — Núcleo de selectas familias que ofreció una demostración de aprecio a los esposos Robin - Sánchez, con motivo de su próxima partida de esta localidad, en donde tan arraigados afectos han sabido despertar.



La señorita Rosa Rojo, rodeada por un grupo de distinguidas amiguitas, que le ofrecieron en el Club Social un te de despedida, con motivo de su partida para la Pampa.


¡Mejor Luz!
Iluminación Brillante
Económica y Segura
La Lampara Coleman
con su agradable resplendor
aumenta el bienestar
de su hogar y da mas
alegria á toda reunion.
$39.m/n
No cansa la vista y es
ideal para leer, coser, etc.
Cada Lámpara ó Linterna
MARCA REGISTRADA
Coleman Quicklite
Se enciende al instante con un fosforo
Produce 300 Bugias de Luz
y solo consume 2 litros de nafta en 24 horas
No lleva tubo de vidrio ni requiere alcohol.
La Linterna Coleman
$26.m/n
con su luz fija y fuerte
, a prueba de tormenta
facilita cualquier trabajo nocturno.
Para aprovechar estos precios reducidos
y tener mejor Luz a menor costo, dirigese a
Cassels & Co.
INTRODUCTORES
MAIPU 271
BUENOS AIRES



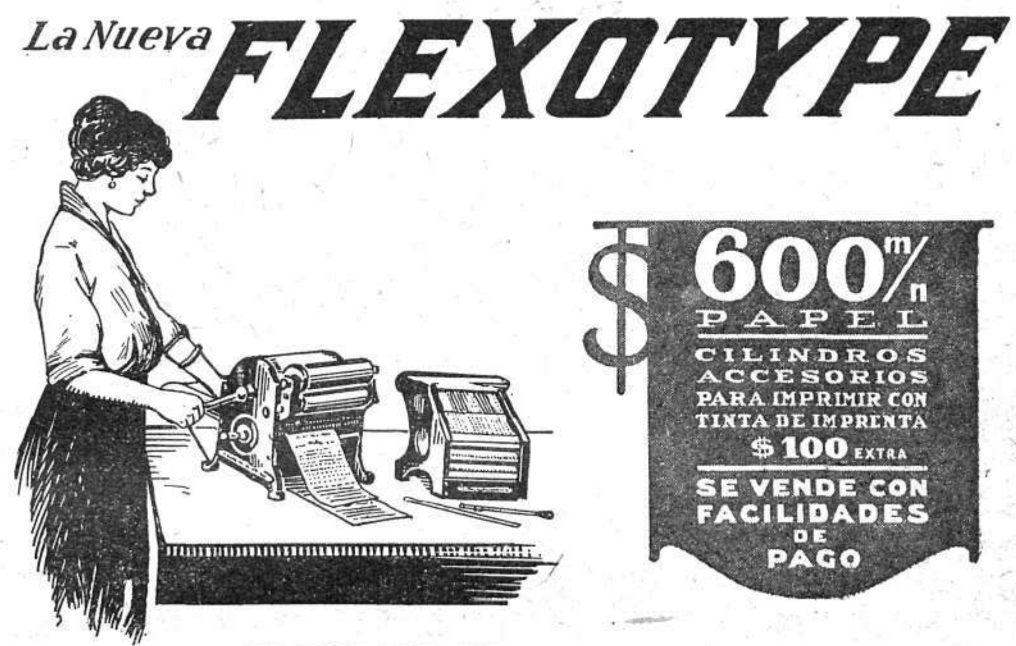
TUPUNGATO. — Vista de la mina de cobre "Salamansa", en la cual ejecútanse activos trabajos de explotación, con el fin de enviar el material extraído a Alemania.

LIMPIEZA DEL ALUMINIO

Generalmente, es poco recomendable limpiar los utensilios de aluminio con una solución caliente de carbonato de sosa (el carbonato casero), pues esta sal ejerce una acción nociva.

Se ha comprobado que el aluminio no es atacado por el silicato de sosa, y que esta sal limpia muy bien el mencionado metal. Desgraciadamente, el empleo del silicato de sosa, en las casas, no está en práctica.

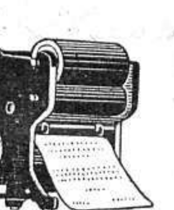
Pero se puede muy bien añadir al carbonato de sosa una cantidad aproximadamente de 5 por 100 de silicato de sosa; el polvo de esta manera obtenido no tiene acción nociva sobre el aluminio. Se fabrican actualmente tales mezclas que ya se encuentran en el comercio, y que es muy fácil preparar en casa.



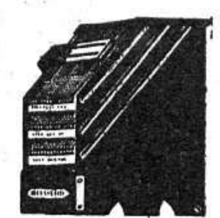
La Máquina *"FLEXOTYPE"* produce un trabajo tan hermoso como el de la mejor imprenta, y mucho mejor que el de muchas, pero con un

COSTO IGUAL A LA MITAD

En la oficina, la *"FLEXOTYPE"* es la única máquina que realmente conviene usar para hacer trabajos de imprenta y circulares. Ella asegura rapidez, pues suprime la desesperante espera ocasionada por las pruebas de imprenta, dado que con ella se hace el trabajo cuando uno mismo quiere, inmediatamente, en forma casi automática y con la más absoluta reserva. La "FLEXOTYPE" imprime, con tipos de imprenta y en varios colores, membretes y cualquier otra clase de composición tipográfica, como asimismo clichés, orlas, líneas, etc. Además, imprime, a través de una cinta y con tipo de máquina de escribir, circulares y cartas de cualquier naturaleza, haciendo infinitas reproducciones, limpias y nítidas, con el más genuino aspecto de otras tantas cartas individuales.



La "FLEXOTYPE", con los cilindros accesorios para escribir con tinta de imprenta.



El Componedor Automático de tipos «FLEXOTYPE», de rápido y fácil manejo.

La Máquina *"FLEXOTYPE"* elimina por completo todos los fastidios inherentes al empleo de los antiguos mimeógrafos, máquinas y aparatos duplicadores, etc., con toda la cohorte de papeles especiales, líquidos, ceras, etc., evitando también las preparaciones especiales que hasta ahora había que hacer por medio de la máquina de escribir y que terminaban por arruinar los tipos de las máquinas más fuertes y resistentes.

La *"FLEXOTYPE"* es de un manejo rapidísimo, sencillo y de resultados sorprendentemente positivos, y, siendo su uso de múltiples aplicaciones, ella produce todo lo que sea necesario imprimir, en el preciso momento en que ello sea necesario, y en la exacta cantidad requerida.

Pídanos una máquina a prueba, o solicite hoy mismo prospectos ilustrados, por carta, personalmente o telefoneando a Avenida, 5077, Unión Telefónica.

Cía. LA CAMONA — **39 - MAIPU - 43 BUENOS AIRES**

Banquete realizado por los miembros de la colectividad española de esta ciudad, celebrando el aniversario del 2 de Mayo.


Adquiera una Victrola
para su hogar
La Victrola no se reduce tan sólo a reproducir sonidos musicales; pone de relieve también el espíritu, el propósito y aun la propia personalidad de los cantantes o de los músicos que perpetúan su arte, su temperamento o su genio por medio de los discos Víctor.
La palabra "Victrola" es la marca de fábrica registrada conforme a la ley, por la Víctor Talking Machine Co., para designar únicamente los aparatos manufacturados por la Compañía.
Cualquier comerciante Víctor le hará conocer gustoso la variedad de modelos de la Victrola y las últimas novedades en discos Víctor.
Victrola
"LA VOZ DEL AMO"
REG U.S.PAT OFF MocF MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA
Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas
Victor Talking Machine Company, Camden, N.J.E.U de A
Comerciantes Víctor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.
Distribuidores: TOMAS y Cía - Bmé. Mitre 1976. - Bs. As.
VENTAS UNICAMENTE AL POR MAYOR

Una MANO

VAMO a ver si güelve pronto!...

— ¡Phs!... Vamo a ver...

— Y siempre que pueda, nos debé escrebir.

En los ojos azules del mozo, grandes y confiados, hay una alegría zoológica. La vitalidad desborda, pesadamente, en aquel recio organismo de animal joven, bien domado.

Eleuterio es alto, ancho, de ademanes lentos.

La viejita le ha dicho:

— No s'olvide sus padres.

Y Eleuterio ha respondido al rato, con los ojos inmóviles, inexpresivos:

— ¡Sí, me podré olvidar!

Finalizando la primavera, hostil, ventosa, muy seca, los campos amarillean, «no vienen», dificultando los engordes.

Hasta el rancho del puestero, que se alza en lo más pelado de la cuchilla, llega un perfume rústico (casi eclesiástico) de los sarandíes florecidos, dispersos por el arroyo.

Murmura el espeso ramaje del sauzal y una gallineta grita entre los canaletes de la laguna, que se han secado, mientras crecían las anchas hojas lanceoladas de las achiras. Por aquí y acullá, como alambres de oro, brillan al sol las matas de espartillo.

Don Liberto corta de nuevo el silencio:

— Cuando aprenda el'oficio, de juro qu'el patrón va'pagarle güen sueldo.

Eleuterio no responde.

Los dos viejos y el hijo hablan a la sombra del rancho, bajo un amplio y retorcido cinacina, que ostenta un florido ramaje de filigrana. Sirven de asientos unos viejos cajones y el mate va de mano en mano con lentitud que tiene algo de majestad sagrada.

— Y, m'hijo: ¿no ha lograo algún bicho raro pa'l patrón?...

— El ñandusito s'ha juido.

La paz de la tarde se hace aún más augusta. Eleuterio es el encargado de cebar el mate, tarea que realiza a conciencia, con digna parsimonia.

Y doña Deogracias, cada vez que el hijo alza la caldera, mira con orgullo aquella mano vigorosa que el muchacho ha heredado del abuelo materno. Como Eleuterio, don Zoilo — el padre de la vieja Deogracias — era zurdo; tan hábil, que no había en todo el contorno quien trenzase o domara mejor.

Pero Eleuterio ha conocido más «civilización». Y desarma la máquina de cortar pasto y compone la noria.

— ¡Qué manos tiene ese gurí! — ensalzó un día el dueño de «La Pedrera».

Pero don Benjamín, el capataz, un indio grandote y parco, retacea:

— Dotor, diga más bien qué mano. ¿No ve qu'el pioncito no mueve más que la zurda?...

En «La Pedrera», al dueño sólo se le llama de un modo: «el dotor». Y bien: el «dotor» ha querido traer nuevos progresos a «La Pedrera».

Como los campos son «pobres de agua», abrió nuevos pozos y va a instalar molinos. Por eso marcha Eleuterio a la capital; si aprende el oficio de «mecánico», cosa que ha propuesto el «dotor», no resultará oneroso para el establecimiento cuidar tales máquinas.

Lento y conciso, don Liberto, después que sorbe la amarga infusión, murmura agradecido:

— El patrón es güeno y usté le debe hacer el gusto.



— Pero, ¿te has afeitado la cabeza?
— Sí; me adelanto a la moda.



— Contigo, querida, el fardo de la vida será más ligero...

Y Eleuterio, echándole agua hirviente al mate, cada vez más distraído, cabecea:

— ¡Ta claro!...

Diríase que el viaje ha entristecido a todos. Doña Deogracias siente como una desgarradura en su alma sufrida, que nunca se rebela, por conocer desde niña la servidumbre. Doña Deogracias mira en silencio la «yerba de la vida», que ha florecido áurea por todas partes y piensa en extraer raicitas para darle a Eleuterio, por si, lejos de su cuidado, el muchacho se llega a enfermar.

Y, sin decir nada, de pronto, los tres piensan en Dorotea, la hermana de Eleuterio, que fué a la ciudad para cuidar los niños del «dotor» y se puso fea y triste, flaca y amarilla, regresando al campo con los «bofes» deshechos... Ahora está en el cementerio de los Téliz.

Y Eleuterio comprende en ese momento lo que no intuyó cuando le entregaron un mágico cartoncito que permite recorrer sin caballo, bien sentado, leguas y leguas: el billete ferroviario que le manda el patrón. Comprende que él es tan del campo como un potro, o esas calandrias cantoras que enmudecen en cuanto las quieren enjaular.

La vieja ha suspirado adivinando, con un poco de «ahugo» en el corazón. Y pregunta:

— ¿Ta con sentimiento e dirse?...

El padre mira de reojo a Eleuterio y se entristece también, con la envidia de aquel «pobrerío» del pueblo, cargado de hijos que no puede gritarles — aunque sea «para hacerlos hombres» — ningún «dotor» de la ciudad. Piensa en la muchacha que murió tuberculosa; en la ausencia de Eleuterio; en el reuma de Deogracias; en su propia vejez, que avanza, que avanza...

Y murmura para sí:

— ¡Ahura, asín de solos, es que v'a dar miedo!

Y ve como un enorme reptil, con muchas cabezas, la ciudad.

De repente, Eleuterio divisa allí abajo, junto al «trillo» que va al arroyo, un casal de lechuzas, que han salido al sol con sus pichones, brillantemente emplumados.

— ¡Miren! — se exalta el muchacho, con corpachón de hombre. — ¡Miren las corujitas, tanto que le gustan pa llevarlas a su quinta y ponerlas dentro esa jaula grandota que dicen que tiene el «dotor»!...

Eleuterio se revela tal cual es, un adolescente ingenuo.

Corre hacia el nido, pero los pichones desaparecen por el agujero, en tanto los padres gritan animosos, con la irritación reflejada en sus ojos de gato.

Eleuterio se echa de bruces en el pasto, muy resbaloso por la sequía, y mete el brazo, todo cuanto le es posible, a fin de tocar el fondo de la cueva... Forcejea rojo por la presión del hombro y, ante la sorpresa de don Liberto y su mujer, que lo miran desde el rancho, da un grito y se incorpora, para sacudir el brazo izquierdo como si estuviera electrizado.

Sus ojos se dilatan de espanto al verse el índice, donde brilla fementido un rubí. Cuando llega al rancho, muy pálido, oprimiéndose el dedo, la sangre le ha cubierto toda la uña.

— ¿Qué jué, m'hijo? — se estremece la madre.

Pero don Liberto aprecia el hecho con toda su crueldad.:

— ¿Había alguna víbora?...

Eleuterio, con dos lágrimas de alarma rotas en las mejillas bronceadas, clama:

— ¡Había!... ¡Córteme el dedo, tata!...

Pausadamente, la hinchazón va ganando la extremidad:

— ¡El veneno me dentra! — tiembla Eleuterio, ahora sudoroso por el terror, sintiendo hormigueos en todo el brazo. — ¡La mano!... ¡La mano!... ¡Córteme la mano, tata!...

Y le ofrece como un sacrificio aquel apéndice, en el que cifraba todo su porvenir.

El viejo, trémulo y resuelto, apresa la muñeca con la rapidez de un verdugo y pone aquella carne de su carne en el cajón más alto, mientras la inflexible hoja del enorme cuchillo brilla trágica al sol...

....

Al fin ha sido posible cortar la hemorragia, poniendo trapos y yerba de los «palos», como envoltura del muñón.

Eleuterio no se queja.

Con su pobre sensibilidad de hombre fuerte, siente escaso dolor y una aflicción elementalísima.

Por eso exclama, sonriendo pueril, sin recordar la mano:

— Tata: llev'el billete a l'estación, y a ver si me lo vende. ¡Lo que menos cinco pesos l'han e dar!...

VICENTE A. SALAVERRI



El marido.— ¡Pero ese traje muestra tu espalda hasta el talle!

— ¡Claro! ¡Como que es en el talle donde termina!...



— Eres muy amable por haber venido a verme.

— Sí. Tu médico me dijo: "Vaya usted pronto si quiere verlo vivo"; de modo que aquí me tienes...

De San Juan



Los señores Isaac y Luis López Arregui al llegar a esta ciudad después de haber realizado el raid motociclístico San Juan-Buenos Aires-San Juan.

TRASLADO DE EDIFICIOS

En algunos países, y especialmente en los Estados Unidos de Norteamérica, es una operación que se realiza hace tiempo con relativa frecuencia la del traslado de edificios enteros, no sólo metálicos, sino también construídos de piedra y ladrillo.

En vista de los satisfactorios resultados que se han obtenido en muchos de estos traslados, no se vacila en cambiar de lugar un edificio, aun cuando conste de muchos pisos, para colocarlos sobre nuevos cimientos, si se necesita para otro fin el solar que ocupa o se considera más útil que el edificio esté en otro sitio.

No hace mucho se cambió de lugar toda una serie de casas de la ciudad de Hibbing (Minnesota), para explotar con más facilidad los yacimientos de hierro que se descubrieron en el sitio que aquellas ocupaban.

Una compañía que se ha especializado en esta clase de trabajos, ha realizado no hace mucho dos notables traslados de este género.

Uno de los traslados fué el de la iglesia de San Nicolás, cuya planta es de 33,50 metros por 20 metros, construída toda de ladrillo, y cuyo peso total es de 4.500 toneladas. Se trasladó a unos seis metros de distancia del lugar que ocupaba con objeto de aumentar la anchura de la calle donde primeramente estaba edificada.

Para el traslado se la montó sobre un enlazamiento de vigas de madera que podían moverse sobre un camino de rodadura, también de madera, mediante unos rodillos a propósito. El movimiento se logró por la acción de crics o gatos que empujaban todo el armazón de madera sobre el que se había montado la iglesia. Cuando ésta se halló en su nuevo emplazamiento, se la elevó unos dos metros y medio sobre el nivel primitivo mediante la acción de 800 crics de 20 toneladas de potencia cada uno.

El otro edificio trasladado es el que ocupa la Sociedad Woodwell, el cual está también construído de ladrillo; tiene ocho pisos y pesa unas 500 toneladas.

El procedimiento de traslado fué análogo al anterior, y el motivo fué también el tratarse de aumentar la anchura de una calle.

De Territorios

FORMOSA.— LA OBRA DE LOS FRANCISCANOS EN LAISHI.

El reverendo padre Iturralde, que junto con un esforzado núcleo de compañeros lucha por mejorar la vida de los indígenas locales.

La rústica capilla de Laishi, donde concurren los indígenas de ambos sexos, los domingos y feriados.

Pintoresco conjunto de "chinas", trabajando en la fabricación de cigarros.

El reverendo padre Buenaventura que, modesta y silenciosamente, difunde entre los indígenas los preceptos de la fe.

Durante la bendición de un "Ford", verdadero petizo de los mandados al servicio de la Misión.

Mejor empleo

Para el que estudia y obtiene el diploma de uno de nuestros cursos profesionales.

Mande su dirección y recibirá gratis **un manual para aprender a escribir a máquina** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **correspondencia.**

TENEDOR de LIBROS	Contador MERCANTIL
TAQUIGRAFIA	CORRESPONDENCIA
ORTOGRAFIA	CALIGRAFIA
ARITMETICA	MECANICO
ELECTRICISTA	DIBUJO MECANICO
DIBUJO ARTISTICO	CHAUFFEUR
CONSTRUCTOR	MAQUINISTA

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

1059, Lavalle, 1059. - Buenos Aires.

(La escuela más grande del mundo).

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... C. C.



También los niños se sienten felices

cuando sus funciones digestivas e intestinales se desarrollan normalmente. Las Píldoras del Abate Kneipp, a base de ruibarbo, constituyen un seguro laxante inofensivo y fortificante. Déselas a sus niños

Píldoras Laxantes del Abate Kneipp

En las Farmacias

UNICOS AGENTES:

F. SCHWEIZER & Cía., 25 de Mayo, 11 - Bs. As.

Unión Telefónica, Avenida, 4225.

Trabajo inútil

es lavar la ropa a fuerza de muñeca y jabón.

"REXBLU"

la ahorrará a Vd. ese trabajo, además de tiempo y dinero. Pues basta tan sólo poner a la noche la ropa que Vd. desea lavar en una solución de jabón y REXBLU, para que aparezca a la mañana siguiente absolutamente limpia. «REXBLU» no quema la ropa, la hace durar más, pues como no hay necesidad de restregarla evita el desgaste que esto produce.

El paquete de REXBLU vale $ 0.45 y alcanza para lavar de 10 a 12 docenas de piezas de ropa

Pídalo en las siguientes casas: Gath y Chaves, Harrod's, Tienda San Juan, Ferretería Suiza (Lima 1688), Coop. Nacional de Consumos, Pedro Bignoli Ltda., Bazar «Dos mundos», La Perla (Riv. 6890), Bazar Triunvirato 521, Juramento 3115, C. Pellegrini 599, en tiendas y ferreterías o "Agencia Rexblu".

U. T. 4468. Riv.



Envíe el cupón adjunto y $ 0.10 en estampillas le enviaremos muestra gratis. Casilla de Correo N.° 620

Nombre ....

Calle y N.° ....

Ciudad ....



Por donde se peca...

(Crónica del año 1608)

Per quae peccat quis per naec et torquetur, dice el libro de la Sabiduría, lo que traducido en romance llano y villano, quiere decir: *Por donde peca uno, por allí será atormentado*. Y a la cuenta que gran verdad debe ser, que el tal libro ni porque sí le llaman como se llama, ni acierta y es justo en sus decires por casualidad de buena suerte. De ahí que mucho buen varón, de reposado pensar, vaya al tal y beba sapiencia que luego le aliviane y concierte las encrucijadas de la vida, y porque salen con bien de ellas gánanse el título de prudentes y sabios, cuando lo de ésto que tienen, es lo que bebieran en aquel tan ponderado libro.

Demás estará que te empuje, lector, para que, si tiene sed tu ignorancia, te abreves en el citado libro, y de no, lo dejes; pero no tan lejos que no lo alcance tu mano en momento de apuro...

Así pensaba y obraba el capitán don Diego Núñez de Prado, que teníase muy presentes las buenas máximas del libro de la Sabiduría, y jamás deshizo nada por mal hecho, ni enmendó nada por mal obrado. De aquí se sigue que nuestro capitán fuera persona de sosegado y buen vivir, y en su hogar ni hubieran sobresaltos, ni reyertas, y todo marchara por buena senda, que es cuanto puede desear un cristiano para su felicidad personal, y gloria de Dios Nuestro Señor.

En aquel hogar daban la gracia de su niñez tres niños, María de los Angeles, de once años, Juan Nepomuceno, de nueve, y Pedro Nolasco, de siete, y eran los tres, tres querubines, rubios y agraciados y alegres, que encantaba mirarles y mimarles. Tal se explica que la madre, vecina a los treinta años, pero de bello palmito, no cuidara de sí, por hacer y pensar por sus hijos, en los que se miraba y de los que vivía suspensa.

— Mi mayor gloria es verles como les veo — decía con satisfecho orgullo. — Y Dios Nuestro Señor he de querer sean todo lo felices que yo he sido y soy.

— Y lo serán ¡vaya si lo serán! — afirmaba entusiasmado Víctor el escudero, y criado de confianza del capitán. — En estas anchas tierras donde viene tanto noble varón, y hay tanta empresa, buenos maridos habrán ellas, y buena fortuna él. ¡Descuide el ama!

— Ellas serán lo que tú — terciaba el capitán — nobles compañeras, y él... él será espejo de caballeros y orgullo de su padre y de su casa

— Pues, con no más que seguir las huellas de mi Señor Capitán, ya será lo más que se puede ser.

— Otros tiempos vienen, Mamerto, que otros hombres y otras faenas han menester. Yo fuí bueno ayer, pero mañana... — y acaso por la mente del capitán, como un relámpago, cruzó toda su esforzada vida.

— Tengo para mí, amo, que en mucho tiempo será menester andar a mandobles por estas tierras. Y para ello más que bueno será don Juan Nepomuceno, fuerte, audaz y valiente, como el mejor guerrero.

— Y leal, y generoso y caballeresco — apuntó la madre. — Que en todas cuantas historias les narro, es la moraleja de guía que resalten aquellas cualidades.

— Muy bien hecho está así — dijo ufano el capitán. — Y también espero yo sean como los quiere mi deseo.

— Amo — dijo el criado, que por ser viejo servidor en la casa tenía sus privilegios — unos marinos hánme regalado un hermosísimo perro, hallado en una nave abandonada ¿queréis que os lo traiga para solaz de los niños?

— Tráelo, y tanto como de solaz les servirá de ejemplo, que ejemplo único de lealtad es el perro.

Presto fué el criado y tornó con un magnífico perro, de los llamados de la Terranova, grande, de largo y sedoso pelo, y por sobre todo, de un mirar tan inteligente que cautivaba.

— ¡Quién sabe a qué pirata habrá servido! — exclamó el capitán, gratamente. — Pero, si mal pago tuvo, en buena casa cae y buen pago tendrá.

Así, el perro, a quien se llamó «Mosquete», pasó a formar parte de la servidumbre de los Núñez de Prado, y querido y cuidado por todos, gozó de regalías que ni un príncipe.

Tiempo corrido, el criado dijo al capitán:

— Amo, tengo para mí que «Mosquete» tiene la enfermedad de la sarna, que se pega a las personas.

— ¡Contrariedad es! ¿Y qué hacemos?

— Tenerle aparte, y que no



le toquen los niños. Veré yo luego al albéitar para que le cure.

— Bien, y date prisa, no sea que ya estén dañados los niños.

Vino el albéitar, y miró a «Mosquete»:

— Curará presto — dijo con suficiencia. — Dadle a tomar tres mañanas seguidas el agua en que se hayan cocido un puñado de lentejas. Y curará, ya veréis si curará.

Hizo el criado como le mandara, y... tal que tal, «Mosquete» lo mismo.

Tornó el albéitar, y sin cejar un adarme en sus humos de sabio, allá le dió otro remedio:

— Haréis un cocimiento de hojas de Guacle, y con la agua entibiada lavaréis bien al can. Y esto por tres días.

Hizo tal el criado, y «Mosquete» como si nada, acaso se rascaba más.

— Ve por un indio que cura de males — ordenó el capitán.

Hallado el indio, le trajeron y en viendo al can, dijo le curaría, y mandó:

— Tomaréis dos puñados de hierba Paciencia, y hechas cocer, con la agua laváis al perro.

Y como estos indios tienen reputación de ser algo brujos, hicieron con mucha esperanza el remedio, pero, nada, el pobre «Mosquete» lo mismo, o peor.

El bellísimo can no sólo había perdido gran parte de su pelo, quedándole el cuero a manchas rojas y sangrantes lo que le hacía feísimo, si no que parecía íbase achicando.

— Es muy más chico — dijo Juan Nepomuceno, que, habiendo dejado de verle en quince días había ido a su casilla. — Pobre «Mosquete», la tristeza de verse así, hace que se achique.

Y así debía ser, que «Mosquete» no comía, y se estaba los días perdidos tirado como muerto.

Acudíase a cuanta persona podía curarle, y nadie ni lo alivió, que el desventurado a cada nuevo curandero crecía en su mal.

— Esto ya no es humano — díjole un día el capitán al criado. — «Mosquete» no tiene salvación, y antes de verle sufrir como un condenado, es más cristiano matarle. Luego, cuando todos se recojan, lo sacas a la calle, y lo matas, y lo arrojas lejos de aquí. Pobre «Mosquete»...

El criado quiso observar, pero, se calló; aquello era lo más cristiano, tenía razón el capitán. Y como éste le ordenara, cuando todos se recogieron, ayudado por otro criado puso un ronzal al cuello de «Mosquete», y lo sacó para la calle, allí lo mataría de un golpe de espadón.

Pero, ya en la calle, le asaltó algo como temor:

Hay luz en la taberna de Ramón — dijo a su compañero — vamos a echar un trago.

Entraron en la taberna, dejando al perro atado a la puerta.

Las libaciones se sucedieron con harta frecuencia, y así, muy pronto perdieron el buen seso.

— ¡Vamos ahora! — mandó el criado viejo poniéndose de pie, y trastrabillando.

Los dos, bastante ebrios, llevaron al perro más allá, y mientras el criado joven lo tenía, el viejo le descargó tan feroz golpe de espadón en la cabeza que cayó sin exhalar un quejido.

— Está bien muerto — exclamó aquél, tirándolo del ronzal.

— Sí, bien muerto — dijo éste, y tirando a su vez del ronzal lo arrastraron un largo trecho, arrojándolo sobre un montón de basura que al borde de la calle esperaría le arrimaran fuego.

Al siguiente día el criado dió cuenta de su misión.

— Y no hablemos ya más de ello — terminó el capitán. — Pobre «Mosquete», yo que me prometí fuera buena su suerte.

Y no se habló más del perro, todos quedaron muy tristes, que le habían cobrado gran cariño.

Una mañana, ya pasados como una docena de días, salía el capitán de su casa para asistir a Cabildo, y se halló muy sentado frente a la puerta, pues... ¡al mismísimo «Mosquete»!

El capitán quedó perplejo, mas, pensando en que habrías ido desobedecido, llamó a voces al criado:

— ¡Víctor! ¡Víctor!

Víctor voló más que corrió, mas así que enfrentara, vió a «Mosquete», y se quedó como alelado.

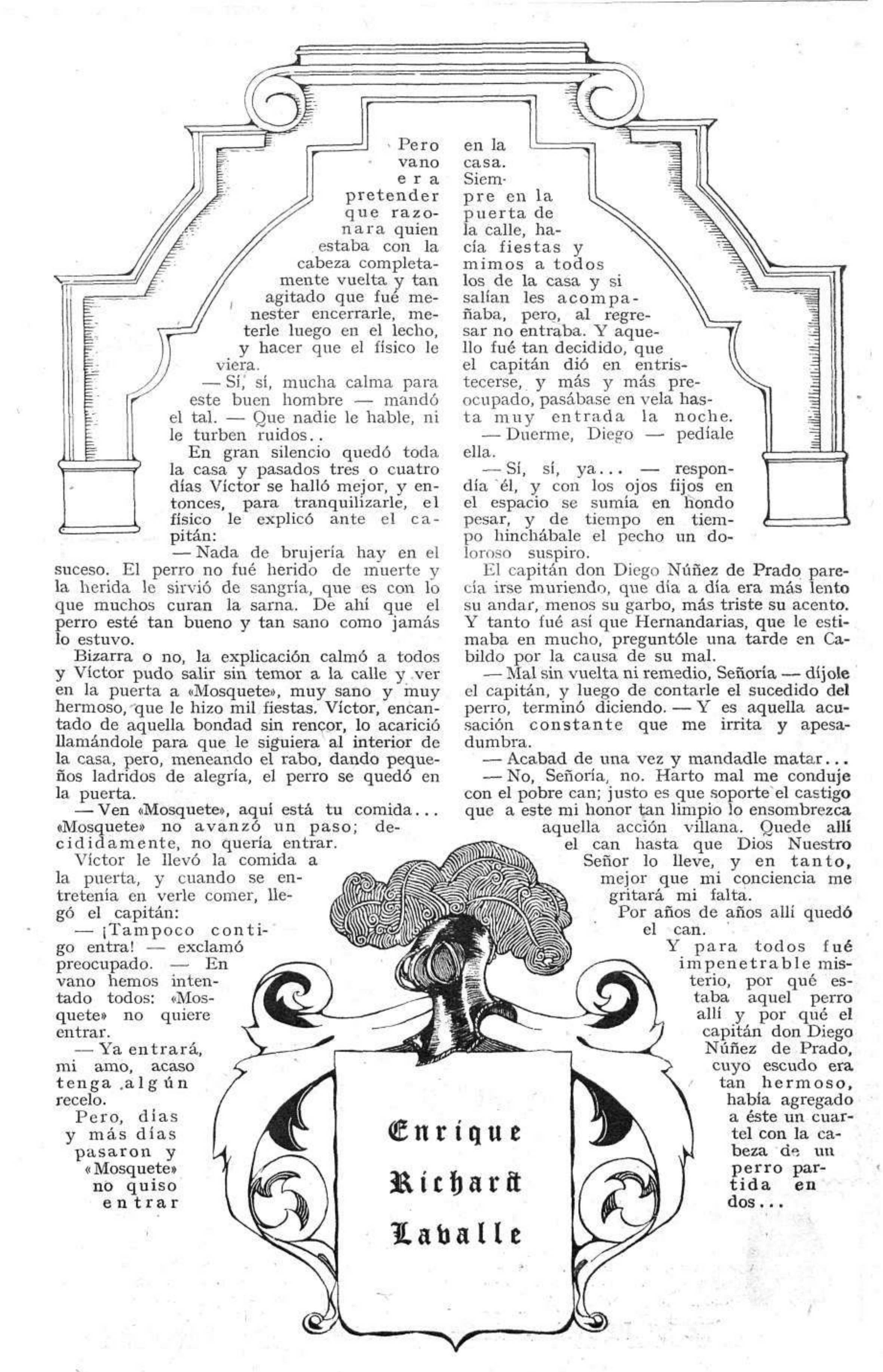
— ¿Así cumples mis órdenes?...

— Amo, amo mío... — gimió mejor que dijo Víctor. — Esto es brujería, que yo maté a «Mosquete», y ese no es «Mosquete»... — y tan trastornado y afligido estaba, que el capitán le calmó:

— Pero, piensa Víctor, acaso la bebida te hizo ver lo que no fué.

— No, amo, mucho bebimos para tener coraje, pero, bien, y muy claro vi... ¡Miradlo vos, Dios de los Apuros! — gritó, señalando al perro, que muy quieto, se estaba sentado frente a ellos. — Ahí, en la cabeza, esa gran herida... Se la hice yo con el espadón; le partí en dos la cabeza.

— Cálmate, cálmate, Víctor y razonemos.



Pero vano era pretender que razonara quien estaba con la cabeza completamente vuelta y tan agitado que fué menester encerrarle, meterle luego en el lecho, y hacer que el físico le viera.

— Sí, sí, mucha calma para este buen hombre — mandó el tal. — Que nadie le hable, ni le turben ruidos..

En gran silencio quedó toda la casa y pasados tres o cuatro días Víctor se halló mejor, y entonces, para tranquilizarle, el físico le explicó ante el capitán:

— Nada de brujería hay en el suceso. El perro no fué herido de muerte y la herida le sirvió de sangría, que es con lo que muchos curan la sarna. De ahí que el perro esté tan bueno y tan sano como jamás lo estuvo.

Bizarra o no, la explicación calmó a todos y Víctor pudo salir sin temor a la calle y ver en la puerta a «Mosquete», muy sano y muy hermoso, que le hizo mil fiestas. Víctor, encantado de aquella bondad sin rencor, lo acarició llamándole para que le siguiera al interior de la casa, pero, meneando el rabo, dando pequeños ladridos de alegría, el perro se quedó en la puerta.

— Ven «Mosquete», aquí está tu comida...

«Mosquete» no avanzó un paso; decididamente, no quería entrar.

Víctor le llevó la comida a la puerta, y cuando se entretenía en verle comer, llegó el capitán:

— ¡Tampoco contigo entra! — exclamó preocupado. — En vano hemos intentado todos: «Mosquete» no quiere entrar.

— Ya entrará, mi amo, acaso tenga algún recelo.

Pero, días y más días pasaron y «Mosquete» no quiso entrar en la casa. Siempre en la puerta de la calle, hacía fiestas y mimos a todos los de la casa y si salían les acompañaba, pero, al regresar no entraba. Y aquello fué tan decidido, que el capitán dió en entristecerse, y más y más preocupado, pasábase en vela hasta muy entrada la noche.

— Duerme, Diego — pedíale ella.

— Sí, sí, ya... — respondía él, y con los ojos fijos en el espacio se sumía en hondo pesar, y de tiempo en tiempo hinchábale el pecho un doloroso suspiro.

El capitán don Diego Núñez de Prado parecía irse muriendo, que día a día era más lento su andar, menos su garbo, más triste su acento. Y tanto fué así que Hernandarias, que le estimaba en mucho, preguntóle una tarde en Cabildo por la causa de su mal.

— Mal sin vuelta ni remedio, Señoría — díjole el capitán, y luego de contarle el sucedido del perro, terminó diciendo. — Y es aquella acusación constante que me irrita y apesadumbra.

— Acabad de una vez y mandadle matar...

— No, Señoría, no. Harto mal me conduje con el pobre can; justo es que soporte el castigo que a este mi honor tan limpio lo ensombrezca aquella acción villana. Quede allí el can hasta que Dios Nuestro Señor lo lleve, y en tanto, mejor que mi conciencia me gritará mi falta.

Por años de años allí quedó el can.

Y para todos fué impenetrable misterio, por qué estaba aquel perro allí y por qué el capitán don Diego Núñez de Prado, cuyo escudo era tan hermoso, había agregado a éste un cuartel con la cabeza de un perro partida en dos...

Enrique Richard Lavalle



ING. LUIGGI. — La señorita Carolina Cossolini, presidenta de la Comisión organizadora del bazar-rifa en las Romerías Españolas, rodeada por el núcleo de señoritas que tan eficazmente la secundó en su tarea.


LUIS 924
DE EXÓTICA COMPOSICIÓN
Maderas de Oriente
POMPA FEMENINA DEL
SOÑADOR ORIENTE,
CÁLIDO Y FELINO
LA VIEJA MADERA
DE SU ESTUCHE
DENOTA SU
REMOTA
PROCEDENCIA
MADERAS DE ORIENTE
DE
MYRURGIA
DEPOSITARIOS
GONZÁLEZ GARCÍA Y Cía
ALSINA, 1056



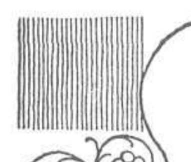
GENERAL ACHA (Pampa). — Grupo de obreros de esta localidad que celebraron con una fiesta campestre el 1.° de Mayo.

¿NOS COMUNICAREMOS CON EL PLANETA MARTE?

En una entrevista celebrada por un redactor del «Sunday Express» con el señor Marconi, con motivo de las emisiones de ondas a través del Atlántico, el inventor ha proclamado una vez más su confianza en el porvenir de la telegrafía sin hilos.

«Si los experimentos que estoy realizando actualmente — dijo — alcanzan un resultado satisfactorio, muy pronto todo el mundo podrá oir perfectamente lo que se habla entre un lado y otro del Océano Atlántico. Las comunicaciones de la telegrafía y telefonía sin hilos no se limitarán al globo terrestre. Podremos construir un juego de aparatos de emisión suficientemente potentes para enviar ondas más allá de los espacios, hasta los planetas. Si Marte está habitado, y los marcianos poseen receptores correspondientes a nuestras ondas de emisión, nos podremos comunicar, claro que si ellos comprenden nuestros mensajes».

En Londres, una mujer acaba de ser multada por haber tenido encerrado un perro, en una habitación, durante siete años.




MUEBLERIA SAN MARTIN

La Fábrica más GRANDE y ANTIGUA de Sud América. — Fundada el año 1870.

1359, CORRIENTES, 1359 — PEDRO PASQUARIELLO

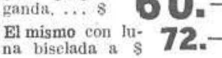
Solicite el nuevo Catálogo 1924.



DE ENORME VENTA. — Sólido dormitorio de roble N. A. macizo, lustrado en claro u obscuro, con artísticas tallas, espejos biselados y mármoles de calidad. Compuesto de ropero 3 cuerpos, lavatorio-cómoda, mesa de luz con espejo, cama de 2 plazas con elástico patentado, 1 percha y 1 toallero. $ **460.—**



SOLIDO GUARDARROPA, imitación roble o cedro-caoba, con puertas corredizas, como gran propaganda. ... $ **60.—**



El mismo con luna biselada a $ **72.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 1, con elástico imperial. De 2 plazas, metros 1.40, pesos **120.-**; 1½ plaza, metros 1.05, pesos **100.-**; 1 plaza, metros 0.90, a pesos .... **65.—**



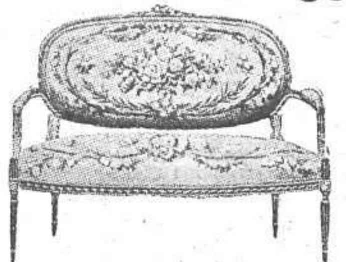
MODELO EXCLUSIVO DE LA CASA. — Fabricación única de nuestros talleres. Comedor. Vitrinas, gran formato, en cedro-caoba con fina marquetería de París e incrustaciones de palo rosa, compuesto de: Aparador, trinchante con lunas y cristales biselados, mármoles finos, aplicaciones de bronce, mesa para 6 cubiertos y 6 sillas tapizadas en cuero de primera. Como gran reclame a pesos.. **595.—**



REGIO DORMITORIO, en cedro-caoba, con fina marquetería importada, filetes de palo rosa, artísticas aplicaciones de bronce, lunas biseladas extranjeras, 8 piezas. .... **595.—**



CAMA DE HIERRO, esmaltada al laqué, con elástico imperial, reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, pesos **45.-**; 1½ plaza, pesos **35.-**; 1 plaza ...... $ **24.—**


JUEGO Luis XVI ovalado, todo dorado a fuego, tapizado en regio lampás de seda, 9 piezas.

$ 320

LECTURAS INFANTILES

LA CASA GRANDE

POR ADELIA DI CARLO

AMINANDO, caminando, niños y maestro llegan a una explanada cubierta de pasto verdísimo. Desde allí se ve el blanco caminito que desciende serpenteando al valle. Diseminados aquí y allá se contemplan los ranchos de barro y paja de los labradores y las humildes casitas de los lugareños. Más allá, el pequeño río se extiende como una cinta de plata, mientras algunos sauces llorones se inclinan a su paso como rindiéndole homenaje. Y, un poco más lejos, aparecen las montañas altísimas, detrás de las cuales el sol comienza a ocultarse, tiñendo el firmamento de rosa y violeta. De cuando en cuando se oye algún ruido: el batir de alas de un ave que retorna al nido, el mugido de una vaca o la voz de un hombre que se pierde en lontananza. Y dulcísimo y armonioso se difunde en el aire el sonido de una campana, semejante a una plegaria que en una sola voz elevaban seres y cosas.

Los niños permanecen silenciosos, extáticos. Sienten invadidos sus corazoncitos de una gran dulzura.

El maestro también calla. El está igualmente dominado por el encanto de esa hora. Pero, pasados algunos minutos, vuelve a su interrumpida plática diciendo:

— Sí, niños míos, es natural que todos queramos nuestra casa, porque en ella pasamos muchas horas del día y de la noche, en medio de personas que nos son queridísimas, unidas a nosotros por los vínculos de la sangre. Y, queriéndola tanto, es natural también que, cuando estemos lejos, experimentemos el deseo de regresar a ella.

— Sí, maestro, también nosotros la amamos, y en ninguna parte nos sentimos más libres y contentos que en nuestra casa — dijo Miguel, el mayor de todos.

— Allí está nuestro cuartito en el que dormimos tranquilos, despertándonos por la mañana a la voz amorosa de mamá, a la que tendemos los brazos para dar y recibir un beso — dice Armandito.

— También está allí el cuarto que nos reune de día y de noche para trabajar o estudiar en compañía de nuestra madre, mientras aguardamos el regreso de papá — interviene a su vez Hugo.

— Sobre la mesa se tiende al medio día y a la noche el blanco mantel para el almuerzo y la comida.— agrega Enrique.

— Seguramente no se ven en ella finos cristales y cubiertos de plata, ni en los platos de porcelana se sirven costosos manjares. Pero, ¿qué importa todo eso, amiguitos míos? No es el lujo, ni los alimentos exquisitos los que hacen felices: es el amor, la paz, la salud. Y, amor, paz y salud conviven siempre con vosotros en vuestra casa, niños.

Después de un momento de reflexión, — agregó el maestro:

— Existe también otra casa grande para la cual todos los nacidos en esta tierra, deben sentir y desear amor, paz y prosperidad.

— ¿Cuál es, maestro? — preguntaron a una sola voz los niños.

— Pronto vais a saberlo.

El maestro dió un paso adelante seguido de sus escolares y se encaminó hacia un poste o hito un poco distante del sitio en que se encontraban, el que se erguía entre pedruscos y malezas.

Mientras andaban, el maestro, decíales:

— Observad que es muy fácil gritar: ¡Viva! y ¡Abajo! en un momento de entusiasmo, pero las grandes causas, como es la de la patria, tienen necesidad sobre todo de perseverancia. Así lo demostraron los prohombres de la Revolución de Mayo, que vivieron días de propósitos y de esperanzas, aguardando con firme convencimiento la futura liberación. Los surcos que ellos trazaron y en los que arrojaron simiente bienhechora, se ofrecían pletóricos de maravillosas promesas. Y esas promesas se cumplieron. ¿Comprenden?

Los niños asintieron con una señal de cabeza.

— Y bien; es en el recogimiento, no en las manifestaciones ruidosas, que se madura la fe. Hay quien sostiene que los ideales han muerto y los tiempos de abnegación y de sacrificio han pasado para no volver. Pero, tened presente, amiguitos, que los ideales no mueren y los tiempos se renuevan.

Ya habían llegado al poste. El maestro se detuvo. Y, lentamente, como si quisiera dar tiempo a sus discípulos a reflexionar sobre el significado de sus palabras, dijo:

— Aquí termina la República Argentina.

— ¿Termina? — exclamaron asombrados los escolares.

— ¿Qué quiere decir eso? — preguntó Alberto.

— Quiere decir — explicó el maestro — que del lado de esta señal se encuentra nuestra gran casa, nuestra patria, y más allá de ella comienza la casa de los otros. Son también nuestros hermanos en el concepto de la humanidad y de la gran familia americana que tiene su origen en España.

Los niños habían dado la espalda al hito y miraban todo el valle lleno de sol y nunca sintieron como en aquél instante la intensa ternura que los invadía. Nunca tampoco experimentaron como entonces un amor tan inmenso por su bellísima grande casa.

Y uno de ellos, el más chiquito, se puso de rodillas y besó la tierra.

SANAGOLA

PARA LA TOS

Bronquitis, Catarro, Disnea y para toda afección de las vías respiratorias. Remedio infalible y agradable al paladar.

Venta en farmacias — MAYON Ltda., Avenida de Mayo, 1257 — Buenos Aires.



Con las incubadoras infalibles de la **"Casa Reihnold"** y huevos para empollar del **"Criadero Excelsior"**, la cria de aves resulta una ocupación fácil y agradable en la cual pueden hacer fortuna hombres, mujeres y niños. Libros ilustrados explicativos "Manual de Avicultura", a $ 1.20 y "Cría, Enfermedades y Album en colores de las aves", a $ 1.20 los remite la EXPOSICION DE AVICULTURA, **Calle BELGRANO, 499. — Buenos Aires.**





EL AGUA MINERAL PISMANTA ES UN VERDADERO DON DE LA NATURALEZA.

Solicítela en todos los Bars, Confiterias, Restaurants y Hoteles del País.

DEPOSITARIOS: LARROQUETTE Y C[ia] C. PELLEGRINI 1047



GENERAL PICO (Pampa). — Miembros de la Unión Cívica Radical festejando el triunfo obtenido en las últimas elecciones de concejales municipales.

ORIGEN DEL PETRÓLEO

Charles Nordman, que se ha distinguido por sus trabajos de vulgarización científica, expone sobre el origen del petróleo algunas ideas que fijan cuando menos, los dos polos de la discusión.

Químicos para quienes se trata de una mezcla de carburos de hidrógeno; poetas románticos que lo ven como un astro verdusco bajo el cielo verde de una pantalla; sabios que encuentran el símbolo de la gloria: un poco frío, una llama... nada. Sólo los geólogos se encuentran perplejos. El origen de este líquido pirogeno los abruma, pues es más difícil averiguar de dónde provienen las cosas que adónde van y qué son.

Se sabe que el petróleo se encuentra generalmente en las capas o depósitos subterráneos de donde se le extrae por una especie de punción practicada a través de la epidermis del planeta, usando una gran aguja metálica que se llama sonda.

¿Quién ha formado y acumulado en estos lugares privilegiados el raro líquido inflamable? Hay muchas teorías persuasivas y rivales. Dos solamente parecen sostenerse. Para ambas, el petróleo debe haber nacido de las materias grasas enterradas accidentalmente, sometidas bajo la tierra a altas temperaturas y fuertes presiones. Esta tesis, o más bien esta hipótesis, parece corroborada por una síntesis. En efecto, destilando aceite de hígado de bacalao u otros aceites, bajo presión, se obtiene un líquido inflamable muy parecido al petróleo natural.

LEY 11289
CAJA DE EMPLEADOS
Y OBREROS
DE

LEY DE - JUBILACIONES Nº 11289.
PLANILLA DE SUELDOS Y APORTES
EMPRESA
(Domicilio)
Correspondiente al mes de ______ de 192__

Nº de Orden		APELLIDO Y NOMBRE	EMPLEO	SUELDO BASE										OBSERVACIONES
												D	H	

"Smith-Silenciosa"

es la máquina de escribir que admite el ancho de las planillas sin doblarlas, permitiendo así un trabajo más perfecto y rápido.

El carro fijo, al hacer las mayúsculas, evita el cansancio del dactilógrafo y da al escrito una mejor alineación.

El tabulador decimal (sin aumento de precio) permite efectuar con toda rapidez y exactitud el trabajo de cifras en las columnas que requiere la planilla.

No pierda más tiempo; pida hoy mismo una demostración práctica en sus propias oficinas, sin compromiso ni gasto alguno. Para el interior, solicítenos folletos ilustrados que enviamos gratis.

Recibimos en cambio cualquier marca de máquina, como parte del valor de la nueva.

AGENTES EXCLUSIVOS:

Pratt & Cia.

626, SARMIENTO, 636 - Buenos Aires.
ROSARIO y CORDOBA

Su estancia o su casa de campo

necesitan un equipo eléctrico

DELCO LUZ

Más de 2500 equipos de esta marca que funcionan actualmente en este país, justifican sus resultados altamente satisfactorios.

Con el DELCO-LUZ, además de obtener luz clara y potente, podrá accionar todos los utensilios domésticos, como ser: planchas, desnatadoras, cinematógrafos, caloríferos, etc.

Solicítenos HOY MISMO folletos explicativos y la nómina de poseedores, donde hallará el nombre de algún amigo o vecino. Consúltelo sobre sus resultados y ventajas. Esa es su mejor garantía.

Agentes en las principales localidades del interior.

DELCO-LUZ



Se necesitan buenos faros para los malos caminos.

En invierno los caminos se hallan por lo general, en mal estado, y durante la noche su auto corre el riesgo de precipitarse en un pantano si carece de buenos faros que puedan evitar a tiempo el peligro iluminando el camino en una larga distancia.

ARTHUR S. HAWTREY y Cía.
SANTIAGO del ESTERO, 354
U. T. 6249, RIVADAVIA — BUENOS AIRES

Los potentes faros giratorios



llenan este requisito a entera satisfacción. Convierten la noche en día.



CASA VILANOVA



INAUGURACION del nuevo gran ensanche de nuestra casa y talleres donde se imprimen toda clase de trabajos de lujo IMPRENTA, LITOGRAFIA, PAPELERIA ARTICULOS DE ESCRITORIO, GRABADOS Y TIMBRADOS DE LUJO.

CASA ESPECIALISTA EN PARTES DE ENLACE Y PAPELES ALTA FANTASIA.

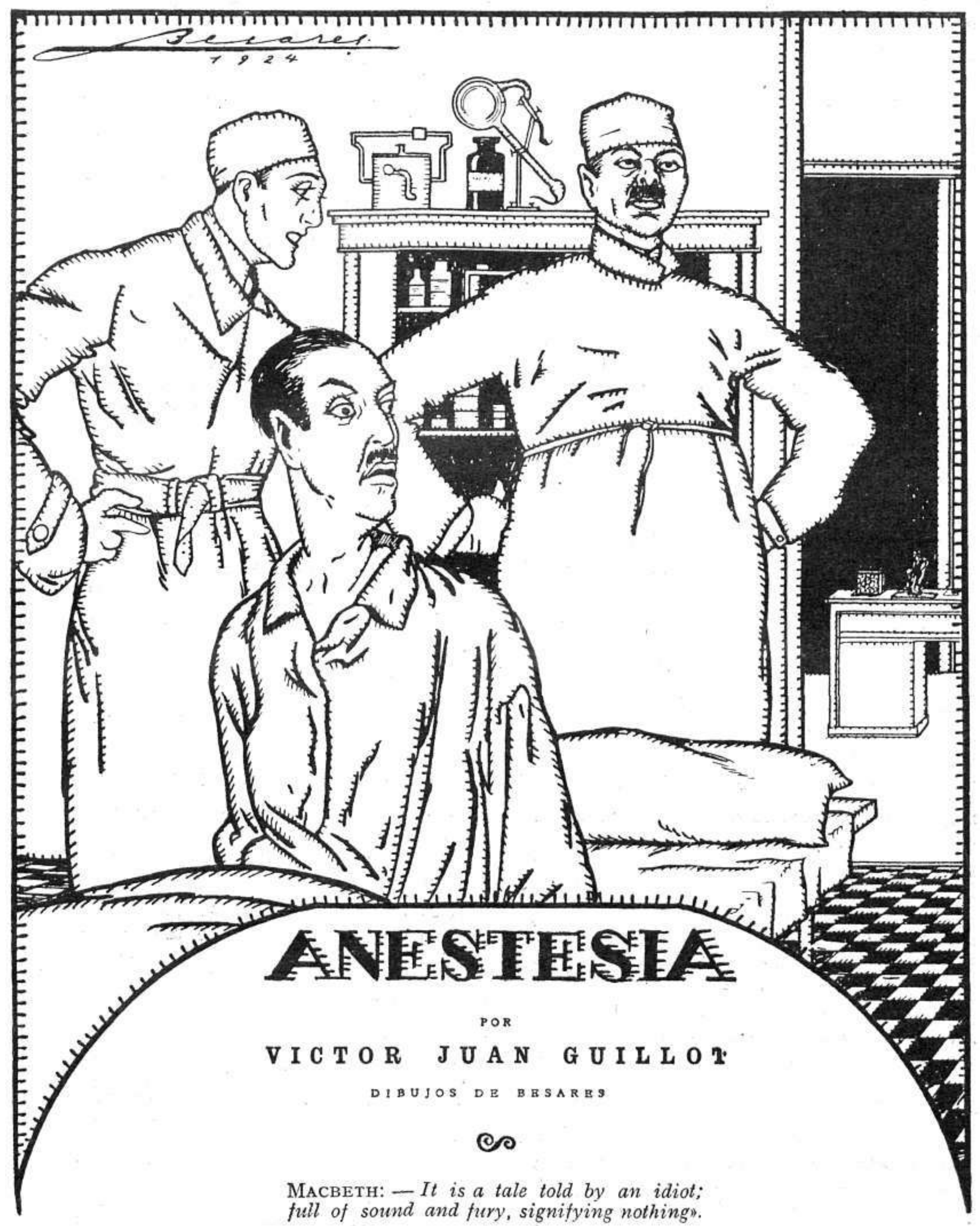
siempre NOVEDADES a títulos de propaganda con motivo del nuevo Gran Ensanche.

1 Caja papel, sobre forrado, con 2 iniciales..	$ 2.—
1 Caja papel con 3 iniciales, colores Rosa, Celeste, Madera, Gris y Blanco..........	» 3.—
1 Caja papel con nombre, los mismos colores que la anterior......................	» 2.—
100 Tarjetas de visita en cartulina blanca....	» 1.50
100 Tarjetas de visita en relieve, pergamino...	» 4.—
1 Sello de goma comercial, ovalado o redondo	» 2.50
1 Sello de lacre, 2 iniciales................	» 1.20
1 Sello de 2 letras para marcar ropa, con un frasco de tinta.........................	» 1.50
1 Block carta hilo, 200 hojas rayadas......	» 1.20

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, más 0.20 para flete.

83, ESMERALDA, 87 - Buenos Aires.
Unión Telefónica 2753, Avenida.





ANESTESIA

POR

VICTOR JUAN GUILLOT

DIBUJOS DE BESARES

MACBETH: — *It is a tale told by an idiot; full of sound and fury, signifying nothing».*

Sonó el teléfono en el consultorio instalado en la pieza contigua. La imperiosa estridencia del timbre sobresaltó a Rosauer. Alguien respondió premiosamente:

— Imposible; el doctor va a operar en seguida; más tarde, si no se presentan complicaciones...

Hacía cuatro días que se hallaba en el hospital y más de una vez escuchó la misma respuesta; pero esta vez un ligero estremecimiento corrió por sus nervios. Bajó con precaución la mano derecha hasta el abdomen y palpó, con suavidad primero, con cierta rudeza después; nada, ni un dolor; los tejidos cedían sin resistencia a la presión. ¡Y pensar que la operación anunciada por teléfono esta vez había de practicarse en su propio cuerpo y carne! Era cosa sencilla y rápida, sin duda. Alguien le habló poco antes de estadísticas tranquilizadoras. Con todo, imaginó por un momento una silenciosa fuga que le sustrajese al trance aquél. Debían ser las ocho; pensó en Palermo; la mañana se alzaría clara y fresca allá, bajo la frondosa arboleda. Algún tren cargado de gentes desconocidas pasaría silbando por sobre los terraplenes del fondo. El mundo se dilataba, indiferente, más allá de aquellas paredes, más allá de la calle vecina, cuyo rumor llegaba amortiguado hasta sus oídos. Y dentro de poco rato... ¿Cuánto faltaría? Media hora quizás; o quince minutos solamente. El animal ese del teléfono había

hablado de complicaciones. ¿Qué complicaciones podrían ser? Ya se sabe que un apéndice se extrae de su sitio con la misma facilidad con que se saca el reloj del bolsillo. ¿Y entonces? ¿Es que... es que... también se puede morir en una mesa de operaciones? Rosauer se encogió de hombros; detenerse ahora en esas cosas era como entregarse sin pelear. Después de todo, para el que muere, estar muerto es como estar vivo, desde que no sabrá lo que le ha ocurrido. Con no pensar en eso se esquiva la única parte angustiosa del asunto.

Un pavo cloqueó desaforadamente en la azotea. Tenían instalado allí un gallinero; toda la noche, a cortos intervalos, el animal se había dejado constancia de su presencia, y, quizá de su inquietud. A ese también — pensó Rosauer — intentándose una broma que le salió lúgubre. — Alguien pasó apresuradamente por el pasillo, haciendo sonar cosas metálicas, en una caja de instrumentos; por la puerta entornada difundíase un farmacéutico olor a formol. Entró un practicante. Era un mozo grave en cuyo semblante pálido y alargado se reflejaba la apática indiferencia que nace de la costumbre.

Caminar hasta la sala de operaciones cambiando chanzas con un acompañante es cosa que hacen fácilmente muchos. Al pasar atísbase al soslayo el interior de otras salas en donde algunos esperan el temeroso turno, mientras los demás recuerdan o aguardan con ansiedad la hora del termómetro. Un rato más tarde, uno mismo se encontrará así, tendido blandamente en la cama, platicando con los que le rodean y adivinando confusamente, como contingencia posible, pero perdida en la remota vaguedad de un futuro impreciso, el retorno del vigor y la salud. Sintióse Rosauer en la situación de quien contempla la pradera verdegueante más allá del negro y tumultuoso torrente que debe cruzar, si lo cruza. Aprensiones, nada más.

Semidesnudo, acostóse sobre la mesa; el contacto con el cuero frío que la revestía, produjole desagradable impresión. Además, pensó en cuántas pieles húmedas de los trasudores de la enfermedad y el dolor de la agonía se habrían restregado contra aquella superficie lisa y aterida. Solamente para calmar el asco que lo invadía hubiérase levantado de allí. Pero ya el enfermero le sujetaba piernas y brazos con las correas, aferrándolo a los soportes y posamuslos con la metódica precisión que se pone para trincar una res. Rosauer insinuó una protesta que el practicante cortó con una seca advertencia:

— Lo agradecerá más tarde; a mayor inmovilidad, mayor seguridad. Cuando tenga el cuchillo por allá dentro — añadió — y la carne erizada de pinzas como un avispero, no tendrá conciencia del dolor, pero los nervios lo sienten y el cuerpo resiste y forcejea; entonces, un movimiento brusco, por segura que sea la mano que maneja el bisturí, puede provocar un corte donde no se quiere y...

Se calló, movido de súbita, pero tardía discreción. Rosauer también guardó silencio. Sus miradas se detuvieron en el esterilizador, en donde, entre una solución todavía humeante por la reciente ebullición, alineábanse escalpelos, tijeras, pinzas y sierras; todo un espantable instrumental de cirugía que le dió frío. Su carne se contrajo amedrentada ante la sensación de aquellos niquelados hierros, punzando, rajando, aserrando sus músculos, sus huesos, su cuerpo todo.

El otro, respondiendo a un íntimo y hasta entonces dominado deseo de hablar, explicó con tétrica jovialidad.

— Aquí sobra mucho; pero, usted comprende, hay que prever cualquier contingencia. En casos como el suyo con bisturí, tijeras y pinzas, basta. Hecha la primera incisión...

Trazó en el aire, con el pulgar y el índice unidos, el gesto de quien hiende una superficie.

Evidentemente, estaba persuadido de que su elocuencia de anfiteatro ejercía saludable influencia sobre el espíritu de Rosauer, porque continuó con afable condescendencia:

— Ustedes — acentuaba despectivamente el ustedes, englobando en el pronombre a toda la humanidad que no ha gozado jamás del deleite de una autopsia ni del placer purísimo de una disección, — creen que el escalpelo se empuña como un cuchillo de mesa; pero eso solamente es útil para un seccionamiento o para una honda incisión en la piel; el arte consiste en tomarlo como una pluma de escribir. ¿Me entiende? posición que, además de ser sólida, da gran ligereza a los movimientos de la mano. También, pero esto ya es cosa de maestro, puede ser manejado como un arco de violín, con lo que se obtiene una levedad y una delicadeza que favorecen la operación...

Aquello era brutal. Algo había en la expresión de Rosauer que atravesó el grueso tegumento defensivo de su sensibilidad porque el individuo interrumpió su exposición, fingiendo atarearse en un detalle del aparato para analgesia. Era un gigantesco Draeger, combinado para éter y cloroformo, con oxígeno o mezclado. Aparecía como un complicado mecanismo de diabólica física, erizado de engranajes, tubos, manómetros, dispositivos especiales para hiperpresión, válvulas reductoras y contadores de gotas. Largos tentáculos de alambre articulado y gutapercha terminaban en siniestras máscaras de inhalación; dos enormes tubos cilíndricos introducían en él sus obscuros cuellos de culebrina, cerrados con trapezoidales roscas que parecían fatigarse en el esfuerzo de contener la presión interior. Los nervios mejor templados, cuando vibran en un cuerpo tendido en una camilla, ceden en presencia de tal quincallería de alta industria quirúrgica. Rosauer cerró los ojos.

Entraron los médicos. El delantal blanco, la careta y los guantes puestos no ejercen ningún influjo tranquilizador sobre nadie. Su expresión era grave y cambiaban breves impresiones en voz baja, sin advertir, al parecer, la expectativa angustiosa del paciente. Substraído fugazmente a la sugestión del caso, Rosauer se comparó a Prometeo encadenado sobre la roca; pero los buitres eran dos.

Se reavivaron en él sus temores acerca de la resistencia del corazón. ¿Y si fallaba en plena anestesia? Uno de los médicos lo pulsó, tranquilizándolo. Sintió sobre su cara la frialdad de la mascarilla que una mano ruda oprimía sobre su boca y nariz. Le daban éter adicionado de cloroformo. La primera oleada casi lo sofocó y tentó arrancarse, tosiendo, la máscara asfixiante

— Respire hondo. Cuente.

Hizo una profunda inspiración. Algo como una niebla glacial le descendió por los pulmones y comenzó a difundirse sutilmente por todo su organismo. Contó. Cinco... Estaba en pleno dominio de sí mismo; con seguridad que le fracasaba la anestesia. Seis... ¿Descendía? Evidentemente estaban bajando la mesa. En una sensación de hundimiento en el vacío por momentos artificiosa, una náusea insinuó el

mareo allá en el estómago. Y, además, aquel frío. Veinte... Le dolía el corazón, como si lo torcieran lentamente. ¡Con tal que no fallara! Recordaba haber leído de corazones que estallan bajo la presión de...

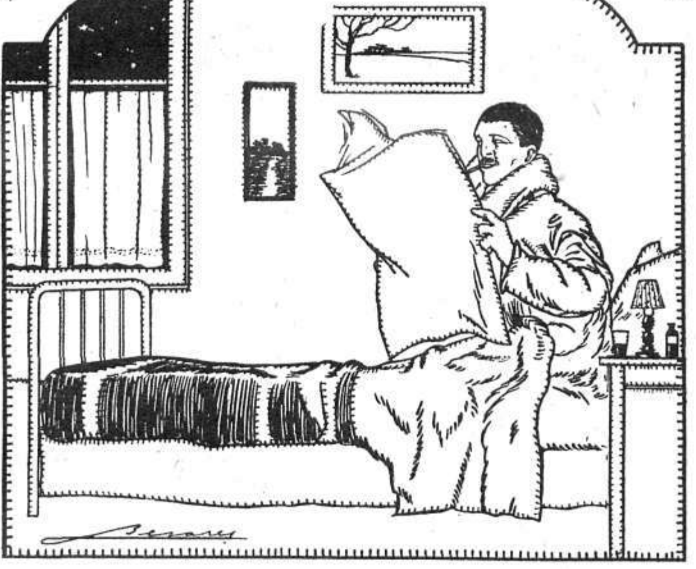
— Respire hondo.

Obedeció y la niebla helada fué a posarse allá en los senos del diafragma, hinchándolos a modo de escondidas velas. El cuerpo se le aligeraba como si cada una de sus células se inflase de gas ascensional. Flotaba, leve, libre de la corporal pesadumbre, como abandonado horizontalmente sobre las olas de un aéreo mar. Y otra vez el hundimiento. Ahora caía como impulsado brutalmente por una fuerza que lo precipitaba hacia gélidos abismos. Cuarenta... ¡Si pudiese resistir! Caía. Su cuerpo mismo iba abriendo brecha en aquella bruma glacial que se difundiese por endosmosis en sus huesos y arterias. La mano invisible debía ser ruda, porque oprimía duramente la mascarilla, hiriéndolo con sus bordes. Tentaría de que lo oyeran. ¿Llegaría su voz hasta allá arriba? Escucháronlo sin duda, porque un cuerpo algodonino atenuó la cortante presión del borde hiriente.

— Respire hondo.

La racha helada pasó zumbando por sus pulmones. Descendía, descendía siempre. ¿Por qué simas caería su cuerpo? Y las manos de los otros tentaculares, seguiríanlo en su caída; el brazo de aquélla que lo pulsaba debía tener algunos kilómetros de largo, ascendiendo como una serpiente hasta las remotas superficies desde donde lo contemplaba el grupo. Debían estar todos como inclinados sobre un lúgubre pozo, en cuyo fondo se adentraba cada vez más su cuerpo horizontal. Cincuenta.

Se dispersaba en el frío. Finas cuchillas glaciales iban disociando su carne ahora leve e imponderable como el mismo éter. Ya disperso, diluíase, flotante como una nube, en el inasible ambiente. Algo suave y frígido, escamas de nieve, acumulábansele gradualmente sobre el corazón, oprimiéndolo hasta la angustia. Así ha de ser como se muere, pensó. Entretanto, allá arriba, el sol, las gentes que viven, la vida... Hundióse, tragado por el insondable abismo.



II

Marchaba el tren velozmente por la ilimitada llanura de un rojizo gris. Su velocidad pavorosa precipitábalo como un despeñamiento en las opacas penumbras de un vespertino crepúsculo ártico. Desorientado, Rosauer intentaba vanamente reconocer los parajes, esforzándose en distinguir formas concretas en la bruma algodonosa e imponderable que el convoy perforaba con su masa lanzada como un rasante bólido. Confusamente, desfigurados por el fantástico desplazamiento horizontal, insinuábanse escorzos vermiformes, imprecisas larvas incógnitas, adivinadas apenas en aquella quimérica evasión del espacio — ¿del espacio?

Hallábase sentado en ese sitio hacía ya tanto tiempo, tan inmemorial tiempo, que ni recordaba la hora ni el sitio de salida. Parecíale que toda su vida había transcurrido así, en el sombrío coche de aquel tren escapado como en una fuga de pesadilla. Trató de hacer memoria. Días pasados encontróse en Florida con Alcázar, viejo compañero de Facultad. Tomaron juntos en el Richmond una líquida mescolanza con sabor a pimienta, fruta verde y azúcar y separáronse después que él, Rosauer, prometió seriamente a Alcázar el visitarlo un domingo en la isla del Tigre, donde el otro refugió cierta vieja misantropía, agudizada últimamente por un desengaño amoroso en que figuraba la mujer —bella mujer a fe — de un ambiguo diplomático rumano. Acudía, sin duda, a cumplir con su promesa cuando una somnolencia intempestiva esfumó en su espíritu la noción del tiempo. Eso debía ser. ¿Pero, aquella soledad y aquella sanguinolenta obscuridad? Nervioso, Rosauer alzó un cristal que corrió sin resistencias y sin peso casi. Precipitábase siempre el tren con fantástica velocidad por aquella landa ilimitada y gris bajo el turbio fulgor de las estrellas en los cielos opacos. Ansiosamente, Rosauer escrutó la tiniebla ya desleída en rosácea opacidad como un precipitado químico en un vaso esmerilado. Decididamente, la noche — ¿pero era realmente de noche? — adulteraba la fisonomía del harto conocido paisaje que bordean los rieles de la línea al Tigre. De pronto, Rosauer se estremeció. A pesar de la celeridad fabulosa del avance, *ni la más ligera racha de aire entraba por la abierta ventanilla.* Extendió la mano afuera y le pareció que la mantenía inmóvil en la serenidad del ambiente. El tren parecía correr en el vacío. Además... Rasauer saltó en el asiento y pegó el oído, vibrante, contra las maderas del coche. *¡Aquel convoy se deslizaba con espantable silencio!* Ni un rumor, ni una trepidación daban una sensación de materialidad en la vertiginosa carrera. Sin embargo — pensó Rosauer — un tren a semejante marcha debe provocar un huracán en su contra y debe resonar con todo el estruendo de sus

hierros en frenética función. Recordó entonces olvidadas conversaciones con estudiantes de Medicina referentes a extraordinarios fenómenos patológicos trasuntos en alucinaciones visuales y repentinas inhibiciones de los órganos auditivos. Tal vez era aquello. Pasaría.

Se dejó caer sobre el asiento y miró en torno suyo. Acá y acullá, algunas personas ocupaban sendos asientos. El aire ensimismado, parecían extrañas a cuanto les rodeaba. Una mujer joven, muy cerca de Rosauer, clavaba la mirada estática de sus grandes ojos grises en quién sabe qué invisible objeto desconocido. No se veía ni uno solo de esos grupos familiares o amistosos «entourages» que suelen hacer bulliciosas tertulias en los trenes de corto recorrido. Ocurriósele a Rosauer que algunas de aquellas fisonomías no le eran desconocidas. Mas en vano pugnó mentalmente por localizar su recuerdo. Tal vez pertenecían a ese mundo de semblantes con los cuales uno se cruza cotidianamente en la calle, en los teatros y en los tranvías sin llegar a saber nunca a qué nombre responden ni qué vidas esconden bajo su vulgar expresión. Con todo, su presencia lo tranquilizó un tanto, sin apaciguar la angustiosa tensión de sus nervios. Hubiese deseado entablar conversación con alguno de ellos, pero la esquiva reflexión de sus ojos sonámbulos lo intimidó.

Silenciosamente, alguien adelantó con pausa por el pasillo, entre las dos filas de asientos. Debía ser un revisor, sin duda, porque llevaba uniforme pardo y hundíasele hasta los ojos una gorra de visera. Su presencia establecía una comunicación tan concreta con la existencia ordinaria, que Rosauer olvidó súbitamente sus pavores para hurgarse apresuradamente los bolsillos en procura del pasaje.

Pero el hombre limitábase a detenerse delante de cada viajero; mirábalo un segundo fijamente y continuaba su marcha. Cosa extraña; bajo sus miradas las caras descomponíanse en un tremendo rictus de dolor y angustia; la mujer de los ojos grises, clavados los suyos en los del mudo guarda, dejó reflejar en ellos tal espanto interior, que Rosauer sintió un escalofrío correrle fulgurante de la nuca a los calcañares. Trémulo, y perdida ya toda noción de realidad, se arrojó de cara contra el banco fronterizo, sollozando en grandes hipos espasmódicos. Cuando se atrevió a levantar la cabeza, solamente quedaban en el vagón los viajeros de antes, más desolada la expresión angustiosa de su cara, más absortos aún en quién sabe qué horripilantes meditaciones.

Ahora era Alcázar, el mismo Alcázar, quien ocupaba un asiento a su lado. Rosauer no lo reconoció en seguida, porque el otro presentaba la cara desfigurada por una enorme tumefacción sangrienta que le cubría todo el ojo derecho y subía hasta la región temporal a manera de un inmenso coágulo. En el primer momento, Rosauer no se sorprendió de su presencia, nada más lógico que encontrarlo en un tren que debía tomar diariamente. Su llegada disipaba aquellas fantasmagorías engendradas — lo empezaba a creer ahora — por la súbita recidiva de una dolencia específica descuidada. En cuanto volviera a Buenos Aires se entregaría en manos de un especialista.

Pero Alcázar, habitualmente lacónico, parecía en aquella ocasión dominado por lóbrega melancolía. Saludó apenas con una sonrisa triste, que se insinuó como una mueca en sus alteradas facciones. A la inquirición muda y ansiosa de Rosauer, respondió con un apático encogimiento de hombros. Después, taciturno, replegóse sobre sí mismo. Sus miradas, como las de los otros, adquirieron extraña fijeza, miraban algo lejano y enigmático que parecía atraerlo con la violencia misteriosa de una fascinación hipnótica.

Sólo entonces se detuvo Rosauer en una circunstancia antes inadvertida. *Alcázar había penetrado en el coche sin que el tren detuviese un segundo su pavorosa evasión.*

Otra vez sintió el escalofrío del horror descenderle como un relámpago por la médula espinal. Hizo un esfuerzo supremo para romper aquella situación absurda y habló interrogante:

— ¿En qué estación se detiene el tren?

Aun cuando no oyó su propia voz, la pregunta debió llegar a los oídos de Alcázar, porque se sustrajo con penosa lentitud a su magnético éxtasis y volvió hacia él unos ojos en donde se leía sorpresa y dolorosa misericordia. No era su habitual expresión de crónica frialdad.

Rosauer repitió la pregunta.

El otro respondió entonces. Su acento era dificultoso como si las ideas se formaran vacilando en su mente y se vertieran en el tartajeo atroz de una lengua saburrienta:

— *La muerte no se detiene jamás.*

Rosauer se alzó con un inmenso clamor de espanto...

El tren corría silenciosamente, con velocidad diabólica bajo el turbio fulgor de las estrellas en el firmamento opaco. Como enloquecido, intentó la temeridad de lanzarse por la ventanilla cuando el convoy resonó y crujió en el estrépito trágico de un choque. Alcanzó a ver Rosauer que el coche se aplastaba como una jaula de prestidigitador entre un erizamiento de vigas que penetraban como lanzas o caían como briznas desde el techo ya desmoronado en un hacinamiento de maderas y retorcidos metales. Una astilla proyectada, aguda y filosa como un puñal, se le hundía en el vientre desgarrándole las entrañas. Lanzó un gemido y cayó vomitando agrias heces.

III

NADIE ignora que un apéndice con adherencias e implantado en el peritoneo no se extrae sin desgarramientos. El gráfico de la temperatura de Rosauer dió ciertos días unos piques que rozaban la línea de los 41 grados, en ocasiones, hubo que acudir en auxilio del corazón con inyecciones de aceite alcanforado y suero que le dejaron los muslos punteados como las yemas de los dedos de una costurera. Sin embargo, a las dos semanas tomaba Oporto, incorporado en la cama y leyendo diarios atrasados. Así pudo enterarse de la muerte de Alcázar. Se había roto el cráneo de un balazo en el último tren nocturno al Tigre. El mismo día precisamente en que Rasauer se hizo extraer el apéndice.